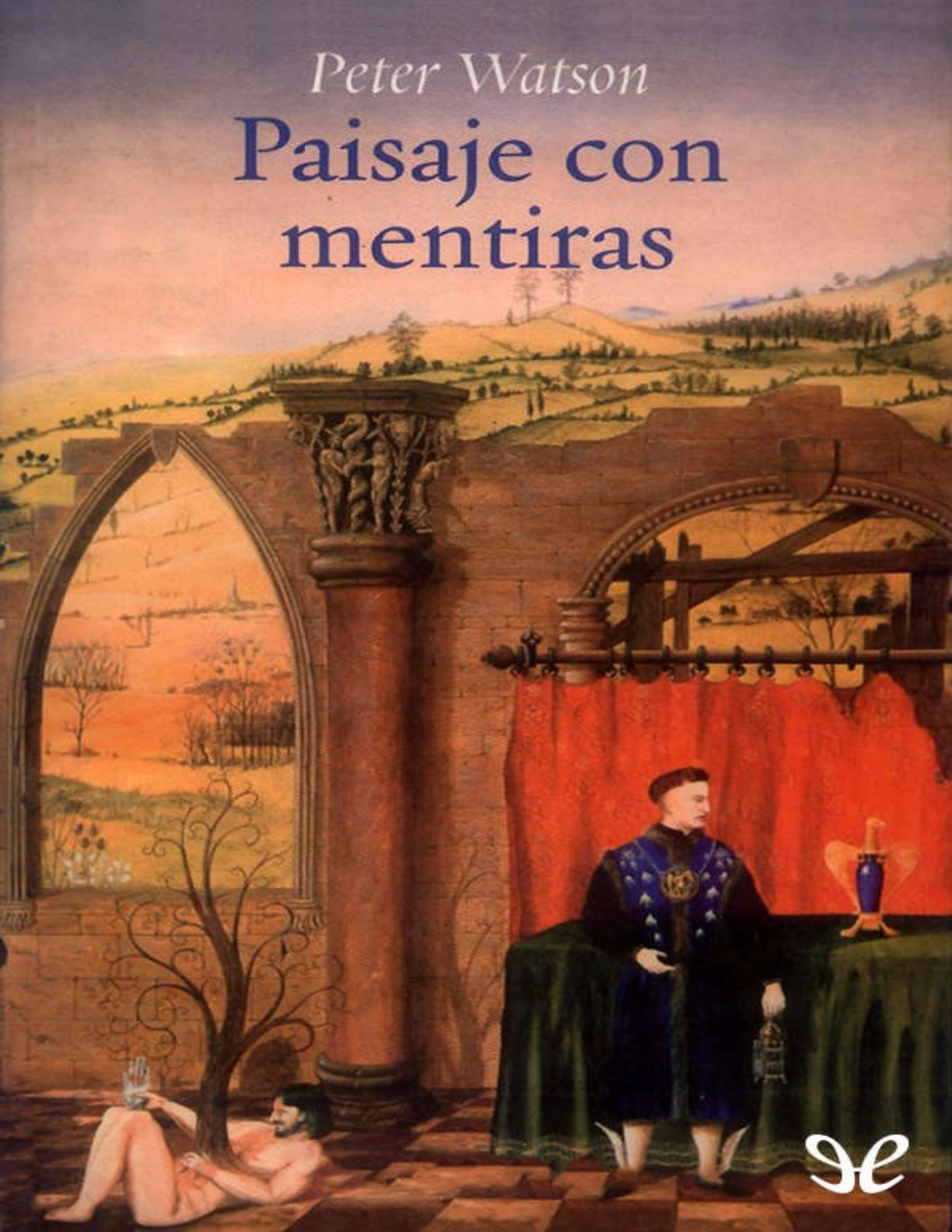
Peter Watson

Paisaje con mentiras



Isobel Sadler decide consultar con un experto en arte y antigüedades cuando un misterioso ladrón casi consigue robarle un cuadro de su familia, *Paisaje con mentiras*, que ella siempre ha creído de escaso valor. Michael Whiting, el propietario de la galería de arte al que acude Isobel, le garantiza que se trata de una pintura sin demasiado interés pero se ofrece a realizar una pequeña investigación para confirmarlo. Inesperadamente, la pintura resulta ser un mapa icónico que conduce a nueve reliquias de gran valor que fueron escondidas para su salvaguardia durante la disolución de los monasterios bajo el reinado de Enrique VIII. Isobel y Michael se embarcan en la tarea de desentrañar tan fascinante misterio pero pronto descubrirán que no son los únicos interesados en el tesoro.

Peter Watson

Paisaje con mentiras

ePub r1.2
Titivillus 30.06.17

Título original: *Atlantis*
Peter Watson, 1989
Traducción: Eduardo Hojman

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

PRÓLOGO

En el momento en que Isobel se despertó se dio cuenta de que había alguien más en la casa. No sabía por qué estaba tan segura; de todas maneras, instintivamente, contuvo el aliento. No podía ver su reloj pero por la forma en que la sombra de la luna de mayo atravesaba la alfombra de su dormitorio dedujo que serían poco más de las tres. Cuando empezaba a levantarse de la cama oyó que la puerta de su estudio, en la planta baja, se cerraba con un ruido. Isobel había crecido en esa casa, había vivido allí la mayor parte de sus veintinueve años, y ese ruido le indicó cómo había entrado el intruso: había una ventana abierta en el comedor. La puerta del estudio siempre vibraba cuando las ventanas del comedor estaban abiertas. Ella siempre supo, desde que había empezado a vivir sola en aquel caserón, que aquellos ventanales bajos del comedor eran un riesgo, pero en realidad nunca había supuesto que algún ladrón entraría por allí. Ahora era demasiado tarde.

Se puso la bata en silencio. Al principio no sintió miedo; por el contrario, quería averiguar qué había venido a buscar el ladrón. No había nada valioso en la casa, ni siquiera una cubertería decente de plata. Desde que su padre había muerto y le había dejado la granja, Isobel venía librando una batalla en la que tenía todas las de perder. Poco a poco había vendido la porcelana china, las lacas japonesas y las tallas de jade que había coleccionado su padre cuando era diplomático en el lejano Oriente, antes de jubilarse. Ya no quedaba nada que valiera la pena robar.

Sólo entonces la embargó un sentimiento de temor. ¿Era posible que el intruso no hubiera entrado a robar, sino a atacarla? Corrían tantas historias sobre violaciones en estos tiempos… Tal vez ella lo reconocería. Entonces quizá él la mataría después. Después de… Se estremeció.

Se estremeció pero no se detuvo. Conocía la casa al dedillo. De pequeña, antes de que enviaran a su padre al extranjero, muchas veces se había deslizado de puntillas hasta el rellano para observar lo que ocurría abajo y nadie, jamás, la había descubierto. Por tanto, sabía que si empujaba la puerta del dormitorio antes de girar el picaporte ésta se abriría sin hacer ruido. También sabía dónde no pisar

en el pasillo para no hacer ningún sonido al caminar.

Pero cuando salió al pasillo no se le acercó nadie. Isobel se relajó un poco. Al parecer no tendría que enfrentarse a un violador, sino a un ladrón corriente y moliente.

Giró por una esquina y se detuvo. En este punto, el pasillo se abría hacia una galería que daba al vestíbulo, en la que había una balaustrada de roble. Se aproximó lentamente y miró hacia abajo. Allí estaba: una figura alta y sombría, de pie frente a un cuadro en el vestíbulo, extendiendo los brazos para descolgarlo de la pared.

A Isobel le asaltó una ira inmensa, como si parte del temor que había sentido un momento antes se hubiera redirigido. La furia la dominaba. En aquella zona todos sabían que vivía sola, de modo que se había convertido en una presa fácil, cualquiera podía suponer que se podía entrar en aquella gran casa y coger lo que se quisiera.

De inmediato, pensó en un plan. Quería evitar el robo, pero también hacer saber a aquel hombre que ella no tenía miedo, que aunque vivía sola no estaba indefensa.

Se acercó a una mesa en la que sabía que encontraría un gran jarrón de peltre. Había pertenecido a la familia desde siempre, o al menos eso le habían dicho, y tenía un aro de marfil, una especie de talla, alrededor de la base. Alguna vez habría sido valioso, pero ahora el peltre estaba muy abollado y el marfil se había astillado. Era ideal para lo que tenía en mente. Lo levantó de la mesa sin hacer ruido. Era incómodo, pero no demasiado pesado.

Lo sujetó con la mano derecha y extendió la izquierda hacia el interruptor de la luz. Hizo una pausa, calculando que tendría la ventaja de la sorpresa pero que, un segundo después de dar la luz, tanto ella como el intruso quedarían deslumbrados. Trató de memorizar el sitio en el que él estaba.

Contuvo el aliento… y accionó el interruptor.

La luz inundó el vestíbulo y la silueta lanzó un gruñido amortiguado de sorpresa. El hombre —era demasiado alto para ser una mujer— llevaba un casco de motorista. Se volvió hacia donde estaba Isobel. Detrás del cristal tintado de la visera, a ella le pareció ver una expresión de alarma en sus ojos. El casco, con su estructura brillante y anónima, era amenazador; desequilibraba las proporciones de su cabeza y la convertía en una especie de bulto hinchado, protuberante y ominoso. Isobel no esperó un segundo más.

Apuntó con el jarrón hacia el vestíbulo, pero no lo dirigió a la cabeza del

hombre: eso le pareció demasiado peligroso incluso en esas circunstancias, y sabía que la ley tenía algunas ideas extrañas sobre los derechos de los criminales. En cualquier caso, el hombre llevaba casco. Apuntó hacia los pies.

Pero el jarrón era muy pesado y se le deslizó de las manos. De todas formas, tenía la ventaja de la altura y la silueta del casco no estaba tan lejos. Antes de que él pudiera moverse, el jarrón cayó sobre las losas del suelo del vestíbulo, a veinte centímetros de sus pies. El hombre soltó el cuadro y saltó instintivamente hacia un costado. Pero fue un error. Cuando el jarrón golpeó contra el suelo, el aro de marfil se salió y se rompió en varios pedazos. El jarrón en sí, sin embargo, como era de metal, rebotó y golpeó al intruso en la pierna izquierda, justo debajo de la rodilla.

Isobel hizo una mueca de dolor cuando oyó el crujido del hueso, y el alarido del hombre ahogó el ruido del jarrón, que repiqueteaba sobre las losas de piedra. Con todo, a pesar del dolor que seguramente sentía, la silueta volvió a agacharse para recoger el cuadro. Al verlo, Isobel casi estalló de furia y se dio media vuelta para buscar otras armas que estuvieran a su alcance. Lo único que encontró fue una bandeja con huevos de alabastro en el centro de la misma mesa en la que antes estaba el jarrón. Sus dedos se cerraron sobre uno de los huevos… pero entonces se detuvo. Los huevos harían mucho más daño si los lanzaba con bandeja y todo. Un arma propia de una dama, pensó irónicamente.

Agarró la bandeja con ambas manos y se acercó de nuevo a la balaustrada. Abajo, la silueta estaba levantando el cuadro al tiempo que se ponía en pie. Tenía una pierna doblada de una manera que daba a entender que sufría un gran dolor pero, al parecer, no estaba dispuesto a rendirse.

Isobel tampoco. Sin vacilar, se inclinó sobre la galería y dejó caer los huevos sobre el intruso. Debía de haber unos quince, y tres le dieron de lleno. Uno cayó sobre su hombro. Otro —seguramente el más doloroso— le pegó en el codo. Volvieron a oírse gritos desde el interior del casco y el hombre dejó caer el cuadro por segunda vez. El tercer huevo se partió contra el casco. Este último no debía de haberle causado gran dolor, pero la visera del casco se rompió y una astilla cayó al suelo. Ahora Isobel tenía la oportunidad de verle la cara al ladrón.

Corrió a toda velocidad por la galería hasta donde se encontraba otro de los objetos que su padre había traído del lejano Oriente, una catana. Con la misma furia que antes, agarró la hoja, la sacó de los ganchos que la sujetaban a la pared, y se lanzó por la escalera.

Pero el hombre del casco se había alejado y, medio corriendo, medio

trastabillando, ya estaba llegando al comedor y a la ventana abierta por la que había entrado.

Cuando bajó a las frías losas del suelo del vestíbulo, Isobel giró para perseguirlo, pero iba descalza y el pie derecho se le clavó en uno de los fragmentos de marfil del aro del jarrón. Sintió un profundo dolor en la planta del pie y, lo que era peor, comenzó a resbalar sobre las baldosas. Cuando extendió la mano para frenar la caída se golpeó contra el filo de la catana. Por suerte, la hoja no le alcanzó el ojo pero se le hundió en la mejilla y la hizo sangrar de inmediato. La fuerza de la caída hizo que la catana se le cayera y cuando logró ponerse de pie y correr hacia el comedor el intruso ya se había marchado. Los visillos se mecían ante la ventana abierta. Fuera no se veía nada que se moviera bajo la plateada luz de la luna. Isobel esperó un momento, prestando atención al menor sonido; luego cerró la ventana. Con los pies descalzos no podría perseguirlo.

Volvió al vestíbulo. De su mejilla seguía manando sangre. Cuando inspeccionó el cuadro que la silueta del casco había intentado robar, vio que una de las esquinas del marco se había roto y que había un pequeño rasguño en la pintura. Mientras examinaba el arañazo y se frotaba con una mano la mejilla pegajosa por la sangre, oyó a la distancia el sonido de una motocicleta que se alejaba en medio de la noche.

UNO

—Tal vez seas más rico de lo que crees, Michael. Acércate y te lo explicaré.

Julius Samuels sonrió y se llevó el vaso a los labios. Las manchas de la piel de su avejentado cuello temblaban cada vez que daba un sorbo al *whisky*. Todavía no eran las diez de la mañana. Estaba sentado en una gastada silla giratoria de caoba y llevaba una bata blanca con salpicaduras de pintura. En su mano izquierda sostenía una gran paleta ovalada con un brillante espectro de pigmentos desplegados cerca del borde. Un habano más grueso que un pulgar ardía en un cenicero que estaba en un estante, cerca de su hombro derecho.

Michael Whiting se abrió camino entre pilas de marcos dorados, latas de pintura, frascos de barniz de un color parecido a la cerveza y filas de lienzos vueltos discretamente hacia la pared. Bordeó un caballete de gran tamaño, tratando de no engancharse el traje de pana en la madera, y se detuvo delante de la inmensa mole del restaurador de cuadros más famoso de Londres. Detrás y debajo de ellos, el tráfico de Dover Street circulaba con un ruido sordo bajo la luz del sol.

Frente a ellos, sobre el caballete, descansaba un cuadro. En él se veía a una mujer; su piel era pálida, pero en sus mejillas había un suave matiz rosado. Lucía una capucha azul, pero la mitad de ella había desaparecido. La había borrado el restaurador, dejando al descubierto, debajo de la prenda, una tupida melena de color castaño.

Samuels buscó su puro y le dio una calada. El extremo se encendió como el filamento rizado de una bombilla.

—Quité el barniz y luego le apliqué un poco de acetona diluida y aguarrás. —Se aclaró la garganta—. El azul salió de inmediato, fue tan fácil como sonarse la nariz. Debajo apareció esta adorable cabellera. Después encontré el pendiente… Por eso te llamé. —Volvió a ponerse el cigarro en la boca.

Michael examinó el pelo castaño. Estaba maravillosamente pintado; casi podía contar cada cabello.

—¡Endemoniadamente perfecto! Pero ¿por qué querría alguien ocultar un pelo tan encantador con esa horrible capucha?

—Estos victorianos eran muy raros. Pero ya me he encontrado con cosas parecidas antes. En aquellos tiempos, la gente era más beata que ahora. El arte religioso italiano estaba de moda, lo que lo hacía caro. Pero no era muy difícil «arreglar» uno de los retratos de familia, que eran mucho más corrientes y por tanto más baratos. Buscaban a alguna mujer atractiva, que ya estuviera muerta, de modo que no pudiera quejarse. Le cubrían las joyas, el escote y el peinado a la moda. En cuestión de minutos tenías a una santa o a la Virgen. —Lanzó una carcajada, aunque sonó como si estuviera haciendo gárgaras—. Eran unos bribones.

Michael sonrió, sin dejar de observar cuidadosamente el cuadro.

—Tú deberías saberlo.

Samuels respondió sin quitarse el puro de la boca.

—Tómate un *whisky*, Michael. No estás muy lúcido esta mañana. En ocasiones yo «mejoro» los cuadros, lo sé. Todos los restauradores lo hacemos. Eso es lo que quieren los clientes: cuadros de viejos maestros que parezca que han sido pintados en el último fin de semana. Pero nunca invento. —Extendió la mano en busca de la botella de Bell's y de un vaso.

Mientras Michael se servía, Samuels continuó hablando:

—La razón por la que te llamé es la siguiente: si me autorizas a quitar toda esta basura victoriana, es posible que las joyas te sirvan para identificar a la dama. Hasta podría haber un escudo de armas en el fondo. Si logras identificarla, sabes mejor que yo cuánto aumentaría el valor del cuadro. Por eso es posible que seas más rico de lo que crees.

Los ojos de Michael se humedecieron ligeramente por beber un *whisky* tan fuerte tan temprano, pero trató de que no se notase. Sintió que el pulso se le aceleraba, lo que no se debía al alcohol, y volvió a contemplar el lienzo. Esa era una de las razones principales por las que se había convertido en marchante de arte: la emoción del descubrimiento. Era cierto que le encantaba mirar cuadros, en especial si eran ingleses. Michael pensaba que la pintura inglesa estaba infravalorada en todo el mundo. Los norteamericanos la apreciaban, pero los italianos, los franceses y los alemanes jamás habían considerado que el arte inglés tuviera un valor equivalente al suyo. Las escasas ocasiones en las que había vendido cuadros a museos extranjeros lo enorgullecían. Pero los descubrimientos que había hecho… Esos habían sido los momentos más emocionantes.

Se inclinó hacia adelante para volver a inspeccionar el cuadro. No cabía duda

de que el pelo y la joya eran de mejor trazo que la capucha azul. Como había dicho el viejo Jules, debajo de aquella deprimente santurrona victoriana, que él había adquirido en una subasta junto con otro artículo que consideraba más valioso, tal vez se ocultara un cuadro de mucha más calidad.

Julius había cogido de un estante un cuaderno de gran tamaño. Como todos los buenos restauradores mantenía un meticuloso registro de los cambios que efectuaba en los cuadros. Tomaba notas y hacía pequeños dibujos, en parte para protegerse en el caso de que se produjera alguna disputa sobre la autenticidad de algo que él había restaurado, y en parte como una ayuda a la memoria, por si, como ocurría habitualmente, tenía que volver a ocuparse de un cuadro en el que ya había trabajado. Abrió el cuaderno y le enseñó a Whiting un dibujo minúsculo en una de las páginas.

—Esto es lo que he quitado hasta ahora. El resto no debería llevarme mucho tiempo. ¿Qué te parece?

Como respuesta, Michael puso la mano sobre el hombro del anciano.

—Si esta mujer resulta ser la Dama Fortuna, Jules, eso no le hará mucho bien a tu hígado. —Tenían un trato según el cual Michael siempre le pagaba en *whisky*, para evadir impuestos.

Samuels lanzó una risa gutural.

—Michael, a mi edad, el hígado se convierte en el órgano favorito y en el más útil. —Volvió a reírse y las manchas de la vejez iniciaron una nueva danza en su cuello. Señaló el vaso de Michael—. Acábatelo y déjame seguir con esto. Seguramente tienes que ocuparte de tu tienda.

Esta vez fue Michael quien se echó a reír y apuró su vaso. A Samuels le encantaba decir que las galerías de sus clientes eran «tiendas»; sabía cómo ser hiriente.

Una vez fuera, bajo la luz del sol, Michael giró hacia el sur, en dirección a Piccadilly. Había infringido su regla fundamental de no beber más que *whisky* de malta, lo que siempre ocurría cuando visitaba a Julius. Pero estaba sonriendo; un encuentro con el viejo siempre lo ponía de buen humor.

Esquivó el tráfico de Piccadilly y caminó por St. James’s Street. Pasó delante de White’s, luego giró por Jermyn Street, después por Duke Street, justo enfrente de Fortnum and Mason. Su galería se encontraba en Mason’s Yard, una plaza interior a mitad de la calle de la izquierda, a la que se accedía por una arcada. No estaba precisamente en Duke Street, por supuesto; ni siquiera en Old Bond Street, para el caso, pero la ubicación era bastante conveniente. En Mason’s Yard

él y su socio podían pagar un espacio más amplio, y cualquiera que tuviera alguna idea de pintura inglesa sabía dónde encontrarlos.

Pasó por delante de un par de galerías más. En el escaparate de una de ellas había un retrato y se detuvo a contemplarlo. Era un pequeño pastel de Degas, con manchas de rosa pulverulento, azul pálido y crema albaricoque que se desplegaban a partir de líneas negras como el carbón. En él se veía a un hombre de mediana edad, con barba y una calvicie incipiente pero elegantemente ataviado con una chaqueta ajustada de cuello alto y un pañuelo floreado que asomaba como una cascada del bolsillo del pecho. La imagen de una persona acomodada en el confortable mundo del siglo XIX, un mundo de sirvientes, bicicletas, picnics. Un mundo al que muchísima gente quería regresar, aunque sólo fuera con el arte, ya que no podían hacerlo en la vida real.

Michael miró su propio reflejo en el escaparate. Los trajes de pana, ya se lo habían dicho un millar de veces, eran algo del pasado. Apestaban a *jazz* y a cafés; la arqueología del siglo XX, según las palabras de su indomable hermana menor, Robyn. Pero con treinta y tres años, en realidad no se sentía capaz de abandonar algo a lo que ya estaba acostumbrado. Por otra parte, el uniforme del marchante de arte —un traje cruzado y oscuro, camisa de algodón de Sea Island, zapatos negros, relucientes como aceitunas— tampoco era muy atractivo. Además, el marrón de la pana le sentaba bien. De niño había sido todavía más rubio, pero su pelo seguía siendo muy claro. Robyn sentía celos de ese pelo y de que fuera tan ondulado, a pesar de que él no conseguía dominarlo. Su mirada se posó en el puro que llevaba en la mano. El tabaco era una debilidad, desde luego. Los habanos eran caros, lo hacían verse mayor de lo que en realidad era, y muchísima gente, en especial las mujeres, detestaban el humo. Pero Michael estaba enganchado. Le encantaba el aroma, el crujido de las hojas, su color. Se deleitaba en el deliberado ritual de cortar y encender un cigarro, de hacerlo girar en la llama de la cerilla. En ese momento lo hizo girar entre sus dedos, luego se lo encajó en la boca y se ajustó la corbata usando el reflejo del escaparate.

Suspiró. Siempre se vería desaliñado, por mucho que intentara mejorar su aspecto. Echó un último vistazo a las manchas color albaricoque del Degas y pasó por el arco que daba a Mason’s Yard. Su galería estaba en el otro extremo y tenía un cartel que podía verse desde Duke Street. Las letras verdes y doradas decían: Whiting & Wood - Bellas Artes. Michael tenía un socio, Gregory Wood, un contable con muchos contactos en la banca. Todas las galerías tenían que

pedir dinero a los bancos para poder disponer de un buen número de cuadros y ofrecer a sus clientes dónde escoger. Greg podía pedir préstamos a un interés mejor que otras galerías, y eso era una clara ventaja.

Michael y Greg se llevaban bien; era necesario, teniendo en cuenta que la empresa era pequeña y estaban uno encima del otro la mayor parte del tiempo. Mientras Greg pedía dinero prestado y perseguía a los clientes que no habían pagado, la tarea de Michael consistía en encontrar cuadros y clientes. La única leve sombra que nublaba la relación entre los socios se abalanzó sobre Michael cuando éste abrió la puerta de la galería y entró. El placer que le causaba la «estrella» del momento —un pequeño boceto al óleo de Gainsborough, un paisaje con un horizonte bajo color pimienta y un cielo rojo como un ladrillo— se desvaneció tan pronto como lo saludó Patrick Wood.

Si Patrick no hubiera sido el hijo de Greg, Michael jamás le habría permitido a aquel muchacho —de apenas veinte años— que se acercara a la galería. Con su esnobismo, su petulancia y la actitud de alguien que creía que vender cuadros lo hacía superior a los demás, era una clase de persona bastante habitual en el mundo del arte. Y lo que era aún peor, llevaba una delgada cadena de oro que colgaba del ojal de su solapa izquierda y le gustaba llevar pajaritas con lunares. La de ese día era rosada con lunares rojo oscuro.

—Buenos días, Paddy. —Michael sabía que Patrick detestaba que se dirigieran a él como si fuera un albañil irlandés—. ¿Qué hacías en el santuario?

El «santuario» era la sala situada al fondo de la galería, donde los clientes preferenciales podían pedir que les exhibieran los cuadros que les interesaban. Contaba con unos sillones, un bar oculto y dos caballetes forrados de terciopelo. El acceso al santuario se suponía que debía transmitir la idea de privilegio, algo negado al común de los mortales. Patrick acababa de salir de la sala y había dejado la puerta entreabierta.

—Tienes una visita. Yo tenía la esperanza de quedármela para mí… Pero parece que ha venido a verte a ti.

—¿Una mujer?

—No es una mujer cualquiera, Michael. Es Rita Hayworth, la princesa Diana y Zelda Fitzgerald en una sola. Como diría la *Guía Michelin*: «Vale la pena desviarse para verla».

Michael le sonrió a Patrick. El muchacho estaba mejorando; ya casi era un ser humano.

—Sigue así y dentro de poco tiempo te haremos escribir las notas del

catálogo. ¿Crees que podrás hacer café sin manchar esa preciosa pajarita?

Patrick asintió. Esos intercambios de ironías eran habituales y ambos sabían que Greg los aprobaba. Decía que quería que curtiera a su hijo.

Michael echó un breve vistazo a las paredes de la galería. Era finales de mayo y el mundo del arte se preparaba para la temporada alta, que iba de junio a mediados de julio. No faltaba mucho para que Michael y Greg colgaran sus mejores cuadros en aquellas paredes, para que los vieran los coleccionistas extranjeros que invadían Londres para acudir a las grandes subastas y las curiosas ferias de antigüedades. Pero, por ahora, la galería sólo exhibía algunos de sus cuadros menos intimidatorios: un pequeño retrato de Hoppner, un paisaje de Cozens y un maravilloso, casi abstracto, estudio de nubes de John Thistle en melocotón, crema y carmesí. Michael colocó bien el cuadro, que no estaba del todo recto, y pasó al santuario.

La sala estaba al fondo de la galería, donde inicialmente no había nada construido, por lo que él y Greg habían podido equiparlo con un tejado de cristal, o tragaluz, de modo que durante la mayor parte del día los cuadros pudieran exhibirse con luz natural. El sol caía a raudales a través de los paneles de cristal y sobre la mujer que estaba esperando. No era lo bastante joven para ser la princesa Diana, pero llevaba un peinado parecido al de Rita Hayworth, un pelo largo y sedoso, que le caía sobre un lado de la cara y casi le cubría una mejilla. Ojos profundos y oscuros como ciruelas. Una piel cálida, del color del trigo. Pero su rostro estaba dominado por el arco anguloso de sus cejas, que, de alguna manera, estaban enarcadas y torcidas al mismo tiempo, lo que le confería una expresión divertida, burlona, sarcástica. Michael notó que llevaba una delgada tirita en una mejilla. No se había quitado el impermeable, ni siquiera se había desabrochado el cinturón; eso, supuso él, era lo que le daba un aire a lo Zelda Fitzgerald. Daba la impresión de que había un coche cerca aguardándola con la puerta abierta.

—Hola —dijo él, extendiendo la mano—. ¿Ha venido a verme? Espero que no sea usted inspectora de Hacienda.

La mujer se puso en pie, sonrió y le estrechó la mano. Con tacones era unos pocos centímetros más baja que él, más alta que la princesa Diana. Sus manos tenían una textura sorprendentemente rugosa.

—Isobel Sadler.

—Por favor, siéntese —dijo él—. Acabo de estar con un hombre que insistió en ofrecerme un escocés doble. ¡A esta hora! De modo que yo, por lo menos,

necesito un café. ¿Le gustaría quitarse la gabardina?

El impermeable enmascaraba la figura de la mujer, por lo que él se sintió defraudado cuando ella se negó. En cambio, se desabrochó el cinturón y dejó que colgara a los costados. Debajo llevaba una blusa blanca de algodón y una falda escocesa. Volvió a sentarse en su silla y cruzó las piernas.

Antes de que pudiera decir nada, sonó el teléfono. Michael levantó el auricular y sacó un nuevo puro del bolsillo de la chaqueta. Mientras escuchaba, hizo girar cariñosamente el grueso cigarro entre los dedos.

—No puedo creerlo —dijo al teléfono—. ¿Otra vez? ¡Endemoniadamente impresionante! ¿Cuántos divorcios van? ¿Cuatro? ¡Cinco! Sí, me apunto, desde luego. Buena idea. Tres semanas, diría yo. Si la señorita Masson va a divorciarse, eso sólo puede querer decir que está lista para volver a casarse. ¿De acuerdo? Adiós, Nick. —Colgó el auricular, lamió la punta del cigarro y comenzó a juguetear con las cerillas—. Lo lamento. ¿Por dónde íbamos?

—Le agradezco que me reciba —dijo Isobel Sadler—. Supongo que lo habitual sería pedir una cita. Como si usted fuera un doctor. —Una de las cejas se elevó unos milímetros. ¿Sería un gesto de burla?

Michael se encogió de hombros y exhaló una bocanada de humo azul por toda la sala.

—Ha tenido suerte de encontrarme —dijo—. Viajo mucho. Podría haber perdido el tiempo.

—Espero no estar haciéndole perder el suyo. Edward Ryan me sugirió que viniera a verlo.

—¿Ah, sí? Me pregunto por qué. —Ryan era marchante de artículos orientales. Michael dejó caer las primeras cenizas del cigarro en un cenicero lacado.

Isobel Sadler sonrió.

—Me dijo que usted no era demasiado viejo ni demasiado joven, que no era demasiado rico ni demasiado necesitado, que no era demasiado recto ni demasiado corrupto, y que le gustaban las apuestas.

—Mmm… ¿Quiénes son los abogados de Ryan? Voy a demandarlo.

—Guárdese el dinero. También dijo que usted pensaba como un detective, y que por eso ha hecho tantos descubrimientos. Bien, yo tengo un misterio para usted.

Mientras decía estas palabras, la mujer levantó un paquete que había dejado a un lado de la silla. Por su forma, parecía un cuadro. Lo desenvolvió. Michael

admiró sus movimientos, pero reparó en una vez más en la piel rugosa de las manos. De perfil, su nariz era demasiado larga para ser perfecta, y en un mundo ideal el labio inferior no habría sido tan carnoso. Pero esas cejas, que parecían moverse independientemente del resto de la cara, le daban una expresión de descarga eléctrica que parecía transmitir tanto radiación como calidez. Era uno de aquellos rostros en los que ninguno de los elementos individuales era notable en sí mismo pero en los que el todo terminaba siendo considerablemente más que la suma de las partes. A Michael le gustó.

Ella se levantó y colocó el cuadro sobre uno de los caballetes de terciopelo. Luego volvió a su silla.

Michael miró el cuadro. Por lo general, podía distinguir de inmediato si tenía algún valor real, pero a la gente no le gustaba que respondiera con demasiada rapidez. Se sentían más halagados, y más convencidos, si él se tomaba su tiempo, y menos conmocionados cuando el veredicto no era favorable.

En seguida notó que el marco estaba roto en una esquina y que parte de la pintura de esa zona había saltado.

El cuadro era una especie de paisaje. Había un valle en el fondo y algunas construcciones detrás de un bosquecillo. En primer plano se veía un anillo de figuras —contó nueve— y, al parecer, eran todos hombres. Cada uno llevaba una vestimenta diferente: uno tenía una túnica, otro lo que daba la impresión de ser el hábito de un monje, y otro parecía un esqueleto con una mitra. Una de las figuras yacía delante de una ventana en ruinas que formaba una especie de arco a través del cual podía verse el campo. En el edificio en ruinas había unas cuantas columnas, una de ellas con un capitel tallado, y a un lado se veía lo que parecía una pequeña capilla cubierta por un paño rojo.

Consciente de que Isobel Sadler tenía los ojos fijos en él, Michael contempló el paisaje durante un rato, dando caladas a su cigarro. ¿De modo que Edward Ryan pensaba que a él le gustaban las apuestas? En realidad, las apuestas eran tan sólo uno de los pecados de Michael. La mayor parte de las otras cosas que le gustaban —el *whisky*, los puros, la carne roja— estaban convirtiéndose en delitos en estos tiempos. Dejó que el humo le llenara la boca, luego lo expulsó lentamente, sintiendo cómo se relajaban su pecho y sus hombros: el placer prohibido del tabaco. Se levantó y examinó el cuadro más de cerca. No estaba en buenas condiciones. El lienzo estaba agrietado por lo menos en tres sitios, y una de las grietas parecía bastante reciente. Además de la pérdida de pintura que ya había notado, había franjas descoloridas. Dio la vuelta al lienzo. A veces el dorso

de un cuadro ofrecía más indicios que el frente: quién lo había poseído, cuándo había sido vendido y dónde, si le habían cambiado el soporte… Pero no fue así en este caso: más allá del hecho de que dos de las grietas atravesaban todo el grosor del lienzo, y de que había varios agujeros de termitas, la parte de atrás no le proporcionó ninguna información. Lo colocó otra vez en el caballete, volvió a sentarse y dejó caer más ceniza en el cenicero lacado.

—No tendremos problemas con Hacienda. Me temo que su cuadro sólo tiene un valor decorativo. —Se preguntó si la señorita (¿o la señora?) Sadler sabía que aquélla era la fórmula tradicional para decir que algo no valía prácticamente nada—. Es probable que sea de origen inglés; del norte de Europa, sin duda, pero no es de nadie que yo reconozca… Tampoco soy el más adecuado para juzgarlo —añadió rápidamente—. Aunque el escaparate y nuestras tarjetas de visita digan «Cuadros ingleses», en realidad nuestra especialidad es el período que va de finales del siglo XVIII a principios del XIX. Yo diría que su cuadro es muy anterior, del siglo XVI, por el aspecto, y a juzgar por el lienzo… Sin embargo, más allá del mal estado en que se encuentra… —Señaló con el puro las grietas y las abrasiones—. Es una composición muy extraña. Para decirlo sin rodeos, no está bien pintado. —Tocó una de las siluetas, a la derecha del cuadro —. Esta cabeza, curiosamente, está bien hecha, pero el resto —movió la mano sobre las otras figuras—… son muy pobres, incluso toscas. Las proporciones están mal; la posición de las cabezas sobre los cuerpos es muy torpe, y los rasgos de algunas de las caras son burdos. —Dijo todo eso con la mayor suavidad que pudo; no quería machacar las esperanzas de su visitante, pero al mismo tiempo tampoco quería que se hiciese ilusiones—. Debo decir que nunca había visto una composición como ésta. —Señaló la figura de la túnica, que tenía unos dibujos como rizos—. Este hombre, que parece estar sosteniendo un reloj, da la impresión de ser alguna clase de figura mitológica. —Señaló otra—. Aquí hay un esqueleto con un báculo. —Luego una tercera—. Éste parece tener una planta creciéndole desde el estómago… No tengo la menor idea de qué podría ser. Muy extraño.

Contempló el cuadro durante unos momentos sin decir palabra, luego se dio la vuelta para mirar a Isobel Sadler. El pelo de ella había caído hacia adelante y le cubría un ojo. Daba la impresión de que estaba ocultándose de las malas noticias que él le transmitía.

Michael habló en voz baja:

—En resumen, es un cuadro antiguo pero no muy valioso. No puedo darle una valoración exacta, pero serán unos cientos de libras como mucho. No miles. Lo lamento.

Volvió a llevarse el puro a la boca. La gente, según él había aprendido, reaccionaba ante las malas noticias de tres maneras posibles. Estaban los que manifestaban su decepción a las claras. Estaban aquellos que se reían nerviosamente, tratando de que no se notara, aunque era obvio que también estaban decepcionados. Y luego estaban aquellos que en realidad nunca habían creído que podrían ser lo bastante afortunados para toparse con algo verdaderamente valioso. Éstos a veces permitían que su resentimiento se convirtiera en furia y salían de la galería dando un portazo.

Isobel Sadler no hizo ninguna de esas cosas. Apenas enarcó una de sus cejas. Se llevó un dedo a la boca, se apartó el pelo del ojo y dijo:

—Sí, usted ha confirmado lo que yo pensaba.

Aunque la pasión de Michael por los puros era auténtica, y los fumaba incluso en la bañera o cuando estaba de pesca, había ocasiones en el negocio del arte en que también eran útiles para esconderse detrás de ellos, para ganar tiempo. Podía dar caladas a intervalos regulares, sin tener que decir palabra. Era casi como si el cigarro contuviera una especie de soporífero. La gente aceptaba las demoras con una mejor disposición. Intentó prolongar el momento.

Isobel Sadler era una mujer muy extraña, reflexionó Michael. Tan extraña como su cuadro. Sin embargo, antes de que pudiera decir algo, apareció Patrick con el café. El joven colocó la bandeja en una mesilla y les pasó las tazas. Michael esperó a que se marchara para decir:

—Si usted sabía que el cuadro no tenía nada de especial, ¿por qué se ha molestado en venir a verme? Después de todo, ha sido una pérdida de tiempo…

—¡Yo no he dicho eso! —exclamó Isobel, no exactamente gritando, pero había algo, un filo, en su tono que hizo que Michael vacilara. Su taza tembló en el plato.

Ella continuó hablando en el mismo tono:

—Estoy de acuerdo con que, en apariencia, este cuadro tiene escaso o ningún valor, señor Whiting. Yo siento un poco de cariño por él, en especial porque ha pertenecido a mi familia desde siempre. Pero eso no me impide darme cuenta de que no es… bueno, una obra de arte. Yo vengo de una antigua familia del West Country del suroeste de Inglaterra, y, según la tradición, Holbein era amigo de nuestros antepasados. Pero nunca supuse que este cuadro pudiera ser suyo.

Como usted dice, la ejecución es torpe y la composición es… bueno, usted la llamó extraña y yo no discreparía. Si no le tuviera cariño, probablemente pensaría que es horrible. —Miró a Michael con ferocidad, como si quisiera decirle que no hacía falta que él expresara sus opiniones profesionales con tanta delicadeza—. Pero, y esto es lo extraño, sí creo que puede ser especial. Ahora voy a hablarle del misterio. No es el valor que tenga este cuadro o quién lo pintó, sino por qué trataron de robarlo hace dos noches.

Michael dejó la taza de café sobre la mesilla. La manera tan directa en que Isobel Sadler se había dirigido a él le había hecho ruborizarse ligeramente. Durante un momento guardó silencio y se sentó, dando caladas al cigarro. Su hermana tenía una lengua afilada. A Robyn le caería bien la mujer que ahora se encontraba sentada delante de él. Por fin, dijo:

—Eso no prueba nada. Los ladrones no siempre son expertos en arte. Podrían haber tratado de cogerlo por error o, debido a que era «arte», quizá imaginaron que debía de ser valioso.

—No —respondió ella con rapidez—. El ladrón fue directamente al cuadro. Lo sé porque me despertó cuando entró y lo interrumpí. No tengo porcelana Ming en la casa, ni plata. Pero sí tengo una cadena de alta fidelidad. Los ladrones siempre buscan los aparatos electrónicos en primer lugar, o al menos eso me han dicho. Más aún, después, cuando conseguí golpearlo en la espinilla con un jarrón que le arrojé, se escapó en una motocicleta. Jamás podría haberse llevado consigo una aparatosa cadena de audio en ese vehículo. No, definitivamente, vino por el cuadro.

Michael fingió examinar las hojas de tabaco de su cigarro. La idea de que esa mujer le hubiera lanzado un jarrón a un intruso lo fascinaba. Estaba claro que era una dama valiente. Por otra parte, el tono de su voz le indicaba que era muy resuelta. Se le ocurrió otra idea. Si ella se enfrentaba a los ladrones sin ayuda, ¿significaba eso que vivía sola? Michael sintió la mirada de la mujer posada sobre él, aquellas cejas calculadoras.

—Tal vez tenga razón, tal vez no —dijo—. No lo sé. Lo que sí sé es que, por interesados que puedan estar los ladrones en esta pintura, eso no la convierte en valiosa. No lo es.

El pelo de Isobel Sadler había vuelto a cubrirle un ojo y ella se lo apartó con un gesto de impaciencia.

—Le estoy contando mi historia de atrás para adelante, señor Whiting, y tal vez sea confusa. Le pido disculpas. Aún no le he contado lo de la coincidencia.

Quería estar segura de que pudiera tener algún significado. El hecho de que usted confirme que la pintura no tiene valor no hace más que subrayar la coincidencia.

Michael no dijo nada. Una nube de humo flotó entre ambos. Cuando se acercó a Isobel, ella agitó las manos para apartarlo.

—Le dije que tenía un misterio para usted, pero el cuadro es sólo una parte. Supongo que debería contarle algo de mí; tal vez sea de ayuda. Mi familia, los Sadler, tienen antepasados que se remontan a la época Tudor. Ya no somos ricos —aclaró haciendo un gesto con las manos—. Yo he tenido que trabajar en la granja de mis padres desde que ambos murieron, pero sí, mi familia se remonta a varias generaciones. —Lo examinó de arriba abajo—. Tenemos un antepasado famoso… O tal vez «tristemente célebre» sea una expresión más apropiada. *Sir* William Sadler, nacido en 1480 y muerto en 1537. —Sonrió—. Nunca me olvido de las fechas. En cualquier caso, él tuvo un papel bastante polémico en la disolución de los monasterios. Su trabajo consistía en ayudar a Enrique VIII a apropiarse de todos sus bienes, de modo que no era una persona particularmente popular. La cuestión es que, por causa de *sir* William, o *Bill el Malo*, como lo llamábamos en la familia, la historia siempre me ha interesado, en especial la historia local, cualquier cosa que tuviera que ver con la familia o la zona de la que provenimos, cerca de Painswick, en Gloucestershire. Por ejemplo, recibo todos los catálogos de las subastas de manuscritos y hace unas semanas vi que en Sotheby's iban a subastar unos documentos relacionados con Bill el Malo. —Se frotó un ojo con el nudillo—. Supongo que para la mayoría de la gente son de lo más aburridos. Consistían, principalmente, en inventarios relacionados con monasterios en cuya disolución había participado *sir* William, y había unas cuantas cartas escritas por él, incluida una dirigida a otro miembro de la familia. Aquello era lo que más me interesaba. No eran caros; pedían entre ciento cincuenta y trescientas libras por todo el lote. Pensé que no tendría ningún problema en obtenerlos. —Sonrió.

—Pero no lo consiguió, ¿verdad? —Michael no tenía la menor idea de por qué estaba escuchando esa historia, que no tenía nada que ver con el arte.

Isobel Sadler asintió.

—Comencé pujando desde el precio base: ciento cincuenta libras. Pero había otra persona tan interesada como yo. Me dejé llevar, y lo mismo hizo él. El precio ascendió a más de quinientas libras. Luego llegó a las seiscientas. Yo estaba asombrada. Cuando llegó a setecientas tuve que abandonar. Estos últimos

tiempos la granja me da muchos gastos.

Durante un momento pareció que Isobel había salido de la sala, por la preocupación que denotaba su expresión, y Michael sospechó que el problema con la granja era más que unos pocos gastos. Volvió a mirarle las manos rugosas. Estaba claro que aquella mujer se había visto obligada a hacer de peón.

Pero luego, con la misma rapidez con que se había marchado, regresó.

—Me quedé allí sentada durante unos momentos después de que se subastó el lote. Estaba un poco aturdida, supongo. No sabía quién me había derrotado pero no importaba. Sé que en algunas ocasiones, en las subastas importantes, el que hace la oferta más baja luego le ofrece al ganador una ganancia rápida después de la finalización formal de la subasta, pero de todas maneras yo había sobrepasado en mucho mi límite, de modo que no podía pensar en eso. Para mí era imposible ofrecer más. Me levanté del banco para marcharme, y en ese momento un hombre se me acercó.

Michael se inclinó hacia adelante.

—¿Su rival?

Una vez más, ella asintió.

—Más tarde me enteré de que se llamaba Molyneux. Cuando intenté salir del banco, él me ayudó. Se lo agradecí y él dijo que me había visto pujar y me preguntó si yo era marchante. Le respondí que no. Luego le expliqué mi interés en los documentos, como acabo de hacerlo con usted. Él se disculpó y me contó que los había comprado como encargo para otra persona, un norteamericano. Me acompañó hasta la salida, hablando de cosas triviales, preguntándome dónde vivía, qué otros objetos coleccionaba, y cosas así. Era muy alto e imponente. Más que el resto de los que estaban allí. Tenía arrugas en las mejillas, eso lo recuerdo bien. En la calle me dijo que él o su socio tal vez tendrían que pasar por Gloucestershire pocos días después y me preguntó si podría visitarme. En ese momento me dio su nombre. También prometió pedirle al norteamericano en cuyo nombre había adquirido los documentos que lo autorizara a hacerme unas fotocopias. Sería mejor que nada, explicó, y podría dejármelas si pasaba a verme.

»Más tarde me olvidé de todo aquello. Jamás creí que me visitaría, pensé que sólo había sido una conversación intrascendente. Pero lo hizo. No me llamó para avisarme, sino que se presentó una mañana, cerca del mediodía. Dijo que había ido a una subasta cerca de Cirencester y que se había desviado para visitarme. Yo estaba un poco impresionada y algo intrigada. No tenía noticias de los

documentos; me explicó que su cliente se encontraba en el extranjero y que habría que esperar que regresase. Pero tenía esperanzas, dijo. Le ofrecí un café, charlamos un rato y él me preguntó si podía visitar la casa. Se la enseñé de manera rápida porque tenía que regresar a la granja.

—¿Le mostró el cuadro?

Ella asintió con la cabeza.

—En realidad se rio cuando lo vio por primera vez, y señaló lo extraño que era, como hizo usted hace unos minutos. Me preguntó desde cuándo lo tenía. Le conté que había pertenecido a mi familia desde siempre; yo lo había heredado de mi padre, éste del suyo, y así sucesivamente. En cualquier caso, después de que Molyneux examinó el cuadro seguimos recorriendo la casa y él comenzó a hablar de las curiosidades que coleccionaba. Dijo que estaba reviviendo la antigua tradición de los siglos XV y XVI, una época en que gente como los Habsburgo tenían cámaras de curiosidades con objetos como dedos disecados, cuadros de mujeres barbudas o de asesinos famosos, máquinas de movimiento perpetuo o joyas que se suponía que tenían propiedades mágicas. Dijo que le encantaría comprar el cuadro para su colección y me ofreció mil libras por él. Sugirió que podría usar el dinero para hacerle una oferta al hombre que había comprado los documentos de Bill el Malo. En suma, me proponía cambiar el cuadro por los papeles. —Volvió a apartarse el pelo del ojo—. Estuve a punto de aceptar. Pero entonces pensé: si el hombre no estaba de acuerdo con vender los documentos, yo me quedaría sin ellos y sin el cuadro. De modo que finalmente dije que no. Molyneux se comportó de una manera encantadora. Dijo que lo entendía perfectamente, y poco después se marchó. Luego se produjo la coincidencia. Tres días después de su visita alguien trató de robar ese mismo cuadro.

Bebió un poco de café, que a esas alturas debía de estar completamente frío. Mientras tragaba, cerró los ojos y juntó las cejas.

—Demasiado fuerte —jadeó—. Dígale a ese muchacho que no lo deje reposar tanto tiempo. —De todas maneras, siguió bebiendo. Era obvio que la conversación y el humo del cigarro le habían dejado la garganta seca. Volvió a agitar la mano para apartar el humo. Dio otro sorbo y continuó—: Cuanto más lo pensaba, más extraña me parecía la visita de Molyneux. Incluso hablé con todos los agentes inmobiliarios de Cirencester, que no son tantos. —Volvió a poner la taza y el plato sobre la bandeja—. No hubo ninguna subasta en la zona en los

últimos meses.

Michael se dispuso a interrumpirla, pero ella se lo impidió con un gesto.

—Creo que ese hombre, Molyneux, vino a mi casa para echar un vistazo. Tenía preparada la mentira sobre la subasta, vino dispuesto a ofrecerme mil libras por este cuadro, aunque usted diga que probablemente no lo valga, y ahora parece que alguien se preparó para entrar en mi casa a robar exactamente el mismo objeto. Le diré algo más: Molyneux es muy alto, creo que mide más de un metro noventa. Igual que el ladrón. —Miró fijamente a Michael—. Hay algo en este cuadro, algún misterio, que hace que valga la pena robarlo. Tal vez esté relacionado con los documentos que no pude comprar, o tal vez no. En cualquier caso, Edward Ryan, que era amigo de mi padre, me dijo que era un misterio de los que a usted le gustan. No sé adónde puede llevarnos ni si hay dinero en ello, pero estoy dispuesta a darle la mitad de lo que consigamos. Edward dijo que eso despertaría su instinto de jugador. —Volvió a frotarse el ojo con el nudillo—. ¿Es así?

Michael hizo girar el habano entre sus dedos nuevamente. Dio una calada, pero dirigió el humo lejos de Isobel Sadler. Probó el café; sí, estaba frío. Repasó en su mente lo que ella le había contado. Para empezar, era una historia desquiciada. Por otra parte, él creía que Ryan e Isobel Sadler estaban sobreestimando su capacidad como investigador; nunca antes se había topado con algo como esto.

Isobel Sadler se llevó la mano al cuello. La suave piel de éste presentaba un fuerte contraste con la rugosidad de las manos; sí, estaba claro que esa mujer necesitaba dinero. La granja debía de traerle muchos problemas, pero… el cuadro no era lo bastante interesante como para seguir adelante.

Por fin, él habló:

—Admito que la visita del tal Molyneux y el robo parecen una coincidencia, pero las coincidencias se dan. Con frecuencia, no son más que eso: coincidencias.

—¿Por qué mentiría sobre la subasta en Cirencester?

—La gente miente todo el tiempo, muchas veces sin tener buenas razones.

—De acuerdo, le daré otro motivo para ayudarme. Llevo un año y medio viviendo sola, desde que murió mi padre. Apenas puedo mantener la granja. Tengo un capataz, pero eso es todo. No puedo contratar más peones, así que tengo que trabajar la tierra yo misma. Desde el robo estoy asustada, como nunca lo había estado. Sencillamente no puedo permitirme el lujo de instalar un caro

sistema de alarmas. Así que me gustaría sacar ese maldito cuadro de la casa, incluso aunque no valga nada. Por otra parte, si vale algo, aunque sólo sean unos miles de libras, me vendrían muy bien.

—Pero no vale nada —dijo Michael—. Estoy seguro.

—¡Venga! ¿Acaso ustedes, los marchantes, nunca se equivocan? —Tosió y apartó una nube de humo que le rodeaba la cara—. Creo haberlo leído alguna que otra vez en los periódicos. ¿No puede investigar un poco? Tal vez Holbein pintara una parte de él, o tal vez perteneciera a alguien famoso. Eso lo haría más valioso, ¿no es cierto? Por favor, no me diga que no. —De pronto pareció mucho menos compuesta que antes. Su pelo se había caído hacia adelante nuevamente y esta vez dejó que le colgara—. Yo no quiero deshacerme del cuadro, pero tampoco quiero que esté en mi casa ahora. ¡Por favor!

¿Estaría actuando? No parecía de las que se asustaban con facilidad, pero estar sola en una granja grande era muy distinto, suponía Michael, de vivir en un pequeño apartamento en el centro de Chelsea, como él. Notó que las mejillas de Isobel se habían ruborizado. Tenían un resplandor rosado, como la cara de la mujer de la pintura que estaba restaurando el viejo Julius. Eso lo ayudó a decidirse. Era posible que la mujer de Dover Street le representara un dividendo adicional no solicitado. En ese caso, probablemente podría permitirse el lujo de dedicar un poco de tiempo a la mujer que tenía delante, incluso a pesar de que Greg no le agradeciera esa carga adicional de trabajo.

—De acuerdo, de acuerdo. Usted se presenta aquí sin previo aviso, me insulta, critica el café y hace gestos groseros respecto de mis cigarros. Irresistible. ¡Endemoniadamente encantadora! —Pero luego sonrió y asintió—. Me encargaré de cuidarle el cuadro, pero por un precio, y sólo durante una semana, más o menos. Si no consigo averiguar nada en ese lapso, tendré que devolvérselo. ¿Trato hecho?

—¿Qué quiere decir con «por un precio»?

—Edward Ryan no estaba del todo en lo cierto. Yo, más que un jugador, soy una persona a la que le gustan las apuestas. Es una diferencia importante, al menos para mí y mis amigos. Yo no apuesto en las carreras ni en los juegos de naipes y no soporto la ruleta, por lo menos durante mucho tiempo. En esa llamada telefónica que usted acaba de oír yo estaba incurriendo en mi mayor debilidad. Aparte de este cigarro, por supuesto. Y el *whisky* y el chocolate. —Sonrió—. Usted no debe de haberse enterado, porque estábamos encerrados aquí, pero acaban de anunciar que la actriz de cine Margaret Masson se ha

divorciado por quinta vez. Ahora bien, yo pertenezco a un pequeño club de apuestas. Muy pequeño, somos sólo seis miembros. Cada primero de enero ponemos dos mil libras cada uno, y el dinero va a parar a manos del que, antes de la siguiente Navidad, piensa en la apuesta más divertida. No lo hacemos con regularidad, sólo cuando aparece algo en las noticias que despierta nuestra imaginación. Las sumas de las apuestas están limitadas a cien libras cada uno, pero a finales de año decidimos por votación a quién se le ha ocurrido la mejor idea de los últimos doce meses. El afortunado se embolsa diez mil libras, un bonito regalo de Navidad. El que llamó era un amigo, miembro del club. Su idea, que es buena, es que apostemos sobre cuánto tiempo pasará hasta que la señorita Masson anuncie su próximo compromiso. Como oyó, yo he optado por tres semanas.

—Lo que usted haga en su tiempo libre es cosa suya, pero ¿por qué me lo cuenta?

—Porque quiero proponerle una apuesta.

—Yo no juego.

—No sea tan quisquillosa. Aún no le he contado de qué se trata.

Isobel Sadler se quedó callada.

—No se preocupe, sólo tengo vicios menores. —Notó que su cigarro estaba apagándose y le acercó una cerilla. Hizo girar el puro sobre la llama e inundó la sala con nubecillas de humo—. Una cena.

Ella lo miró.

—Si encuentro cualquier cosa en su cuadro que usted no había visto y que incremente su valor, aceptará cenar conmigo algún día que esté por Londres.

—¿Suele cenar con mujeres extrañas?

—Usted no es tan extraña. Rita Hayworth no se habría puesto una falda escocesa, y al parecer a usted le gusta el café frío, pero no tiene otras peculiaridades, por lo que puedo ver.

Ella sonrió.

—No sé si quiero ganar o perder esa apuesta.

—¿Entonces acepta?

—Con la condición de que usted no fume uno de esos objetos espantosos hasta el final de la cena.

—De acuerdo.

—Gracias. —Ella lanzó un suspiro y se puso en pie rápidamente—. Comenzaba a pensar que el cuadro estaba trayéndome mala suerte. —Empezó a

abrocharse el cinturón del impermeable—. Vengo a Londres una vez por semana. Necesito estar fuera de la granja una noche de vez en cuando o me volvería loca. ¿He de venir a verlo la semana que viene?

—No. Déme dos semanas. Hay otras cosas de las que debo ocuparme, ¿sabe? —dijo con una sonrisa—. Tengo una galería que dirigir, habanos que comprar, apuestas que ganar. —Se estrecharon las manos.

—Muy bien. Dentro de dos semanas, entonces. Vendré a la misma hora que hoy.

Michael abrió la puerta y la acompañó hasta la galería. Allí le enseñó una acuarela en la que se veían casas de piedra.

—Esto se pintó cerca de su casa, en Broadway, Worcestershire. Es de Sargent. Él vivió allí durante un tiempo. Henry James solía visitarlo.

Miraron el cuadro durante unos momentos y luego Michael abrió la puerta de la galería. Isobel Sadler vaciló en la entrada principal de Mason’s Yard y dijo:

—Hermosa galería, señor Whiting.

—Gracias.

—Sí. ¿Cómo la describiría…? —Hizo una pausa, con una ceja arqueada en el ángulo más agudo que él había visto—: «¿Vale la pena desviarse para verla?».

DOS

En los días posteriores a la visita de Isobel, Michael y Gregory Wood estuvieron muy ocupados. Se celebró una subasta en Yorkshire a la que tuvieron que acudir, puesto que ofrecían retratos irlandeses del siglo XVIII, lo que les llevó otras cuarenta y ocho horas de la semana, y Michael se vio obligado a recibir y agasajar a un coleccionista australiano que se había presentado de improviso en Londres y que decía estar muy interesado en Gainsborough. Ello supuso tres desayunos seguidos en el Westbury Hotel.

Además, estaba la boda de Robyn. Hasta entonces, la hermana menor de Michael había llevado una vida itinerante. De profesión zoóloga, tras cumplir los veinte años se había dedicado a recorrer los rincones más remotos de la Tierra, estudiando la fauna. Ahora trabajaba en una reserva de animales cerca de Bath. Su futuro marido era un joven profesor de Oxford y, debido a que el padre de Michael y Robyn había muerto, Michael era el encargado de entregar a la novia. La boda tuvo lugar en la iglesia de Somerset, y Robyn, por una vez en la vida, estaba demasiado nerviosa para burlarse de Michael. Él la hizo reír cuando le dijo que su vestido de encaje de estilo antiguo la hacía parecer «endemoniadamente ochocentista» y a ella le encantó su regalo, un pequeño óleo de Roelandt Savery que mostraba a los animales entrando en el arca de Noé. Michael, que nunca había visto a su madre tan serena desde la muerte de su padre, emprendió el regreso a Londres muy contento y dispuesto a realizar algunas averiguaciones para Isobel Sadler.

Cuando ella volvió a aparecer en la galería, dos semanas después de su primera visita, Michael no la recibió en el santuario, sino en el despacho del primer piso, encima del salón principal. Elizabeth Allsopp, la secretaria de Michael, le indicó que subiera. En esta ocasión, Isobel había dejado su impermeable abajo, para que se secara, y a Michael le pareció que el vestido verde que llevaba no combinaba del todo con su cara. Notó que ya no llevaba la tirita en la mejilla. Pero el cabello seguía cayéndole a un costado y se parecía más que nunca a la Hayworth.

—Espero que no haya habido más robos —dijo él después de que ella se sentó.

—No, gracias a Dios. Menos mal. Con todo lo que ha llovido desde la última vez que nos vimos, nos retrasamos con el ensilado. —Se apartó el pelo de la cara, un gesto con el que Michael ya se había encariñado—. ¿Alguna noticia?

Michael señaló un punto en la pared, detrás de la cabeza de Isobel. Ella se volvió. El pequeño despacho, que tenía dos ventanas altas que daban a Mason's Yard, estaba tapizado desde el suelo hasta el techo con libros de arte y catálogos de subastas, excepto por un rincón frente a su escritorio, que Michael siempre dejaba libre para colgar su cuadro favorito del momento, o alguna pintura que estuviera investigando. El cuadro de Isobel Sadler estaba en ese rincón.

—Cuando vayamos a cenar… —Sonrió y levantó las manos para no darle demasiadas esperanzas cuando ella se volvió hacia él con entusiasmo—. Hay buenas noticias… y también malas. Por un lado, sí, creo haber resuelto su misterio… Por el otro, podríamos apostar a que he descubierto otro, más tentador.

Ella puso el codo sobre el borde del escritorio y apoyó la barbilla sobre la mano.

—Ryan tenía razón: es usted un buen detective.

Michael sacudió la cabeza.

—Un momento. Hasta ahora no ha sido difícil. Si estoy en lo cierto, los verdaderos problemas aún no han comenzado.

Cogió un puro del cenicero y se lo metió en la boca. Se había quitado la chaqueta, dejando al descubierto un par de tirantes de un color escarlata subido. Enganchó el pulgar debajo de uno de ellos y volvió a mecerse en su silla.

—En primer lugar, descartemos a Holbein. Le enseñé su cuadro a Frank Cobbold, de la National Gallery, el principal especialista en Holbein que hay en Gran Bretaña en este momento, y él confirmó que no hay ni una insinuación del maestro. De modo que podemos olvidarnos de eso.

Ella se movió ligeramente y se mordió el labio. Luego sopló el humo del cigarro hasta que éste volvió hacia él.

—¿Qué más?

—No puedo ir muy de prisa. He de explicárselo por orden o, en caso contrario, puede ser muy confuso. —Michael miró por la ventana hacia la plaza. El tiempo había cambiado; llovía a raudales, justo a tiempo para empapar los trajes alquilados y los pintorescos sombreros que podían verse en las carreras de

Ascot. Dio una calada a su cigarro—. Cobbold también señaló algo que yo debería haber recordado. Casi no hubo ningún paisajista inglés en el siglo XVI. Es posible que su cuadro fuera pintado en Inglaterra, pero el artista, probablemente, era flamenco. En realidad no he podido averiguar quién lo pintó pero, como le mostraré en su momento, tal vez eso no tenga importancia. De hecho, olvidémonos por completo del cuadro y concentrémonos en los documentos que usted no compró. Sé que no me lo pidió, pero lo primero que hice, después de esa rápida confirmación de Cobbold, fue ponerme en contacto con Sotheby's. Me pareció que podría examinar más de cerca los documentos en cuestión. Tal vez usted no lo supiera pero, según el catálogo de Sotheby's, los documentos que trató de comprar eran propiedad de un tal Matthew Hope. ¿Le dice algo el nombre?

Isobel Sadler negó con la cabeza.

—Como él no estaba interesado en mantener el anonimato, en Sotheby's no tuvieron problemas en darme su dirección. Hope es un párroco retirado que vive en Lincolnshire. En este punto tuve un golpe de suerte, puesto que debía trasladarme a Yorkshire por otro asunto. De modo que, en lugar de tomar el tren, cogí mi coche y fui a visitar al amigo Hope. Es un tipo muy parlanchín y no le molestó en lo más mínimo que en Sotheby's me hubieran dado su dirección. Tiene setenta y ocho años pero está completamente lúcido y le gusta tener a alguien con quien charlar. Al igual que usted, se interesa por el siglo XVI, pero en su caso, como es un párroco, su interés principal es la forma en que el protestantismo surgió en Inglaterra a partir de la disolución del catolicismo. Naturalmente, estaba fascinado por todo lo que tuviera que ver con el cierre de los monasterios y en una época llegó a acumular una buena colección de documentos relacionados con ese asunto. Digo «en una época» porque ha ido vendiéndolos poco a poco para complementar su pensión.

Isobel asintió con un gesto reflejo. Michael se dio cuenta de que se identificaba con aquel pobre hombre.

—Los documentos que a usted le interesaban habían sido los últimos en caer bajo la maza del subastador. Pero, y he aquí la buena noticia, él había hecho fotocopias de todo lo que tenía. Yo le comenté, con toda sinceridad, que había acudido a él para cumplir con un encargo muy sencillo, y que estaba de paso de Yorkshire, donde había una subasta. Le conté que una amiga mía, cuyos antepasados aparecían mencionados en la última serie de documentos que él

había vendido, había querido comprarlos, pero que alguien se le había adelantado. Sí, respondió él, la suma que había recibido por ellos era superior a lo que esperaba. Entonces le pregunté si estaría dispuesto a dejarme hacer fotocopias de sus fotocopias de los documentos. No se opuso, y, después de un par de copas de jerez y de que yo le diera mi opinión sobre un cuadro que él tenía, fuimos juntos a Market Rasen, donde había una copistería.

Michael se inclinó hacia adelante, volvió a poner el habano en el cenicero y abrió un cajón de su escritorio. Sacó una carpeta con unas hojas.

—Aquí están. Podrían ser más nítidas, pero creo que sirven para lo que necesitamos.

Isobel Sadler cogió la carpeta. La abrió y examinó los papeles. Después de unos momentos, levantó la mirada.

—No son cartas. Y están en latín.

—¿No sabe usted latín?

Isobel enarcó las cejas.

—Soy granjera.

Michael asintió.

—Sé que usted estaba más interesada en las cartas. Están en una carpeta aparte, en este cajón. Pero los documentos en latín son mucho más fascinantes.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—El más importante consiste en un inventario, una lista de los objetos que se encontraban en un monasterio de Somerset, cerca de la aldea de Monksilver. Ahora bien, he mirado en los libros de historia y, efectivamente, ése es uno de los monasterios con los que Bill el Malo estuvo relacionado. Sir William visitó Monksilver en noviembre de 1537 para evaluar sus bienes y supervisar su clausura. Pero, al parecer, llegó demasiado tarde. La mayoría de los objetos más valiosos habían desaparecido cuando él se presentó. Dos de las cartas que a usted le interesaban se relacionan con su llegada a Monksilver, donde encontró tan sólo el techo principal intacto y algunos de los cristales de las vidrieras. Pero gran parte de los tesoros, que eran muchos, ya no estaban. Se habían esfumado en el aire de Somerset.

Michael volvió a coger los documentos fotocopiados de manos de Isobel Sadler y los dispuso delante de él.

—Monksilver, según he podido averiguar, era un monasterio rico. Los monjes practicaban la medicina, ¿no es increíble? Y tenían varios benefactores, pacientes a los que ellos habían curado. —Notó una expresión de desconcierto

en el rostro de la mujer y pasó a explicarle lo que él mismo había descubierto apenas unos días antes—. Aquélla era una época anterior a la medicina propiamente dicha, no lo olvide. Los monjes eran hombres educados y una gran cantidad de ellos habían viajado mucho; recopilaban curas y tratamientos en sus viajes y aprendían a usar las hierbas como medicinas. Había otro monasterio similar en Evesham que también se enriqueció gracias a la medicina; no era nada extraño en aquellos tiempos.

—¿Monjes ricos?

—Los monjes habían hecho voto de pobreza, desde luego, pero el dinero que ganaban revertía al monasterio, y no sólo a la estructura del edificio; compraban libros y manuscritos, mandaban hacer candelabros, relicarios, crucifijos con joyas. Éste se hizo famoso por sus tesoros, la mayoría de los cuales eran de plata. Por eso ahora la aldea se llama Monksilver: «Plata de los monjes». Pero —añadió— nadie halló jamás ninguno de esos tesoros, ni sir William ni ninguna otra persona. Según la leyenda, que también he encontrado en los libros, los monjes trasladaron la plata al norte, con la intención de esconderla en una de las numerosas cavernas de las colinas Mendip. Por desgracia, salieron con tanta prisa que cogieron un atajo a través del estuario del río Parrett, al norte de Bridgwater. Al parecer, los carros en los que viajaban iban tan cargados que apenas podían recorrer tres kilómetros por hora. De allí la necesidad de un atajo. Pero tuvieron mala suerte: cruzaron el Parrett en octubre, cuando las mareas del canal Severn son especialmente fuertes. —Michael cogió un par de tijeras y las dejó caer sobre el escritorio—. Quedaron atrapados en mitad del estuario y todos los tesoros se hundieron y desaparecieron.

Isobel Sadler lanzó un gemido, pero Michael levantó la mano.

—Sin embargo, sí se encontró un inventario, una lista de las cosas más hermosas que alguna vez adornaron la abadía. Sir William incluso se refiere a él en una de sus cartas. Fíjese…

Michael cogió otra carpeta de su cajón. Sacó una hoja y la giró para que Isobel pudiese leer lo que él señalaba: *Monksilver estaba yermo como el vientre de una monja. ¡Orden de canallas! ¡Romanos granujas! Un índice de mobiliarios hablaba de una dote de la que el rey y yo mismo hemos sido despojados. Monksilver no valía un cobre.*

Michael se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice y siguió hablando.

—Los monjes, que evidentemente tenían buenos contactos gracias a su práctica de la medicina, habían sido advertidos de la visita de sir William. No ocurría muy a menudo, pero ocurría. Ahora, examine este inventario.

Isobel Sadler se inclinó hacia adelante. Michael pasó otra página y se la acercó.

—Ésta es una traducción aproximada del latín. Mi hermana acaba de casarse con un profesor de Oxford que me ayudó.

Lo que Isobel leyó decía:

> Oh, Señor, protégenos a nosotros y todo lo que te pertenece.
> Concédenos tu visión y un espíritu fiel para seguir tu camino en tiempos difíciles.
> Dirígenos, Señor.
> Aquellos que buscan el Reino de los Cielos en la Tierra.
> Seguramente te encontrarán, porque tú has dicho, «Yo soy el Camino».
> Las llaves del Reino de los Cielos son tan sólo tuyas.
> Abadía de San Pedro, en Monksilver

Este registro fue escrito en el año de Nuestro Señor de 1537.

El relicario de una mano, en plata, con un anillo de esmeraldas en el tercer dedo. Engaste de rubíes (no se aprecian los huesos)… Un mapa de la Vera Cruz, en plata con incrustaciones de esmeralda… Un jarrón en forma de águila, en pórfido pulido con una cabeza de oro y, como asas, alas doradas… Un báculo de marfil de elefante, en el que aparecen representadas tres escenas de la Vida de Cristo. El pomo va esmaltado en *cloisonné*.. Cuatro candelabros bañados en plata, en los que se ven peces, leones, dragones y grifos sometidos por el hombre… Evangelios franceses, que representan la Pasión con sangre de rubíes y un broche de plata… Pebetero e incensario de plata alemana, con un león a cada extremo y el incensario afiligranado… Cáliz bañado en plata de España, un collar de marfil tallado con hojas y, en el borde, las palabras «De este cáliz se bebe el puro fluir de la Sangre Divina»… Cruz de altar, bañada en plata, con amatistas y cornalinas, y con miniaturas pintadas en vitela. Dentro de la cruz, listas de reliquias cubiertas con tablillas de cristal.

Ninguna llave excepto ésta [dibujo de cruz invertida].

—¿Qué es el relicario de una mano, y engaste de rubíes? —dijo Isobel—. ¿Y un mapa de la Vera Cruz? El resto creo que lo entiendo. Más o menos.

—Sí, a mí también me confundieron, de modo que le pregunté a un viejo amigo del Victoria and Albert Museum. Un relicario, como sabe, es una especie de recipiente que contiene las reliquias de un santo. El relicario de una mano se refiere a una estatuilla en forma de mano. Ésta es de plata y originalmente contenía los huesos de la mano de un santo, por eso se le daba esa forma. «Engaste de rubíes» significa que los pequeños paneles de cristal en los dedos de la estatuilla, a través de los cuales podían verse las reliquias, estaban, en realidad, hechos con rubíes. Un mapa de la Vera Cruz, según he averiguado, era un mapa de Europa y Oriente Medio hecho de plata en el que se señalaban todos los sitios donde se creía que se conservaban fragmentos de la Auténtica Cruz. Los lugares sagrados se marcaban con esmeraldas. Los relicarios de manos no son tan poco comunes, pero sí los que están hechos de plata. El mapa es más raro; sólo se conoce uno, que está en el Rijksmuseum, en Amsterdam.

—Fascinante, y espeluznante. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el cuadro?

—Estaba llegando a eso. En primer lugar, al parecer no es cierto que la plata de Monksilver desapareciera, como sostiene la leyenda.

—¿Ah, no?

—No. El reverendo Hope me lo explicó. Aparentemente, la leyenda de Monksilver es idéntica a la historia de la pérdida del tesoro del rey Juan, que desapareció en las ciénagas del Wash en octubre de 1216. Los detalles son idénticos, incluso la referencia a las carretas que sólo podían avanzar a tres kilómetros por hora. Es cierto que el tesoro del rey Juan se encuentra en los marjales del Wash, y cualquiera podría toparse con ellos incluso hoy en día. Entonces la historia de Monksilver podría ser una cortina de humo, para desanimar a Bill el Malo y a otros como él.

—¿Está diciéndome que…?

—Un momento. Escuche el resto. —Levantó el cigarro del cenicero y le dio una calada—. Ahora viene la noticia importante. Hay una conexión entre el inventario y su cuadro.

—¿Qué? —Ella lo contempló fijamente—. ¿En serio?

—¿Cuántos objetos aparecen enumerados en el inventario?

Ella bajó la mirada y contó.

—Nueve.

—¿Y cuántas figuras aparecen en el cuadro?

Isobel giró y volvió a contar.

—Nueve… pero…

—Correcto. Ahora examínelas más de cerca. ¡Cada figura del cuadro está relacionada con un objeto de esta lista! El hombre de la túnica extraña está de pie junto al jarrón del águila, el esqueleto lleva un báculo… ¿Lo ve?… Un monje lleva los Evangelios, y el otro tiene el candelabro. Están todos ahí, los nueve.

Ella se volvió para mirar a Michael.

—¿Qué significa esto?

Michael se levantó y rodeó el escritorio. Se detuvo delante del cuadro.

—A partir de ahora, no son más que conjeturas. Teoría pura. No he constatado lo que voy a decirle con ninguna autoridad en la materia, de modo que puedo estar completamente equivocado. Pero veamos si logro convencerla a usted. —Hizo una pausa y le dio una calada al puro—. De acuerdo, allá vamos. —Hizo un gesto señalando los documentos de su escritorio—. Eche otro vistazo al inventario. Nos cuenta algo que no sabíamos hasta ahora: el nombre de la abadía.

—San Pedro.

—Exacto. Ahora mire las últimas palabras de la lista.

Isobel Sadler bajó la mirada por el papel.

—«Ninguna llave excepto ésta»…, y luego aparece una…, bueno, parece una cruz.

—¡Correcto! Pero una cruz muy especial…

Isobel frunció el ceño. Sus cejas se levantaron, luego descendieron y se acercaron entre sí.

—¿El travesaño está más bajo de lo que debería?

—¡Endemoniadamente asombroso! Diez puntos. Lo ha visto. Salvo que en realidad el travesaño se encuentra en la posición exacta en la que debería estar, porque la cruz está *al revés*. Comencemos con el hecho de que Monksilver estaba dedicado a san Pedro. Según la Biblia, Jesús le entregó a Pedro las llaves del Reino de los Cielos. Por eso la insignia papal, en San Pedro, en Roma, es una cruz formada con llaves. Luego, según la leyenda, al final de sus días Pedro fue crucificado cabeza abajo. —Michael se aflojó la corbata y se desabotonó el cuello de la camisa—. Ahora detengámonos en la posibilidad de que estos nueve artículos no se perdieran en las arenas del estuario de Severn cerca de Bridgwater, sino que los hubieran escondido en alguna otra parte. Creo que la frase «ninguna llave excepto ésta» seguida del dibujo de una cruz invertida se

colocó allí como un indicio de dónde habían ocultado los tesoros de san Pedro. En realidad, el redactor de ese inventario nos dice «Buscad otra cruz invertida». Ahora mire esto.

Michael giró y con la punta del dedo siguió el trazo del borde de la cortina roja que ocultaba parcialmente la capilla del cuadro. Desde arriba hacia abajo, más o menos a la mitad, la cortina se inclinaba un poco y mostraba, semiescondido detrás de ella, un pequeño objeto colgado en una pared. Se trataba de una moldura de metal con la forma de un hombre crucificado cabeza abajo.

—Y usted cree que…

—«Creer» es una palabra muy fuerte. Si mi hermana estuviera aquí con nosotros diría que soy un optimista incorregible, como Micawber, el personaje de Dickens. Pero es posible…, tan sólo posible, que, si lo vemos todo en conjunto, esta cruz invertida relacione la abadía de Monksilver con el inventario y con su cuadro. A la mentalidad medieval le encantaban las adivinanzas. Nada les gustaba más que una sesión de acertijos e interrogantes. Creían que los conocimientos secretos debían ocultarse de esa manera para que siguieran siendo especiales. Me parece que es muy probable que los monjes de Monksilver ocultaran sus tesoros antes de la llegada de sir William y que, al no saber qué ocurriría con la orden, si se los dispersaría o si serían enviados a prisión, o algo peor, el abad mandó pintar este cuadro como un registro secreto para indicar dónde podrían estar ocultos los tesoros.

—¿Micawber? ¿O Maquiavelo?

—Muy cruel de su parte… Pero escúcheme. En los siglos XV y XVI los cuadros estaban llenos de símbolos, y la gente educada se enorgullecía de poder «interpretarlos». Es posible que el abad de Monksilver planeara quedarse con el cuadro, o quizá tuviera intención de mandárselo a otro monje o abad en un monasterio más seguro. Por otra parte, fíjese en las frases que aparecen como preámbulo del inventario. Eso también era habitual en aquellos tiempos… pero vuelva a leerlas, teniendo en cuenta lo que sabe ahora. Todas las palabras se refieren a seguir caminos, tener una visión especial, buscar el cielo en la tierra, encontrar la llave. «Seguir», «buscar», «encontrar»: ésos son los verbos. Cualquier otro monje que leyera esas palabras seguramente ya sabría que los tesoros de Monksilver habían desaparecido. Pero ninguno tuvo la oportunidad de leerlas. Bill el Malo llegó antes. Teniendo en cuenta que el cuadro lleva tanto

tiempo en su familia, debió de ser una de las pocas cosas que sir William logró confiscar en Monksilver.

Isobel Sadler frunció el ceño.

—Es ingenioso, lo admito. Ryan tenía razón respecto a usted. Es cierto que piensa como un detective. Pero también es un apostador. Todo esto me suena muy improbable y exagerado.

—Es posible. Pero hay algo más. Cobbold me lo sugirió sin darse cuenta cuando le mostré el cuadro. Fue él quien encontró el crucifijo semiescondido. Me dijo que, aunque su cuadro no era de Holbein, esta idea sí había sido tomada de uno de los cuadros de Holbein que, precisamente, se encuentra en la National Gallery. El cuadro, que se llama *Los embajadores*, es de 1533, y muestra a dos hombres vestidos con pieles y rodeados de instrumentos astronómicos y matemáticos. Pero también puede verse en él un crucifijo semioculto detrás de una cortina. Fui a verlo ayer mismo, para refrescarme la memoria.

—¿Quiere decir que se trata del mismo crucifijo?

—La semejanza es notable, salvo que en el cuadro de Holbein el crucifijo no está cabeza abajo, por supuesto. En cualquier caso, este elemento, según Cobbold y todos los manuales que también he consultado, por lo general significa que el artista está diciendo que la verdad, la verdad cristiana, siempre está escondida, y que sólo puede ser descubierta por medio de la diligencia y el estudio. Todo encaja.

La chispa que apareció en los ojos de la mujer le hizo ver a Michael que, a pesar de sí misma, estaba empezando a creerlo y a compartir su entusiasmo. La pátina plateada que surgía del empedrado mojado de la plaza al otro lado de la ventana se reflejaba en esos ojos. Pero Isobel Sadler tenía más dudas.

—¿Por qué sir William no llegó a la misma conclusión? Él vivía en una época en la que, como usted dice, abundaban las alegorías y los sortilegios.

—Buena pregunta. En realidad, yo creo que sir William sí tenía idea de lo que ocurría. Tal vez por eso confiscó el inventario y el cuadro. Me parece que su intención era buscar el tesoro él mismo en una fecha posterior, pero nunca encontró la oportunidad de hacerlo. El rey lo mantenía muy ocupado, y Bill el Malo tenía cosas más importantes de las que encargarse que ir en busca de tesoros ocultos. Había muchos otros monasterios menos organizados que Monksilver. Según el reverendo Hope, ese mismo mes sir William estuvo en Gloucester y en Worcester. Y, como usted sabe, murió antes de que terminara el año. Puede ser que en ese momento el inventario y el cuadro se separaran.

—Pero… al margen de dónde estaban escondidos, sin duda los monjes fueron a recuperarlos en cuanto pudieron. Usted no creerá que todavía estén…, bueno, enterrados o guardados en alguna parte, ¿verdad? Todo esto ocurrió hace más de cuatrocientos años.

Michael se encogió de hombros.

—Aquí llegamos a la parte difícil. ¿Emprendemos la búsqueda nosotros mismos, o no es más que una idea romántica y una pérdida de tiempo? Mi hermana diría que tengo el complejo de Micawber. Como bien dice usted, ya han pasado cuatro siglos desde que se escondieron estas cosas. —Agarró el cigarro del cenicero y le dio una chupada—. Pero también es cierto que es habitual que algunas obras de arte se pierdan durante muchos años. Hay un pebetero y un incensario en el Victoria and Albert Museum que estuvieron desaparecidos durante quinientos años antes de reaparecer en Cambridgeshire, descubiertos por un hombre que estaba pescando anguilas. Todos los años se encuentran alrededor de media docena de cuadros de grandes maestros en algún ático o en algún viejo caserón de la campiña. La cuestión es que, por lo que se sabe, hasta ahora no ha aparecido ninguno de estos nueve objetos tan valiosos. Eso significa que es bastante probable que todavía se encuentren en el lugar en que los ocultaron, o bien que se hayan perdido para siempre.

—¿Cómo son de valiosos? —preguntó Isobel Sadler con un resplandor en los ojos.

—¡Ah! Otra buena pregunta. Es posible que quede más aturdida cuando vea esto. —Michael regresó a su escritorio y volvió a rebuscar en el cajón—. No es fácil evaluar esta clase de objetos, ¿sabe?, puesto que no hay dos obras de arte exactamente iguales. Pero mis amigos de Sotheby’s me ayudaron con los registros que tenían en sus ordenadores. —Sacó otra hoja del cajón y se la pasó a Isobel—. Esto es lo mejor que pude conseguir, teniendo en cuenta las circunstancias. Las cifras de la derecha son las sumas obtenidas en subastas por objetos muy similares a los de la lista de Monksilver.

Isobel Sadler puso ambos codos sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante para examinar la lista. Casi de inmediato, dejó escapar un gemido involuntario. Lo que leyó era lo siguiente:

1	Mano	£ 2 000 000
2	Mapa	£ 3 500 000
3	Jarrón en forma de águila	£ 750 000
4	Báculo de marfil	£ 450 000
5	Candelabros	£ 1 000 000
6	Evangelios	£ 4 000 000
7	Incensario, etc.	£ 1 000 000
8	Cáliz	£ 450 000
9	Cruz de altar	£ 2 000 000
		Total £ **15 150 000**

—No puedo creerlo.

—Debería. Estas cifras son bastante conservadoras. Por ejemplo, el récord mundial por un manuscrito, los Evangelios de Hughes de Lionne, es de once millones de dólares, es decir, ocho millones cien mil libras. Pero eso fue en 1983. Los Evangelios de Monksilver podrían llegar al doble de la suma que figura en esa lista.

La mirada de Isobel iba y venía de Michael a las cifras que tenía en el papel delante de ella.

—Pero… lo que quiero decir es… si encontramos algo de esto, ¿quién sería el propietario?

—Esa también es una buena pregunta. En parte depende de dónde se encuentre y en parte de qué ocurrió con la orden a la que pertenecía San Pedro. La ley de hallazgos de tesoros es clara: los objetos pertenecen a la Corona, que se los cede al Tesoro, que a su vez se los cede al Museo Británico. Si éste lo acepta, y casi no queda duda de que aceptaría estos objetos, le pagan al que los encontró el valor total del mercado. —Hizo una pausa—. En otras palabras, nos quedaríamos con más de quince millones de libras, que dividiríamos mitad y mitad. Eso le alcanzaría para comprarse unos cuantos tractores.

Durante un momento, se creó un profundo silencio en el despacho de Michael. El único sonido era el zumbido distante del tráfico que corría por Duke

Street.

Por fin, Isobel dijo:

—No puedo creer que unos tesoros como ésos permanecieran ocultos tanto tiempo sin que nadie los encontrara, o se tropezara con ellos accidentalmente.

—Lo sé. Pero si hubiera ocurrido algo así, seguramente lo sabríamos. Algunos de esos objetos son tan importantes que habrían terminado en museos. Sabemos que ése no es el caso. Además, ¿no olvida algo?

—¿Oh, sí? ¿Qué?

—El ladrón. Él sí estaba convencido de que había algo de interés en todo esto. He preguntado a algunos marchantes que se especializan en objetos medievales y a algunos de los que trabajan en la casa de subastas, y ninguno de ellos ha oído jamás hablar de alguien llamado Molyneux. De modo que es posible que le diera un nombre falso. Quizá supiera leer latín y descubriera el significado del inventario. En sí mismo, no valía mucho, por supuesto, pero tenía interés académico, sin duda lo bastante como para que él invirtiera la suma que ofreció. Sin embargo, su presencia en la sala de subastas fue un beneficio extra para él. Cuando se enteró de que usted era de la familia Sadler, debió de ver inmediatamente una oportunidad. A esas alturas no sabía de la existencia del cuadro, desde luego. Es probable que fuera a su casa con la esperanza de encontrar uno o más de los tesoros del inventario y de que usted no fuera consciente de su valor; esto suele hacerse en el mundo del arte. Pero cuando vio el cuadro debió de reparar en que las figuras tenían los objetos del inventario, y debió de darse cuenta inmediatamente de lo importante que era. Por eso lo quería y por eso trató de robárselo.

—De modo que usted está convencido de que fue él, ¿no?

Michael asintió.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Por una buena razón, que espero que finalmente la convenza de que tenemos algo importante entre manos. Fíjese en esto. —Volvió a ponerse de pie y se acercó al cuadro. Sacó un lápiz de un vaso y lo usó para señalar el área del cuadro en la que se veía el altar de la capilla cubierto con un paño verde—. Fíjese en las puntillas blancas del borde. Están muy bien pintadas, ¿lo ve?

Isobel Sadler se volvió y miró el borde del paño.

—¿Sí?

—Ahora mire el diseño en su conjunto. Se parece mucho a las puntillas de uno de los cuadros de Van Eyck.

—Pero no veo…

—Hay *palabras*. Mire, justo aquí… tres palabras formadas por las puntillas.

Isobel contempló la imagen.

—¡Por Dios, es cierto! ¿Qué dicen?

—Es inglés antiguo. Dice «*Landskyp of lees*». «*Landscape of lies*», paisaje con mentiras, en inglés coloquial del siglo XX. Su cuadro tiene un título: *Paisaje con mentiras*. Pregúntese cuál puede ser la razón de ese título. La razón, Isobel Sadler, es que este cuadro oculta la verdad. Molyneux, o comoquiera que se llame, tal vez lo viera cuando fue a visitarla. Debió de darse cuenta de inmediato del significado. Por eso lo quería, por eso quiso robárselo. *Paisaje con mentiras*. ¿Me cree ahora?

El mediodía había quedado atrás y Michael supuso que ambos necesitaban un trago. Buscó una botella de *whisky* de malta de Islay que estaba escondida detrás de unos libros sobre Raeburn, Ramsay y Peploe, todos artistas escoceses, lo que él consideraba un chiste muy ingenioso.

Isobel Sadler rechazó la copa con un gesto.

—Ojalá fuera él el ladrón —dijo—. Eso significaría que lo dejé lisiado.

Michael tenía un vaso en una mano y un cigarro en la otra, lo que lo hacía sentirse inmensamente feliz.

—En realidad, se comportó de una manera muy hábil. Fue muy astuto ofrecerle mil libras para «intercambiar» el cuadro por los otros documentos. Si le hubiese ofrecido más, usted podría haber sospechado, y si hubiera aceptado él se habría quedado con el inventario y con el cuadro. Pero resulta que se ha dado la vuelta a la tortilla. Nosotros tenemos lo valioso y él no tiene nada… ¿Qué ocurre?

Isobel se había puesto de pie de un salto.

—¡Oh, no! —Tosió mientras recuperaba el aliento—. No, no. No se lo conté porque no sabía que era importante. No me pareció relevante. —Volvió a tomar aire—. Aquel día, cuando se presentó, cuando dijo que venía de Cirencester y yo le mostré la casa, él llevaba una cámara. Yo no vi que la utilizara y él no me pidió permiso, pero en un momento dado me llamaron por teléfono. El veterinario, creo que era. Durante unos minutos Molyneux estuvo a solas y cerca del cuadro. ¡Es probable que lo fotografiara!

Un prolongado silencio inundó la sala. Seguía lloviendo fuera, y por las ventanas se deslizaban goterones de agua como minúsculos caracoles que dejaban un rastro de cientos de líneas plateadas. En cierto momento Patrick asomó la cabeza por la puerta, pero antes de que pudiera decir nada Michael exclamó:

—¡Ahora, no! —Luego, con más suavidad, añadió—: Ahora no, Paddy, más tarde.

La pajarita, que ese día era azul con lunares amarillos, se esfumó.

El silencio volvió a invadir el despacho. Michael se puso a mirar por la ventana, hacia Mason's Yard. Hacía poco que se había abierto una galería nueva especializada en arte escocés. Jamás habría imaginado que hubiera tanto, pero el joven que dirigía la galería parecía tener un suministro inagotable. En ese momento estaba sacando un gran número de lienzos del maletero de un coche.

La lluvia arreciaba. Ráfagas de viento agitaban las ventanas, como si el edificio entero se estremeciera. Michael iba dando alternativamente sorbos de *whisky* y caladas al cigarro. El humo azul se disolvía alejándose de él como la estela de un barco. Se levantó y rodeó el escritorio, hasta quedar de pie frente al cuadro. Isobel Sadler lo siguió.

—De modo que Molyneux se nos ha adelantado. No sé para qué necesitaba robar el original si tenía una fotografía; para evitar que alguien lo siguiera, supongo. De todas maneras, ésa no es nuestra preocupación principal. Lo importante, me temo, es que es poco probable que podamos alcanzarlo. Una verdadera lástima lo de la fotografía. Una gran lástima. Esa instantánea puede haberle costado casi ocho millones de libras. Aun así, lo hecho hecho está, y podemos seguir adelante o abandonar la búsqueda. —Se pasó la mano por el pelo—. Le mostraré lo que he podido deducir hasta ahora y entonces podremos decidir qué vamos a hacer. Sea lo que sea, el hecho de que Molyneux tenga una fotografía significa que debemos decidirlo hoy, ahora mismo. Nos lleva bastante ventaja, así que no debemos darle más.

Michael volvió a examinar el cuadro y señaló la capilla del lienzo con la punta apagada del cigarro.

—Ésta es la parte fácil. Aquí comenzamos. ¿Ve esta columna de aquí? —Movió el cigarro de arriba abajo por una gruesa columna de mármol—. En la parte superior hay una escena tallada en el capitel, ¿lo ve?

Isobel asintió.

—Un hombre y una mujer desnudos, una manzana y una serpiente en un

árbol.

—Adán y Eva.

—La señora y el señor Edén. El Génesis. El primer libro, el principio. Hemos de empezar aquí.

Estaban tan juntos, allí de pie, que Michael podía oler el champú en el cabello de Isobel. Rosas. Movió el cigarro a la derecha. En ese sitio, debido a la forma en que estaba trazada la columna, podía verse otro costado del capitel superior.

—Esto tampoco es tan difícil. Parece un hombre con un palo bajando una escalera, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

Michael se volvió hacia un rincón del escritorio donde se veía un grueso libro en forma de ladrillo con un pedazo de papel que señalaba una página. Dejó el vaso de *whisky* sobre la mesa, se encajó el cigarro en la boca y miró el lomo del libro.

—Esto es de un norteamericano llamado Rowland. Se llama *The Classical Tradition in Western Art* y es una especie de enciclopedia de mitos y dioses. Me parece que he encontrado la referencia correcta; dígame qué le parece. —Se sentó y abrió el libro en la página que había señalado—. Aquí estamos. —Hablando por un lado de la boca, comenzó a leer—: «Vara: una vara de hierro al rojo vivo, o bastón, sostenida por una figura, por lo general un hombre, se utiliza en ocasiones para indicar la Verdad. En la tradición clásica un bastón largo se usa para disipar la Nube del Desconocimiento». —Dirigió la mirada a Isobel—. Si estoy en lo cierto, esta figura de la vara representa al lector del cuadro que busca la verdad. En ese caso, el camino que sigue esa figura es importante. Recuerde: «Seguir el camino». —Una vez más, Michael se levantó de su asiento, rodeó de nuevo el escritorio y se colocó delante del cuadro. Señaló la parte superior de la columna—. Como puede ver, la figura está bajando unos escalones. —Se sacó el cigarro de la boca y lo colocó delante del lienzo, de modo que casi tocara la parte superior de los escalones—. Ahora fíjese hacia adónde lleva ese camino.

Isobel siguió con los ojos la línea del cigarro.

—Se dirige hacia esta figura, la de la túnica y el reloj, junto al jarrón del águila.

—Sí, a mí también me lo parece. Al margen de lo que dijera su amigo Ryan, este trabajo detectivesco es nuevo para mí, pero me da la impresión de que se

nos está indicando que comencemos con la figura de la túnica.

Volvió a los libros «escoceses» y buscó la botella de *whisky*.

—¿Está segura de que no quiere un trago? Es un Laphroaig.

Ella lo rechazó de nuevo con un movimiento de la cabeza.

—A mediodía, no.

Michael se sirvió otra generosa copa y le agregó un poco de agua.

—Como ya he dicho, ésta era la parte fácil. Pero ahora no sé cómo seguir. No reconozco esa primera figura y, lo que es peor, no tengo la menor idea de por dónde empezar a investigar. —Sin embargo, pareció cambiar de idea—. En realidad, eso no es del todo cierto. Sí sé cómo moverme por las bibliotecas de arte. La cuestión es: ¿queremos seguir adelante con todo esto? ¿Vale la pena emprender esta cacería? ¿Podremos adelantarnos a Molyneux? Y, aunque lo hagamos, ¿encontraremos algo al final que valga la pena?

Isobel Sadler seguía examinando el cuadro. No dijo nada, y Michael continuó hablando:

—Jamás me he encontrado con una situación como ésta, pero sí en varias similares. Por ejemplo, a veces me pasa que sospecho que un cuadro que va a subastarse es más de lo que parece. Tiene un valor superior al que cree la casa de subastas, y hasta es posible que sea de otro pintor, mucho más conocido que el que aparece en el catálogo.

»De eso se trata todo este juego del arte. Cuando ocurre algo así, tengo que dejar todo lo demás y concentrarme en una sola cosa durante los días previos a la subasta. Me paso días enteros en bibliotecas, consultando libros y artículos de publicaciones académicas. Analizo innumerables fotografías, comparando cómo un artista dibujaba las manos, o cómo aquel otro pintaba la carne. A veces eso me obliga a examinar otros cuadros, en colecciones privadas, cuadros del artista que creo que pintó la obra que va a subastarse. Eso significa que debo averiguar en qué colecciones se encuentran esos cuadros y luego convencer a los propietarios de que me permitan verlos. Es una actividad frenética, pero muy divertida…, y lo que quiero decir es que si vamos a seguir adelante con esto, va a ser así. Tenemos que dedicar varios días, tal vez una semana, tal vez dos, a este proyecto. Y hemos de decidirlo ahora, en este momento. Debemos empezar hoy mismo si es que vamos a hacerlo. Molyneux nos lleva más de dos semanas de ventaja, lo que quizá signifique que ya es demasiado tarde. Pero la última vez que usted estuvo aquí me dio la impresión de que su granja no podría sobrevivir sin su presencia, que usted no puede estar fuera más de una noche por semana…

—dijo, sin continuar la idea.

Una vez más, se quedaron en silencio, si es que podía llamarse silencio al zumbido de un jumbo a seiscientos metros de altura y al insistente rumor de la lluvia. Por fin, Isobel Sadler apartó la mirada del cuadro, se sentó y volvió a apoyar los codos sobre el escritorio. Parecía no darse cuenta de la manera en que el vestido le ceñía los senos.

—En realidad, tengo un capataz en la granja, Tom. Se ha portado como un ángel, en especial desde el robo. —Se mordió los labios y continuó en voz baja, casi como si hablara consigo misma—: Si me tomo unos días libres en esta época del año tal vez termine marchándose. —Durante un momento, igual que en la primera visita, pareció desaparecer, preocupada, en su mundo interior.

—Entiendo… —comenzó a decir Michael, pero ella lo interrumpió.

—Por otra parte, lo que la granja realmente necesita es una inversión, un nuevo equipo… un terreno un poco más grande haría que toda la operación fuera más rentable… Mi padre jamás tuvo la oportunidad de hacerlo, pero yo sí. Acaban de ponerse a la venta ciento veinte hectáreas justo al lado. —Se frotó la nuca—. Si no puedo conseguir el dinero para comprar esos terrenos y algunos tractores nuevos, es probable que me vea obligada a vender la granja dentro de un año, más o menos… —Con un gesto ausente, apartó el humo del cigarro de Michael—. ¿Dice que serán tan sólo unos días?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez más. Si sólo hicieran falta unos días, eso significaría que Molyneux ya lo ha encontrado. Yo sé cómo funciona el mercado del arte pero, como le expliqué la última vez, en realidad mi especialidad es la pintura inglesa de los siglos XVIII y XIX. No soy el más indicado para descifrar este cuadro. Tal vez pueda encontrar los libros y los museos adecuados para averiguar más, pero quizá sea mejor, y mucho más rápido, en su interés, pedir ayuda a otra persona, alguien que pueda descifrar las alegorías mejor que yo.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No, confío en usted, señor Whiting. Me ha contado todo esto aunque no estaba obligado a hacerlo. Podría haberse limitado a tomar una fotografía del cuadro, sin decirme nada, y seguirle la pista usted mismo. En ese caso no tendría que dividir las ganancias conmigo. Si sumamos a otro experto él podría hacernos lo mismo a los dos. No sólo eso: si los estudios medievales son un campo tan pequeño como dice, cualquiera de las personas a las que podríamos acudir sería

conocido de Molyneux. Jamás podríamos estar seguros de que él no se enteraría de cada uno de nuestros movimientos. Tal y como están las cosas, si bien Molyneux lleva ventaja, no puede estar seguro de que nosotros estemos siguiendo la pista. No sabe que nosotros sabemos, ¿entiende lo que quiero decir? Tal vez no sienta ninguna urgencia. Ésa es nuestra ventaja.

—Da la impresión de que ya se ha decidido.

—Es cierto. No voy a decir que la granja es divertida, pero sí es satisfactoria. Tal vez estemos perdiendo el tiempo con todo esto. Pero no tengo alternativa. He de aprovechar cada oportunidad que se me presente. Tal vez ésta no sea muy sólida, pero es la única que tengo. De todas maneras, voy a pedirle un favor.

—¿Sí?

—Que posterguemos la cena. —Miró su reloj—. Hay un tren a las dos y media. Eso significa que no estaré de regreso en la granja hasta las cinco, cinco y media. Necesito tener libre la mayor parte de mañana para explicarle a Tom qué debe hacer en la granja cuando yo no esté. Podría regresar a Londres, con una maleta, mañana por la noche, lista para empezar temprano al día siguiente. Sé que eso significa más demoras, pero no puedo dejarlo todo de repente. En ese caso seguramente Tom se marcharía y yo no podría culparlo.

—Eso no tiene importancia. Lo que sí importa es que yo comience hoy mismo a buscar en las bibliotecas. Tal vez para cuando usted regrese a la ciudad, tenga alguna noticia. —Se le ocurrió una idea—. ¿Dónde va a hospedarse?

—No he pensado en ello. Un hotel podría ser demasiado caro, si esto se prolonga mucho tiempo.

—Podría alojarse en mi casa, en Justice Walk. Tengo un cuarto de invitados.

Ella le lanzó otra mirada penetrante.

—No, gracias, señor Whiting. Tengo amigos en Londres. Supongo que podré quedarme en casa de alguno de ellos. Cenaré con usted pronto, puesto que ha ganado la apuesta. Pero eso será todo. ¿Quién cree que soy, Rita Hayworth?

TRES

Cuando Isobel Sadler regresó a la galería de Michael, la disposición de la oficina había sufrido algunos cambios. Había dos escritorios en lugar de uno y, a fin de dejar espacio para el segundo, habían quitado varias pilas de libros que antes cubrían el suelo. Patrick Wood, que aquel día llevaba una pajarita roja, la acompañó a la planta superior. Michael estaba en el despacho hablando con un hombre alto, delgado y de calvicie incipiente. Isobel dedujo, por su semejanza con Patrick, que debía de ser Gregory, el socio de Michael. Los dos se presentaron.

—Devuélvamelo lo antes posible, señorita Sadler, por favor. Él no quiere contarme de qué va todo esto… pero… bueno, estamos acostumbrados a esta clase de misterios. La mejor seguridad es la ignorancia, supongo. Buena suerte con el proyecto, en cualquier caso, sea lo que sea. —Sonrió y salió del despacho.

Isobel miró a su alrededor. Sobre un escritorio había una jarra de café. El otro estaba lleno de montones de libros.

—He conseguido este botín en la Biblioteca de Londres, a la vuelta de la esquina —le explicó Michael, siguiendo la mirada de ella—. Tengo la impresión de que gran parte de nuestra tarea tendrá que ver con libros. Éstas son las obras de referencia sobre iconografía más conocidas. *Symbols, Signs and Meaning* de Arnold Whittick, *Symbolism in the Bible and the Church* de Gilbert Cope, *Fictitious and Symbolic Creatures in Art* de John Vinycomb, además de ese montón de allí. Le pregunté a una amiga del Victoria and Albert Museum y ella me sugirió estos títulos. No se preocupe; no le dije para qué los quería. —Señaló un escritorio—. Puede instalarse ahí. —Michael estaba de nuevo en mangas de camisa. Los mismos tirantes de color rojo escarlata, como guirnaldas de feria, le atravesaban la camisa. La atmósfera de la habitación ya estaba viciada por el humo del tabaco. Su pelo era un caos, y sin la chaqueta parecía más delgado y joven.

Isobel Sadler volvió la cabeza y miró hacia la pared.

—¿Dónde está el cuadro?

—Abajo. Estoy haciendo que lo fotografíen como es debido, a todo color.

Luego podremos guardar el lienzo en nuestra caja fuerte. Si tenemos que viajar, lo que seguramente será necesario si conseguimos avanzar en nuestra investigación, será mucho más sencillo transportar unas fotografías que el cuadro.

Ella se quitó el abrigo. Llevaba unos vaqueros y un jersey, un atuendo adecuado para ponerse a trabajar. Sirvió café para los dos.

—¿Hubo suerte ayer?

Michael negó con la cabeza mientras volvía a encender su cigarro.

—Como recordará, nuestro amigo, la primera figura, tiene el reloj en una mano con el jarrón del águila cerca. Busqué «reloj». Es evidente que simboliza el paso del tiempo, pero no veo cómo nos puede ayudar eso. Al parecer, también es un símbolo de la templanza o de la abstinencia, de alguien que se abstiene de beber alcohol o posee una naturaleza moderada. Pero tampoco le veo el sentido. No se trata del Padre Tiempo, cuyos atributos son una guadaña y un reloj de arena. Podría significar que la persona del reloj es un científico, de modo que consulté con la Royal Society. Por desgracia, esa institución se fundó en 1622.

Se sentó y bebió un sorbo de café.

—Ayer no fue un buen día. No logré resultados con el cuadro y además perdí una apuesta.

Ella le lanzó una mirada penetrante.

—¿A quién encarna usted hoy? —preguntó él, sujetando el cigarro entre los dientes—. Ni Zelda ni Rita. Ninguna de ellas tendría una expresión tan marcada de desaprobación. La reina Victoria, tal vez, o la guerrera Boadicea… se la ve con carácter.

Ella sonrió.

—Así está mejor. Era una buena apuesta… e inofensiva. Ayer se celebró la subasta de verano de cuadros impresionistas en Nueva York. Teníamos que adivinar cuántos cuadros se venderían por más de cincuenta millones de dólares. Yo dije que tres, pero me quedé muy corto. Un Van Gogh, tres Renoir, dos Degas y un Monet. Asombroso.

—¿En qué otras apuestas participa usted ahora?

—Sólo en dos. La extensión del atasco más largo en la carretera M25 de este año. Yo aposté por sesenta kilómetros. Y cuántas naciones terminarán boicoteando los Juegos Olímpicos. Sostengo que serán veinte. Como usted sabe, diecisiete ya lo han hecho.

—¿Cuántas probabilidades tenemos de descifrar el cuadro antes de que mi

granja quiebre?

Michael sonrió.

—¡Endemoniadamente escasas! Y serán aún menos si seguimos perdiendo el tiempo en otras cosas. —Se acomodó en su asiento—. Le diré lo que haremos. Ya he revisado todos estos libros y no he encontrado nada. Pensaba ir a investigar a la Biblioteca Nacional de Bellas Artes, que está dentro del Victoria and Albert Museum. ¿Quiere acompañarme? Tal vez sea un alivio para usted, allí no dejan fumar.

Isobel Sadler ya se había puesto en pie.

—La respuesta no se encuentra aquí, como usted dice. Haría cualquier cosa con tal de alejarme de esta apestosa nube de humo. Espero que no nos crucemos con Molyneux.

Cogieron un taxi hasta South Kensington. Michael siempre se sentía intimidado por el vasto edificio del Victoria and Albert Museum. Para él, el museo parecía haber sido diseñado por un arquitecto victoriano demente que había adaptado los planos de una estación ferroviaria o de un asilo de lunáticos. Estilo Bela Lugosi barroco, así lo llamaba. Después de atravesar la galería de esculturas, giraron por un corto pasillo dedicado a imitaciones y falsificaciones, dejaron atrás una hermosa mampara dorada, de unos cinco metros de altura, que representaba las vidas de los santos, y luego subieron por unos amplios escalones de piedra hasta el primer piso, donde se encontraba la biblioteca. Se registraron para entrar. No había señales de Molyneux.

Michael se dirigió al índice de temas. Había once títulos bajo la palabra «reloj» y tuvo que rellenar un formulario por cada uno de ellos. Luego se sentaron a un escritorio y esperaron a que les trajeran los libros. Después de unos momentos, apareció una asistente con un montón de libros y Michael los dividió en dos pilas.

—Usted revise éstos —dijo, acercándole una pila a Isobel—. Yo me encargo de los otros.

Permanecieron sentados leyendo durante dos horas. Por fin, cuando Michael ya empezaba a sentir deseos de fumar, dijo:

—¿Ha habido suerte?

—Creo que no —susurró Isobel—. Lo único más o menos relevante que he encontrado es que en muchas naturalezas muertas un reloj tiene el mismo significado que una vela: indica el paso del tiempo, como dijo usted. También he averiguado que numerosos individuos en la historia han usado una vela como su

símbolo. —Michael miró a Isobel con una expresión de interés, pero ella sacudió la cabeza—. Por desgracia, todas eran mujeres. Brígida de Suecia, Sibila, Genoveva, Isabella de Este. Estamos buscando a un hombre. ¿Qué ha encontrado usted?

—Cero. Nada de nada. Al parecer, los griegos antiguos confundían la palabra «tiempo», *chronos*, con su viejo dios de la agricultura, Crono, cuyo atributo era una hoz. Por eso el Padre Tiempo lleva una hoz. El dios romano de la agricultura era Saturno; supongo que podríamos intentarlo con él.

Michael volvió al índice a buscar a Saturno. Había quince referencias bajo ese nombre, y le llevó varios minutos rellenar todos los formularios. Cuando los libros llegaron, tardaron una hora más en hojearlos, pero tampoco tuvieron suerte. Michael lanzó un profundo suspiro.

—Esto es inútil. —Justo en ese momento sonó un timbre; la biblioteca estaba a punto de cerrar—. Una completa pérdida de tiempo —gruñó mientras entregaban los libros en el mostrador principal—. Y llevamos un día más de retraso respecto de Molyneux.

Cuando bajaban la escalera junto a la mampara, Michael se volvió hacia Isobel y le dijo:

—El baño de hombres está justo por aquí; ¿la molestaría esperarme?

Ella asintió y cuando él se marchó comenzó a recorrer la extensa galería, contemplando sus esculturas, tapices medievales y objetos bañados en oro. Echó un vistazo al nuevo jardín de estilo italiano. Los cipreses empapados se agitaban al viento como lenguas de gigantescos reptiles.

Cuando Michael regresó tardó en encontrarla. Por fin, al adentrarse en la galería, reconoció sus vaqueros y su jersey. Estaba semioculta detrás de una estatua.

—Lamento haberla hecho esperar —dijo—. Conseguir un taxi con este tiempo va a ser tan difícil como apostar con Gabriel.

Isobel Sadler no se movió. Pero no porque estuviese enfadada con él. Extendió la mano izquierda y cogió la manga de Michael.

—¡Mire! —murmuró entre dientes—. Mire esto.

Perplejo, pero intrigado por su tono de voz, Michael examinó la estatua junto a la que se encontraba Isobel. Era una figura masculina con un casco del que salían unas alas. También tenía alas en los talones.

—No veo nada…

—¡Olvídese del casco y del maldito reloj! ¡Fíjese en la túnica!

Michael siguió la mirada de Isobel hasta la túnica de bronce que la figura llevaba sobre los hombros.

—¿Cree que hay algún parecido? Yo no lo veo.

—Los motivos, esos dibujos… son los mismos del cuadro. O tan parecidos que casi no pueden diferenciarse.

Por fin Michael entendió lo que Isobel quería decirle. A lo largo de la túnica de la estatua había una miríada de plumas o pétalos, unos objetos rizados, sin duda alguna, similares a los motivos del cuadro. De inmediato revisó el pedestal de la estatua, en busca de un título o del nombre del escultor, pero no había nada. Maldijo a la administración del museo. En cualquier otra galería, europea o norteamericana, habría encontrado una placa identificatoria.

—Sígame —gritó—. ¡La tienda! Seguramente tendrán un catálogo.

Corrieron por la galería, giraron a la izquierda, hacia la sala de tesoros medievales, que atravesaron como una exhalación entre vidrieras y tallas de huesos hasta llegar al vestíbulo principal. La tienda estaba a la izquierda.

—¡Dese prisa! —exclamó Isobel Sadler, mientras la señalaba—. ¡Están a punto de cerrar!

Había una mujer preparándose para colocarle una funda a la caja registradora.

—Mire todos estos libros —susurró Isobel—. No tendremos tiempo de encontrar el que necesitamos.

Michael pensó a toda velocidad, luego corrió hacia la mujer que estaba junto a la caja registradora.

—Perdóneme, señora —dijo en lo que esperaba que pasara por acento americano—. He de coger el vuelo de regreso a Boston mañana a primera hora y me encantaría llevarme el catálogo del museo, ya sabe, el más completo. ¿Podría vendérmelo antes de cerrar, por favor?

La mujer le lanzó una mirada de furia y durante un momento Michael pensó que iba a negarse. Pero no; dejó lo que estaba haciendo, salió de detrás del mostrador y se dirigió a los estantes. Regresó con una caja que contenía tres grandes volúmenes de lomo rojo. Lo único que dijo fue:

—Treinta y cinco libras, por favor.

Michael dio un respingo, pero era posible que el catálogo les ahorrara un día de trabajo. Abrió la cartera y depositó siete billetes de cinco libras sobre el mostrador.

—Guarde el recibo —dijo Isobel mientras regresaban hacia el vestíbulo y la

salida—. Yo correré con la mitad de los gastos… Una vez que tenga con qué pagárselos. —Sonrió. Era la primera vez que Michael la veía sonreír con una expresión tan relajada.

La lluvia, por fin, estaba amainando, pero de todas maneras tardaron casi media hora en encontrar un taxi. Cuando lo hicieron, Michael se puso lívido al ver un insolente cartel detrás del chófer que le agradecía que no fumara. Isobel Sadler volvió a sonreír.

En el viaje de regreso a Mason's Yard, Michael abrió el celofán que envolvía el catálogo y lo examinó, en busca de la estatua. Parecía que estaban todos los objetos, excepto ése: miniaturas indias, joyas, trajes, fotografías antiguas.

—¿Dónde está? —exclamó Michael. Pasó páginas y páginas llenas de armas alemanas, porcelanas italianas y objetos de laca japonesa.

—¡Ahí! —gritó de pronto Isobel—. ¡Vuelva atrás!

Él obedeció. Isobel estaba en lo cierto. Había una fotografía pequeña y en blanco y negro de la estatua que ocupaba tan sólo una columna. Debajo de ella, decía: MERCURIO: Italia del norte. Anónimo. Siglo XV (?). Mercurio era un dios muy popular que aparece representado con frecuencia en obras de arte. Hijo de Júpiter, era el dios del comercio y protector de los pastores. También fue mensajero, patrón de los viajeros y el inventor de la lira. En las alegorías encarnaba la elocuencia y la razón, las cualidades de un maestro.

—Un maestro —dijo Isobel—. No un científico; un maestro.

—Espere —dijo Michael—. Aquí sólo hay seis renglones. Tiene que haber más datos sobre él en los libros que tengo en mi despacho. Esto ni siquiera explica las figuras de la túnica.

El taxi los dejó junto al arco que unía la calle con Mason's Yard. Antes de dirigirse a su galería, Michael entró un momento en Chequers, el *pub* que estaba justo al lado del arco, y salió con un par de habanos. Al ver la expresión en el rostro de Isobel, dijo:

—Los que me quieren aceptan mis cigarros. Mire, he sido un buen chico toda la tarde. Terminaré perdiendo el hábito si no me ando con cuidado. —Sonrió y se dirigió a la plaza del Yard.

La galería estaba cerrada, Gregory y Patrick ya se habían marchado. Michael abrió la puerta principal, desactivó la alarma y guio a Isobel Sadler hacia la planta superior. Encontró unos vasos y una jarra en una cocina minúscula que se

hallaba en la planta más alta del edificio y los bajó hasta el despacho. Isobel ya estaba revisando los libros de consulta que estaban en la parte superior de la pila que había en su escritorio. Él sirvió el *whisky* y añadió un poco de agua a los vasos. Esta vez, ella aceptó.

—Son más de las seis —explicó con una sonrisa.

Después de unos cuantos minutos de lectura, Isobel bebió un sorbo y dijo:

—Creo que lo he encontrado. Lo que hemos visto no son plumas ni pétalos, sino llamas invertidas. En sus ilustraciones para *La divina comedia* de Dante, Botticelli llenó las esferas del cielo de llamas invertidas para representar las almas que ardían como estrellas en la esfera cristalina del firmamento. En segundo lugar, en el cuadro titulado *La Virgen del libro*, que se encuentra en el Museo Poldi-Pezzoli de Milán, las mismas llamas aparecen, con la forma de una insignia, en el hombro del manto de la Virgen. Irradian hacia abajo desde una estrella y evidentemente representan la inspiración divina. Después de todo, el día del Pentecostés cayeron lenguas de fuego desde el cielo y se depositaron sobre cada uno de los apóstoles, ungiéndolos con el Espíritu Santo. Los apóstoles empezaron a hablar en otros idiomas. Otra utilización de este símbolo en la Antigüedad —continuó— se relaciona con Mercurio en su calidad de guardián de los conocimientos ocultos. En realidad, una antorcha invertida era uno de los primeros símbolos de la muerte, y una de las funciones de Mercurio consistía en trasladar a las almas al reino subterráneo del Hades. Pero la insignia, la llama invertida, terminó representando todas las funciones de Mercurio, no sólo ésta tan lúgubre.

Isobel Sadler dejó el libro sobre el escritorio y bebió un poco más de *whisky*.

—¿Sería muy derrotista decir que esto es lo mismo que ya sabíamos, sólo que un poco más detallado?

Michael se echó hacia atrás en su silla para que el humo de su cigarro no fuera directamente a la cara de Isobel. Ella tenía razón. Golpeó la punta del cigarro para que la ceniza cayese sobre el cenicero lacado que tenía sobre el escritorio cuando de repente notó una carpeta que no estaba allí al mediodía, cuando salieron hacia el museo. La cogió y la abrió. En su interior se encontraban las fotografías en color del cuadro. Le pasó una a Isobel Sadler y dio un trago a su *whisky*. Se sintió en un callejón sin salida. Contempló la fotografía en busca de inspiración.

—Es evidente —dijo por fin— que no estamos razonando como medievalistas. Probemos pensando en voz alta. Hemos llegado a esta figura, que,

según hemos averiguado, representa tres cosas: un guardián de los conocimientos secretos, un maestro y mensajero, y el conductor de las almas a tierras desconocidas. Como bien dice usted, ya sabíamos gran parte de todo esto… por tanto parecería que todos estos datos estuvieran subrayando algo. ¿Por qué sería necesario subrayarlo?

Isobel sólo escuchaba a medias, mientras seguía escudriñando las figuras que tenía delante.

—Lo que a mí me parece extraño —dijo— es el peinado de este hombre. ¿Por qué le afeitaron tanto la cabeza?… No… bueno, no parece muy griego ni romano, ¿verdad? Tampoco se asemeja a un dios; todo lo contrario, en realidad…

—¡Eso es! ¡Eso es! —Michael golpeó la palma de la mano sobre el libro que tenía abierto delante de él—. ¡Bien pensado! ¿Por qué no se me habrá ocurrido a mí?

Se levantó, se acercó al escritorio de Isobel y se quedó de pie detrás de ella, de modo que pudieran examinar la fotografía juntos. Tenía la botella de *whisky* en una mano.

—Fíjese en las caras de las otras figuras… Todas están estilizadas, algunas incluso ocultas, ninguna ha sido pintada con cuidado ni dibujada correctamente. El trazo es basto, y casi no hay detalles. Sin embargo, este rostro, que podríamos denominar el primero, está pintado muy cuidadosamente. No sólo el pelo, que, como usted bien dice, es muy realista, sino también los ojos, la nariz, los labios, la mandíbula. Cejas oscuras y marcadas, un cuello abultado, con papada. ¿Recuerda el día en que usted se presentó en la galería por primera vez? Yo le comenté lo bien pintada que estaba esta cara en comparación con el resto. Maldita sea… Debería haberme dado cuenta en ese mismo momento. ¡Había una razón para ello! La razón de que esta cabeza esté mucho mejor lograda que cualquiera de las otras es que, a diferencia de las demás, ¡este hombre existió verdaderamente! Debió de ser famoso en su época. La gente lo reconocería, ya fuera porque lo conocían o porque su cara había aparecido en otros cuadros, cuadros en los que se lo identifica por su nombre. ¡Eso es! ¿Se da cuenta? La identidad de este hombre nos lleva a un lugar, donde él vivía, o enseñaba, o predicaba, o donde murió. Ése es el sitio en el que debemos comenzar. Él es el guardián del secreto y al mismo tiempo el mensajero, el hombre que nos puede conducir a ese secreto.

—Pero ¿cómo demonios averiguaremos quién era? Lleva muerto

cuatrocientos cincuenta años. ¿Y dónde buscaremos un rostro similar a éste? Debe de haber miles y miles de cuadros de aquella época que se conserven en la actualidad. ¿Y el reloj? Aún no hemos deducido esa parte.

—El reloj no es ningún problema —gritó Michael, que seguía entusiasmado y lanzaba grandes nubes de humo azul por toda la sala. Isobel Sadler le empujó la mano en la que tenía el cigarro para apartar el humo—. No tiene nada que ver con Mercurio, ni con este hombre, sea quien sea. Maldición, es algo obvio, claro. —Se inclinó hacia adelante, por encima del hombro de Isobel, y volvió a percibir el leve aroma a rosas de su pelo. Con el cuello de la botella de *whisky*, recorrió las nueve figuras del cuadro—. Mire la composición como un todo… Las personas están dispuestas, en líneas muy generales, formando un círculo, un aro apaisado. Ahora anticipémonos un poco. Supongamos que conseguimos averiguar quién es este personaje, el de la cabeza afeitada y la papada. ¿Qué ocurre después? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Cuál es la siguiente pista? Lo expresaré de otra forma: ¿vamos en el sentido de las agujas del reloj o en el opuesto? ¿Se da cuenta? Eso es lo que significa el reloj.

Isobel Sadler estaba impresionada. Se acomodó en el asiento para mirarlo.

—Muy astuto. Me doy cuenta de que nada en este cuadro va a ser sencillo de descifrar. —Miró su propio reloj.

—¿Dónde ha decidido alojarse?

—En casa de un amigo, cerca de Harrod’s. No debería presentarme demasiado tarde la primera noche. No sería cortés por mi parte.

—En ese caso, le diré lo que haremos. Ya que he ganado la apuesta, permítame reclamar la recompensa ahora mismo. Hagamos una cena rápida juntos esta noche. Podemos seguir tratando de deducir este misterio ante una botella de lo que sea… Y después la acerco hasta la casa de su amigo. Yo vivo cerca de allí.

—No es la invitación más bonita que me han hecho. Pero supongo que podríamos quitarnos de encima esta cuestión. ¿Podría indicarme algún sitio donde lavarme las manos y peinarme, por favor?

Michael la acompañó hasta un pequeño cuarto de baño que estaba en la planta superior, en el mismo piso que la cocina. Apagó las luces de su despacho y esperó a Isobel en la galería principal. Había un nuevo cuadro en el sitio en el que antes se encontraba el Gainsborough; el coleccionista australiano al que le gustaba tanto desayunar se lo había llevado para examinarlo. Eso significaba que podía tenerlo en su casa, colgado en su propia pared, durante un lapso de tres

meses antes de decidir si quería conservarlo. Esa manera de hacer negocios le destrozaba los nervios a cualquiera. El valor de la pintura equivalía a seis meses de costes de la galería, lo que representaba una buena ganancia si la venta se concretaba. Pero durante ese lapso nadie más podría verla y enamorarse de ella. De todas maneras, la galería Whiting & Wood no tenía alternativa; las demás también operaban así.

Cuando Isobel reapareció los dos salieron a la plazoleta, después de que Michael hubo conectado la alarma de la galería. La lluvia había amainado pero las calles seguían muy mojadas. Caminaron con precaución por las angostas calles de St. James's.

—Me encanta esta parte de Londres —dijo Michael. Señaló una galería que vendía dibujos de grandes maestros de antaño, otra que vendía monedas, otra en la que había una pequeña acuarela en el escaparate y otra más que exponía una cómoda francesa del siglo XVIII lacada en rojo y oro—. Hay más objetos hermosos en estas calles que en cualquier otro sitio del mundo. Laca semimate, similor, revestimientos de caoba, lapislázuli, chapados en plata, moaré. Hasta las palabras son sugerentes. Es como un museo, y todo está en venta.

La llevó a Keating's, un restaurante situado en un pequeño callejón detrás del hotel Ritz. Era uno de los lugares preferidos del mundo del arte y conocían a Michael, por lo que no era necesario hacer una reserva previa.

—¿Una copa? —preguntó cuando se ubicaron en sus asientos—. En este sitio tienen muchas pretensiones artísticas, hacen todos esos curiosos cócteles venecianos con nombres como Bellini, Tiziano, Tiepolo, y así.

Ella se apartó el pelo del ojo.

—Tomaré un Bellini.

Michael pidió dos.

Isobel miró a su alrededor y Michael vio que las cejas de ella se arqueaban en una expresión de asombro.

—Este lugar se llama Keating's en honor de aquel viejo bribón y falsificador, Tom Keating. Todos los cuadros que cuelgan de estas paredes son falsos. Algunos son del propio Tom, pero son los menos. Se ha vuelto habitual, en el mundo del arte, que cuando un marchante se da cuenta de que le han vendido una falsificación, o encuentra una y puede comprarla barata, la deja en este restaurante. Mire —añadió, señalando uno de los cuadros—, aquél es un «Rafael», flanqueado por un «Tiziano» y un «Picasso».

Isobel recorrió el sitio con la mirada. Algunos de los cuadros eran tan famosos que hasta ella podía reconocerlos.

—¿Ustedes han donado algo? —preguntó por fin—. ¿O es que Whiting & Wood jamás ha caído en la trampa?

Michael giró y señaló.

—Aquél es nuestro. Es un «Turner». —Se acomodó en el asiento para volver a estar frente a ella—. Desde siempre se cree que el viejo dejó unos cuantos dibujos y pinturas eróticas, pero Ruskin, el crítico de arte, que era un gran aficionado a Turner, los destruyó a la muerte del pintor. Esas obras contradecían lo que él, Ruskin, creía que un gran artista debía plasmar.

Un camarero trajo los Bellini y dos menús.

—A algún listillo se le ocurrió la brillante idea de «redescubrir» unos cuantos «Turner» eróticos y nos los trajo. El estilo era bastante bueno. La procedencia no era clara, pero era de esperar. Por desgracia, el papel en que los dibujos estaban hechos no se fabricó hasta la década de 1860. Turner, desde luego, murió en 1851. Fue un buen intento. Los dibujos habrían sido muy populares si el fraude no se hubiese descubierto. —Sonrió—. Pidamos.

Después de que eligieron la comida, él dijo:

—Dejemos la charla sobre arte por un momento. Si dejamos que nuestros cerebros descansen, es más probable que encontremos la solución. Háble me de la granja. Por lo que parece, a usted le encanta pero le supone muchas dificultades… ¿Me equivoco?

Ella aceptó un panecillo que le trajo un camarero.

—Sí y no. Me encanta la tierra, sí. El campo, los prados, la región de los Cotswolds. Y adoro los caballos; cuando iba a la escuela me pasaba el día cabalgando. —Se apartó el pelo de la cara—. Pero no me considero una agricultora por naturaleza, a diferencia de mi padre. Fue viudo durante la mayor parte de su vida. Mi madre murió cuando yo nací, de modo que nunca la conocí. Después de que él se retiró del servicio exterior, se volcó en la agricultura, y creo que le gustaba todavía más que la diplomacia. Si tenía que levantarse en mitad de la noche, incluso en medio de una tormenta de nieve, porque una oveja estaba pariendo, se sentía feliz… Para él todo era parte de una aventura. —Acabó su trago—. De modo que se contentaba con mantenerse con lo justo, económicamente, quiero decir. Para él la agricultura era un estilo de vida, no una forma de hacerse millonario.

—¿Usted no lo ve de esa manera?

—No. Supongo que he conservado la granja por lealtad a él. Y porque Tom y su familia dependen de ella.

—¿Qué preferiría hacer?

Trajeron el vino, un Volnay, antes de que ella pudiera responder. Michael lo probó y luego el camarero llenó las copas.

—No me malinterprete; yo tampoco pretendo ser millonaria. Es decir, no especialmente. Pero si vendiera la granja mañana mismo lo más probable es que me gastase el dinero en un barco.

—¿Qué clase de barco?

—Uno grande —rio—. Bueno, uno bastante grande. Lo suficiente como para vivir en él. —Bebió un poco de vino—. Me gustaría vivir bajo el sol, podría ser en Florida, o en California. O en Australia. Donde pudiera alquilarlo. Y donde no fume mucha gente.

Michael empujó hacia abajo el habano que guardaba en el bolsillo superior de la chaqueta, para ocultarlo.

—Pero hasta ahora no lo ha conseguido, ¿verdad?

—Soy testaruda. Cuando venda la granja, quiero que sea desde una posición de poder, como una empresa en funcionamiento que genera buenas ganancias, no por obligación. Si no pudiera hacerlo me sentiría una fracasada el resto de mi vida y no podría disfrutar del barco. —Se acomodó en la silla—. Estoy hablando demasiado. Todo esto es un cambio muy grande para mí. Un día entero lejos de la granja. Debo de estar un poco desorientada y, después de todo, usted es un desconocido, señor Whiting… No estoy acostumbrada a ser tan sincera.

Michael se sintió extrañamente herido por ese comentario.

—Esperaba que pudiéramos llamarnos por el nombre de pila —dijo en voz baja.

Justo en ese momento llegó la comida y ella esperó a que la sirvieran antes de responder. Cuando el camarero se fue, dijo:

—No tengo tanta facilidad para tratar con los hombres, señor Whiting, Michael, como ya se habrá dado cuenta. No he tenido muchas experiencias felices. Lo lamento, pero no puedo evitarlo.

Michael se percató de que, por el momento, no le convenía insistir. Le dedicó la sonrisa más cálida que pudo.

—Mis propias experiencias con las mujeres, por lo menos durante los últimos meses, más que infelices han sido inexistentes. Si a mí me falta facilidad, es porque me he oxidado.

Ella decidió pasar por alto el comentario.

—Háble me de Michael Whiting, y de la galería Whiting & Wood. ¿Cómo se convirtió en marchante de arte?

Michael había prometido no fumar hasta el final de la cena, pero no dejaba de jugar nerviosamente con las cerillas.

—Por casualidad, en realidad. Debería haber sido músico. Fui a una escuela que adoraba la música en general y a nuestro compositor nacional, Elgar, en particular. Yo era una de esas personas que tienen un talento natural para la música, tocaba el violonchelo, y, como suele ocurrir en esos casos, también tenía facilidad para las matemáticas. Los números me fascinaban. Me encantaban por sí mismos y yo sabía, y todavía sé, cuántas clases de materia hay en el universo, cuántos granos de arena hay en una playa de un kilómetro de largo, cuántas gotas de agua caen en las cataratas del Niágara por minuto. El amor por los números me llevó a interesarme por las probabilidades, y eso derivó en una fascinación por las apuestas.

—¿No era un poco joven para eso?

—Era un interés más académico que práctico. Empecé a estudiar a los jugadores y las apuestas inusuales, como ya le dije. —Michael tiró de los pelos de una de sus cejas—. En el siglo XVIII había un hombre que se llamaba George Osbaldeston y a quien conocían con el mote de *el Hacendado*. Su trabajo como parlamentario lo aburría y prefería dedicar la mayor parte de su tiempo a sus «partidas», como llamaba a las apuestas. Hubo mujeres, como *lady* Archer y *lady* Buckinghamshire, que jugaban a los naipes mejor que casi todos los demás, pero que de todas maneras terminaron en la ruina.

»Comencé a coleccionar grabados sobre todas esas personas y sus hazañas, de artistas como Gillray, Hogarth, y otros. Me acostumbré a recorrer tiendas de antigüedades y las subastas de los pueblos pequeños. Encontré unos dados cargados del siglo XVII y una mesa de ruleta del siglo XVIII que tenía adosado un mecanismo especial en su parte inferior con el que el crupier podía controlar el giro de la rueda. Cuando pude ahorrar un poco más, empecé a adquirir retratos de verdad, pintados al óleo, y grabados de los grandes clubes de apuestas que ya no existen, como el Cocoa Tree, el Almack’s, el Goostree’s y el Arthur’s. Sin darme cuenta reuní una colección muy buena.

»Luego, cuando cumplí veintiún años, fui a esquiar. Hoy en día mi hermana es una gran esquiadora, recorre todo el mundo, pero aquélla fue mi primera vez y

supongo que era un poco torpe. Me caí. Peor aún: me caí delante de alguien cuyo esquí me atravesó la muñeca…

Isobel hizo un gesto de dolor.

—Los huesos quedaron completamente fracturados, pero además los tendones sufrieron unos cortes muy graves. Tardé muchos meses en curarme y, cuando por fin lo hice, el puesto que había ganado en la Royal Academy of Music había sido asignado a otra persona, lo que era justo. Jamás volví a tocar el violonchelo.

»La única otra cosa que conocía era el mundo de la pintura deportiva británica de los siglos XVII y XVIII. A través de Elgar, comencé a interesarme por todo "lo inglés". Entonces —añadió—, con el brazo izquierdo aún bastante maltrecho, solicité un empleo en Sotheby's. En aquella época solías empezar en el mostrador principal, donde recibías los cuadros que traían para su tasación. En la primera semana alguien llegó con un cuadro grande, jamás lo olvidaré, que era la imagen de un jinete. Pensaban que podría valer unos cientos de libras, incluso hasta cinco mil, con un poco de suerte. Imagine su sorpresa cuando se enteraron de que era un Guido Reni que había desaparecido muchos años antes; y lo atónitos que se quedaron cuando, tres meses después, se vendió por un millón ochocientas mil libras en una subasta. Yo también quedé asombrado y, por supuesto, ese episodio me dejó eufórico, como si hubiera recibido una descarga de un millón de voltios. Estoy así desde entonces. Mi hermana lo llama *Anopheles arte*, el bicho de Bond Street.

—¿Ha trabajado en algún otro sitio además de Londres?

—Oh, sí. Mi gran oportunidad se produjo cuando me transfirieron a Glasgow. Allí adquirí el gusto por el *whisky* escocés. Littlemill está cerca, como también Interleven y Auchentoshen.

—¿Qué bichos le picaron en Escocia?

Michael sonrió.

—Para resumir, durante mis primeros nueve meses en Glasgow me las arreglé para descubrir no una, sino dos obras maestras desaparecidas, un Canaletto y un Reynolds. Aquello hizo que me enviaran a Nueva York. Pasé tres años maravillosos en Manhattan pero en realidad en Estados Unidos no hay cuadros desaparecidos esperando que alguien los descubra. En uno de mis viajes de regreso a Londres para una reunión me tocó sentarme al lado de Greg Wood en el avión. Era un banquero que había hecho algunas cosas para Sotheby's y

que también tenía el gusanillo del arte. Nos hicimos amigos y, posteriormente, cuando le comenté que estaba pensando en volver a vivir en Londres, él me preguntó si, en el caso de que pudiera reunir el dinero, yo consideraría la posibilidad de montar una galería con él. Y así fue como sucedió. Al parecer, nuestros colegas nos llaman «Fish and Chip», Whiting y Wood, pero pueden llamarnos lo que quieran. Él es brillante para los negocios y yo he tenido suerte con los cuadros.

—Ed Ryan me ha comentado que usted hizo algunos descubrimientos importantes. Háble me de ello.

Michael se encogió de hombros y comió un poco de pescado.

—Supongo que mi mayor golpe fue un cuadro que encontré en una subasta en Hampshire. La familia era de origen francés y había llegado a Inglaterra escapando de la Revolución francesa. El cuadro era un retrato ecuestre y se había estimado entre mil quinientas y dos mil quinientas libras. Pero la puja llegó hasta seis mil quinientas; probablemente a otra persona también se le había ocurrido que el cuadro era más de lo que parecía. En cualquier caso, conseguí adquirirlo. Más tarde pude demostrar que era un Van Dyck pintado aquí, en Gran Bretaña, pero que había sido trasladado a Francia en el siglo XVIII. El final de la historia es que le vendí el cuadro al Museo Gilston, de Texas.

—¿Por qué suma?

—No estoy seguro de que deba decírselo.

—Ed Ryan dice que dos millones.

—Divídala por la mitad y estará más cerca. El trabajo de Greg ha sido más fácil desde entonces.

Ya habían acabado la comida y el vino.

—¿Café? —preguntó Michael.

Ella negó con la cabeza.

—Como ya le he explicado, no debería llegar demasiado tarde esta noche. Y usted está a punto de prender fuego a ese horrible objeto. He cumplido con mi parte del trato, de modo que marchémonos.

Mientras esperaban a que les trajeran la cuenta, Michael, sin dejarse intimidar, encontró el habano que había guardado en el bolsillo y lo encendió. Isobel se cubrió la nariz con una servilleta.

—No sabe lo que se pierde —dijo Michael con una sonrisa.

Cuando llegó la cuenta, Michael le entregó al camarero su tarjeta de crédito.

Luego los dos se levantaron y se acercaron a la recepción del restaurante a esperar a que aprobaran la tarjeta.

—¿Qué es eso? —preguntó Isobel mientras aguardaban.

Él siguió la mirada de ella.

—Un retrato del propietario… ¿No lo reconoce? No es el mejor cuadro de la sala, estoy de acuerdo…

—No le pregunté quién era —interrumpió ella con un gesto cortante—. Le pregunté qué era. Esa cosa que lleva en torno al cuello… ¿Qué es?

—Creo que se llama *tastevin*. Es un platito o tacita de plata que usan los sommeliers en Francia. Se los cuelgan en el cuello con cintas o cadenas cuando pasan a formar parte de la sociedad de maestros sommeliers. Es una especie de honor. ¿Se le ha perdido algo?

Isobel se había inclinado casi hasta agacharse, rebuscando en su bolso. Sacó la fotografía del cuadro.

—Mire. —Señaló una de las figuras—. A él también le cuelga algo del cuello.

—¿Cree que Mercurio era un sommelier? —En el mismo momento en que decía estas palabras, Michael sintió el impulso de morderse la lengua.

—¡No, no sea estúpido! Era miembro de una orden, o algo así. Hay una moneda o un medallón al final de la cadena. ¿No puede distinguir qué es?

El restaurante estaba bastante oscuro, por lo que Michael cogió la tarjeta, firmó el comprobante, y pasaron al vestíbulo, donde había más luz.

—No está muy claro, ¿verdad? —dijo Isobel—. Supongo que un cuadro de cuatrocientos cincuenta años de antigüedad debe de estar bastante sucio. Parece un hombre con una lanza, o una caña larga…

—La otra cosa, a la izquierda, me parece más como un animal. Tal vez limpiar el cuadro podría ayudarnos. ¡Un momento! Ya lo tengo… es un dragón. Mire, le salen algunas nubecillas de vapor o de humo de la nariz…

—¡San Jorge y el dragón! —exclamó Isobel.

—Esto corresponde a la Orden de la Jarretera —dijo Michael jadeando—. ¡Endemoniadamente fantástico! ¡Fenomenal! ¡Por fin, por fin, por fin! Asombroso, inspectora Sadler. Y gracias a Dios por Keating’s. —Miró su reloj —. Justo después de las diez. Si la llevo ahora, ¿qué le parece si la recojo mañana cerca de las diez de la mañana?

—¿Para hacer qué?

—Para llegar a Windsor justo a la hora en que se abre la capilla de San Jorge.

Allí se celebran todas las ceremonias de la orden y hay una lista completa de sus miembros.

—Pero ¿cómo sabremos quién es nuestro hombre?

—No lo sabremos, al menos con seguridad. Pero no lo olvide, los miembros de la Orden de la Jarretera nunca son más de veinticuatro. A juzgar por el cuadro, nuestro Mercurio tendría unos cincuenta años en 1537. Eso debería estrechar el campo considerablemente.

—Pero no es suficiente. Tenemos que reducirlo hasta que sólo quede uno.

Michael guio a Isobel hasta la calle.

—Usted ha hecho un avance importante esta noche, Isobel. Hizo falta un cerebro de primera categoría para reparar en el medallón. Pero yo también puedo ser útil. —Se llevó el dedo a la sien—. No sólo hay humo de cigarro aquí dentro, ¿sabe? Se olvida de que en Gran Bretaña hay algo denominado National Portrait Gallery con ocho mil cuadros de notables británicos. Aunque obtengamos seis nombres posibles en Windsor, podemos ir allí y descubrir quién es nuestro hombre mirando esos retratos.

Caminaron en dirección norte y encontraron un taxi esperando en la puerta del Ritz. Cuando Michael le abrió la puerta, Isobel sonrió y le señaló el cartel que había en el interior del vehículo.

—«Gracias por no fumar» —leyó ella en voz alta.

Furioso, Michael apagó su habano y entró en el taxi.

Isobel se alojaba en una pequeña casa de Montpelier Mews, cerca del oratorio de Brompton. Michael esperó a que le abrieran la puerta antes de indicarle al taxi que siguiera su camino. No alcanzó a ver quién era su anfitrión, o si era hombre o mujer. Mientras el taxi serpenteaba por Brompton Road, para luego tomar Sloane Avenue hasta Justice Walk, donde él vivía, percibió, contra su voluntad, el aroma del champú de Isobel, que permanecía en el asiento trasero del vehículo. Se sintió inundado por una lujuria repentina y completamente inútil.

CUATRO

Si hay algo bueno del horrible clima veraniego es que el número de turistas se reduce. Cuando Isobel y Michael consiguieron abrirse camino entre el tráfico de la M4, bajo una lluvia intensa, y llegaron a la capilla de San Jorge a las 10.45, que era la hora de apertura, ya había unos cuantos miembros de las naciones más dedicadas al turismo: alemanes, japoneses y holandeses. Pero podría haber sido mucho peor.

Ninguno de los dos había estado antes en la capilla. Se quedaron un momento contemplando las vidrieras, cuatro hileras de santos en colores escarlata y azul oscuro. A los lados, la madera color café de la sillería del coro se extendía hasta el altar, con cada silla engalanada con el estandarte del miembro actual de la Orden de la Jarretera que lo ocupaba en ese momento; barras púrpura, cuadros amarillos, águilas negras. La pompa era perfecta.

Mientras miraba hacia arriba, Isobel preguntó:

—¿Por qué cree que el pintor le puso a Mercurio una cadena con san Jorge en el medallón? ¿Una jarretera no habría tenido más sentido? Después de todo, ésta es la Orden de la Jarretera.

—Eso ya se me había ocurrido. Supongo que una jarretera habría sido demasiado obvio. Mire, allí hay un párroco o un coadjutor o algo así. Preguntémosle dónde podemos encontrar una lista de los miembros.

Michael cruzó la nave del templo y se dirigió al hombre que acababa de entrar a través de una puerta lateral y parecía aproximarse al órgano. Isobel no alcanzó a oír la conversación pero vio que el hombre giraba y señalaba la puerta por la que había entrado. Michael le hizo a Isobel un gesto de que se acercara. Una vez que traspusieron la puerta, se encontraron en un pequeño patio al que daban los ventanales de un claustro. Las baldosas, pensó Michael sonriendo para sus adentros, tenían el color del *whisky*. Caminaron a lo largo de uno de los ventanales y luego giraron a la izquierda. Pasaron bajo un arco y salieron frente a un edificio color crema. Unas letras negras que estaban encima del umbral decían «Casa de san Jorge». Llamaron a la puerta y una mujer salió a recibirlos.

—¿Puedo ayudarlos?

—Hola —dijo Michael, entregándole su tarjeta—. Soy marchante de arte y estamos haciendo investigaciones sobre un cuadro. Necesitamos identificar a un miembro de la orden del siglo XVI. Me pregunto si nos permitiría examinar los registros entre 1500 y 1550, por favor.

Aquella mañana, mientras se dirigían en coche a Windsor, Isobel y él habían llegado a la conclusión de que si Mercurio, como se referían a esa figura por el momento, tenía unos cincuenta años en 1537, no podría haber sido admitido en la orden antes de los quince años, incluso en aquella época. Eso significaba que la fecha más antigua que debían revisar era 1502, pero Michael la redondeó para estar más seguro.

—¿Qué saben de esa persona?

—Sólo conocemos su aspecto —dijo Michael—, lo que nos da una edad aproximada, eso es todo.

—Entonces vengan por aquí. —Los hizo pasar por la oficina a otro pasillo con ventanas a un lado desde las que se veía una de las torres del castillo y, más allá, el Támesis. Estaban a bastante altura. Luego entraron en una sala pequeña con un gran ventanal. La mujer los hizo sentar a una gran mesa y a continuación sacó de un armario con puertas de cristal un libro bastante imponente, encuadernado en cuero azul—. Éste es el libro azul —explicó—. Me temo que no existen estatutos de la Orden de la Jarretera anteriores al reinado de Enrique VIII, en 1509, de modo que esto es todo lo que podemos hacer por ustedes. Además, debo pedirles que utilicen estos facsímiles. Los libros originales son muy frágiles, como comprenderán. De todas maneras, me temo que tendré que encerrarlos, pero cuando quieran salir toquen el timbre que está junto a la puerta y vendremos a liberarlos. —Sonrió—. No todos tienen el privilegio de que los encierren en el castillo de Windsor. ¿Cuánto tiempo creen que necesitarán?

—Una hora, dos como máximo —respondió Michael—. Tengo la esperanza de que nuestra tarea sea fácil.

Después de que la mujer hubo salido y cerrado la puerta con llave, se sentaron uno junto al otro y abrieron el libro.

—¡Oh, Dios! Esto es una traición —dijo Michael después de unos momentos —. ¡Está en orden endemoniadamente alfabético, no cronológico! —Eso implicaba que debían revisar todo el tomo, que se refería a las actividades de la orden a partir de 1509, fecha en que Enrique VIII había accedido al trono. Junto

a cada entrada había un nombre, a veces bastante largo; luego aparecía la fecha en que el candidato había ingresado en la orden y una breve descripción del motivo por el que se le había otorgado aquel honor.

La escritura no era fácil de seguir. Estaba en inglés pero no en inglés moderno. *Much* aparecía como *myche, duty* como *duetie, audience* como *awdiens*. Por si eso fuera poco, la caligrafía variaba y en algunas partes la tinta se había borrado. De todas maneras, consiguieron avanzar a buen ritmo, y en una hora y media prácticamente ya tenían cinco nombres que, a juzgar por la fecha de su incorporación a la orden, podrían corresponder al Mercurio que buscaban. Dos de ellos —sir Ranulph Kenny y sir Edward Whitlock— incluso procedían del West Country.

—Yo apostaría por uno de estos dos —dijo Michael en voz baja, mirando a Isobel.

Pero ella sacudió la cabeza y sonrió.

—Todavía le debo dinero por el catálogo del Victoria and Albert. No pienso arriesgarme más por ahora.

Siguiendo las indicaciones que les habían dado, Michael tocó el timbre y les abrieron la puerta. Dieron las gracias a la mujer, quien los acompañó por el mismo camino por el que habían entrado hasta la capilla de San Jorge, donde ya se había iniciado el ensayo de órgano y muchos de los turistas, por causa de la fuerte lluvia estival que caía fuera, se habían acomodado en los bancos para disfrutar del concierto gratuito.

—¿Almorzamos? —sugirió Michael mientras salían al aire fresco del exterior—. Hay un bonito *pub* junto al río.

—Sigamos trabajando —dijo Isobel cortante—. Me sorprende que quiera parar justo ahora.

Michael encendió su cigarro.

—Ah… bueno. Resulta que creo que tenemos un motivo para celebrar.

—¿Qué? ¿Cuál?

—Aunque Molyneux empezara con una ventaja tan amplia, creo que ya lo hemos ganado por la mano.

—Eso no tiene sentido. ¿Qué le hace creer algo así?

—La mujer que estaba en la oficina de la orden. Si Molyneux se nos hubiese adelantado, él ya habría estado aquí, haciendo la misma investigación. Dos personas que vinieran a pedir algo tan poco común a pocos días de distancia llamarían la atención y esa mujer probablemente lo habría mencionado. El hecho

de que no lo hiciera debe de significar que Molyneux aún no ha llegado a la misma conclusión que nosotros.

Llegaron a la National Portrait Gallery, a pocos pasos de Trafalgar Square, unos minutos después de las dos. La bibliotecaria en jefe todavía estaba almorzando, según les informaron, y ella era la única que podía autorizar el acceso a la colección de estudios que se guardaba en el subsuelo. Era un amplio depósito de ocho mil retratos que se encontraban en la galería pero que no se consideraban de suficiente interés o calidad artística para incorporarlos a la exhibición permanente.

Michael le guiñó un ojo a Isobel para enfatizar el hecho de que, después de todo, podrían haber hecho un rápido almuerzo en Windsor, y ambos comenzaron a recorrer la galería para matar el tiempo. Michael la llevó a ver los retratos de Elgar, Delius y Thomas Tallis.

Poco después de que dieron las dos y media volvieron a la galería y los hicieron pasar. Entregaron la lista que habían confeccionado a la bibliotecaria en jefe, una sofisticada hindú vestida con un sari color melocotón, quien revisó los nombres y garabateó una nota a lápiz. Levantó la mirada por encima de sus gafas de lectura y dijo:

—Por favor, esperen en los escritorios catorce y quince, donde les llevaremos el material que tengamos sobre esto.

—Gracias —dijo Michael—. ¿Sirve de algo que le diga que todos estos nombres corresponden a miembros de la Orden de la Jarretera?

—Puede. Si los nombres no aparecen por separado, podríamos hallar algunos retratos de grupo en el que algunas figuras no están identificadas. Pero veamos qué podemos encontrar en los archivos por nombre.

Encontraron los escritorios y se sentaron.

—¿Se ha fijado? —susurró Michael—. No reaccionó cuando mencioné la orden. Molyneux tampoco ha seguido esta pista.

Se quedaron en silencio durante unos minutos, recorriendo la biblioteca con la vista y contemplando a las otras personas que estaban utilizándola. Había un marchante a quien Michael reconoció, unos cuantos estudiantes y algunas personas mejor vestidas que parecían profesores extranjeros.

Luego una joven con un chándal azul se acercó a ellos. En un primer momento Michael no se dio cuenta de que era la bibliotecaria asistente; después

de todo, su vestimenta era bastante informal. Pero les traía dos voluminosas carpetas verdes, pequeñas cajas, en realidad, y se las dejó sobre el escritorio.

—En seguida les traeré las otras —dijo.

En la cubierta de una de las carpetas había una etiqueta blanca con las palabras mecanografiadas «Sir Ninian Greene». Isobel abrió la carpeta con suavidad. Sir Ninian no era Mercurio. Era gordo, casi calvo, y tenía unos ojos como cebollas.

En la segunda habían mecanografiado «Sir Edward Whitlock».

—¡Ah! —dijo Michael, agarrándola y abriéndola. Sir Edward tenía el pelo largo y ondulado, bigote y, a juzgar por el encaje de sus puños, era un poco dandi. Él tampoco era Mercurio.

La bibliotecaria del chándal volvió a aparecer con «Sir Wyndham Tyler». Isobel abrió la carpeta y apareció un hombre rubio de cara redonda y sin nada de barbilla, y mucho menos papada.

—Nos quedan dos —dijo Michael—. Estoy empezando a ponerme nervioso. Tiene que ser Ranulph Kenny.

La asistente volvió a acercarse con más carpetas verdes, que colocó sobre los escritorios.

—Esto es todo. Me temo que una de éstas es un retrato de familia, no de una sola persona. Espero que les sirva.

Isobel se lanzó primero sobre Kenny.

—¡Oh, no! —gritó Michael, pero en voz muy baja. Sir Ranulph era un individuo de complexión pálida que también llevaba bigote… y tenía el pelo rojo.

—Vamos a ver… —dijo Isobel, cogiendo la última carpeta. Leyó la etiqueta —: «Sir Francis Waterlow y familia». Cruce los dedos.

Había siete personas en el grabado: el mismo Waterlow, su esposa y, según la nota que estaba en el dorso, su hermano, su cuñada y tres hijos.

—¡Tampoco es éste! —susurró Isobel con nerviosismo—. Ni su hermano, al parecer. —Era cierto. Waterlow tenía una nariz pronunciada y los labios muy carnosos. Era la cara de un hombre que se permitía muchos excesos, a diferencia de la del Mercurio que buscaban.

—Maldición —exclamó Michael—. Maldición, maldición, maldición. ¿En qué punto nos hemos equivocado?

Mientras tanto, Isobel volvió a revisar todas las carpetas pero ninguno de los retratos se asemejaba remotamente a Mercurio. Aquella cabeza afeitada, aquellos

ojos, la barbilla… No había nada que encajara con el rostro que estaban buscando.

—Gracias a Dios que aún no lo habíamos celebrado. Habría sido una pérdida de dinero.

Michael jugueteó con el cigarro que guardaba en el bolsillo superior. Entonces dijo:

—Estoy seguro de que nuestro razonamiento es correcto. Debemos de habernos saltado un nombre. —Miró su reloj—. Es demasiado tarde para regresar hoy a Windsor. Y en cualquier caso, me gustaría hablar con cierta persona antes de volver allí, un hombre que vende medallas. Lo sabe todo sobre la Orden de la Jarretera y podrá explicarnos en qué nos hemos equivocado. Mire, usted devuelva las carpetas mientras yo lo llamo. Luego nos encontraremos en la entrada principal.

Isobel devolvió a los cinco caballeros y se reunió con Michael en la acera frente a la galería. La lluvia ya había cesado y él había encendido un puro.

—No estamos de suerte —explicó—. Willie está en una subasta de monedas en Amsterdam. Pero regresará durante el fin de semana, de modo que iremos a verlo el lunes, antes de volver a Windsor.

—¿No hay nada que podamos hacer el fin de semana? Parece una tremenda pérdida de tiempo.

Michael meneó la cabeza.

—No se me ocurre nada. Es mortificante, lo sé. Pero no olvidemos que Molyneux se encontrará en un *impasse* similar. Al menos usted puede aprovechar la oportunidad para volver a la granja. Seguramente las vacas la echan de menos.

—No sea tan bovino, Michael, no le sienta bien. ¿A qué hora empezamos el lunes?

Michael se sacudió un poco de ceniza de la chaqueta.

—No antes de las nueve y media. La mayoría de los marchantes no se despiertan muy temprano. No tienen necesidad de hacerlo. Casi todos los clientes están de buen humor a otras horas, por eso las ventas más grandes se llevan a cabo al anochecer. Venga a tomar un café a mi despacho a eso de las diez.

—¿Está seguro de que no podemos hacer nada más hoy?

—Sí, estoy seguro. —Dio un paso en dirección a ella—. Usted parece… inquieta. ¿Algún problema?

—No. No lo sé. Quiero decir, sí.

—Explíquese.

Ella hizo una pausa. Un gran autobús rojo atravesó Charing Cross Road, salpicando agua sobre toda la acera.

—Usted es el experto, Michael, pero… pero la cuestión es que me parece que se equivoca. Creo que la razón por la que Molyneux no ha estado en Windsor ni aquí, en la National Portrait Gallery, no es que nosotros nos hayamos adelantado. Es que vamos en la dirección equivocada.

La galería de monedas y medallas de Willie Maitland, Medallas Maitland's, era una tienda con grandes ventanales escondida en el pasaje Crown, a pocos pasos del *pub* Golden Lion de King Street, casi enfrente de Christie's. Willie era un individuo alto y delgado, con los cabellos ralos y rubios y un ojo de cristal. Michael lo había conocido unos años antes, cuando Willie le había comprado un cuadro. Además de la galería, tenía una extensa colección de cuadros en los que aparecían monedas o medallas.

Isobel y Michael tardaron sólo unos minutos en llegar andando desde Mason's Yard. Michael estaba irritado, indignado después de haber asistido a un festival cinematográfico en el que habían exhibido viejas películas en blanco y negro que habían sido coloreadas artificialmente.

—Nadie le añadiría color a un grabado de Rembrandt —se quejó—. Esto es igual de criminal.

—¿Llama criminal a eso? Tuvimos granizo el domingo. ¡Granizo! ¡En esta época del año! En algunas ocasiones el mismo Dios actúa contra las granjas. Si sigue este tiempo algunas de las vacas comenzarán a tener problemas con las pezuñas.

—No meta sus pezuñas en ese charco, y gire a la izquierda, por aquí.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Maitland cuando vio entrar a Michael, aunque casi de inmediato su ojo sano enfocó a Isobel. La galería estaba vacía y Michael pudo presentarlos. Luego fue directo al grano.

—Estoy tratando de identificar una figura en un cuadro para Isobel. No voy a mostrártelo, Willie, ya me entiendes. —Maitland asintió—. Tenemos una fecha aproximada, a principios del siglo XVI, y razones para creer que el hombre era miembro de la Orden de la Jarretera. Por desgracia, lo hemos comparado con los

miembros de ese siglo que se encuentran en la National Portrait Gallery y los rostros no concuerdan. En algo nos hemos equivocado, y tengo la esperanza de que puedas ayudarnos.

A Willie le encantaban esa clase de problemas. Dejó a un lado una medalla que estaba limpiando y les dedicó toda su atención.

—Los registros de la orden se guardan en Windsor, en el castillo de Arundel y en la Biblioteca Británica.

Michael asintió.

—Fuimos a Windsor el viernes.

—Mmm… Todos los caballeros de la orden se hacían diseñar estandartes cuando ingresaban, en lugar de escudos de armas. ¿Hay armas en tu cuadro?

Michael negó con la cabeza.

—¿Cómo sabes que es un caballero de la Jarretera, entonces? ¿Lleva una?

—No. Lleva la insignia, en una cadena que le cuelga del cuello.

—¿San Jorge y el dragón?

Los dos asintieron.

—Mmm… Bueno, eso es algo. ¿Puedes describirme la cadena? Hay varios tipos de cadenas de la Jarretera, según el monarca de cada época. Eso, al menos, confirmaría la fecha. Si es de principios del siglo XVI le correspondería Enrique VII o Enrique VIII, ¿verdad? Según recuerdo, la cadena debería ser de oro, con pequeños nudos de sogas entre piedras preciosas, granates o rubíes, creo. ¿Les suena?

Michael miró a Isobel. Ella negó con la cabeza.

—Podría ser de oro, es difícil decirlo; pero no hay joyas. Es lisa.

Willie frunció el ceño. Sin embargo, antes de poder continuar con sus deducciones, la puerta de la galería se abrió y entró un hombre. Michael e Isobel se hicieron a un lado mientras Willie lo atendía. Daba la impresión de que se conocían bastante bien. El cliente era francés, y coleccionaba monedas de su país. Le preguntó a Willie si tenía algunas para venderle.

Como acababa de regresar de una subasta en Amsterdam, la respuesta fue afirmativa.

—Incluso tengo un luis de oro de ocho —dijo.

Los ojos del francés brillaron y Willie se dirigió al fondo de la tienda, de donde salió de inmediato con un estuche forrado en cuero negro. Lo abrió y sacó una moneda. El oro refulgió bajo el sol de la mañana. Willie y el francés bajaron

el volumen de voz y empezaron a hablar en francés. Michael e Isobel permanecieron cerca de la puerta, tratando de no escuchar la conversación, que tenía que ver con sumas de dinero. Unos momentos más tarde, el francés se enderezó, se despidió de Willie, saludó con un gesto a Michael y a Isobel, y se marchó de la tienda.

—¿No ha picado? —dijo Michael.

—Oh, todo lo contrario. Ha ido a su banco a arreglar el tema del dinero. —Willie sopesó la moneda de oro en la mano—. Echa un vistazo a esto, Michael, te interesará. Esto es un luis de oro de ocho, acuñado para Luis XIII. Sólo se hicieron veinte, y ninguno circuló. Es una de las monedas más raras que existen. Se usaban como fichas para apuestas en la corte. —Michael se inclinó hacia adelante mientras Willie sonreía—. Apuesto a que te apetecería tener una de éstas en tu colección, ¿eh? Este pequeño monstruo vale cuarenta mil libras. Nadie lleva tanto dinero encima en metálico.

Isobel lanzó un silbido y se acercó para examinar la moneda en detalle. Willie le permitió que la tocara y ella la frotó con los dedos.

De pronto, Willie gritó:

—¡*Eh, bien*!, como dicen los coleccionistas franceses. Se me acaba de ocurrir una idea. Descríbame la insignia, ¿quiere? La de su cuadro. —Se dio la vuelta y miró detrás de él—. Mejor aún, dibújela en este bloc. —Le pasó una pluma a Isobel. Ella le devolvió la moneda de oro y, con una expresión de desconcierto, cogió el bloc que Willie le ofrecía.

—No se me da bien dibujar —dijo ella—, pero san Jorge está en el medio… Así. —Y dibujó una criatura delgada como una línea—. La lanza baja en diagonal, desde el extremo superior derecho al inferior izquierdo, más o menos así, apuntando al dragón, que está agachado, asustado y mirando hacia arriba. —Hizo unos últimos garabatos—. Pueden distinguirse pequeñas nubecillas de vapor o de humo que salen de los orificios nasales del monstruo… Listo. ¿Usted qué cree, Michael? ¿Se parece al original?

Él se inclinó para ver el dibujo de Isobel.

—No tiene el talento de Holbein, pero está bastante bien.

Willie cogió el bloc y examinó el dibujo con más atención.

—Mmm… ¿No había ningún caballo?

—No —dijo Isobel—. Claro que no. Tal vez yo no tenga tanto talento como Holbein, pero no olvidaría algo tan grande como un caballo.

—¿Acaso el caballo es importante? —preguntó Michael.

—Podría decirse que sí. —Willie estaba sonriendo—. Sin el caballo, éste no es san Jorge.

—¡No habla en serio! —exclamó Isobel.

—¡Maldito Joshua Reynolds! —gritó Michael al mismo tiempo.

—Fue el coleccionista francés quien me dio la idea. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que es un error fácil de cometer si uno no tiene experiencia en estas cosas. Hay dos mitos sobre dragones muertos, no uno. A san Jorge siempre se lo representa con una armadura y montando un caballo blanco. Para los primeros cristianos el dragón era el símbolo del paganismo. La leyenda de san Jorge se generó después de que él supuestamente convirtió al cristianismo la región hereje de Capadocia. Sin caballo, la figura no es san Jorge, sino el arcángel san Miguel. En el caso del arcángel, el dragón representa al diablo, y Miguel lo está expulsando del mundo. No sé más de la historia, pero lo que quiero decir es que la figura, el hombre al que están tratando de identificar, no es un miembro de la Orden de la Jarretera, sino de la Orden de San Miguel de Francia. Como ya he dicho, la idea se me ocurrió gracias al coleccionista francés.

Michael dejó de mirar a Maitland para fijarse en Isobel. Sintió que se ruborizaba. ¿Y acaso lo que veía en la cara de ella era una ligera sonrisa de burla? No cabía duda de que había confiado demasiado en su capacidad para descifrar el cuadro y su error les había costado un retraso considerable que no podían permitirse. ¡Con razón Molyneux no había estado en Windsor!

Michael suspiró.

—Willie, eres un genio. Has percibido más con un solo ojo que nosotros con cuatro. La vieja magia de Maitland. Has hecho exactamente lo que esperábamos. Ponernos en el rastro de la orden correcta. No tal y como yo habría deseado, pero… Bueno, ahora sabemos adónde dirigirnos, lo que no sabíamos cuando vinimos. Te debo una. De todas formas, antes de irnos, ¿hay alguna otra cosa que puedas decirnos de esta orden?

—Así, de buenas a primeras, no. Pero creo que tengo un libro. Aguarda un momento. —Willie desapareció con el estuche de cuero negro, en el que ya reposaba nuevamente el luis de oro. Volvió con un pequeño tomo—. Aquí está. Os leeré la definición. —Pasó las hojas del libro—. Sí… «Miguel, San, Orden de»… —Ladeó ligeramente la cabeza para acomodar su ojo sano a la lectura—. «La Orden de San Miguel fue establecida en 1469 por Luis XI y es una de las grandes órdenes de caballería de Europa, el equivalente francés de la Orden de la

Jarretera de Inglaterra… Sus miembros debían llevar siempre la insignia de la orden… durante las ceremonias se la usaba suspendida de una cadena de oro cuyos complejos eslabones tenían la forma de conchas de berberechos y se la llamaba la *Grand Ordre*. En otras ocasiones era conocida como la *Petit Ordre* y se la llevaba colgada de una cinta delgada o una cadena más sencilla… Los miembros de la orden siempre eran treinta y seis… En Basilea se conserva un boceto del medallón realizado por Holbein». —Maitland cerró el libro y levantó la mirada—. Eso es todo.

—¿Y dónde crees que pueden estar los registros de la Orden de San Miguel? —preguntó Michael.

—Mmm… —meditó Maitland—. Si la fundó Luis XI y estaba tan relacionada con la corte, probablemente fuera abolida en 1789 con la Revolución francesa. Es muy posible que los registros se destruyeran durante el período del Terror. En caso contrario, yo diría que tal vez estén en la Bibliothèque Nationale de París.

Isobel lanzó un gemido. Si los registros habían sido destruidos, la búsqueda había terminado.

—Podríais empezar en la embajada francesa —dijo Willie—. Deben de tener un agregado cultural que tal vez pueda ayudaros. O podríais intentarlo en la universidad; en el departamento de francés habrá algún historiador que quizá sepa algo.

Justo en ese momento entró otro cliente en la galería; le dieron las gracias a Willie y lo dejaron tranquilo.

—Saluda a tu hermana de mi parte —gritó él cuando salían.

En el camino de regreso a Mason’s Yard, Michael miró avergonzado a Isobel y dijo:

—Lamento haber comenzado con mal pie. Me dejé llevar por el entusiasmo.

—Crucemos los dedos y esperemos que los registros franceses no fueran quemados durante la Revolución. —Su tono le indicó que ella no se detenía a meditar sobre los errores del pasado—. Su hermana parece ser una persona popular.

Michael lanzó una risita.

—En una época fue novia de una famosa estrella de *rock*. Ella lo inició en el coleccionismo y él se compró la mayor parte de los artículos de Bond Street. Así que no cabe duda de que es popular.

Isobel le lanzó una mirada penetrante.

—Pero a él no le interesó nada de lo que vendían en Mason's Yard, ¿verdad? —Cambió de tema antes de que Michael pudiera protestar—. ¿Dividimos la tarea? ¿Uno va a la embajada y otro a la universidad?

En ese momento pasaban por Dalmeny's, una galería pequeña pero cara que se especializaba en muebles franceses y unos pocos cuadros. Habían pasado por allí dos noches antes, de camino a Keating's. La expresión de Michael se hizo más alegre.

—No —dijo—. Al menos, todavía. Llamaré a Embrollo Jacques en París. —Cuando Isobel se volvió para mirarlo, añadió—: Jacques De Selve, si prefiere la versión adulta. Es un viejo amigo y una especie de colega. Él me avisa cada vez que le llega un cuadro inglés, y yo le informo cuando aparece alguna obra de arte o algún mueble francés entre los objetos de alguna de las subastas que se llevan a cabo por aquí. No es un intercambio muy frecuente, pero sí lo bastante como para que pueda llamarlo y pedirle ayuda.

En la galería había varios mensajes para Michael, pero antes de ocuparse de ninguna otra cosa cogió un gran libro que estaba en la biblioteca de su despacho. Era pesado e hizo un ruido sordo al caer sobre su escritorio.

—Éste es el *catalogue raisonnée* de Chamberlain sobre Holbein. Todo lo que hizo el pintor está aquí. —Se dirigió a la última parte, donde había un índice de lugares en los que se conservaban las obras de Holbein. Buscó Basilea y pasó las hojas hasta que la encontró. Una pequeña fotografía en blanco y negro del dibujo del medallón hecho por el maestro. Michael se lo enseñó a Isobel—. La respuesta estuvo en esta habitación todo el tiempo. Es increíble. Pero, por lo menos, ahora sabemos que estamos sobre la pista correcta. No cabe duda… el diseño es idéntico.

Isobel asintió.

—¿Por qué alguien que vivía en Inglaterra pertenecería a una orden francesa?

—Eso también se me había ocurrido a mí. Pero no creo que sea un problema. Es de suponer que cuando averigüemos el verdadero nombre de Mercurio, también descubramos qué hizo para merecer ese honor.

Buscó su libreta de direcciones en un cajón y encontró el número de De Selve en París. Cuando consiguió ponerse en contacto, se enteró de que el francés había salido para una venta.

—¡Maldición! —siseó, cubriendo el auricular con la mano. Dejó el mensaje de que De Selve debía llamarlo lo antes posible—. De acuerdo —le dijo a Isobel

—. Usted vaya a la embajada y yo lo intentaré con la universidad. Es mejor que quedarnos aquí sentados esperando.

Pero se equivocaba. En la universidad le dijeron, más o menos con las mismas palabras, que la función del departamento de francés no consistía en resolver las dudas del público en general. A Isobel le indicaron que se dirigiera al Instituto Francés, en Belgrave Square, pero allí le informaron de que, si bien tenían libros sobre caballería, no poseían ningún registro relacionado con ninguna orden.

Michael sentía que la frustración le atenazaba las entrañas. Encendió un cigarro para calmarse. Luego, Jacques le devolvió la llamada. ¡Qué actitud tan diferente! Atento, considerado, amable. Le respondió que no podía resolver la inquietud de Michael personalmente pero había una tienda de monedas y medallas al otro lado de la calle, la rue de Seine. El propietario era amigo suyo, seguramente sabría la respuesta, y Jacques volvería a llamar a Michael en cuanto hubiera hablado con él. Justo cuando Michael estaba a punto de colgar, De Selve agregó:

—Michael, ¿se trata de algo que podría interesarme?

Midiendo sus palabras, Michael respondió:

—Aún no lo he adquirido, Jacques. Pero si puedo identificar a este hombre y resulta que te es más útil a ti que a mí, sin duda tendrás prioridad.

—*Bon. A bientôt*.

Esperaron. Ya era la hora del almuerzo pero ninguno de los dos podía siquiera pensar en comer antes de que Jacques les devolviera la llamada. Si los registros habían sido destruidos…

Michael revisó sus mensajes. Uno estaba escrito con la letra de Greg y decía, simplemente, «Llama a Ed». Ed McCrystal era un miembro irlandés del grupo de apuestas y tenía un alto cargo en una empresa de corredores de Bolsa de Dublín. Michael consiguió ponerse en contacto de inmediato.

—¿Sí, Ed? ¿Hay algo?

—Ciertamente, muchacho, ciertamente. Tal vez no te hayas enterado, Greg me dijo que tenías mejores cosas que hacer que escuchar la radio, pero anoche por fin pescaron un gran objeto en el lago Ness…

—¡No!

—Soy irlandés, recuerda, exagero pero no miento. En este preciso instante están remolcando hacia la orilla el objeto, como denominan al organismo. Por desgracia, las pantallas de televisión de esta oficina sólo muestran lo que pasa

con el precio del café, el estaño y la bauxita. Si no, podría verlo. En cualquier caso, es una oportunidad demasiado buena como para desperdiciarla.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál es la idea?

—La extensión.

—¿De qué?

—De todo el objeto, de la totalidad del organismo, Michael. No seas grosero.

—Vale, vale. Buena idea. Me apunto. ¿Quién ha apostado por qué, hasta ahora?

—Greg ha dicho nueve metros; Charlie, quince, qué estúpido; Doug, cuatro y medio. Aún no he hablado con los demás. ¿Y tú?

—Treinta.

—¡Treinta metros!

—Exacto.

—Ésta es tu última oportunidad para cambiar de idea.

—No, gracias. Si lo están remolcando, y aún no lo han izado a bordo, debe de ser bastante grande.

—¡Hecho! —gritó McCrystal—. *Rien ne va plus*.

Michael colgó el teléfono.

Isobel había permanecido con el ceño fruncido durante la mayor parte de la conversación. El cigarro de Michael se había apagado y mientras él volvía a encenderlo sonrió y le explicó la apuesta.

—Sus apuestas son cosa suya, Michael. Pero ¿y si De Selve ha estado intentando ponerse en contacto con usted?

Michael le preguntó a la secretaria por el intercomunicador. No había habido ninguna llamada de París.

De modo que, otra vez, aguardaron. A cada minuto que pasaba sin novedades de De Selve, Michael se ponía más nervioso. Daba ansiosas chupadas a su cigarro. Trató de pensar en el viejo Julius Samuels trabajando en la mujer del cuadro en Dover Street. El viejo debería de acabar pronto. Miró el cigarro que tenía entre los dedos, inspeccionando sin demasiada atención las hojas color marrón, entrelazadas como las escamas de un cangrejo. Él pertenecía a una raza en extinción. ¿Quién fumaba ahora? Las viudas, los franceses, los presos, que, según le habían dicho, seguían liando sus propios cigarrillos. ¿Por qué los franceses? Pero eso lo hizo pensar nuevamente en De Selve. ¿Por qué tardaba tanto en llamar? ¿Le habrían informado de que los registros habían sido destruidos y no quería ser el portador de una noticia tan funesta? O quizá el

vendedor de monedas no estaba en su tienda…

Después de más de media hora, el teléfono por fin sonó y, cuando Michael lo cogió abruptamente, Jacques estaba al otro lado de la línea.

—Michael, lamento haberme retrasado pero Éclier, el marchante con el que debía hablar, tenía un cliente en la tienda y no se marchó hasta hace unos momentos.

—Entiendo, Jacques. —Michael intentó que su voz no sonara tensa—. ¿Qué te ha dicho?

—Algo bueno para ti, creo. Éclier tiene un libro que se remonta a 1643, durante el reinado de Luis XIV. Todos los miembros de la orden hasta la Revolución están en él.

—No, Jacques. Estoy interesado en un período anterior, de 1500 a 1550.

—*Eh, bien*. En ese caso debes ir a la Bibliothèque Nationale, de París. Es el viejo Palais-Mazarin. ¿Lo conoces?

—No.

—Se parece a la sala de lectura de vuestro Museo Británico.

A Michael se le aceleró el pulso. Le hizo a Isobel una señal con el pulgar levantado.

—¿La Bibliothèque está abierta en horarios normales?

—Por supuesto. Pero, Michael, ¿no puedo ayudarte? Mi francés es mejor que el tuyo, creo —rio—. Y te ahorrarás el billete de avión.

—Te lo agradezco, Jacques, pero por el momento he de respetar la confidencialidad que me solicitó la actual propietaria del cuadro. Se trata de una inglesa que no desea que se difundan datos sobre su cuadro antes de que ella esté lista. —No era más que una mentira inofensiva, se dijo para sus adentros—. Lo lamento… Pero no te preocupes. Si me parece que Francia es el mejor lugar para el cuadro, Jacques, serás el primero en saberlo. Te lo prometo. Y gracias por tu amabilidad, sabía que podía confiar en ti.

Colgó el teléfono y se acomodó en el asiento.

—De modo que tendrá que ser la Bibliothèque Nationale.

—¿Iremos los dos?

—Nnno… no lo creo. Uno debería bastar. ¿Qué tal es su francés?

—No muy bueno.

—Entonces yo iré a París esta noche, para poder estar en la Bibliothèque a primera hora de la mañana, cuando abra. Obtendré los nombres y se los pasaré a usted por teléfono. Puede buscarlos en la National Portrait Gallery… —Vio que

las cejas de Isobel se enarcaban en una expresión de desconcierto y le explicó—: Debe de haber un equivalente francés de nuestra National Portrait Gallery, a la que tal vez nos veamos obligados a acudir más adelante. Pero he estado pensando que este cuadro tiene que estar relacionado con alguien que, ya fuera francés, florentino o finlandés, era famoso en Inglaterra. De modo que por el momento ciñámonos a la National Portrait Gallery. Ahora, mejor que me ponga en contacto con Air France.

Llovía en París. Lejos de los principales bulevares, en la zona donde se encontraba la Bibliothèque Nationale, las calles eran estrechas y el viento tenía menos oportunidades para convertir las gotas de lluvia en afilados cristales que azotaran a los paseantes, como ocurría en las avenidas más anchas. Y, a pesar de la humedad, los aromas de París, semiolvidados y al mismo tiempo inmediatamente familiares, eran de lo más sugerentes. Michael se sintió lleno de energía.

La Bibliothèque estaba escondida en la zona más bulliciosa y atestada de París justo al norte del Louvre y del Palais-Royal, una área llena de *pâtisseries* y papelerías, de cafeterías y de galerías de grabados, plazas pequeñas, perros y, lo que llenó de alegría a Michael, establecimientos de tabacos. La entrada a la Bibliothèque Nationale no tenía nada de la solemnidad de la del Museo Británico. Era un portón sencillo en el lado oriental de una plaza pequeña llena de hojas caídas. Michael tomó un café rápido, amargo y negro como las nubes que se cernían en lo alto, en una cafetería de la esquina, antes de atravesar el portón, que estaba cubierto de carteles de las futuras exposiciones. Cruzó un patio hasta llegar a un amplio porche de cristal, dentro del cual se encontraba el oscuro vestíbulo de la Bibliothèque propiamente dicha.

Embrollo Jacques tenía razón; se parecía bastante a la sala de lectura del Museo Británico. Las mesas de trabajo, cada una de ellas provista de una lámpara de pantalla verde, se desplegaban, como los radios de una rueda, desde un escritorio central donde se realizaban los préstamos. Cuando le entregaron los documentos, éstos resultaron ser dos grandes pilas de libros encuadernados en piel color grana. Nada de facsímiles. Eran los originales. Michael examinó los lomos de los libros. Nada. Cuando abrió uno de ellos se desesperó al ver que estaba escrito a mano con unos garabatos floridos y recargados que le resultaban muy difíciles de leer. «¡Endemoniada Bibliothèque!», susurró para sus adentros.

Al mismo tiempo le alivió ver que los nombres estaban en orden cronológico. Descubrió que uno de los libros terminaba en 1518 y el otro, que comenzaba en el mismo año, llegaba hasta 1556. Sólo debía concentrarse en esos dos volúmenes.

Después de alrededor de una hora, se dio cuenta de que ya le resultaba mucho más fácil descifrar la letra, y en una hora más acabó la tarea que lo había llevado allí. Entre 1500 y 1537 sólo se habían incorporado quince hombres a la Orden de San Miguel. Por tanto, los apuntó todos. No pensaba correr ningún riesgo. Al igual que en el Museo Británico, en la Bibliothèque Nationale había un sistema según el cual, si alguien pedía los mismos libros dos días seguidos, éstos no se devolvían a las estanterías principales, sino que los guardaba en un lugar aparte para el día siguiente. Michael recurrió a ello, por si necesitaba volver a consultarlos. Luego encontró un teléfono en el pasillo y llamó a Londres. Isobel, que se hallaba en la galería de Mason's Yard, llegó rápidamente al teléfono y escribió los nombres que él le dio.

—Voy a hospedarme en el Saint-Simon —explicó él después de dictarle la lista—. Es un pequeño hotel en la orilla izquierda, cerca de un maravilloso restaurante de una estrella y de la zona de Beaux-Arts. —Le pasó el número de teléfono—. Pero también he hecho una reserva en el vuelo de Air France de las siete y media de hoy, por si logramos avanzar algo. Llámeme en cuanto termine en Trafalgar Square. ¡Buena suerte!

Isobel estaba más nerviosa que en su visita anterior a la National Portrait Gallery. Gracias a Willie Maitland habían conseguido una segunda oportunidad. No tendrían una tercera. Este viaje debía dar resultado, o estarían perdidos.

Atravesó las puertas de cristal y subió por la escalera. A su derecha vio el póster de una mujer que se asemejaba vagamente a la amiga en cuya casa se alojaba. Llevaba un vestido que le dejaba los hombros al descubierto y anunciaba una exposición de retratos de John Singer Sargent, el artista norteamericano que había pintado a todos los famosos de su época. El vestido del cartel era rojo, como los tirantes de Michael.

La bibliotecaria la saludó con un gesto y una sonrisa. Esta vez, salía a almorzar. Pero la asistente apuntó los nombres que le dio Isobel y desapareció detrás de una puerta. Isobel se sentó en un escritorio diferente con la sensación de que, si no lo hacía, tal vez su suerte no cambiaría. Después de unos

momentos, la asistente regresó. Para alarma de Isobel, no traía ninguna carpeta.

—Algunos de estos nombres parecen franceses —dijo la mujer en voz baja.

—Todos lo son —respondió Isobel.

—Lo que significa que tal vez algunos no se encuentren aquí, lo comprende, ¿verdad? Sólo si alguien vino a Inglaterra, o se trasladó aquí en una misión ante la corte, o tal vez recibió alguna clase de distinción, lo que justificaría que los hubiesen pintado o dibujado durante su estancia en este país; sólo en ese caso podríamos hallarlos.

—Entiendo —respondió Isobel—. Haga lo que pueda, por favor.

Pasaron veinte minutos. No había tanta gente en la biblioteca como en la otra ocasión, pero Isobel reconoció al marchante conocido de Michael. Estaba sentado en el mismo escritorio que la última vez y la saludó con un gesto.

Cuando la asistente reapareció, Isobel notó de inmediato y con alivio que traía unas cuantas carpetas verdes; al menos su misión no había sido un completo fracaso.

La asistente le dejó las carpetas sobre el escritorio y dijo:

—Según el índice general, sólo tenemos cuatro de los quince nombres que le interesan. El resto tendría que buscarlos en Francia. Lo siento.

Isobel sonrió, aunque no se sentía para nada alegre. ¡Sólo cuatro nombres! Buscó las carpetas, con las manos sudorosas por los nervios.

El nombre de la primera etiqueta era «Albert Martres». Abrió la carpeta. Albert Martres era alto y de cabello gris, una figura esbelta y delgada, un sacerdote con mucho garbo, y no encajaba. La segunda correspondía a Jean Duquesne, un hombre de rostro enjuto y grandes orejas. Isobel suspiró. Iban dos, faltaban otros dos. El tercero era Philippe du Croix. Su cuerpo le indicó lo que veía momentos antes de que su mente lo registrara. Sintió una agradable fricción en el fondo de los ojos. Dejó de respirar y un hormigueo le recorrió la columna dorsal. El corte de pelo de Du Croix era familiar, la nariz era idéntica, la mirada la misma. Pero era la línea de la mandíbula, y la papada, lo que daba por zanjado el asunto. Esos rasgos eran los que marcaban la personalidad de la cara, y era la misma del cuadro sin sombra de duda.

Habían encontrado al hombre que buscaban.

Isobel volvió a respirar. Su suspiro fue audible. Dio la vuelta al retrato. Al dorso podía leerse: «Philippe du Croix: llegó a Inglaterra en 1528 para desposar a Elizabeth Goodwin, la hija mayor de sir John Goodwin, después de lo cual anglicanizó su nombre convirtiéndolo en Cross».

Y eso era todo. Nada sobre la clase de vida que había llevado o dónde había vivido. Isobel se levantó y se acercó al mostrador principal. La bibliotecaria asistente levantó la mirada y sonrió.

—Este hombre, Philippe du Croix, Philip Cross —dijo Isobel—. ¿Cómo podría averiguar más sobre él, por favor?

La asistente cogió el retrato, lo giró y leyó lo que decía atrás. Frunció los labios.

—Podría intentarlo con el *Dictionary of National Biography*. —Y le señaló con un gesto una larga fila de volúmenes de color marrón que estaban al otro lado de la sala.

Isobel se acercó a la estantería, eligió el volumen CAG-DRE y lo llevó a su escritorio. Pasó las páginas… ¡Sí! Había un poco más. La entrada decía: CROSS, Philip (1485-1536), nacido Philippe du Croix, era un noble francés que alcanzó notoriedad como diplomático entregado a la reconciliación entre los países católicos y los protestantes. A partir de 1514 recorrió Alemania y los Países Bajos. En 1525 cruzó a Inglaterra en una misión diplomática y en Londres conoció a Elizabeth Goodwin, hija de sir Thomas Goodwin *[véase*], de Godwin Magna, Dorset. En 1526, Du Croix estuvo a punto de morir en España, donde se encontraba realizando una misión para el rey de Francia. Los españoles, creyendo que Du Croix era un favorito del rey francés, lo mantuvieron como rehén en Sevilla, hasta que se resolvieran unas cuantas cuestiones pendientes entre ambos países. Pero Du Croix logró escapar y llegó a París, después de una serie de aventuras y de sufrir la persecución de las fuerzas españolas. Dos veces escapó de la muerte por muy poco. En París, el rey recompensó su lealtad y su valentía confiriéndole la Orden de San Miguel, que en aquel entonces era el honor más elevado de Francia.

Al año siguiente, Du Croix, que al parecer ya había tenido bastantes aventuras, regresó a Inglaterra y contrajo matrimonio con Elizabeth Goodwin. Con la condición de que anglicanizara su nombre, se entregó a Cross, como pasó a ser llamado, y a su nueva prometida grandes extensiones de tierra en Dorset, y cuando el único hijo de sir Thomas murió sin haberse casado, al que siguió poco después el mismo sir Thomas, Cross y Elizabeth heredaron todas las propiedades de la familia Goodwin. En sus últimos años Cross escribió dos libros con los que reanudaba su interés por tratar de reconciliar la fe católica con la protestante. Esos libros se distinguen principalmente por el inteligente análisis que hace Cross del divorcio. Fue enterrado en la capilla de la familia Goodwin en Godwin

Magna, cerca de Dorchester.

Con un entusiasmo creciente, Isobel llevó el libro abierto y el retrato al mostrador principal, donde le indicaron una pequeña oficina en la que había una fotocopiadora. Tenía que hacer muchas fotocopias; Michael querría ver la semejanza del rostro y la entrada del diccionario.

—¿Va a haber alguna exposición sobre Cross? —dijo la chica que atendía la máquina.

—No, no lo creo. No, que yo sepa. ¿Por qué lo pregunta?

La máquina lanzaba un resplandor verde cada vez que hacía una fotocopia.

—Otra persona estuvo aquí hace unos días. Quería copias sobre el mismo retrato. Recuerdo el corte de pelo…

—¿Cuándo fue eso? ¿Se acuerda? —Isobel sintió que el corazón le galopaba. Cada vez que daban un paso hacia adelante, luego tenían que retroceder.

La chica paró la máquina y le entregó las fotocopias.

—No puedo decírselo con exactitud… la semana pasada, probablemente. Sí, debió de ser por esos días, porque la fotocopiadora no funcionaba…

Isobel pagó, cogió las fotocopias, devolvió el retrato y el diccionario, y se apresuró a salir de la biblioteca, ansiosa por telefonear a Michael y contarle las noticias. Bajó corriendo la escalera, llegó al rellano del entresuelo y giró para descender hacia las baldosas de mármol del vestíbulo principal. Pero cuando lo hacía vio que por las puertas de cristal entraba un hombre alto, musculoso, de pelo gris, arrugas en las mejillas y el labio superior muy delgado. Molyneux.

Isobel se detuvo. Mientras sentía el sudor que le corría por la piel, se volvió y subió de nuevo por la escalera. ¿Qué hacía Molyneux allí? Tenía que pensar. Mientras lo hacía volvió a subir hacia el primer piso, alejándose de Molyneux todo lo que pudo. ¿La habría visto? No lo creía. Ella había retrocedido instintivamente y no podría haber estado a la vista de él más de unos segundos. Llegó al pasillo que daba al archivo. ¡Era eso! Molyneux había venido a buscar las fotocopias. Gracias a Dios no se había topado con él en el archivo, o en la sala de la fotocopiadora. Isobel dejó atrás el archivo, pasó de largo de la entrada a la exhibición de Sargent y siguió hasta el piso superior, donde estaban los retratos de los períodos Tudor y georgiano. No se atrevió a echar un vistazo.

Cuando llegó a la planta superior avanzó por la galería circular, que se internaba cada vez más en el edificio, y encontró una pequeña sala con una

máquina de rueda de color verde. Estaba llena de complicadas palancas y medía casi dos metros y medio de altura. Se ocultó detrás de la máquina y comenzó a estudiar una serie de pequeñas siluetas en la pared.

Se preguntó cuánto tiempo tendría que darle a Molyneux. Ella había estado unos cuarenta minutos en la biblioteca. Tardarían unos quince en darle las fotocopias que había encargado. Ése sería el momento más seguro para salir. Miró su reloj.

—Un poco siniestras, las siluetas, ¿no le parece?

Isobel sintió que se le helaba la sangre. ¡Él la había visto y la había seguido! Se volvió.

—Señorita Sadler, qué placer. Pensé que la había reconocido allí abajo, pero usted se volvió repentinamente y vino hasta aquí. ¿Ha olvidado algo? —Sus ojos se posaron en las fotocopias que ella llevaba—. ¿Viene a menudo aquí?

Isobel se alarmó. Aferró las fotocopias con la mano derecha y puso el brazo detrás de la espalda para ocultarlas. Molyneux no debía ver lo que había encontrado.

Se devanó los sesos tratando de responder a la pregunta. Debía parecer lo más natural posible.

—Yo… he venido a visitar la exposición de Sargent… —Gracias a Dios que se había detenido a mirar el póster en la entrada—. Luego pensé que, ya que estaba, podía ver el resto de la galería. Lo siento, no lo vi abajo. ¿Alguna noticia de aquellos documentos? ¿Su cliente ha regresado de su viaje?

—¿Le interesa Sargent? —Molyneux no prestó atención a las preguntas de Isobel.

Ella sintió de pronto que se quedaba sin aliento. Él no la creía. Miró a su alrededor. No había nadie más por allí y las palancas de la máquina de rueda eran como las rejas de una prisión surrealista. Buscó en su memoria algo que Michael le había dicho. ¿Qué era? Sí.

—Sargent vivió un tiempo cerca de nuestra casa, ¿lo sabía? En Broadway, Worcestershire. Siempre he estado interesada en su obra.

—Mmm… —Molyneux señaló las fotocopias que Isobel llevaba en la mano —. ¿Ha estado tomando notas?

Ella las aferró con más fuerza.

—No. —Su voz era cada vez menos natural. Lo sabía, pero no podía evitarlo.

—¿Ha visto estos objetos de aquí? —Molyneux se acercó a la pared opuesta

de la galería—. Son máscaras de modelos vivos que hizo Benjamin Haydon con los rostros de Wordsworth y Keats. Un poco truculento, ¿no le parece?

Isobel miró las máscaras.

—Yo tengo algunas similares, sólo que las mías son máscaras funerarias, hechas sobre cadáveres.

Isobel trató de no estremecerse. No conseguiría atemorizarla.

—¿Le gustó el retrato de lady Eden de Sargent?

Completamente fuera de su terreno, Isobel sólo atinó a decir:

—¿Es el de la mujer de rojo?

—¿Tal vez prefiriera el de la señorita Cicely Alexander?

Isobel sintió que se derretía. El sudor de las manos humedecía las fotocopias. Ella vaciló e hizo un gesto de asentimiento.

De inmediato se produjo un cambio en la expresión de Molyneux e Isobel supo que acababa de cometer un error. La había descubierto. Era lo que pretendía con sus preguntas. Ella le había mentido y él lo sabía. No podía estar seguro de cuál era su motivo para estar en la galería, pero debía de tener una idea bastante aproximada.

Isobel sintió deseos de gritarle pero sabía que tenía que mostrarse lo más relajada que pudiera. Y marcharse rápidamente antes de que la situación empeorase. Durante un momento pensó que tal vez sería mejor enfrentarse a él, preguntarle qué estaba haciendo en la galería, presionarlo sobre los documentos, preguntarle dónde estaba su galería, si es que tenía una. En el fondo de su mente asomó la idea de que tenía que interrogarlo y averiguar cuál era su verdadero nombre. Pero se dio cuenta de que no podía estar segura de que él estuviese utilizando un nombre falso y ella quedaría como una tonta, una tonta sospechosa. No, tenía que marcharse de allí. Volvió a mirar su reloj.

—Señor Molyneux, mi tren sale dentro de cuarenta minutos. Me temo que debo apresurarme. Por favor, perdóneme.

Él le lanzó una mirada tensa y se hizo a un lado. Isobel le dirigió la más breve de las sonrisas y se alejó a paso presuroso. Fuera de la galería, giró hacia el sur y se obligó a cruzar a Trafalgar Square como si estuviera buscando un taxi. Pero una vez que llegó a la plaza, y que estuvo segura de que no podrían verla desde la entrada de la National Portrait Gallery, corrió la mayor parte del camino hasta Mason’s Yard.

Michael expresó su alegría a gritos por teléfono cuando Isobel le contó lo que había encontrado en la Portrait Gallery.

—¡Endemoniadamente espectacular! —Luego, poniéndose más serio, preguntó—: ¿Dónde queda exactamente Godwin Magna?

—Ya lo he mirado. A unos cinco kilómetros al este de Dorchester.

—Bien. Hay un hotel en Dorchester llamado The Yeoman. Convendría que reservara un par de habitaciones allí para mañana por la noche. —Miró su reloj —. Llegaré a coger el vuelo de las siete y media para volver a Londres esta noche. La recogeré en Montpelier Mews mañana a las ocho de la mañana en mi coche. No es demasiado temprano, ¿verdad?

—Recuerde que soy una granjera. Eso es como el mediodía para mí.

—Bueno, para mí es bastante temprano. De ese modo llegaremos a Dorset antes de las once. Eso debería darnos tiempo suficiente. —Michael volvió a sonreír al auricular—. Ha sido un gran trabajo detectivesco el que ha realizado hoy, inspectora Sadler. Maravilloso. Ahora debería irme. Puede haber mucho tráfico de camino al aeropuerto a esta hora. ¿Algo más antes de que salga pitando?

—Bueno, sí…

—¿Qué, Isobel? ¿Qué?

Ella le repitió su conversación con la chica de la sala de fotocopias en la Portrait Gallery.

—¡Molyneux!

—Sí. Y eso no es todo.

—Continúe.

—Lo vi cuando estaba saliendo de la galería. Intenté esquivarlo pero él me siguió por la escalera cuando yo trataba de ocultarme. Debía de haber vuelto en busca de sus fotocopias. Yo tenía las mías en la mano pero fingí que había ido a la exposición de Sargent.

—Bien. Eso estuvo bien pensado.

—Espere. —Isobel sacudió la cabeza delante del teléfono—. Él sospechó de mí y estoy segura de que metí la pata. Me preguntó por algunos cuadros de Sargent. Creo que uno era el retrato de *lady* Edén y el otro creo que era el de… ¿Sister Alexander? ¿Eso le suena?

—¿Cicely Alexander?

—Sí, ése. ¿Cuál es el problema, Michael? ¿No están en la exposición?

En París, Michael lanzó un gemido.

—No, no están en la exposición, Isobel. De hecho, no hay ninguna razón por la que deberían estar. Ambos son de James Whistler, uno de los principales rivales de Sargent.

CINCO

A las ocho y media de la mañana siguiente ya estaban saliendo por la M3 en dirección oeste. Volvía a llover y los limpiaparabrisas del pequeño Mercedes 190 de Michael silbaban hacia un lado y hacia otro con un constante «Du-Croix», «Du-Croix», «Du-Croix». Michael, que conducía, se sentía lleno de júbilo. Aún no había noticias sobre los planes matrimoniales de Margaret Masson, pero el monstruo del lago Ness, que por fin había sido izado a tierra la noche anterior, justo cuando Michael estaba en el vuelo de regreso de París, había resultado tener la forma de una anguila. Pero lo más importante era que el animal medía 27,10 metros de largo y que, por tanto, él había ganado la apuesta. Su fortuna había aumentado en quinientas libras.

Isobel tenía una guía de carreteras sobre las piernas.

—Me parece —dijo— que la manera más rápida de llegar a Dorchester es salir de la autopista justo antes de que termine, luego tomar la A303 hasta que veamos el cartel de Sherborne. Es una carretera de doble sentido la mayor parte del camino. Luego giramos hacia el sur. Por allí llegaremos a Sherborne, que está en la dirección de Dorchester. Una vez que hayamos pasado Dorchester, cogemos el camino de Wareham. Pocos kilómetros después está el cruce hacia Godwin Magna. Nos faltan unas dos horas y media, creo.

—¿Ha conseguido reservar en The Yeoman?

Isobel asintió.

Michael se sentía aliviado por haber dejado atrás las investigaciones bibliotecarias y estar fuera de Londres haciendo algo concreto. Siempre se entusiasmaba cuando tenía que salir de la ciudad. Todos los marchantes estaban de acuerdo con la máxima que rezaba: «Cualquiera puede vender; lo importante es comprar». Eso era cada vez más cierto, en especial con los viejos maestros.

Si uno podía encontrar cuadros de primer nivel, éstos se vendían solos. Pero había que encontrarlos. Como Michael hacía sus mejores adquisiciones en privado, con los dueños de casas de campo a los que les molestaban los resplandores de las salas de subastas, un viaje como el que ahora emprendían se relacionaba invariablemente con una adquisición, con buenas noticias. Ojalá eso

se cumpliera ese día.

—¿Cree que Molyneux regresó a la galería sólo por las fotocopias?

—No se me ocurre otra razón. ¿A usted sí? La chica me dijo que la máquina había estado estropeada.

—Qué mala suerte haberse topado con él.

—Sí. Tenía mucha prisa por hablar con usted y no actué de una manera muy inteligente.

Siguieron conduciendo, escuchando *El sueño de Gerontius* en el reproductor de casetes. Los tonos profundos y dulces y los ritmos majestuosos ofrecían un cálido contraste con la acerada lluvia que golpeaba en el exterior del vehículo.

—Ésta era la obra favorita de Elgar, y también la mía —explicó Michael—. En una ocasión, admitió: «Esto es lo mejor que he hecho».

—Me he cruzado con fanáticos de Wagner, o Mozart, pero usted es el único que conozco con un entusiasmo tan grande por Elgar.

—Ya le he explicado que fue por causa de la escuela. Pero Elgar es tan romántico para un inglés… ¿no le parece? Tan romántico para alguien que viene de las Midlands. Cuando yo era niño y tuve que tocar por primera vez su concierto para violonchelo en mi menor, me gustaba pensar que esa nota, que en inglés se denomina con la letra «E», no sólo representaba la tonalidad de la obra, sino que se refería a Edward y al mismo Elgar, a *England*, Inglaterra, y a todo lo *English*, lo inglés, a lo épico y lo elusivo, a lo etéreo y lo eterno, a la erupción y el erotismo…

—Entiendo, estese tranquilo.

Durante un rato se quedaron callados, escuchando la música. Pero luego se concentraron en la otra pista del cuadro, la figura que aparecía a continuación en el anillo si se lo seguía en la dirección de las agujas del reloj. Isobel había tenido la previsión de llevarse a Montpelier Mews todos los libros de consulta que podía cargar y esa mañana descansaban en el asiento trasero del 190.

Llegaron a Salisbury Plain, donde el viento era más fuerte y creaba enormes láminas de lluvia. Cada tanto podían verse franjas de creta en el paisaje, que formaban bolas mojadas y blancas como helado de nata.

La segunda figura del cuadro era tan desconcertante como la primera, aunque de una manera diferente. Sin duda, era mucho mayor, un hombre bajo, más bien regordete, tumbado en el suelo. Pero lo más extraño era que un arbusto o un árbol parecía salir de su estómago. También sostenía el relicario de la mano. A la altura de Stonehenge, apenas visible bajo la lluvia, Isobel buscó los libros en el

asiento trasero.

Abrió uno detrás del otro.

En «Árbol» pudo averiguar tan sólo que se lo relacionaba con antiguos ritos de fertilidad, y que Adonis, el dios griego, había nacido de un árbol. Pero estaba claro que el regordete del cuadro nada tenía que ver con el bello Adonis, de quien la diosa Venus se había enamorado tan desesperadamente. A continuación, Isobel buscó «Árbol del conocimiento», pero descubrió que éste era un manzano o tenía serpientes entrelazadas en el tronco. Ninguna de esas características concordaba con el árbol del cuadro; además, por lo que ella sabía ninguno de esos árboles habían sido pintados jamás saliendo del estómago de una persona.

—Busque por especies individuales de árboles —sugirió Michael—. Fresno, haya, roble…

—Sé bastante de árboles, gracias —dijo Isobel, enarcando una ceja y mirándolo fijamente. Se quedó un rato leyendo en silencio. El coche descendió por la planicie y la visibilidad mejoró un poco. Por fin, Isobel empezó a hacer una lista—: Fresno, nada. Haya, nada. El olivo se relaciona con la paz, por supuesto, y representa a Minerva y la sabiduría. El roble era un árbol sagrado para Júpiter y para los antiguos druidas… Tal vez eso signifique algo. Un obispo en el acto del bautismo con su pie descansando sobre un roble caído simboliza la conversión de los paganos, Bonifacio. —Buscó en «Bonifacio»—. Tal vez esto nos ayude: «Bonifacio fue un mártir inglés nacido en Crediton, Devon…». Eso está justo al lado de Dorset y no muy lejos de Monksilver. «Se hizo misionero y viajó al extranjero; fue arzobispo de Mainz en 744…». No, todo esto es irrelevante. ¡Maldición! —Volvió a la definición de roble—. El roble era la insignia de algunos papas… No, da la impresión de que tampoco es el roble. —Probó con palmera—. Nada.

—Déjelo —dijo Michael—. Ya estamos cerca del cruce. Llegaremos a Godwin Magna dentro de poco más de media hora. Busquemos la tumba, miremos por ahí y veamos con qué nos encontramos.

Isobel arrojó el libro sobre el asiento trasero.

—Por mí está bien. Y si ve algún sitio en el que podamos tomar un café antes, también estaría bien.

Pararon para tomar un desayuno tardío en Sherborne y ambos se sintieron mejor.

La lluvia estaba amainando cerca de las once y cuarto, cuando Michael giró para salir de la carretera Dorchester-Wareham. Una vez fuera de la vía principal,

disminuyó la velocidad para maniobrar por las numerosas curvas que llevaban a Godwin Magna. El camino se elevaba hacia una cresta desde la que se veían, a ambos lados, las onduladas colinas de Dorset. A la derecha, el campo descendía en una pendiente poco pronunciada. Más allá resplandecía un bosquecillo de hayas con las cortezas llenas de moho. La lluvia formaba negras redes que flotaban sobre el mar.

Michael redujo un poco más la velocidad para esquivar un tractor que venía en dirección opuesta y luego volvió a acelerar. Pasaron junto a un caserío que parecía consistir tan sólo en un *pub* llamado Quiet Woman, tres casas de piedra gris y un huerto. Después se encontraron nuevamente entre los setos del campo. Bordearon un pequeño embalse, perturbando a una garza, gris como el agua. Más adelante podía verse una pequeña aldea.

—Debe de ser ésa —dijo Michael.

—Y allí está la iglesia —replicó Isobel, señalándola—. Cuando pueda, gire a la izquierda.

En esa zona llovía con más intensidad y, cuando Michael se detuvo en el cruce de la aldea, el agua tamborileó con violencia contra el techo del coche. Giraron a la izquierda, luego siguieron el camino hacia la derecha, más allá de unas hayas rojas que parecían inclinarse por la fuerza del agua, y llegaron a la iglesia. Antes de salir, se pusieron, no sin dificultad, los impermeables dentro del vehículo. Luego corrieron por el sendero de piedra que llevaba a la entrada.

La iglesia estaba abierta. El interior tenía una luminosidad sorprendente, gracias a las paredes blancas. No había nadie más, de modo que podían tomarse su tiempo para recorrer el edificio. La vidriera del lado oriental era moderna, un diseño abstracto en carmesí y azul. Pero el resto de la iglesia era muy viejo. En el lado norte de la nave se podía ver un caserío de estilo cromwelliano junto a una fotografía de la iglesia tomada antes de la guerra, ahora de un color sepia descolorido.

Por fin, Michael dijo en voz baja:

—Aquí estamos.

Isobel se acercó a él.

A un lado del crucero septentrional había un biombo de madera que cubría una pequeña capilla. Michael señaló el dintel de piedra encima del biombo. Tenía grabado una palabra que apenas podía verse: «Goodwin».

Michael le indicó a Isobel con un gesto que entrara en la capilla y la siguió. Era minúscula, con espacio apenas suficiente para una docena de personas.

Había un altar pequeño, con una sencilla cruz de bronce y varias placas conmemorativas en las paredes. Pero, sin duda, el rasgo predominante de la capilla era el enorme ventanal que cubría casi la totalidad de la pared septentrional. Ese ventanal, que debía de tener más de tres metros y medio de altura, inundaba la capilla de luz. La lluvia, que repiqueteaba contra el cristal, ahogaba todo sonido.

—Aquí está la tumba de Philip Cross —dijo Isobel, señalando una losa en el suelo—. Con la de su esposa al lado.

Los dos se quedaron de pie junto a las losas, mirando hacia abajo, leyendo cuidadosamente las palabras allí escritas. Eran los detalles habituales: fechas, nombres, una leyenda en latín: «*Crux crucem sequitur*».

—No logro entenderlo —dijo Isobel, después de unos momentos—. No hay nada aquí que tenga la más mínima relación con los árboles. —Miró a su alrededor—. Está el biombo, por supuesto. Es de madera. ¿Cree que es algo relevante?

Michael negó con la cabeza.

—A mí me parece bastante nuevo. —Husmeó un poco por la capilla con aire apesadumbrado—. En realidad, hay muchas cosas que parecen nuevas. La cruz del altar, el paño que hay debajo, el cristal de la ventana. —Sacó un cigarro de su chaqueta.

—Aquí no, Michael. ¡Por favor!

—Pero pienso mejor cuando fumo.

—Mentira. Eso es una estupidez.

—De acuerdo, de acuerdo. Déjeme jugar con él, entonces. Prometo no encenderlo hasta que estemos fuera. —Examinó las tumbas—. «*Crux crucem sequitur*». La cruz sigue a la cruz. Ingenioso, ¿eh? —Se puso el puro apagado en la boca y le dio una chupada. Era mejor que nada. Volvió a mirar hacia abajo—. Me pregunto si…

Isobel se acercó y le quitó el cigarro de los labios.

—Hable claro. No lo entiendo con esto en la boca. ¿Qué ha dicho?

—Lo que estaba a punto de decir es: la Vera Cruz se hizo con un árbol. Un cedro, según la tradición, si no me equivoco.

Isobel le devolvió el cigarro.

—Tiene razón. Es cierto que piensa mejor con esto. Muy astuto, inspector Whiting. Muy astuto. Lo único que tenemos que encontrar es un cedro o madera de cedro.

Buscaron alguna referencia al cedro en la capilla. Nada.

—¿Podría ser que el biombo original fuera de cedro? —se preguntó Isobel en voz alta.

—Es posible, es posible. Supongo que podrían haberlo tallado de modo que ofreciera más pistas.

—Si eso es cierto, entonces estamos perdidos.

—Volvamos al coche y busquemos «cedro» en los libros —propuso Michael —. De ese modo podré fumar. Las cajas de puros están hechas de cedro, ¿sabe? Los mantiene frescos.

Ella lo fulminó con la mirada.

Michael se adelantó hacia el coche. La lluvia —goterones grandes, plateados, como perdigones del color del peltre— rebotaba contra el empedrado amarillento y crujiente. Mientras Isobel metía la cabeza en el coche para sacar los libros, él acercó una cerilla a su habano.

—Así está mejor. Larrañaga, Corona, Águilas Imperiales… Hasta los nombres hacen que uno se sienta bien. Usted debe de tener algún pecado, ¿no, Isobel? Tiene que haber algún fallo, alguna imperfección, alguna mancha en su historial, como dirían los tribunales.

—Oh, sí, he estrangulado a tres personas que me echaron humo de cigarro en la cara, descuarticé a varios apostadores y guillotiné al menos a dos hombres que no compartían su paraguas. ¡Me estoy mojando! Acérquese, gire la cabeza hacia el otro lado y escuche esto.

Michael obedeció. La lluvia en el pelo de Isobel subrayaba el olor de su champú. Él echó la cabeza hacia atrás sólo a medias, para no renunciar del todo a ese placer.

—«Cedro: es una madera clara de un árbol sagrado, tradicionalmente el árbol del que se hizo la Vera Cruz, en la que Jesús fue crucificado. En la Edad Media, supuestas astillas de la Vera Cruz aparecieron por toda Europa y se veneraron como reliquias sagradas. Según el profesor Polkner, de la Universidad de Tubinga, si todas las astillas que se conocen se reunieran en un solo lugar, pesarían tres toneladas y formarían una cruz de quince metros de alto y nueve de ancho». —Isobel se volvió hacia él—. ¿Cree que guardaban una astilla de la Vera Cruz aquí, Michael? ¿Sería posible que Godwin Magna apareciera en ese mapa de plata, el de las esmeraldas?

Michael negó con la cabeza.

—Para la mentalidad medieval, una reliquia de la Vera Cruz era mucho más

valiosa que las esmeraldas, los rubíes o la plata. Bill el Malo la habría mencionado en sus cartas o habría aparecido en el inventario. No, empiezo a pensar que esta madera es una pista falsa. —Contempló el jardín de la iglesia—. Tampoco veo ningún cedro por aquí. Hayas rojas, tejos, robles, pero eso es todo. Revisemos el cementerio, por si acaso. Tome, lleve usted el paraguas.

Había poco que ver. Lápidas, picadas e infestadas de liquen negro y amarillo. Los nombres tallados, erosionados por siglos de viento y podridos por la lluvia, no tenían ningún significado para ellos, incluso los que eran legibles. Emprendieron lentamente el regreso hacia el coche.

—Deberíamos buscar al párroco —dijo Isobel—. Tal vez él sepa algo de la capilla que nosotros no podemos descubrir por nuestra cuenta.

—Exacto —dijo Michael—. Pensaba exactamente lo mismo. La vicaría debe de ser aquella casa grande de allí. ¿Sería mucho pedir el lado de estribor del paraguas?

La casa —una estructura de piedra con agudos gabletes y varias chimeneas — sí era la vicaría, pero no habían tenido suerte. El párroco, según les informó el ama de llaves, pasaría todo el día en Bath, pero regresaría esa misma noche. Le contaron al ama de llaves dónde se hospedarían y le pidieron que el párroco se pusiera en contacto con ellos cuando regresara. Michael le dejó una tarjeta.

—¿Ahora qué? —preguntó Isobel—. Ya casi es la una y me muero de hambre. ¿Y usted? ¿Almorzamos en el Quiet Woman?

—Mmm —dijo Michael—. No, ¿por qué no vamos hasta Dorchester, nos registramos en el hotel, almorzamos allí y luego, en vez de dar vueltas bajo la lluvia, hacemos algunas investigaciones sistemáticas en los libros? Además, seguramente hay una biblioteca en Dorchester. Tal vez podamos utilizarla.

Isobel pensó que la sugerencia de Michael tenía sentido y emprendieron la marcha. Al cabo de media hora estaban en Dorchester. The Yeoman era un hotel antiguo con un arco por el que pudieron entrar con el coche hasta un patio trasero. Se registraron, pero antes de ver las habitaciones decidieron almorzar. Por sugerencia de Isobel, pidieron un plato de quesos, pan y encurtidos regados con sidra. Luego, cerca de las dos y media, se instalaron en la habitación de Michael con los libros.

—No nos apresuremos —dijo—. La respuesta debe de estar aquí, en alguna parte; sólo tenemos que saber cómo encontrarla. La persona que pintó ese paisaje seguramente conocía bien la cultura de su época, o bien se lo encargó alguien que sí la conocía, aunque no creo que tuviera grandes bibliotecas a su

disposición. Recuerdo haber leído en alguna parte que el típico noble de fines de la Edad Media poseía alrededor de veinte libros en su biblioteca. La respuesta, sin duda alguna, tiene que estar aquí.

Habían llevado consigo las tazas de café y se sentaron en silencio mientras la lluvia golpeaba contra las ventanas. Desde la habitación podían verse los techos de tejas rojas de Dorchester, que tenían el aspecto de una masa despareja, con algunas partes más cocidas que otras. Después de media hora Isobel se levantó, se desperezó y se acercó a la ventana. Miró la calle principal del pueblo, donde unos colegiales, formando una línea de impermeables azul oscuro, que se asemejaba a un extraño cocodrilo, avanzaban por la calzada como un grupo de crías guiadas por la madre oca. En ese momento, a sus espaldas, oyó que Michael exclamaba:

—¡Endemoniadamente eureka!

Ella se volvió.

—¿Ha habido suerte?

—Una joya en medio de la basura, querida amiga. —Le mostró el libro titulado *Iconography of Christian Art*, de Gertrude Saxl—. En la entrada sobre «Árbol» dice, entre muchas otras cosas, «véase Jesé». De modo que vi Jesé. —Hizo girar los ojos, imitando los movimientos de las cejas de Isobel—. Jesé… jarana… júbilo… ¡Jajay!

Ella se recostó contra la repisa de la ventana.

—«Jesé, Árbol de (Tronco de) —leyó él—. La profecía de Isaías, capítulo once, versículos uno a tres, un Mesías surgiría de la familia de Jesé, padre de David, que se representaba visualmente en la Edad Media como un árbol genealógico. Un árbol crece del tronco de Jesé y en sus ramas aparecen los antepasados de Cristo. Esta temática también aparece en la pintura renacentista, en especial en la de los Países Bajos de los primeros años del período».

—¿Sabe?, me parece que lo prefiero cuando bebe sidra; le da más energía. Ha estado usted… endemoniadamente pirotécnico —replicó Isobel en tono burlón—. Es nuestro hombre, sin duda. Debe de haber un Jesé enterrado en algún lugar de la iglesia.

Volvieron a salir bajo la lluvia, desandando sus pasos y las huellas de los neumáticos del coche, en dirección a Godwin Magna. Para las cuatro de la tarde ya estaban en la iglesia. Entraron a la capilla y examinaron cada placa conmemorativa, cada lápida, en busca de alguna referencia a un tal Jesé. No la hallaron. Sin dejarse intimidar, buscaron por toda la iglesia, cuyos muros estaban

cubiertos con toda clase de placas. Había Jacobos, Jeremías, un Jasón y cinco Juanes. Pero ningún Jesé.

—Nada —dijo Michael, señalando con un gesto una ventana, contra la cual seguía golpeando la lluvia—. Intentémoslo fuera.

Una vez más, salieron al césped mojado. Ya preveían que les sería difícil descifrar algunos de los nombres.

—Páseles los dedos a las letras, si no consigue leerlas —dijo Isobel—. Tal vez le sea de ayuda.

Aunque parecería muy extraño, pensó Michael, si los veían acariciando lápidas.

La lluvia y el viento arreciaban, y a Isobel le era cada vez más difícil sostener el paraguas. Unos fríos chorros de agua se metían dentro del cuello de la camisa de Michael y le bajaban por la espalda. De todas maneras revisaron sistemáticamente todas las tumbas, una tras otra. La tarea los ocupó hasta las cinco y media. Había cinco nombres que no pudieron descifrar pero en cada uno de ellos las fechas que figuraban en las lápidas eran muy posteriores al siglo XVI, de modo que se sintieron seguros de que Jesé, estuviera donde estuviese, no se encontraba en el cementerio.

Michael se metió las manos en los bolsillos y contempló la iglesia. La lluvia le goteaba desde las cejas y le recorría la cara. Hasta su cigarro, que había vuelto a apagarse, estaba mojado.

—No sé usted, pero yo me siento un poco atontado. Estoy seguro de que nuestro próximo paso está delante de nuestros ojos, pero no sé dónde mirar.

—¿Cree que la siguiente figura, la siguiente pista, podría ayudarnos? Tal vez nos guíe de vuelta a Jesé.

Michael asintió.

—Merece la pena intentarlo, sin duda. Regresemos al coche, protejámonos de la lluvia.

Se sentaron en el Mercedes y volvieron a mirar la fotografía del cuadro.

—Mmm —dijo Michael—. Otra vez con lo mismo. No entiendo nada. La figura siguiente parece un fantasma. —Se frotó la cara para secarse—. Me pregunto si hicimos lo correcto cuando decidimos no consultar a un experto. —La figura que contemplaban era, con diferencia, la más insustancial de todas: un hombre gris, de aspecto fantasmal, como había dicho Michael, y su piel tenía una palidez cadavérica. A sus pies se posaba un animal muy mal dibujado, que

parecía tener tres cabezas. El hombre llevaba el cáliz en una mano.

—Si esta figura resulta ser un fantasma —dijo Isobel lentamente—, también apuntaría a una tumba o un cementerio, ¿no le parece? Es posible que desde el siglo XVI hasta ahora la iglesia fuera reconstruida varias veces; en ese caso, es posible que hubiera una cripta o una zona subterránea y que la hubieran cubierto.

Michael no respondió; volvió a salir del vehículo y regresó a la iglesia. Tardó unos cuantos minutos en reaparecer corriendo bajo la lluvia.

—Extraordinario —dijo, mientras se acomodaba detrás del volante—. He mirado la parte de atrás de la nave, el coro, incluso en el púlpito, por todas partes…, pero en ningún lado hay folletos. Por lo general estas iglesias campestres tienen uno o dos con la historia del edificio. Eso podría habernos indicado si está en lo cierto, si alguna vez modificaron o reconstruyeron el templo. —Golpeó el volante con la mano abierta. Miró su reloj—. Son las seis. La biblioteca local ya debe de estar cerrada; será mejor que vayamos allí a primera hora de la mañana. Es posible que tengan alguna clase de registro que pueda servirnos. —Miró a Isobel—. Hagamos una pausa, como dicen en los programas de televisión. Regresemos al hotel, tomemos un buen baño caliente, un *whisky* en un vaso grande, un cigarro todavía mayor y agasajémonos con la mejor cena que puedan ofrecernos.

—Tres de esas cuatro cosas me vendrán muy bien, gracias. Además, será mejor que llame a Tom. Espero que haya tenido un día mejor que el nuestro.

Eran las ocho en punto cuando Isobel se reunió con Michael en el bar del hotel. Se sentaron juntos mientras el camarero servía las copas y las colocaba en la barra. Con un gesto ceremonioso, ambos se llevaron la bebida a los labios y lanzaron un suspiro de placer.

—¿Qué noticias hay de Château Sadler? —preguntó Michael—. ¿Todo bien?

—Sí, gracias a Dios. El sistema de desagüe funcionó muy bien después de la granizada y los prados se están secando, de modo que el problema con las pezuñas de las vacas no será grave. El granizo dañó parte de la cosecha pero no de manera permanente. Un poco de sol no vendría mal, de todas maneras. Dios mío, me muero de hambre.

Michael buscó a un camarero con la mirada y le indicó con un gesto que les llevara los menús.

—Bistec, diría yo, ¿no le parece? —sugirió Michael—. Después del día que hemos pasado, cuanto más roja sea la carne, mejor. —Cuando ella asintió, él

añadió—: Y un buen borgoña. —Rebuscó en el bolsillo superior y sacó un cigarro.

De inmediato, Isobel extendió la mano y cubrió la caja de cerillas que estaba sobre la barra.

—¿Es necesario? ¿No ha pecado bastante para un solo día?

Michael cortó un extremo del puro y encontró una segunda caja de cerillas en otro bolsillo. Acercó una al cigarro y dio varias caladas silenciosas, hasta que ambos quedaron envueltos en humo.

—*Lady* Bracknell no lo consideraba un pecado. Lo describía como un «hábito». Al menos usted no ha dicho «Gracias por no fumar».

Isobel se cubrió la nariz y la boca en gesto de protesta.

Sin dejarse intimidar, Michael continuó:

—Tengo una ahijada. Se llama Clarissa, ¿no es extraño? Un nombre tan antiguo para una pequeña de siete años. En cualquier caso, ella siempre dice cosas como «el rosa es mi quinto color favorito», «el siete es mi tercer número favorito», «tal y cual es mi cuarta muñeca favorita». —Dio una profunda calada a su habano—. Después de la pintura y el violonchelo, después del *whisky*, y… —miró a Isobel y sonrió— después del sexo, los cigarros son mi quinta cosa favorita. Y usted quiere quitármelos.

—Le hacen mal. Está arriesgando su vida.

Michael contestó, aferrando el cigarro entre los dientes:

—¿Me echaría de menos?

—No echaría de menos la ceniza, ni el humo, ni el olor. Ahora siéntese un poco más lejos y cuénteme si ha tenido suerte con los libros. —Isobel chupó el hielo de su bebida—. Me temo que yo he estado ocupada telefoneando a Tom y no pude hacer nada más.

—No estoy seguro —respondió Michael—. Busqué en animales pequeños, empezando con «gato». Nada. Pero en «perro» se menciona un monstruo de tres cabezas, parte perro y parte humano. Representa a la prudencia. Y también hay un perro de varias cabezas, Cerbero. Pero a esa altura necesitaba un trago desesperadamente. Además, estaba escuchando las noticias en la radio, y adivine qué…

—¿Qué?

—El gobierno ha anunciado que va a legalizar los burdeles. Una buena apuesta, ¿eh? Predecir el número que se registrará el primer año.

—¡Michael!

—O el número de clientes que un establecimiento medio recibe todas las noches.

—¡Basta!

—O el precio medio del servicio.

—Eres repugnante.

—O… Vaya, por fin me tuteas, me alegro…

—¿Señor Whiting?

Michael se sorprendió al oír que mencionaban su nombre y ambos se volvieron para ver de quién se trataba. Pero el misterio no duró mucho, puesto que el hombre que estaba de pie junto a ellos llevaba un traje oscuro con alzacuello.

—Anthony Fleming, párroco de Godwin Magna —se presentó, extendiendo la mano—. Y, además, de Godmanstone, Eddleston y Hesketh. —Sonrió—. Llamé a casa antes de salir de Bath y mi ama de llaves me dijo que usted se alojaba aquí. Tengo una reunión del comité de la biblioteca local en el ayuntamiento dentro de unos… oh, diecisiete minutos. En lugar de telefonear, me pareció mejor acercarme. De todas maneras no tengo otra cosa que hacer hasta las ocho y media. —Volvió a sonreír—. ¿En qué puedo ayudarlo?

Michael le presentó a Isobel y luego dijo:

—Gracias por tomarse la molestia. ¿Podría ofrecerle una copa?

—Espléndido, espléndido. Un jerez seco, si es posible.

Michael llamó la atención del camarero, pidió el jerez y se volvió hacia el párroco.

—Soy marchante en Londres y me han ofrecido un cuadro que tal vez esté relacionado con la familia Goodwin-Cross. Estoy investigando a los Goodwin y a los Cross, de modo que, naturalmente, estoy interesado en la capilla de la familia que está en Godwin Magna. Cuándo se construyó, por qué, si se le hicieron algunas mejoras, qué clase de familia era… Detalles.

El jerez llegó y Fleming le dio un sorbo.

—Espléndido. Sí, bien, estamos bastante orgullosos de la iglesia y la capilla. La iglesia se construyó originalmente en el siglo XIV, la puerta principal es posterior y el biombo de roble en la entrada de la capilla es del siglo XVIII, por supuesto, aunque fue donado por un miembro de la familia Cross que ya ha fallecido. La pila bautismal es la más antigua del país, del siglo XVI, cuando, por supuesto, la iglesia se volvió anglicana, durante la Reforma. La vidriera del lado

oriental es obra de Wystan Cadie, un alumno inglés de Chagall, y es muy moderna, como seguramente habrán notado. Una pena lo de la vidriera de Jesé en la capilla, por supuesto, pero no se puede tener todo. Ésas son las principales características de la iglesia. Ahora bien, en cuanto a la familia…

Michael estaba ocupado sorbiendo su *whisky*, de modo que Isobel fue la primera en reaccionar.

—¿A qué se refiere con la vidriera de Jesé?

—Es imposible que no se hayan dado cuenta. Ese ventanal alto de la capilla. Lo domina todo. En la Edad Media, allí había una vidriera bellísima. En la parte inferior se veía a Jesé con un árbol que salía de él y los antepasados de Jesús en las ramas. La historia empezaba en la parte inferior y se leía hacia arriba, como ocurre con todas las vidrieras. Hay uno en San Judas, en Exeter, del mismo artista, que aún se conserva, y también hay un boceto de la nuestra en el Museo Británico. Pero el cristal propiamente dicho fue destruido en la guerra civil… La familia era realista, por supuesto. Más tarde fue reemplazado por el cristal liso que ustedes vieron hoy. Una verdadera lástima.

Michael sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Cuándo fue destruida la vidriera exactamente? ¿Recuerda la fecha?

Fleming parpadeó.

—Por supuesto. Aunque jamás me lo habían preguntado: en la década de 1640, aproximadamente. En cualquier caso, está todo en el folleto informativo…

—Sí, ¿dónde están los folletos? Los busqué pero no encontré ninguno.

Fleming volvió a parpadear.

—¿Qué? ¿Ninguno? Qué extraño. —Lanzó una mirada bastante torva a Michael mientras daba cuenta del jerez—. Supongo que podría entender a los que roban cuadros de las iglesias, o cálices de plata, en los lugares donde todavía haya algunos. ¡Pero folletos! ¿Quién demonios haría algo así?

Michael miró a Isobel. ¡Molyneux! Tratando de obstaculizar a quienquiera que estuviera tras sus pasos.

—¿No hay otros folletos? ¿En la vicaría, por ejemplo?

—Ojalá los hubiera. Qué disgusto. Todos los que nos sobraban estaban en una caja debajo de la mesa, en la iglesia. ¿La caja también ha desaparecido?

Michael asintió.

—¡A lo que hemos llegado! Lo peor es que el hombre que redactó el folleto, el viejo Toby Clark, ya ha muerto. Tendré que hacer el nuevo yo mismo, cuando tenga tiempo. Pero no será tan bueno como el de Toby. Él era un historiador de

verdad. Con libros publicados.

—¿Qué más puede contarnos de la familia? —preguntó Isobel.

—Los Goodwin eran comerciantes, originalmente de Bristol. Importaban vino francés. Debido a sus lazos con los franceses, las primeras generaciones no gozaban del aprecio de Enrique VIII. Más tarde, cuando se convirtieron en Cross, tuvieron una buena acogida por parte de Carlos I, aunque a la larga eso no les sirvió de mucho. La familia se extinguió a finales del siglo XVIII. —Fleming hizo una pausa—. ¿Tienen bastante con esto o quieren saber algo más? —Miró su reloj—. Casi son las ocho y media. Supongo que debería marcharme.

Michael sonrió y estrechó la mano del párroco.

—No, gracias, nos ha sido de gran ayuda. Gracias por contarnos lo de la vidriera. Volveremos mañana para verla. Y con otros ojos.

—¡Espléndido! —dijo Fleming—. Buenas noches a los dos. Gracias por el jerez. ¡Espléndido! —Luego se marchó.

Más tarde, una vez terminada la cena, Michael dijo:

—Molyneux es muy astuto y no se le escapa nada. Es obvio que esos folletos mencionaban la vidriera de Jesé y al robarlos nos sacó un día de ventaja.

Isobel se frotó una ceja y se apartó el pelo del ojo.

—Tendremos que regresar y mirar el ventanal nuevamente mañana por la mañana, por supuesto. Pero ¿qué averiguaremos? Quiero decir, tal vez el dibujo fuera importante. ¿Eso no quiere decir que deberíamos volver de inmediato a Londres, al Museo Británico? Aunque también podría haber algo en la vidriera misma que no apareciera en el dibujo…

Michael resopló.

—¡Qué endemoniadamente pesimista! ¡No seas tan ceniza! Nos preocuparemos por eso siempre y cuando resulte que tienes razón. Al menos hemos hecho algunos progresos hoy. No estamos avanzando a máxima velocidad, lo admito, pero sabemos más que antes. —Sirvió el poco borgoña que quedaba—. En realidad, puedes explicarme otro misterio. Tú, Isobel Sadler, alrededor de treinta años, diría yo, muy hermosa. Ya sé, una granjera, según dices, aunque en realidad no te apasiona. Y el único hombre de su vida parece ser un capataz de granja llamado Tom que depende de ella. Aquí falla algo.

Los ojos de Isobel, negros como una ciruela, resplandecieron como piedras mojadas en una playa. Ella cogió un cuchillo y marcó un surco en el mantel.

—Deberías ocuparte de tus malditos asuntos. —Pero luego volvió a poner el

cuchillo sobre la mesa—. Lo siento. Estoy de acuerdo, no podemos seguir corriendo en círculos en torno a la ventana de Jesé. —Hizo una pausa—. Lo que te he contado es verdad, hasta cierto punto.

»¿Qué más podría decirte? Bueno, nunca fui muy ambiciosa de joven, de modo que jamás tuve una idea precisa de qué clase de carrera quería seguir. Sabía que quería hacer algo, pero hasta que cumplí veintiún años no estaba segura de qué. Pero un día, cuando estaba paseando por Roma en plena Semana Santa, me acerqué, como el resto de los turistas, a la plaza de San Pedro para ver la procesión del papa. Y resultó que me ubiqué bastante bien. La procesión, y el mismo papa, llegaron muy cerca de donde yo me encontraba.

»Yo tenía la cámara lista y estaba haciendo una foto tras otra alegremente, cuando de pronto se produjo una conmoción. Alguien levantó la voz, y en ese momento se oyó un disparo. Sonó tan cerca que me quedé paralizada. Lo primero que te preguntas es si te han herido. Pero cuando me volví, apenas una fracción, vi al hombre con el arma. Lo fotografíe justo cuando estaba apuntando una segunda vez y antes de que la policía pudiera llegar a él. Disparó. Puedo recordar su brazo extendido con total claridad. Recuerdo haber pensado que el arma tenía un aspecto muy desagradable. Era corta y rechoncha, como esos animales ciegos y achatados que se ven en el lecho del océano. La primera vez que disparó, la gente no estaba segura de qué era lo que habían oído, pero la segunda vez no hubo dudas. Se oyeron gritos y muchísimas personas se lanzaron sobre él.

—Debías de estar aterrorizada.

Ella se encogió levemente de hombros.

—Para ese entonces yo me había vuelto hacia el papa. Estaba herido, por supuesto. Tenía una mancha roja debajo del brazo. El solideo se le había caído. Eso lo hacía, de alguna manera, más humano. Lo fotografié cuando caía, luego cuando se lo llevaron. La sangre estaba poniéndose negra. Es asombroso lo rápido que sucede. Hice más fotos, por lo menos veinte. Nunca había estado tan tranquila en toda mi vida. Mientras se llevaban al papa y la gente a mi alrededor seguía gritando y constatando lo que habían visto, yo salí de allí. Encontré un bar con un teléfono y un listín. Llamé a la oficina en Roma de uno de los periódicos de Fleet Street. Les conté lo que había ocurrido y les dije que tenía las fotografías.

»No era el dinero lo que me interesaba, sino haber estado presente en el momento en que había ocurrido algo importante y haber podido registrarlo. Me

interesaba saber qué pasaría.

—¿Y…?

—Publicaron mis fotos. Vaya si las publicaron. Aparecieron en la portada de uno de los periódicos de Fleet Street al día siguiente, en el resto del mundo un día después, y otra vez aquí el domingo siguiente. Lo que más me sorprendió es que los periódicos se comportaron como es debido y me pagaron una parte de los derechos de distribución a los otros medios. Me compré una cámara mejor con parte del dinero. Con el resto, viajé. Como te ocurrió a ti, me había picado un bicho.

—*Anopheles*… ¿cuál?

Isobel sonrió.

—El responsable del departamento gráfico del periódico que había comprado las fotografías me ayudó mucho. Dijo que no podía emplearme sólo por las fotografías de Roma; yo tan sólo había estado en el lugar correcto y en el momento justo, por decirlo de alguna manera. Me explicó que tendría que hacer lo que hacían todos los fotógrafos en ciernes: salir a la calle y buscar historias. Si yo le mandaba las fotos que obtuviera, él las analizaría personalmente.

»De modo que hice eso. En Estados Unidos era un año electoral, así que empecé allí. No conseguí fotografiar nada muy especial ni peligroso pero sí hice una foto de la esposa de uno de los candidatos llorando cuando derrotaron a su marido y me la publicaron.

—Creo que recuerdo haberla visto. ¿De modo que fuiste tú?

—Al final de la campaña, yo me encontraba en Washington, cuando aquel avión se estrelló durante el despegue. Si lo recuerdas, cayó en un río. Cogí un taxi hasta el puente y fotografié a los supervivientes nadando en el agua. Fue muy dramático, y después de aquello, el periódico me ofreció un trabajo.

Isobel se acabó el vino que le quedaba en la copa.

—Al principio fue una decepción; tenía que fotografiar a entrevistados, conferencias de partidos políticos; caras, caras, caras. Pero luego, cuando expulsaron al presidente Marcos de Filipinas, me mandaron allí y me quedé varias semanas. Aquello fue emocionante. Debí de hacer las cosas bien, porque a partir de ese momento empecé a trabajar mucho en el extranjero. Etiopía, Corea, Nicaragua, Afganistán, China… Y también, inevitablemente, en Oriente Medio.

Michael notó que los dedos de Isobel aferraban el tenedor, cuyos dientes estaban clavándose en el mantel.

—En esa época yo mantenía una relación, sentimental, quiero decir, con uno

de los corresponsales extranjeros de otro periódico a quien con frecuencia le tocaban las mismas noticias que a mí. Él trabajaba para un dominical. Nos mandaron a los dos a Beirut; en aquellos días era muy peligroso; estoy hablando de hace unos años. Todos los días secuestraban a alguien y nadie iba solo a ninguna parte.

»Bueno, Tony sí. Una noche salió del hotel sin decirme nada, sin decírselo a nadie. Justo lo que no había que hacer. Tal vez recibiera algún soplo. Digo "tal vez", porque jamás lo supimos. —Miró a Michael—. Nadie volvió a verlo jamás. Ni lo vieron ni tuvimos más noticias de él. No se encontró ningún cuerpo. Hubo toda clase de rumores: que lo habían secuestrado los drusos o los iraníes, o que en realidad era un espía británico y que los sirios lo habían ejecutado. Yo no sabía qué creer. Al principio pensé que más adelante lo liberarían. Me quedé un poco más en Beirut pero, después de un mes, el periódico, aunque había tenido una actitud comprensiva, quería que fuera a cubrir otra noticia. Yo sentí que si lo hacía abandonaría a Tony, de modo que renuncié al periódico y me instalé en Beirut como fotógrafa *freelance*.

—Una actitud muy valiente.

—Después de un año seguía sin tener noticias de él. No sabía qué hacer. Si al menos hubiera aparecido un cuerpo, podría haberlo llorado, pero no. Él no estaba, yo lo echaba de menos desesperadamente, pero ni siquiera podía despedirme de él. Al cabo de otro mes, recibí una carta de sus padres en la que me decían que debería abandonar la búsqueda y volver a casa, que ya había hecho bastante. Para mí fue desgarrador porque sentí que estaba traicionándolo. Lo único que podía hacer en su memoria, si realmente estaba muerto, e incluso si no lo estaba, era renunciar al periodismo, como le habían obligado a hacer a él. De todas maneras, había perdido gran parte del interés. Regresé a la granja y supongo que estuve deprimida bastante tiempo. Luego murió mi padre. Por suerte fue algo rápido, un ataque al corazón, y tener que ocuparme de la granja yo sola me ha mantenido bastante ocupada desde entonces.

—Y ¿ya has podido llorar a Tony?

—No lo sé. No sé cómo enfocarlo. No puedo creer que haya muerto, pero tampoco creo que esté vivo. Ya no hablo con él, dentro de mi cabeza, quiero decir, como hacía antes. Aunque aún no lo he dejado atrás. He salido con otros hombres, unas cuantas veces, pero era como pilotar un avión en un simulador. No era real.

Michael habló con suavidad:

—Mira, no tienes que seguir. No me imaginé que mi pregunta te traería esos dolorosos recuerdos. Lo siento.

—No, no. Aunque parezca extraño, es bastante reconfortante hablar de esto. Jamás lo había hecho antes. —Le dedicó una sonrisa un poco triste—. Tony fumaba cigarros.

Un camarero se acercó y retiró los platos. Michael sopesó fumarse un cigarro pero decidió que, por esa vez, esperaría hasta más tarde. El camarero sirvió los cafés.

—Han sido tres años bastante sombríos, francamente —continuó Isobel—. Creo haberte dicho que a mi padre se le daban bien los negocios. Pero yo no me había dado cuenta de que las cosas estaban tan mal. Tenía una gran hipoteca. Eso se pagó cuando él murió, por supuesto, pero los intereses le habían impedido modernizar la finca. Y nunca pudo darse el lujo de dejar tierra en barbecho, de modo que la granja no producía mucho.

De pronto le lanzó una sonrisa deslumbrante, para nada triste esta vez.

—¿Estás seguro de que quieres saber todo esto?

—¿Y la fotografía? ¿Has vuelto a hacer fotos?

Ella negó con la cabeza.

—Todas mis cosas, todas las fotos que le hice a Tony, la caja de cigarros que dejó en su cuarto de hotel, están guardadas bajo llave en el periódico donde yo trabajaba, donde no pueda encontrármelas por casualidad. —Bebió un poco más de café—. No tienes idea de cómo me sentí el día en que me hablaste del misterio del cuadro. Me has ofrecido la primera oportunidad en tres años de escapar de la granja. —Se mordió el labio—. Cada vez que daba la impresión de que nuestra búsqueda se paralizaba, tenía el corazón en la boca. —Se echó el pelo hacia atrás con un movimiento de la cabeza—. Para ser sincera, aún no puedo volver a enfrentarme a la granja.

Se acomodó en la silla y a Michael le pareció que ya había dicho todo lo que quería decir. Le sugirió jugar a las cartas pero ella lo sorprendió diciendo que prefería el ajedrez. Regresaron a la barra y Michael no tardó en darse cuenta de la razón: ella lo derrotó con facilidad.

—Esto es lo único que he estado haciendo durante los últimos tres años. Puedes jugar contra ti mismo y mejorar, ése es uno de los atractivos de este juego.

Fueron a acostarse cerca de las once y cuarto.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Isobel, mientras sus dedos aferraban el

pomo de la puerta de su habitación—. Si Molyneux robó todos esos folletos, eso quiere decir que está seguro de que lo siguen. No conseguí engañarlo ayer. Hemos perdido nuestra ventaja, Michael. Lo lamento.

SEIS

A la mañana siguiente, las nubes habían desaparecido, la luz del sol salpicaba la calle principal de Dorchester y los pocos charcos que quedaban resplandecían como manchas de betún. Después de desayunar temprano —un Thomas Hardy especial, con huevos Egdon y panecillos de Brockhampton—, Isobel y Michael se dirigieron a Godwin Magna por tercera vez. Todavía había algunas gotas de lluvia que habían quedado atrapadas en los setos y resplandecían como mil cucharas de plata. Michael abrió la capota y puso un casete de Delius.

—¿Qué es esto? —preguntó Isobel.

—*Brigg Fair*.

—Una música excelente para una mañana de verano.

—Al principio, sí. Todas las obras de Delius terminan en tragedia. Él sabía que las cosas no duran —dijo Michael con una sonrisa. Se sentía bien, e Isobel también parecía más cómoda, como si las tormentas, o la conversación que habían mantenido durante la cena, la hubieran relajado un poco. En el asiento trasero del vehículo estaban todos los libros de consulta que habían llevado consigo, por si acaso. Y una caja de habanos que Michael había comprado antes de salir de The Yeoman.

Las hayas rojas de Godwin Magna brillaban a la luz del sol. La iglesia estaba abierta. Michael e Isobel se apresuraron a entrar en la capilla. Michael llevaba consigo la fotografía del cuadro y, una vez dentro de la capilla, la examinó.

Después de un momento, murmuró:

—No, no lo entiendo. ¿Y tú?

—Seamos sistemáticos —propuso Isobel—. No sabemos cómo era el dibujo de la vidriera y, hasta que regresemos al Museo Británico, no lo averiguaremos. Entonces supongamos que la indicación de dirigirse a la ventana se debió a la más natural de las razones: para mirar a través de ella. ¿Por qué no te subes a la repisa y miras qué hay al otro lado?

Michael acató la sugerencia de Isobel. No le resultó muy difícil trepar a la repisa de la ventana. Tratando de no perder el equilibrio, describió el paisaje que veía.

—El cementerio, por supuesto. Una serie de árboles… Alcanzo a distinguir algunos álamos más allá de los robles. Luego unos campos, detrás una hondonada o un valle, pero no puedo ver qué hay en él. Más allá, el terreno vuelve a elevarse, y me parece que hay una aldea en lo alto de la cuesta. Pero los árboles se interponen. Prácticamente no se ve ninguna casa. —Se bajó de la repisa.

—Ahora volvamos a los libros —dijo Isobel.

Regresaron al coche. Michael se recostó contra el vehículo y encendió un puro. No había tenido tiempo de analizar en detalle lo que había descubierto la noche anterior: el hecho de que el minúsculo animal que se encontraba a los pies de la figura fantasmal que era la tercera pista podía ser o la Prudencia o Cerbero. Buscó, en primer lugar, la definición de «Prudencia». Sacudió la cabeza cuando la encontró.

—La Prudencia era un monstruo de tres cabezas, pero humanas. No como las de la figura. —Buscó «Cerbero»—. Esto se acerca más. Escucha: «En la mitología griega, Cerbero era un perro de muchas cabezas, por lo general tres, y también podía tener una cola de serpiente. Era el guardián de la entrada al Hades, el mundo subterráneo, tanto en la tradición clásica como en la cristiana. A veces acompañaba a Plutón». —Isobel comenzó a pasar las páginas de su libro, pero Michael le dijo—: No te preocupes. Sé algo sobre los dioses clásicos. Plutón era el dios del Hades. —Se colocó el habano de modo que el humo no le llegara a ella.

—Se me ha ocurrido una idea. ¿Podría ser que el mundo subterráneo se refiriera a la cripta de la iglesia? ¿Qué crees? —dijo ella.

Michael miró el templo.

—Es posible que haya existido una cripta alguna vez, supongo, pero lo dudo. Sabemos que la capilla de los Goodwin y los Cross existe desde hace varios siglos y no hay señales de que fuera remozada. El párroco tampoco lo mencionó. Esa clase de datos aparecerían en los folletos, por supuesto. ¡Si tuviera a Molyneux cerca, lo lapidaría por haberlos robado! —Miró a Isobel—. ¿Puedes soportar volver a Dorchester una vez más? En la biblioteca deben de estar los folletos y otros documentos sobre la iglesia. Si hubo una cripta, ésa es la única manera de averiguarlo sin despertar las sospechas del párroco.

Ella se encogió de hombros.

—Como te dije anoche, aún no estoy lista para regresar a la granja.

Michael hizo girar el 190 y pusieron rumbo a Dorchester. Isobel tenía la

fotografía del cuadro sobre las piernas. De vez en cuando, echaba una mirada a la campiña, donde plantaciones de manzanos y perales pasaban como una exhalación. Era el final de la floración y parecía que las hojas estuvieran atadas a las ramas con cintas.

—Dime —preguntó Isobel después de un rato—, ¿fue esa figura de Plutón lo que te convenció de que el cuadro no era de Holbein? ¿Eso fue lo que te dijo tu amigo Cobbold, de la National Gallery?

—Para nada. Era el tema, y la calidad general del cuadro. ¿Por qué lo preguntas?

—Está muy mal dibujada, ¿no te parece? El hábito está sólo insinuado, y toda la figura tiene una forma mucho más imprecisa que las otras. Las manos son fantasmales, el rostro es cadavérico. Es casi como si el pintor no estuviera muy interesado en el personaje… ¡Cuidado! ¿Por qué has parado?

Michael había frenado de repente. Apartó el coche de la carretera y lo aparcó cerca de una verja. Puso el freno de mano, le quitó la fotografía a Isobel y la estudió un momento. Luego la miró, le cogió la mano y la besó.

—Brillante —dijo—. ¡Endemoniadamente genial! Aún no tienes que regresar a la granja.

—¡Michael! ¡Suéltame la mano! ¿Qué he dicho? ¡Explícate!

Él señaló, en la fotografía, la primera figura, la de Mercurio o Philip Cross.

—Aprendes rápido, gracias a Dios. De cero a cien en pocos segundos. Mira lo bien dibujado que está Mercurio. Los detalles son fantásticos, la túnica con esas llamas invertidas, los medallones, para que sepamos a qué orden pertenecía, los rasgos del rostro y el pelo, tan precisos como para que podamos reconocerlo en otro retrato. ¿Por qué? Porque, como hemos averiguado, él era importante en sí mismo, él era el personaje principal, Philip Cross. Ahora pregúntate la razón de que, como acabas de decir, Plutón sea una figura tan mal dibujada, tan torpe. ¡Porque no es importante en sí mismo!

»Ahora piensa en la función de Plutón: rey del mundo subterráneo. ¿No equivale eso a llamar la atención sobre el mundo superior, la parte del cuadro que está encima de Plutón? Recuerda, también, lo que nos explicó el párroco sobre las vidrieras: que se leen de abajo hacia arriba. Yo lo sabía, pero lo había olvidado. —Michael parecía emocionado, casi a punto de saltar en su asiento—. Ahora unamos todos los elementos. Plutón en sí mismo no tiene importancia, al menos no directamente, pero si leemos hacia arriba, encima de él, como en una vidriera, como en la vidriera de Jesé. ¿Qué encontramos encima de Plutón en

nuestro cuadro?

—Una ventana.

—Más que eso, Isobel. Vamos, míralo otra vez. Es la única ventana del cuadro. Se abre al paisaje, con edificios a la distancia. Lo importante es la forma de la ventana. Mírala, alta y estrecha…

—Quieres decir que…

—Sí. Tiene la misma silueta que la vidriera de Jesé en la iglesia de Godwin Magna.

Isobel empezaba a entusiasmarse, cada vez más convencida por los argumentos de Michael.

—Pero… dijiste que no había construcciones cuando miraste por la ventana.

Michael señaló algunas líneas que aparecían en la ventana del cuadro.

—Esto son ramas de árboles, ¿cierto? Sin hojas. Cada vez que miro el cuadro me percato de algo nuevo. Mira, el paisaje que se ve a través de la ventana es invernal, mientras que todo el resto, en la parte del río, es un paisaje estival. ¿Lo ves?

Isobel asintió.

—En otras palabras, lo que se nos dice es que estas construcciones probablemente se vean desde la ventana sólo en invierno. Pero debería de ser bastante fácil encontrarlas, si es que aún existen, por supuesto. ¿Recuerdas que dije que parecía haber una aldea detrás de los árboles, al otro lado del valle? Las construcciones del cuadro debían de estar allí en esa época. Esperemos que aún lo estén. No creo que queden muchas construcciones medievales en pie.

Michael buscó en la guantera y sacó el libro de mapas. Pasó las páginas hasta que llegó a Godwin Magna.

—Ahora nos encontramos aquí. Veamos, la vidriera de Jesé está en la pared septentrional de la iglesia… de modo que la aldea que buscamos está más al norte, al otro lado de un valle… Aquí está, Higher Lewell. Podemos llegar allí si viramos a la derecha en el próximo cruce. —Le pasó los mapas a Isobel, puso rápidamente la primera y aceleró.

Encontraron el cruce, giraron a la derecha y descendieron por un valle. El camino estaba flanqueado por hayas y fresnos que proyectaban sombras verdes, como humo, sobre el pavimento. Cruzaron un estrecho puente de piedra, húmedo y con manchas de musgo, y volvieron a ascender. Cuando llegaron a la cresta de la colina, los envolvió la luz del sol. Más adelante, el camino tenía salpicaduras de alquitrán derretido que resplandecía como caramelo. Los dos se sentían

mucho más animados.

Higher Lewell era una aldea incluso más pequeña que Godwin Magna. Consistía en una hilera de casas, una oficina de correos, una tienda con un garaje en el mismo edificio, un *pub*, llamado Chalk and Cheese, y su único atractivo eran sus ruinas. Estaban al otro extremo de la hilera de casas y se alcanzaba a verlas desde el *pub*.

Michael acercó el coche hasta un cartel verde que anunciaba que las ruinas eran, o habían sido, el monasterio de Lewell. Antes de salir del vehículo volvió a examinar la fotografía del cuadro.

—Esto se vuelve más fácil —dijo—. Mira la figura siguiente. Va vestido como un monje. Además del hecho de que lleva los Evangelios, también tiene tres nudos en la cuerda que le rodea la cintura. Hasta yo sé que eso lo identifica como franciscano. —Señaló el letrero verde—. Y como ese cartel dice claramente, esto es, o era, un monasterio franciscano. Echemos un vistazo… pero trae la fotografía. La necesitaremos.

Bajaron del vehículo y avanzaron por un sendero que llevaba a las ruinas. Se veían los restos de una capilla que conservaba la mayoría de las paredes pero que había perdido el tejado, un claustro, un huerto amurallado y algunas habitaciones pequeñas y oscuras que, según leyeron en un cartel, se utilizaban para destilar sidra.

El cartel también informaba de que Lewell había pertenecido a una floreciente comunidad de monasterios —Shilling y Monksilver también eran de ese grupo— en los que se practicaban formas antiguas de medicina, además de destilar bebidas alcohólicas. Todos los monasterios habían prosperado, comercial y espiritualmente, hasta mediados del siglo XVI, cuando fueron abolidos y se confiscaron sus bienes.

—Déjame echar otro vistazo a la fotografía —dijo Michael.

Isobel se la entregó.

La figura que venía después del monje era un anciano de larga barba. Tenía una vara y una especie de embarcación. Detrás de él apenas podía distinguirse lo que parecía ser un ave de rostro humano. A sus pies, estaba el mapa de la Vera Cruz.

—Aquí empezamos de nuevo —dijo Michael—. Creo que hace falta otra sesión con los libros. No tengo la menor idea de quién puede ser el personaje siguiente.

—Bueno —añadió Isobel—. Ahora que el tiempo ha mejorado, no hace falta regresar al hotel. ¿Por qué no encontramos algún rincón protegido y realizamos nuestras investigaciones a lo grande?

—Ésa es la segunda mejor idea que has tenido hoy —respondió Michael—. Es decir, después de darte cuenta de la falta de importancia de Plutón.

Los dos sonrieron y regresaron al coche.

—Mira —dijo Isobel, mientras subían al vehículo—. Allí hay un cartel que dice «camino público». ¿Por qué no lo seguimos, a ver adónde lleva?

Así, con un par de libros cada uno, cerraron el Mercedes y emprendieron la caminata. El sendero atravesaba algunos terrenos hasta que llegaba a un bosquecillo de hayas. Las hojas de los árboles, brillantes de un lado y opacas del otro, interceptaban la luz del sol, fragmentándola en miles de rayos plateados. Cuando salieron al otro lado del bosque se encontraron con un amplio panorama de prados ondulantes, hectáreas amarillentas de colza, franjas verdes y pálidas de trigo y cebada sin madurar, y, en lo alto, el surco recto y blanco trazado por un avión en el cielo.

—¿Aquí te parece bien? —preguntó Michael.

—Perfecto. Podré tomar mi primer baño de sol del año. —Entonces, para consternación de Michael, Isobel se quitó el impermeable, luego los zapatos, y se subió la falda hasta más arriba de las rodillas. Sus piernas no lo decepcionaron.

Él había traído una manta del coche, y la extendió sobre la hierba. Invitó a Isobel a que escogiera sitio, luego se acomodó a su lado, de espaldas a las piernas descubiertas de ella. Sacó un cigarro y lo encendió.

—¿Por dónde diablos empezamos? —dijo ella como si hablara con los prados—. No podemos buscar «hombre» o «viejo» o «barba».

—Estigia.

—¿Reliquia?

—No sólo estudiamos a Elgar en la escuela. Estoy seguro de que este personaje es el barquero del mundo clásico, el viejo que transportaba a las almas al mundo subterráneo. He olvidado su nombre, pero recuerdo que la laguna se llamaba Estigia.

Pero después de un minuto, Isobel dijo:

—No, no hay nada en «Estigia».

—Aquí tampoco… Prueba con «Hades».

Otro silencio, sólo interrumpido por las aves que se arremolinaban en el

cielo.

Isobel levantó la mano para interceptar el sol e impedir que diera directamente sobre la página.

—«Para los griegos, el Hades era una región lóbrega habitada por espíritus; también era el nombre del dios que gobernaba el mundo subterráneo. La entrada al Hades estaba protegida por el perro guardián de tres cabezas, Cerbero». Eso ya lo sabíamos, ¿verdad? «Y está localizado en la otra orilla de la laguna Estigia, que deben atravesar las almas. Mercurio, en el papel del sicopompo, o conductor de las almas, recoge a los espíritus de los muertos en la tierra y los transporta al Hades…». No, está todo salvo el nombre que buscamos. Miraré en «Cerbero»…

—Ya lo he hecho yo… Escucha: «En la mitología griega, un perro de muchas cabezas, con frecuencia tres, y tal vez con una cola de serpiente, que hace guardia en la puerta del Hades, tanto en la tradición clásica como en la cristiana. En algunos casos Cerbero es el atributo de Orfeo».

—Orfeo, aquí voy. Orfeo, Orfeo, Orfeo —repitió para sí mientras hojeaba el libro—. Sí, aquí está… «Orfeo, poeta legendario famoso por su talento con la lira. Orfeo desposó a Eurídice, una ninfa del bosque, y cuando ella murió él descendió al mundo subterráneo en un vano intento para traerla de regreso a la tierra…». Luego hay algunas referencias a Orfeo y Eurídice… —murmuró para sus adentros—. Orfeo encantando a los animales con su lira… Eurídice mordida por una serpiente… Orfeo en el mundo subterráneo… Veamos qué dice: «Orfeo descendió al Hades, donde, gracias a la belleza de su música, se permitió que Eurídice lo siguiera a la tierra con la condición de que no mirara hacia atrás. En el último momento ella lo hizo y desapareció para siempre. La pérdida hizo que Orfeo despreciara a las mujeres». Mmm… «A Hades se lo suele representar sentado en su trono, con Cerbero a su lado, gruñendo, y puede verse en el fondo a un dragón que echa fuego por la nariz. A veces también aparecen Sísifo, Tántalo y Ticio, cuyos tormentos en el mundo subterráneo se ven temporalmente aliviados por la belleza de la música de Orfeo». No, nada de esto nos sirve. También dice: «Véase *Hércules* y el *Descenso al limbo*».

—Mi turno —dijo Michael—. Ojalá pudiese recordar el nombre del barquero… Nos ahorraría muchas molestias. —Pasó las páginas de su libro mientras Isobel se tumbaba de espaldas y contemplaba el cielo. Gorriones, golondrinas y palomas blancas y grises revoloteaban en lo alto—. Oh, Dios —gimió Michael un momento después—. Hay páginas y páginas sobre Hércules. No… Me desdigo: hay sólo un párrafo sobre el mundo subterráneo… «En

Alcestes, de Eurípides, la reina, que amaba profundamente a su esposo, accedió a ocupar su lugar en el mundo subterráneo cuando él estaba a punto de morir. Hércules la siguió, se enfrentó a la muerte, y consiguió traer a la reina de regreso a la tierra…». No nos sirve. —Golpeó el libro con la palma de la mano—. ¡Por qué no consigo recordar el nombre de ese maldito barquero!

—Déjame intentarlo nuevamente. —Isobel cambió de posición y abrió su libro. Pero esta vez ni siquiera se molestó en leer en voz alta lo que encontró. Sólo dijo—: Nada en «limbo».

Se quedaron bajo el sol un poco más. Unas volutas de humo flotaban en lo alto y el día envejecía.

—Michael —dijo Isobel—. ¿Realmente importa que no sepamos el nombre de ese personaje? Después de todo, más allá de cómo se llame, sigue siendo un barquero. ¿No querrá decir eso que la siguiente pista está relacionada con un río?

Michael hizo pantalla con las manos para proteger sus ojos del sol mientras miraba a Isobel.

—No necesariamente. No sabemos si el barquero nos lleva hacia un río o al mundo subterráneo, donde sea que éste se encuentre.

—No, fíjate en la pista siguiente. Un tritón. Seguro que eso es un claro indicio de que tenemos que bajar por el río hacia el mar, y no subir por él ni cruzarlo.

—Tienes razón. Estamos perdiendo el tiempo, todo por un nombre. —Se levantó y extendió la mano para ayudar a Isobel a levantarse—. Vayamos al *pub*. Un trago tal vez nos aclare las ideas.

Se adelantó hacia el bosque de hayas y subió la cuesta. El sol brillaba en un cielo surcado de cirros, y Michael se quitó la chaqueta y se la colgó al hombro. Cuando llegaron al camino, se alejaron del Mercedes y se dirigieron hacia el *pub*. La furgoneta del cartero avanzó hacia ellos y tuvieron que hacerse a un lado para dejarla pasar. Los ojos de Isobel siguieron el recorrido del vehículo y luego se detuvieron en el monasterio.

—¡Michael! —gritó de pronto—. ¡Michael, mira! ¡Tu coche!

Él se volvió.

—¡Dios mío! —exclamó al tiempo que se lanzaba corriendo en dirección al vehículo. El maletero, que ellos habían dejado cerrado con el equipaje en el interior, estaba completamente abierto, como una enorme boca en el acto de bostezar. Isobel lo siguió.

Michael llegó al coche y se asomó al maletero. Rebuscó entre los papeles y

mapas que siempre guardaba en él.

Isobel lo alcanzó.

—¿Qué se han llevado?

Michael no respondió de inmediato. Siguió revisando y revolviendo cosas, cambiando el equipaje de lugar. Por fin se irguió.

—Nada, al parecer. Qué extraño. —Se sintió aliviado hasta que bajó la tapa y examinó la cerradura. La pintura a su alrededor estaba descascarillada y llena de rasguños, y el metal se veía maltratado—. Alguien lo forzó…

—¿Y no se llevó nada? ¿Para qué tanto esfuerzo?

—Tal vez hicimos algo que lo puso nervioso. —Volvió a examinar el maletero—. Esto lo ha hecho alguien muy fuerte, quizá más de una persona. Seguramente nos estaban vigilando. Debe de haberles resultado muy fácil escapar.

—Pero se habrían llevado algo, ¿no? Había un largo trecho entre el final del bosque de hayas y esta calle. Habrían tenido tiempo de coger nuestras maletas.

—Conjeturas —dijo Michael. Rodeó el coche para comprobar las puertas. Estaban todas cerradas y con las ventanas intactas—. Pongamos las maletas dentro del coche. Sujetaré la tapa del maletero con una cuerda para que no se abra con el viento y luego tratemos de disfrutar de nuestro almuerzo en paz. Vamos, entra.

Condujo lentamente los pocos cientos de metros que los separaban del Chalk and Cheese y aparcó el coche lo más cerca que pudo de la puerta principal, para poder vigilarlo desde el establecimiento. Isobel entró a pedir el almuerzo mientras Michael buscaba la cuerda que siempre guardaba en el maletero para emergencias. Llevó el equipaje al asiento trasero y cerró todas las puertas; a continuación sujetó la tapa del maletero y pasó la cuerda por el gancho de remolque que estaba en la parte inferior. Después se reunió con Isobel.

Se sentaron junto a un ventanal desde el que podían ver el 190. En honor del monasterio local, ambos pidieron sidra. Michael se llevó el vaso a los labios y dio un trago largo.

—Aahhh. El sol hace que esto sepa mucho mejor. —Le sonrió a Isobel—. Ahora, ¿dónde estábamos?

—No tan adelantados como tú crees, Michael.

—¿No? —Bebió un poco más de sidra—. ¿Y por qué no?

—Primero escucha esto. Mientras estabas arreglando lo del maletero, pedí la bebida pero también busqué «Río». Te lo leeré. —Isobel ya tenía el libro abierto

en la página correspondiente—. «Según la tradición babilónica, al Paraíso lo irrigaban el Éufrates, el Guijón, el Pisón y el Tigris, cuatro ríos que en la Edad Media pasaron a simbolizar los Evangelios. Los cuatro ríos del Hades eran el Aqueronte, el Cocito, el Flegetonte y el Estigia, y desembocaban en la laguna Estigia que Dante representó como las etapas del castigo al que son sometidas las almas en el infierno. El barquero de la Estigia era Caronte…».

—¡Caronte! Por supuesto, por supuesto. ¿Cómo pude olvidarlo? Aunque no sabía eso de que los ríos se relacionaban con los Evangelios. «Evangelio» significa «buena nueva», desde luego, de modo que eso confirma nuestra teoría: debemos seguir el curso del agua, no cruzarla. Seguimos las aguas para recibir la buena nueva. Todo encaja, Isobel, ¿por qué te pones tan pesimista?

—Porque también le pregunté al hombre detrás de la barra dónde se encuentra el río más próximo. Y no hay ninguno. Ni aquí ni en varios kilómetros a la redonda. El más cercano, casualmente, atraviesa Godwin Magna. Pero en esta aldea no hay ninguno. Es una zona seca.

Michael frunció el ceño mientras contemplaba su bebida. Instintivamente, calculó el coste de reparar el maletero. Estaba claro que perdería la bonificación por ausencia de siniestros del seguro. Eso equivalía prácticamente a todo lo que había ganado por haber acertado la extensión del monstruo del lago Ness.

Isobel volvió a hablar.

—Tal vez la figura de Caronte tenga un significado diferente. Una encrucijada, alguna clase de frontera entre un mundo y el siguiente, por decirlo de alguna manera.

—No, no lo creo. Caronte tiene un papel específico, el de barquero fluvial. —Examinó la fotografía—. Y no olvides la pista siguiente, el hombre con cola de pez, el tritón. Eso, sin duda, significa que tenemos que encontrar un río.

Justo en ese momento apareció el camarero con dos platos de queso, pan y ensalada.

—Pedí también para ti —le dijo Isobel—. Espero que sea suficiente.

—Perfecto —respondió Michael. Luego le dijo al hombre—: Traiga dos raciones más, por favor. Y dos medias pintas de sidra. Mientras el encargado servía la bebida, Isobel añadió: —Michael, hay algo más.

Él estaba bebiendo el primer vaso de sidra. Asintió con un gesto.

—No creo que fuera un ladrón común y corriente el que forzó el maletero.

Michael dio otro sorbo a la bebida.

—¿A qué te refieres?

—Piensa, Michael. Ésta no es la primera vez que alguno de nosotros ha sufrido un robo en el que no se llevaron nada.

—Quieres decir que…

—Sí, creo que fue Molyneux el que ha forzado tu coche.

Michael volvió a fruncir el ceño.

—Me parece que estás sacando conclusiones apresuradas…

—¿En serio? También desaparecieron los folletos de la iglesia. Eso significa que Molyneux sabe que le estamos siguiendo los pasos.

—No, no necesariamente. Puede haberlo hecho como precaución. Es cierto que te vio en la National Portrait Gallery. Es cierto que le mentiste y que probablemente él se dio cuenta. Pero de ahí a suponer que él acaba de forzar mi coche… Es mi coche, recuérdalo. ¿Cómo podría relacionarte conmigo?

—Podría haberme seguido hasta Mason’s Yard. Podría haber examinado el registro de la galería. Tu nombre estaba junto al mío.

Michael bebió un poco más.

—Creo que le estás echando mucha imaginación…

—¿Ah, sí? —respondió Isobel agitando una cebolleta delante de la cara de Michael—. Cuando me topé con Molyneux en la galería su actitud era… no exactamente amenazadora… recelosa. Vio las fotocopias que llevaba en la mano. En ese momento debió de darse cuenta de que yo, de alguna manera, había descubierto el *Paisaje con mentiras*. Eso, seguramente, lo preocupó lo bastante como para que me siguiese. Si lo hizo, o si examinó el registro de la galería, es probable que se diera cuenta de que debía apresurarse. De que su investigación tranquila y relajada del misterio del cuadro se había convertido en una batalla. Eso explicaría la desaparición de los folletos.

El encargado del *pub* trajo dos sidras más e Isobel esperó a que las depositara sobre la mesa antes de continuar.

—En cuanto a tu coche, tal vez no sea necesario darle más vueltas. Lo único que debemos suponer es que Molyneux nos vio hoy cuando llegamos al monasterio. Tal vez estuviera tomando una copa en este mismo *pub*. Si fue así y estaba vigilándonos cuando nos internamos en el sendero del bosque, quizá se diera cuenta de que tenía una oportunidad perfecta de forzar tu coche…

—Pero ¿para qué? De acuerdo, admito que, hasta ahora, tu razonamiento es bastante impresionante, incluso digno de un inspector en jefe. Pero sigo sin entender por qué Molyneux abrió mi coche y no se llevó nada…

—¡Michael! Es obvio. Estaba buscando el cuadro. Seguramente vio que no

estaba en los asientos, y por eso no se molestó en romper los cristales o forzar las puertas. Y eso explica por qué, una vez que abrió el maletero, no se llevó nada. Lo que quería no estaba allí.

Michael contempló a Isobel. Ella estaba comiendo un poco de queso. Cuando masticaba se le formaban hoyuelos en las mejillas. Los ojos le brillaban.

—Eso podría significar dos cosas —apuntó Michael después de un largo silencio—. O bien… que simplemente quería quitarnos nuestro «mapa», por llamarlo de alguna manera, para evitar que lo siguiéramos o incluso que nos adelantásemos a él. O bien… —Hizo una pausa, reflexionando sobre las implicaciones de lo que estaba a punto de decir—. O bien… Molyneux ha llegado a la conclusión de que la fotografía que hizo de tu cuadro ya no le basta para resolver este *puzzle*.

—Exacto —dijo Isobel, cogiendo el segundo vaso de sidra—. ¡Endemoniadamente acertado!

Bebió un poco y luego se sirvió más queso. Lo colocó sobre un pedazo de pan y le añadió un pepinillo. Miró a Michael mientras masticaba. Mientras tanto, éste trataba de registrar lo que Isobel le había dicho. Jamás había visto a Molyneux, no sabía qué clase de hombre era. Una vez había sufrido un robo en Londres, y ahora empezaba a revivir la sensación de invasión que había experimentado entonces. Lentamente, mientras estaba allí sentado, contemplando el queso y la sidra, y mientras volvía a considerar el daño que le habían hecho a su coche, un daño infligido a plena luz del día, empezó a enfurecerse. Pero esta vez no era sólo furia lo que sentía. También había alarma, preocupación, el atisbo de un miedo real. Michael tenía una lengua afilada cuando hacía falta. Podía utilizar el lenguaje de la violencia. ¡Pero la violencia de verdad…! Nunca se había enfrentado a ella seriamente y le estremecía darse cuenta de que se había acercado tanto a alguien dispuesto a usar la fuerza. Molyneux lo hacía sentirse aprensivo. No, maldita sea, no era aprensión lo que sentía, sino algo más fuerte. Suponía que se trataba de algo muy similar a lo que Isobel había experimentado la noche en que había sorprendido a Molyneux, salvo que ella debía de haber sufrido más. Con razón había querido trasladar el cuadro a otro sitio.

Isobel cortó una cebolleta y dijo:

—Supongamos que él ha llegado al mismo punto que nosotros. Que la siguiente pista se relaciona con un río, pero que aquí no hay ningún río. Eso debe de significar que tanto él como nosotros nos hemos saltado algo, algún detalle

menor pero fundamental que no está en las fotografías, sino en el cuadro mismo.

Michael volvió a contemplar la sidra con el ceño fruncido. Cortó un poco más de queso. Se obligó a olvidarse de Molyneux para centrarse en el cuadro.

—No sé cómo algo podría estar en el cuadro pero no en la foto. A menos que el color sea importante. Es habitual que los cuadros verdaderos se vean totalmente diferentes de las fotografías. —De pronto, dejó caer el cuchillo sobre la mesa con gran estrépito—. No es eso. Por supuesto. ¡Por supuesto! La pista siguiente no puede verse bien ni en el cuadro ni en la foto. ¡Pero el cuadro puede limpiarse! Sí, tiene que ser eso.

Miró la fotografía más detenidamente, examinando cada detalle. Después de unos momentos, mientras masticaba el pan y el queso, se la pasó a Isobel. Con una cebolleta, le señaló una zona de la imagen.

—Fíjate en esto. El monje de la pista anterior. El franciscano. La figura que está debajo de Caronte.

Isobel se inclinó hacia adelante para mirar la fotografía, mientras Michael continuaba con su explicación. Por el momento había olvidado a Molyneux y el temor que éste le había causado.

—El monje tiene el rostro inclinado hacia abajo, ¿lo ves? Yo había supuesto que se debía a una actitud de humildad propia de un sacerdote. Pero podría estar mirando algo en el suelo, a sus pies. Plutón y Jesé están mirando exactamente el mismo punto. ¡Y fíjate en esta parte! —Michael golpeó la foto con un extremo de la cebolleta—. El cuadro se ve bastante borroso en toda esta zona. —Se acabó el queso—. Debemos irnos. A Londres, quiero decir. Si Molyneux no vaciló en forzar mi coche, podría tratar de entrar en la galería. —Era una idea que se le había ocurrido en el mismo momento en que la pronunciaba. Ahora sí que estaba alarmado.

Mientras terminaban la sidra, añadió:

—Molyneux no puede haber llegado a Londres aún, de modo que estamos relativamente a salvo, pero mejor asegurarse.

Mientras Isobel se apresuraba a pagar la cuenta, Michael corrió hacia el teléfono. Marcó el número de la galería y esperó a que sonara el tono. No obtuvo respuesta, cosa que lo preocupó aún más. Dejó que sonara una y otra vez, pero nadie lo cogió.

—Qué raro —le dijo a Isobel cuando se reunió con ella fuera, junto al coche —. Sé que Greg ha salido. Pero Patrick debería estar allí, y también Elizabeth. ¿Qué habrá pasado?

Inspeccionó la cuerda que sujetaba el maletero y, una vez que se sintió seguro de que aguantaría el viaje hasta Londres, montó en el asiento del conductor.

Se detuvieron en una estación de servicio en la M3 y Michael intentó llamar desde allí. Pero nadie le contestó y, aunque los dos sabían que era imposible que Molyneux ya hubiese llegado a Londres, sus temores aumentaron. ¿Y si Molyneux tenía un cómplice en la ciudad al que había telefoneado?

Michael condujo rápido, muy rápido, a más de ciento cincuenta kilómetros por hora. Había puesto a Vaughan Williams en el reproductor de casetes, pero en realidad ninguno de los dos prestaba atención a la música. Cerca de las cuatro y media, cuando estaban llegando a Londres, paró el coche y trató de llamar a la galería una vez más. Pero tampoco hubo respuesta. El miedo hizo que todo su cuerpo se tensara, y usó todos los trucos que conocía, tomó todos los atajos que pudo recordar para esquivar el tráfico y llegar cuanto antes.

De todas maneras, ya casi eran las seis cuando llegaron a Mason’s Yard. Todo parecía estar bien cuando aparcó en la puerta de la galería. Las luces estaban apagadas, las ventanas intactas, la puerta cerrada con llave y los cuadros que había colgado en las paredes al salir seguían en su sitio. No había señales de que alguien hubiera intentado entrar por la fuerza. Introdujo la llave en la cerradura. Giró como debía. La alarma sonó de una manera totalmente normal. Se dirigió al fondo de la galería, se detuvo detrás de un escritorio y accionó el interruptor. El ruido cesó como siempre.

Subieron a la oficina de Greg Wood, en la primera planta, que estaba al fondo y donde se encontraba la caja fuerte. Michael cerró con llave la puerta exterior, movió hacia un lado una estantería para dejar la caja fuerte al descubierto e insertó una llave en la primera de las dos cerraduras. Su corazón se agitaba entre sus costillas como un toro embravecido. La llave giró con normalidad. Michael lo intentó con la segunda y contuvo el aliento. Tenía el pulso acelerado. Pero la segunda cerradura también giró como era de costumbre. Por fin, mientras un hilo de sudor le corría por la nuca, tiró de la puerta de la caja de seguridad.

El cuadro estaba allí.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Isobel.

Michael se secó el cuello con el pañuelo, sacó el *Paisaje* y lo colocó sobre una mesa en la que Greg había dejado algunos catálogos viejos. Examinó la zona cercana a los pies del franciscano.

—Sí —dijo después de un momento—. Hay algo de suciedad en esta zona. Algo oculto, en lo que no había reparado antes. Hay unas manchas de un dorado amarillento que asoman en algunas partes. ¿Lo ves?

Isobel se acercó y miró donde él señalaba.

—¿Qué podemos hacer?

Michael había estado tan concentrado en conducir a toda velocidad que no había fumado en todo el camino. Encendió un puro. Isobel se alejó un paso. Él contempló la pintura y luego miró su reloj. Eran casi las seis y media.

—Es demasiado tarde para ir a ver al restaurador. Pero lo haremos mañana a primera hora. Luego tendremos que aguardar unos días.

Isobel gimió.

—¡Qué frustración!

—Ya sé. Ya sé. Pero recuerda que Molyneux estará todavía más frustrado. Él no tiene ningún cuadro que limpiar.

—Eso sólo lo vuelve más peligroso, Michael. Hemos de tener mucho cuidado. Tengo un presentimiento.

—Estoy de acuerdo. Me parece que no voy a dejar el cuadro aquí esta noche. Me lo llevaré a casa.

—¿Te parece una buena idea? ¿Acaso no vives solo?

—Sí, pero Molyneux no entrará si yo estoy allí.

—No estoy tan segura. Lo intentó conmigo, recuérdalo.

—Él no sabe dónde vivo.

—Estás en la guía de teléfonos, ¿no?

Cuando Michael asintió, Isobel continuó:

—No lo subestimes, Michael. Piensa en todo lo que ha hecho hasta ahora: ha entrado en mi casa, ha forzado tu coche, ha robado aquellos folletos y ha demostrado estar alerta y ser lo bastante astuto para darse cuenta de que lo estamos siguiendo. Va muy en serio.

—¿Estás diciendo que quieres llevártelo contigo? ¿A una dirección que él no conoce? No creo que…

—No, no es eso. No sería justo para mis anfitriones hacerles correr ese riesgo, por mínimo que sea.

—Entonces…

Ella volvió a interrumpirlo:

—Pero lo que también estoy pensando es que dos personas están mucho más a salvo que una sola. Podemos montar guardia por turnos esta noche. —Ella lo

miró sin parpadear—. Estoy invitándome a mí misma a pasar la noche en tu casa.

Michael tragó saliva. Le daba la impresión de que el comportamiento de Isobel era melodramático. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que era posible que Molyneux viniera a buscar el cuadro. Ya había intentado ponerle las manos encima en dos ocasiones, sin éxito, y, si no lo lograba, no podría seguir adelante con la investigación. No cabía duda de que podía ser violento. Michael sintió que se le revolvía el estómago cuando pensó en el daño que había sufrido su coche. Extendió los brazos y, sin quitarse el cigarro de la boca, dijo:

—Como quieras. Puedes dormir en la sala de fumar.

Con mucho cuidado, guardaron el cuadro en un portafolios de cuero negro que la galería Whiting & Wood usaba para transportar pinturas. Cerraron la caja fuerte, volvieron a colocar la estantería en su sitio y descendieron a la planta inferior. Michael apagó las luces, conectó la alarma y puso el portafolios en el asiento trasero del coche, junto al equipaje.

De camino a Justice Walk, pararon en un restaurante chino de Ebury Street.

—Como vivo solo —explicó Michael—, nunca tengo mucho en la nevera, salvo alcohol y chocolate. Si compramos comida aquí no tendremos que volver a salir.

Todo parecía tranquilo y seguro en la casa. Michael exploró cada una de las plantas mientras Isobel se quedaba sentada en el Mercedes, en la calle Lawrence, con el motor encendido y las puertas cerradas. Con todo lo que habían hablado, se habían puesto bastante nerviosos. Y aún no sabían por qué no había habido nadie en la galería en toda la tarde.

La casa de Michael se veía bastante segura. Sacaron las maletas del coche, junto con el portafolios y la comida china. Entraron y cerraron con llave la puerta de la calle.

Mientras se comían los fideos y el crujiente bistec que habían comprado, Isobel dijo:

—Creo que debería llamar a Tom.

—Buena idea —dijo Michael.

Después de cenar se pasaron media hora hablando por teléfono. En primer lugar, Isobel se puso al día con lo que había ocurrido en la granja. Luego Michael llamó a Greg y a su secretaria, Elizabeth. Pero no tuvo suerte: se encontró con el contestador automático de Greg y en casa de Elizabeth no hubo respuesta. Tendrían que esperar hasta el día siguiente para averiguar qué había

pasado en la galería. A pesar de que tenían el cuadro, la situación era inquietante.

Michael le enseñó a Isobel su colección de objetos relacionados con apuestas. Cogió de la pared un papel amarillento enmarcado en oro.

—Si tuviéramos tiempo, podríamos contar los agujeritos de este papel, pero no lo tenemos. Son los agujeritos más famosos de la historia de las apuestas.

—¿Por qué?

—A principios de la Revolución francesa, un noble, que no se preocupaba exactamente por los pobres, le apostó a otro noble que podía hacer medio millón de agujeritos en un papel antes de que su amigo pudiera ir y volver de París a Versalles a caballo. Como puedes ver —explicó Michael mientras volvía a colgar el papel en la pared—, el hombre ganó la apuesta.

Isobel examinó el papel y sacudió la cabeza.

—No puedo creerlo —murmuró—. Qué estupidez. —Volvió a mirar el papel —. Sí, puedo creerlo.

A continuación, Michael le señaló un grabado en el que se veía a un gordo sonriente con un sombrero de tres picos.

—Éste es Jeremiah Austin. Uno de los mayores canallas que han existido jamás. Era miembro de White's, un gran club de apuestas del siglo XVIII. Un día, cuando uno de los sirvientes del club se desplomó, Austin apostó mil libras, una gran cantidad para esos tiempos, a que el hombre había muerto.

—Encantador.

—Espera a que termine la historia. Otro sirviente fue a buscar al doctor… pero Austin no le permitió acercarse al hombre caído, porque le haría perder la apuesta.

Isobel miró el grabado.

—Me gustaría clavarle medio millón de alfileres a él.

Michael soltó una carcajada. Comenzó a encender un habano. Mientras tenía las manos ocupadas con el cigarro y las cerillas, Isobel se acercó a un cajón a medio abrir y sacó un mazo de naipes.

—¡No! —gritó Michael repentinamente. Luego, con más calma, añadió—: Quiero decir, no son muy interesantes, en términos artísticos.

Pero Isobel ya lo había cogido. Algo en el tono de voz de Michael le indicaba que estaba mintiendo. Sacó las cartas de su caja y las giró para poder ver las figuras.

«Cuerpos» habría sido una palabra más adecuada. Los naipes eran

pornográficos; todas las cartas mostraban a reyes, reinas y caballeros desnudos. Mientras las pasaba de una mano a otra, inclinó la cabeza a un lado y se pasó la lengua por la mejilla.

—Estas personas no están jugando a las cartas, es evidente.

—Son francesas —dijo Michael, nervioso—. Pertenecían al regente Felipe, el duque de Orleans. Ya sabes, el disoluto, el que organizaba esos *petits soupers*… orgías… era un gran jugador… lo lamento… —Su voz fue apagándose.

Isobel volvió a colocar las cartas en la caja y la guardó en el cajón. Miró a Michael.

—Cuando estuve en Afganistán, fotografíe a un soldado ruso muerto a quien le habían arrancado el corazón y lo habían clavado en un poste en el suelo. En Argentina vi fotos de víctimas de torturas con picanas en la vagina. En Beirut fotografié cadáveres de mujeres a las que les habían amputado los pechos. Ninguna de esas fotografías se publicó, por supuesto. Eran demasiado espantosas. Pero no me trates como a una niña, Michael. Yo he visto verdaderas obscenidades. ¿Crees que un mazo de naipes pornográficos va a hacerme vomitar, o pensar mal de ti? —Se acercó y le sacó el cigarro de la boca—. Mira esto —dijo, levantándolo delante de él—. Húmedo como un gusano en un extremo y apestoso en el otro. Esto es lo que yo llamo obsceno.

Esa noche se turnaron para vigilar el portafolios. Michael dejó que Isobel se acostara en primer lugar, mientras él se tumbaba en el sofá de la sala y veía viejas películas para no quedarse dormido. Siguió fumando, aunque sentía vergüenza de hacerlo a pesar de que no lo veía nadie. Ya había conocido antes a personas que odiaban a los fumadores, pero le parecía que la actitud de Isobel era exagerada. No cabía duda de que los cigarros le recordaban a aquel hombre —¿Tony?— de Beirut. Se preguntó si ella se sentiría culpable. Culpable de estar viva cuando él, presumiblemente, no lo estaba. ¿Sería alguna otra cosa? ¿Acaso se sentía atraída por él? Pensó en el cuerpo de ella, arriba, en la habitación de invitados. Jamás había hecho el amor en esa habitación. No, esa noche no. Tal vez ninguna otra noche. Ella no le había dado indicio alguno, a menos que sus ataques a los cigarros pudieran entenderse como tales… Qué manera más extraña de expresar los sentimientos. Pero no eran horas de pensar en ello. Apagó la luz y dedicó la atención a la verdadera Rita Hayworth.

Cuando la película llegó a su fin, Michael decidió prepararse un poco de café antes de ver otra. En la cocina, se sirvió lo poco que quedaba de café instantáneo

y tiró el frasco vacío al cubo de la basura. Estaba casi lleno, de modo que sacó la bolsa. Justice Walk era un pasaje que unía Lawrence Street con Old Church Street. No había un patio trasero en la casa y los coches no podían entrar en el pasaje. Por tanto, la basura se arrojaba a unos contenedores que estaban delante de la casa. Sin encender la luz del vestíbulo, abrió silenciosamente la puerta de la casa y se asomó. Miró a la derecha, en dirección a Old Church Street. La calle estaba iluminada por una luz amarillenta que dejaba el pasaje en sombras, pero parecía vacía. Michael miró a la izquierda, hacia Lawrence, y le pareció ver una figura que se perdía de vista en dirección al río.

Sintió que el corazón se le aceleraba nuevamente. Miró su reloj: la una y media. Tarde, pero a fin de cuentas era el centro de Londres. Estar en la calle a esa hora no era tan extraordinario. De todas maneras, no se sintió convencido y empezó a avanzar. Dejó la basura donde estaba, en el vestíbulo, cerró la puerta de la calle dando dos vueltas al cerrojo para asegurarse, y corrió hacia la salida de Justice Walk que daba a Lawrence Street.

Miró hacia el río. Nada… ¿O había una silueta internándose en el pequeño parque que había entre las casas y la orilla?

Se volvió en dirección a su casa. No había nadie a la vista. Corrió por Lawrence Street, hizo una pausa en el cruce que daba a Cheyne Walk y miró a la izquierda. Nadie. Sabía que el *pub* que estaba a la derecha tenía un patio. Se asomó. Pero también estaba vacío.

Corrió el resto del camino hacia el parque pero cuando llegó descubrió que estaba solo. ¿O se equivocaba? ¿No había una silueta en el banco? Estaba acostado, como si tratara de ocultarse detrás del respaldo del banco.

Un coche pasó a gran velocidad iluminando fugazmente los árboles del parque. Durante una fracción de segundo el banco quedó iluminado. ¡Sí! Era cierto, había una silueta tumbada en él. Podría ser un vagabundo, por supuesto, o un borracho. Pero si era Molyneux, Michael quería saberlo. Se sentía atemorizado y estúpido al mismo tiempo. Un vagabundo que estuviera durmiendo se enfadaría mucho si lo molestaba. Pero sentía que debía averiguarlo. Quería ver a Molyneux, tener alguna idea de a quién estaba enfrentándose. Y también quería asustarlo, como él mismo lo estaba.

Se acercó. Sin hacer el más mínimo ruido. Cuando estuvo a tres metros del banco supo la respuesta. El hedor que salía del cuerpo horizontal sólo podía significar que aquella silueta era un vagabundo dormido.

En ese momento, sintió miedo por otra cosa: había dejado la casa, y el

cuadro, sin vigilancia. Dio media vuelta y corrió por Lawrence Street, con el corazón golpeando contra sus costillas. Llegó a Justice Walk. La puerta de su casa estaba cerrada, como la había dejado. Introdujo la llave y entró. La bolsa de basura seguía en el vestíbulo, como antes. Sintió que la sangre le zumbaba en los oídos. Miró el cuadro: estaba a salvo. Se sentó en la cocina y buscó la taza de café.

¿Habría sido Molyneux la silueta que había visto en Lawrence Street? Sin duda era una persona alta, pero no había conseguido distinguir sus rasgos. Mientras levantaba la taza, se dio cuenta de que le temblaba la mano. Había sido un día agitado; primero lo del coche, ahora esto. Eran casi las dos de la mañana en Chelsea y él estaba persiguiendo sombras.

Se sentó a beber el café y a escuchar los ruidos nocturnos que llegaban desde el exterior de la casa. Desde Old Church Street llegó el petardeo de una motocicleta que arrancaba; oyó pisadas en Justice Walk; alguien que corría a lo lejos. Todos podrían haber sido Molyneux. Dos veces, miró por la ventana que daba a Justice Walk. Nada… Nada, excepto sombras.

Cerca de las cuatro de la mañana, llevando una taza de té que había hecho con lo último que quedaba, despertó a Isobel. Le explicó cómo funcionaba el vídeo, le enseñó su colección de películas antiguas poco conocidas que tal vez ella no había visto, y luego se acostó. Dormía en la última planta de la casa, en una habitación con una cama inmensa y un solo cuadro, el más hermoso que había podido comprar. Era una pequeña acuarela de Cozens de la ciudad de Lucca, Italia. Los trazos eran apenas insinuaciones, las capas nada más que sugerencias; sin embargo, él había contado quince matices de amarillo en ese cuadro.

No le mencionó su merodeo nocturno. Decidió que ya tenían bastantes preocupaciones. Pero llevó el *Paisaje* a la planta superior y lo guardó debajo de la cama. Trató de dormir, pero la imagen de aquella silueta perdiéndose de vista en dirección al río seguía flotando en su memoria.

SIETE

Cuando despertó, a las ocho de la mañana, olía a café recién hecho. Era como estar en el paraíso. Se afeitó rápidamente, se dio una ducha, se vistió y bajó a la planta inferior.

—Siéntate —dijo Isobel cuando Michael entró en la cocina. Sobre la mesa había dispuesto el desayuno—. Al parecer se te acabó el café instantáneo pero había café en grano en la nevera. Y huevos. Tomate, pero nada de pan. Estoy haciendo una tortilla.

Michael bebió un poco de café, consideró la idea de fumar, pero finalmente desistió. No deseaba quedarse sin la tortilla. Isobel pasó con mano experta la masa amarilla y marrón de la sartén a dos platos.

—Parece que la cocina se te da tan bien como la fotografía. —Demasiado tarde, se percató de lo que había dicho—. Lo siento, lo siento. Qué falta de tacto por mi parte.

Ella lo atravesó con una de sus miradas y le plantó el plato delante de él.

—Come —respondió con un tono que quería decir: «Y cállate».

Él hizo ambas cosas.

—Mmm —exclamó después—. Muy buena. Ligera, y no hace falta añadirle pimienta o sal. Una cocina de veintidós quilates.

—¿Cuál es el plan para hoy?

Michael bebió un poco más de café.

—Tengo que hacer algunas llamadas antes de estar seguro pero, durante la noche, decidí que sería demasiado peligroso llevar el cuadro a mi restaurador habitual. Para empezar, no está muy lejos, en Dover Street, y Molyneux podría dar con él muy fácilmente. Además, es muy conocido en el sector, de modo que no sería seguro.

Se acabó la tortilla y se pasó la lengua por los labios.

—Maravilloso. De cuatro tenedores, como diría la *Guía Michelin*. Apuesto a que Rita Hayworth no sabía cocinar así. Hay otra restauradora que he estado probando para cuando el viejo Julius se jubile, lo que probablemente será pronto. Se llama Helen Sparrow y vive en East Anglia. Eso está bastante lejos, y es más

seguro. Si ella tiene tiempo y puede hacer este trabajo durante el fin de semana, creo que Molyneux nunca la encontrará.

Miró a Isobel, que mordisqueaba un trozo de tortilla que se había quemado. Se calentó los dedos con la taza de café. Había reflexionado mucho en la madrugada, durante la «guardia».

—Isobel, hoy es viernes. Dijiste que aún no querías regresar a la granja. Supongamos que vamos a East Anglia hoy y le damos el cuadro a Helen. No hay ninguna otra cosa que tú o yo podamos hacer hasta que ella le haya quitado esa capa de la superficie y averigüemos cuál tiene que ser nuestra próxima jugada. Pero no es necesario que volvamos a la ciudad. Podríamos pasar el fin de semana en la costa, o visitando iglesias. En East Anglia muchos pintores ingleses se inspiraron para sus mejores obras. Podría enseñarte la zona. La campiña de Constable, el barranco de Gainsborough. Luego recogeríamos el cuadro restaurado el lunes por la mañana y regresaríamos aquí, listos para seguir el rastro de nuevo. ¿Qué contestas?

Una mirada fija.

—Cotman, Turner, Cozens. Todos pintaron algunos de sus mejores cuadros en la zona a la que tenemos que ir.

Ella bebió un poco más de café y no dijo nada.

—¿Demasiado arte? ¿Y qué te parece pescar? El estudio de Helen Sparrow se encuentra a apenas treinta minutos de Lowestoft, ya sabes, cangrejos, fletanes, chanquetes, lenguado, caballa, langosta, arenque, bacalao, ostras, gambas… No se me ocurren más. Se acabó el pescado.

¿Acaso se reía de él? Seguía sin hablar, pero su expresión parecía haber cambiado. El brillo de sus ojos era distinto.

—De acuerdo, voy a usar el as que tengo guardado en la manga.

—Espero que no sea obsceno.

Ella estaba sonriéndole, constató él, sorprendido.

—Si me acompañas, te prometo que no fumaré hasta que oscurezca. —La idea se le había ocurrido de repente. Sólo esperaba poder cumplir con su promesa. Si ella aceptaba.

Isobel extendió la mano y cogió el plato vacío de Michael. Se puso en pie.

—Un fin de semana casi libre de ceniza. Días sin una sola tos. El aroma no adulterado del aire puro. ¿Qué mujer podría resistirse? —Sin dejar de sonreír, se dio la vuelta y empezó a poner las tazas y los platos en el lavavajillas.

Michael miró su reloj: las 8.40. Ya era hora de llamar a Greg Wood a su casa.

Su socio, que a veces reemplazaba a Michael en las ventas domésticas, le explicó que había tenido un buen día en Warwickshire. Había comprado dos de los tres cuadros que Michael quería, pero el tercero se lo había quedado un marchante holandés por una suma muy superior a la que ellos estaban dispuestos a gastar. El hecho de haber adquirido dos cuadros era una muy buena noticia. Uno de ellos estaba atribuido a James Ward, pero Michael creía que era del cuñado de Ward, George Morland, un pintor mucho mejor y más conocido. Si estaba en lo cierto, el cuadro valía al menos cinco veces lo que habían pagado por él.

Aunque la noticia lo reconfortó, no era ésa su principal preocupación esa mañana.

—Greg, ¿qué ocurrió ayer? Sabía que tú estarías fuera. Pero ¿qué pasó con Patrick y Elizabeth? Estuve llamando toda la tarde y nadie cogía el teléfono.

—¿No te has enterado? La madre de Elizabeth tuvo que ingresar de urgencia en el hospital. En Aberdeen. Al parecer no era nada importante. Patrick la acompañó al aeropuerto. No se molestó en regresar porque tenía clase de italiano en High Street Kensington. Fue directamente a la academia.

Aliviado, pero preocupado por la madre de Elizabeth, Michael dijo:

—¿En qué hospital está ingresada? Debería enviarle flores.

—No te preocupes —dijo Greg—, lo haré yo. ¿Cómo va la cacería? ¿Ha habido suerte?

—¿Suerte? Sí. Mala y buena. Estoy avanzando, Greg, pero… bueno, aún me queda un largo camino por recorrer. Te lo contaré todo cuando regresemos.

Michael tuvo que esperar otra hora para que las personas que buscaba llegaran a sus despachos; como le había explicado a Isobel, no había muchos madrugadores en el mundo del arte. Ocupó el tiempo revisando su correspondencia y leyendo los periódicos. La propuesta del gobierno de legalizar los burdeles recibía bastantes críticas, en especial en la sección de humor. Pero el plan, incluso si se aprobaba, no se llevaría a la práctica hasta dentro de un año, de modo que aún no valía la pena hacer una apuesta. Sin embargo, otra noticia le llamó la atención. El gerente de una gran refinería de azúcar, millonario y, por si eso fuera poco, caballero del reino, sería juzgado por haber manipulado de manera fraudulenta el valor de las acciones de la compañía. Michael sabía que muchos dudaban que fuera condenado a prisión, incluso aunque lo hallaran culpable. Él tenía una opinión clara al respecto: creía que debía dar con sus huesos en la cárcel, pero sabía que algunos de sus colegas eran de la opinión

contraria. Era una apuesta perfecta.

Hizo varias llamadas. A todos les gustó la idea y las estimaciones de la sentencia llegaron a siete años. Él optó por una multa de cien mil libras pero sin pena de prisión. De modo que, si perdía la apuesta, al menos tendría la satisfacción de ver cómo encarcelaban a aquel hombre. Se suponía que el juicio duraría un mes.

Cerca de las 9.30 fue hasta su escritorio. Allí, en un casillero, había varias facturas de Helen Sparrow, por algunas restauraciones que ella había realizado. En las facturas figuraba su número de teléfono. La llamó. Sí, dijo ella, no tenía ningún encargo que no pudiera posponer y le encantaría serle de ayuda. Sabía tan bien como Michael que ella estaba en «lista de espera» para cuando el viejo Julius se jubilara, y trabajar para una galería londinense sería un gran impulso para su carrera. Dijo que podría pasar a verla esa misma tarde.

Michael colgó el teléfono.

—Ahora —le dijo a Isobel, indicándole con un gesto que tomara asiento— tenemos que planificar un poco lo que haremos. Molyneux es un zorro muy astuto y no podemos permitirnos el lujo de bajar la guardia. A ver qué te parece esto. Hay que limpiar el cuadro, ¿verdad? O bien nos quedamos sentados a esperar, lo que sería muy tedioso, o nos aseguramos de que Molyneux no se entere de dónde lo hemos dejado. Lo que significa que debemos evitar que nos siga cuando vayamos al estudio de Helen. Lo que sugiero es lo siguiente. El marco que tengo sobre la repisa, el del medio millón de agujeritos, es, aproximadamente, del mismo tamaño que el del *Paisaje*. Lo guardaré en el portafolios y te lo daré a ti. Luego esconderé el auténtico en mi maleta grande, junto con la ropa que necesitaré para el fin de semana…

Isobel lo miró con expresión de extrañeza, pero Michael levantó las manos.

—Espera a que acabe. Los dos salimos juntos de la casa y cogemos un taxi. Yo te dejo con tu maleta y el portafolio en la estación de Liverpool Street. Espero a que tomes el tren a Cambridge. Luego vuelvo a coger un taxi, cruzo Londres hasta la estación de King’s Cross y cojo un tren hasta Peterborough.

Isobel seguía perpleja. Michael sonrió y dijo:

—Ahora viene la parte ingeniosa. Tú no te bajas en Cambridge, sino en Audley End, alrededor de media hora antes. ¿Por qué? Porque Audley End es una estación muy pequeña y puedes ver fácilmente si Molyneux se baja del tren allí. Si resulta que te está siguiendo, no importa, porque tú no tienes el cuadro. Limítate a sonreírle, cruza el andén, coge el próximo tren a Londres y ven aquí.

Te dejaré una llave. Si él no te ha seguido, coge un taxi en la estación de Audley End hacia el hotel Royal Garden de Cambridge, y espera en el bar hasta que yo llegue.

—¿Dónde estarás tú?

—Recorriendo una línea más o menos paralela. En King's Cross cogeré el tren a Peterborough pero me bajaré en St. Neots. También es una estación diminuta, como la de Audley End, y podré ver a cualquiera que baje del tren. Si Molyneux me ha seguido, le diré que ha sido engañado y que tú te has llevado el cuadro. Pero apuesto a que si él nos sigue hasta Liverpool Street, no sabrá a quién de nosotros perseguir, y te escogerá a ti porque llevarás el portafolios y porque eres la persona más débil, físicamente, quiero decir. Él no sabe que tú has estado en más guerras que los cigarros que yo he fumado. Si Molyneux no me sigue, cogeré un taxi en St. Neots para ir a Cambridge; la distancia es más o menos la misma que desde Audley End. Si no te encuentro allí, iré solo al estudio de Helen, le dejaré el cuadro y me reuniré contigo aquí esta misma noche. Pero si nos encontramos en Cambridge estaremos seguros de que no nos han seguido. Podemos dejarle el cuadro a Helen y disfrutar del fin de semana. ¿Qué te parece?

—¿Cómo llegamos al estudio de Helen desde Cambridge?

—Con un coche alquilado. Lo organizaré ahora mismo si estás de acuerdo con el plan.

Isobel quedó impresionada por la idea de Michael y no se le ocurrió nada mejor. Él, por tanto, se puso en contacto con una empresa de alquiler de coches y reservó un vehículo de tamaño mediano que retiraría en la sucursal de Cambridge ese mismo día unas horas más tarde. A continuación telefoneó al Harbour Inn de Southwold, en la costa de Suffolk, al sur de Lowestoft, y reservó dos habitaciones para tres noches.

Descolgaron de la pared el papel enmarcado con medio millón de agujeritos y lo guardaron en el portafolios. Michael envolvió la pintura en papel de seda y la colocó en el fondo de su maleta. Encima del cuadro puso camisas limpias, zapatos y otras cosas. Luego pidió un taxi por teléfono.

Mientras se trasladaban a Liverpool Street iban mirando hacia atrás, pero si Molyneux estaba siguiéndolos lo hacía muy sigilosamente. Detrás del taxi todo parecía normal.

Una vez en la estación, Michael hizo cola junto a Isobel para comprar el billete. Faltaban cuarenta minutos hasta el siguiente tren a Cambridge y mataron

el tiempo tomando café. Michael esperó a que Isobel se subiera al tren y fue observando a los otros pasajeros. Pero no conocía a Molyneux, de modo que cambió de idea y paró un taxi para dirigirse a King's Cross.

Cuando llegó y le pagó al chófer, empezó a sentirse muy solo y supuso que a Isobel estaría ocurriéndole algo similar. Sin ser siquiera conscientes de lo que ocurría, habían empezado a depender el uno del otro.

Cruzó de prisa hacia la ventanilla para comprar el billete. Aún faltaba media hora para el siguiente tren a Peterborough. Pero cuando fue la hora de salida Michael se enteró de que había un retraso de siete minutos, y empezó a ponerse nervioso. Caminó por el andén mirando a todos los hombres muy altos y canosos. Había por lo menos cuatro candidatos posibles. Cuando el tren arrancó, recorrió los vagones cargando su equipaje. Para sentirse más seguro, permaneció durante todo el viaje en el vagón comedor. Siempre estaba atestado y él creía que estaba más a salvo rodeado de mucha gente.

El tren llegó a St. Neots cerca de las doce y veinte. Michael esperó un poco antes de descender. Si Molyneux estaba a bordo, no quería que supiera que ésa era la estación en la que pensaba bajarse. Aguardó hasta que algunas puertas se cerraron y el tren ya estuvo listo para partir. Sólo entonces abrió la puerta y saltó al andén. Un empleado se acercó para cerrar la puerta.

—¿Se ha quedado dormido? —gruñó.

Pero Michael nunca había estado más alerta que en ese momento. De inmediato, recorrió el andén con la mirada. Era más grande de lo que había supuesto y tenía un techo de cristal anticuado y recargado, de esa clase que la gente quería destruir quince años atrás pero que ahora hacía campañas para salvar.

No había bajado nadie más del tren detrás de él. Una persona subió justo cuando el tren comenzaba a arrancar. Contó cinco personas más en el andén, entre ellas dos mujeres y el empleado que se había encarado con él. Los otros dos eran un soldado de uniforme y un hombre delgado con un maletín que no debía de tener más de treinta años. Él tampoco podía ser Molyneux.

Michael reprimió una exclamación de alegría pero entonces pensó que quizá Molyneux ya se encontraba fuera. Eso no tenía sentido, porque no podía saber que él descendería en St. Neots hasta el preciso momento en que lo hiciera. Pero se sentía tan alterado que todo le parecía posible, y no estaría tranquilo hasta ver el exterior de la estación.

Levantó la maleta y caminó hacia el cartel que indicaba la salida. Antes de

llegar a los tornos, el tren ya prácticamente se había marchado; apenas podía verse la mitad trasera, esfumándose a lo lejos en las vías. Volvió a inspeccionar el andén. Estaba desierto. Metió el billete en la ranura y pasó al otro lado. No encontró a nadie que encajara con la descripción de Molyneux. El solitario taxi que estaba en la calle era un gran Ford blanco. Michael subió y dijo: «A Cambridge, por favor». Cuando el chófer arrancó, volvió a mirar la estación. La entrada estaba vacía. Su plan había dado resultado.

Tardó treinta minutos en llegar a Cambridge, y cuando se acercaron a la ciudad Michael volvió a sentirse nervioso. No había ninguna posibilidad de que Molyneux lo hubiera seguido, pero no le apetecía tener que ir solo al estudio de Helen, por si Isobel se había visto obligada a regresar. Se sorprendió ligeramente al darse cuenta de cómo lo inquietaba esa idea.

El taxi giró en Downing Street y luego pasó por Parade. Volvió a virar a la izquierda y el hotel Royal Garden apareció delante de ellos. Michael pagó rápidamente y salió del vehículo. Corrió hacia el hotel arrastrando la maleta. Sabía que el bar estaba a la derecha. Era grande, pero se dio cuenta de inmediato de que Isobel no se encontraba allí. ¡Maldición! Menos mal que habían tomado precauciones. Miró su reloj: las 13.00. Ella aún no habría llegado a Justice Walk, de modo que tendría que esperar…

—¿Michael? ¡Estás aquí! Pensé que no llegarías.

Se volvió. Isobel se acercó a él desde la tienda del hotel, donde evidentemente había comprado un periódico. Se lo enseñó.

—Éste es el quinto periódico que he leído. Sé más sobre el día de ayer que sobre cualquier otro de la historia del mundo.

—¿Molyneux?

—No estaba en mi tren. ¿Tú lo has visto?

—No.

—De modo que el plan del detective Whiting ha dado resultado —sonrió ella —. Tendremos un fin de semana libre de ceniza, después de todo.

—No me lo recuerdes. Me muero por fumar. —Sacó un cigarro del bolsillo, olisqueó las hojas de tabaco y volvió a guardarlo.

Isobel tiró el periódico sin abrir en una papelera.

—Esto no me hace falta. Vámonos.

El recepcionista les indicó un teléfono en el vestíbulo que tenía línea directa con la compañía de alquiler de vehículos. Michael pidió que le trajeran el coche al hotel y le dijeron que tardarían veinte minutos. Eso les daba tiempo para

comer un bocadillo en el bar.

El coche se parecía más a un Mini que a un Mercedes, pero al menos el maletero estaba intacto. Michael completó las formalidades, guardaron el portafolio y las maletas, y emprendieron viaje.

En las afueras de Cambridge el terreno se volvió más llano. No era la clase de paisaje que a Michael le atraía «en vivo y en directo», por así decirlo, pero le encantaba verlo en los cuadros de Constable y otros miembros de la escuela de Norwich. Creía que los cuadros con horizontes bajos hacían que las habitaciones donde se colgaban se volvieran más espaciosas y aireadas. A la gente le gustaba.

Tomaron la carretera de Londres a Norwich, giraron en Thetford y pusieron rumbo a Bungay, donde el camino corría paralelo al río Waveney. Luego viraron hacia el norte, en dirección a Aldeby. La carretera era más estrecha allí, y tuvieron que reducir mucho la velocidad. Había algunos setos aquí y allá, y el cielo ocupaba todo el horizonte, como el telón de fondo de un escenario. A la derecha se veían franjas de tierra negra que formaban profundos surcos en los terrenos color ciruela. Unos árboles torcidos, robles y fresnos que habían pasado años soportando los fríos vientos provenientes de Rusia, se inclinaban hacia el este, lo que le daba al paisaje un aspecto asimétrico. Isobel y Michael llegaron a Aldeby justo antes de las tres de la tarde.

El estudio de Helen Sparrow era un establo remozado a pocos metros de la calle principal. Ella vivía en la planta baja, y había una escalera exterior que daba a su lugar de trabajo. Allí, según vieron, se había quitado una parte del techo de pizarra y se la había reemplazado por cristal, para tener más luz natural. Michael reconoció la furgoneta de Helen en el garaje, que estaba en un establo contiguo.

Al oír el ruido del coche, Helen Sparrow bajó por la escalera para recibirlos. Michael presentó a las dos mujeres. A pesar de su apellido, «gorrión» en inglés, Helen era una mujer alta, aunque sus movimientos eran algo torpes e inconexos, como los de un pájaro. Su edad era difícil de determinar, entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, y tenía un rostro anguloso con una tez sorprendentemente colorada para alguien cuyo trabajo era tan sedentario. Su pelo era largo y fuerte, aunque había encanecido prematuramente. Le caía a ambos lados de la frente, como un telón, y lo llevaba sujeto en una larga coleta. Se había puesto un blusón rojo sobre un descolorido vestido azul y llevaba unas alpargatas que alguna vez habían sido blancas. Sus dedos delataban el hecho de que era una restauradora: eran largos y finos. Los hizo pasar al estudio, donde tenía un caballete de madera

listo para recibir el cuadro. Michael abrió la maleta, desenvolvió el lienzo y lo depositó sobre la madera.

Helen Sparrow volvió de una cocina contigua al estudio con una bandeja y tres tazas. Se quedaron de pie, bebiendo té y examinando el cuadro.

—Es una composición poco común —explicó Michael—. El paisaje es inglés, creo que de Dorset. Las figuras son religiosas, mitológicas y reales. Donde necesito tu ayuda es aquí. —Señaló la zona cercana a los pies del monje —. Me parece que hay algo debajo de esta mugre.

Helen se acercó al cuadro.

—Sí, parece suciedad, o barniz descolorido. No es como si hubieran pintado encima. ¿Eso es todo lo que quieres que haga?

—Bueno —dijo Michael, que había analizado el cuadro en detalle la noche anterior, mientras Isobel dormía—, hay una o dos zonas más que podrías limpiar. —Señaló el cutis de una de las caras y una franja al pie de una de las columnas, encima de la cual se encontraba la escena de Adán y Eva con la que todo había empezado—. No sé si hay algo oculto en ellas, pero, por si acaso, y siempre que puedas tenerlo listo para el lunes por la mañana, podrías limpiar esas zonas también. Ésta no es la clase de pintura con la que yo suelo trabajar, Helen, como puedes ver, y en este caso lo necesito cuanto antes. —Hizo una pausa mientras contemplaba el cuadro y bebía té—. ¿Podrás tenerlo para el lunes por la mañana?

—Mmm… Hay otra cosa de la que tendría que ocuparme hoy. Pero puedo dedicarle todo el día de mañana y el domingo. ¿Quieres que te lo lleve a Londres?

—Oh, no. En realidad, tenemos pensado quedarnos en esta zona el fin de semana, con la esperanza de que lo tengas cuanto antes. Tenemos mucha urgencia con este cuadro.

Helen reflexionó. Sabía que no le convenía preguntarle a un marchante a qué se debía tanta prisa.

—Tendré que cobrarte más por trabajar en domingo. ¿De acuerdo?

—Desde luego —convino Michael—. Un encargo urgente es un encargo urgente. —Sacó una libreta del bolsillo interior de su chaqueta y, después de arrancar una hoja, apuntó unos nombres y números—. Si hay algún problema, he reservado habitación en este hotel para el fin de semana. Está en Southwold, cerca de aquí. Puedes llamarme allí siempre que lo necesites.

Helen cogió el papel y lo clavó en un tablón de corcho que estaba en la

pared. Luego recogió las tazas y los acompañó a la salida del estudio, que daba a lo alto de la escalera exterior.

—¿Cómo se encuentra Julius? —preguntó.

—Bien, por lo que sé —dijo Michael—. Lo vi la semana pasada. —Luego, respondiendo a la pregunta tácita de ella, añadió—: Pero no durará para siempre, Helen. Él sigue siendo el mejor, por el momento, pero tú estás acercándote. Habrá más encargos después de éste, te lo prometo.

—¿No deberíamos haberla advertido sobre Molyneux? —dijo Isobel, cuando ya estaban en el coche rumbo a la costa.

—Cuanto menos gente lo sepa, mejor, ¿no te parece? A pesar de que Helen vive aquí, y es discreta, conoce a muchas personas del ramo. Y a la gente le gusta hablar. Debemos ser lo más cautelosos que podamos.

Llegaron a Southwold cerca de las seis, después de parar para visitar la iglesia de St. Edmund, rey y mártir, que estaba en la aldea. Tenía un magnífico pórtico de dos pisos de altura. Luego se registraron en el Harbour Inn.

Aquella noche, durante la cena, que tomaron en el hotel, Michael dijo:

—Por fin podemos relajarnos. Sin el cuadro, Molyneux está perdido. Por mucho que tardemos en descifrar el *Paisaje con mentiras*, ya no tiene importancia. La única llave que puede abrir la cerradura está en nuestras manos. Así que disfrutemos del fin de semana. Olvidémonos de tu granja y del cuadro. Mañana pondremos rumbo al sur… al territorio de Constable. Luego regresaremos al norte, visitaremos la residencia de Gainsborough, y terminaremos en el Museo de Norwich. ¿Qué tal suena?

—Creo que es una idea maravillosa, Michael. Pero primero debes compensarme algo.

—¿A qué te refieres?

—La última vez que tuvimos una cena como ésta, yo hablé todo el tiempo, sobre la granja, sobre Tony. Ahora es tu turno.

—Oh, sí, la noche en que te gané al ajedrez, ¿verdad?

Ella sonrió.

—Aún no es tarde, queda bastante vino. La última vez me dijiste que te interesaba «lo inglés». ¿A qué te referías?

Michael sacó un cigarro.

—¿Tengo permiso para fumar uno? —Ella asintió, y durante un momento él jugueteó con las cerillas—. ¿No has notado que para muchas personas ser inglés ya no es suficiente? Tienen que tener un poco de sangre escocesa, o galesa, o

francesa. O resulta que más importante que ser inglés es ser de Yorkshire, o del norte. Ser sólo inglés es demasiado negativo para mucha gente, demasiado insípido, demasiado… nada. Los irlandeses están orgullosos de ser irlandeses, digamos; o los indios, o los italianos. Pero los ingleses son más bien… bueno, reservados, casi como si les diera vergüenza. Sin embargo, Inglaterra tiene una historia importante y a veces de lo más pintoresca. Hubo tantos ingleses e inglesas famosos como franceses y alemanes, y muchos más que galeses o suizos, por citar un ejemplo. Sin embargo, al parecer eso no tiene ninguna importancia. Si tienes que describir a un francés, un italiano o un escocés, puedes hacerlo en pocas palabras. Pero con un inglés es imposible.

»Ahora bien, si consideramos todas las actividades humanas, en especial las creativas, las artísticas, que revelan algo sobre sus autores… Sólo hay una cosa que los ingleses hacen bien y que las otras naciones prácticamente no hacen. —Apartó el cigarro para que el humo no molestara a Isobel—. ¿Adivinas qué es?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—¿Destilar ginebra? Aunque supongo que eso no es arte… ¿Jugar al criquet? Claro que hay otros que ahora lo hacen mejor, ¿no? ¿La caza del zorro? ¿El bistec demasiado cocido? ¿Conducir por la izquierda? Vamos, dímelo.

Él dio una calada al cigarro y exhaló volviendo de medio lado la cabeza.

—Acuarelas. Nosotros pintamos acuarelas. Sólo los ingleses lo hacemos de una manera soberbia. Los franceses lo intentaron en el siglo XVIII, pero lo único que lograron fueron óleos de colores pálidos. Los norteamericanos también probaron suerte en el siglo XIX, aunque ellos nunca fueron muy originales. Los japoneses lo hacen, pero en realidad sus acuarelas no son diferentes de los cuadros que hacen con otras técnicas. No, las acuarelas inglesas son únicas, en tema, técnica y calidad. Por tanto, debe de ser una cualidad genuinamente inglesa. —Se tiró de una ceja—. Siguiente pregunta: ¿en qué se nota eso?

Isobel guardó silencio.

—En la delicadeza. En la concentración en el paisaje. Unos pocos trazos firmes. Impresiones. Con poca gente. Siempre se dice que los ingleses somos fríos, carentes de emoción. No es cierto. Los colores de las acuarelas se mezclan, fíjate en Turner o Constable. Y todo lo demás apenas se insinúa. Nada se subraya. Las formas tienen pocos trazos, y de todas maneras no pueden distinguirse. Los cuadros captan un estado de ánimo, pero dentro de la imagen no hay ningún elemento que presente una sustancia verdadera. Como si no

pudiera confiarse en nada. La ausencia de seres humanos en las acuarelas es lo más evidente de todo. Eso prueba que los ingleses miramos hacia afuera, no hacia adentro, y que sólo lo hacemos muy poco convencidos. El arte, ya sea la pintura, la literatura o la música, intenta reconfortar. O al menos eso se supone. Algunas personas piensan que el consuelo del arte sólo es transitorio, que la belleza de una frase o de una melodía se desvanece tan pronto acaba. En parte tienen razón, pero también se equivocan. La verdad es que no hay consuelo. Hojea cualquier libro de citas; encontrarás cientos de casos en los que un buen epigrama desdice a otro. Oscar Wilde dijo que ésa era la definición de la verdad: cuando lo opuesto también era cierto. Yo creo que, sólo en esa ocasión, Oscar Wilde lo entendió al revés. Dos epigramas pueden sonar hermosos pero no pueden ser ciertos los dos. Sin verdad no puede haber consuelo. Bastante lúgubre, ¿no?

»Los ingleses, más que fríos, son solitarios, y tienen una actitud recelosa y desdeñosa respecto de los grupos. La razón por la que hay tan pocas personas en las acuarelas inglesas es que los ingleses no poseen psicología alguna, al menos psicología colectiva. Por eso no puedes resumirlos, resumirnos, tan fácilmente como otras naciones. Ésa es una de las razones por las que la psicología como disciplina médica, la psiquiatría, jamás ha sido tan popular aquí como en otros países. Más que fríos, somos inmaduros emocionalmente. No necesitamos consuelo tanto como otras nacionalidades.

—¿Puedes deducir todo eso a partir de las acuarelas?

Michael sonrió.

—Estoy exagerando, desde luego. Pero las acuarelas son una forma artística extraña y maravillosa y son una peculiaridad inglesa. Es necesario explicarlas. Vaya, estoy hablando demasiado.

—No, no, al contrario. Yo no debo de ser verdaderamente inglesa, sin embargo, porque a mí sí que me interesa la gente. Tu familia, por ejemplo.

—Tengo una hermana mayor que se ha casado con un oculista neozelandés. Tengo dos sobrinas, una de las cuales es mi ahijada. Ella dice que soy su segundo padrino favorito. De mi hermana menor ya te he hablado. Mi padre murió hace cinco años y mi madre ahora vive en Warwickshire, en las afueras de Stratford-on-Avon.

—¿Y mujeres?

—Una. Al menos una sola relación seria, aparte de las vampiresas barnizadas que revolotean en el mundo del arte.

—Háblame de esa relación «seria». ¿Cuánto duró?

—Cinco años. Se llamaba Sylvie y era medio francesa. Era arqueóloga, pero también submarinista, de modo que se especializaba en excavaciones submarinas. Barcos hundidos en las costas de Italia, Grecia y Turquía principalmente.

—¿Cómo os conocisteis?

—Durante una fiesta en Bodrum, Turquía. Yo estaba de vacaciones y ella trabajaba allí. Nos sentaron juntos a la misma mesa porque los anfitriones creyeron que nos llevaríamos bien. Luego volvimos a encontrarnos por accidente en la inauguración de una exposición en Londres. Tres semanas después, Sylvie se mudó a Justice Walk.

—Qué rápido. ¿Por qué os separasteis?

—No hubo una razón en especial. ¿Alguna vez la hay? Sólo montones de pequeñas razones. Pero tuvimos un desacuerdo muy grande. En aquel entonces yo trabajaba en subastas, como creo haberte dicho. Hubo una venta de antigüedades entre las que se incluían algunos jarrones del sur de Italia. Sylvie dijo que habían sido robados y sacados clandestinamente del país.

—¿Cómo lo supo?

—Ésa era la cuestión. Aunque estaba segura, no podía probarlo. Al parecer, hay un gran catálogo publicado por un erudito de Oxford que enumera e ilustra todos los jarrones que se han encontrado en excavaciones legítimas. Son miles. Si un jarrón no figura en ese catálogo, debe de haberse obtenido ilegalmente.

»Sylvie creía que la casa de subastas debía negarse a vender los jarrones. Quería que yo encabezara una campaña para impedirlo. Dijo que a la empresa no le convenía aceptar un objeto robado, y yo estuve de acuerdo. Incluso llegué a plantearlo en la oficina. Pero no era mi departamento y no pude hacer nada. Sylvie se enfadó muchísimo, con la casa de subastas y conmigo. Creía que yo debía renunciar, pero no lo hice. Nada entre nosotros volvió a ser como antes después de aquel episodio. Fue el comienzo del fin. Ella se marchó de mi casa al cabo de un mes. Ahora vive en Grecia, según me han dicho.

Miró a Isobel.

—Lo más extraño es que en realidad no sé por qué se marchó. No creo que hubiera otra persona. Jamás me lo dijo y jamás hablamos de ello. Nunca entendí qué ocurrió.

—Tal vez nunca te pusiste en la piel de ella. A las mujeres les gusta que las entiendan, Michael. Es un consuelo para ellas. Tú dices que no hay consuelo.

Eso puede ser cierto en el mundo del arte, pero no en las relaciones. Los hombres piensan demasiado en el control. Cuando lo ceden, se sienten disminuidos, a los ojos de los demás y a los suyos propios. Tal vez con aquella subasta de los jarrones estaba poniéndote a prueba. —Isobel se inclinó hacia él —. Voy a proponerte una apuesta. Apuesto a que, si le hubieras dicho que presentarías la renuncia, ella te habría pedido que la retiraras. Lo único que quería era que te sintieras como ella durante un momento, durante el tiempo que hiciera falta para demostrarle que sabías consolarla. —Isobel volvió a acomodarse en la silla y cogió la copa de vino por el pie—. Tú eres como muchos otros hombres, Michael. Disfrutas con tu trabajo, pero me pregunto si realmente te gustan las mujeres. Probablemente piensas que lo que quieres en una mujer es igualdad, cuando en realidad lo que deseas es conformidad.

—¿Puedes deducir todo eso a partir de unos jarrones viejos?

Ella sonrió.

Michael se quedó callado. Lo que Isobel había dicho lo había herido. ¿Significaba eso que ella tenía razón? Era cierto que él creía que trataba a las mujeres como iguales y eso siempre lo había hecho sentirse orgulloso. Le dio una profunda calada al cigarro y luego exhaló con fuerza, tratando de relajarse. ¿Relajarse? No se había dado cuenta de lo tenso que estaba. Isobel había conseguido alterarlo. La miró. Su sonrisa era casi imperceptible, pero tenía una expresión de burla y la curva de sus cejas era más sarcástica que nunca. Era obvio que se preguntaba si habría acertado. Michael no estaba seguro de que le agradara que alguien lo entendiera tan bien. Pero entonces, con un estremecimiento, se dio cuenta de que la igualdad tenía que ver precisamente con eso.

Aunque no estaba claro si Isobel se había percatado de la incomodidad de Michael, lo ayudó a superarla preguntándole:

—¿Echas de menos no tener una mujer en tu vida?

—En ocasiones, sí. Pero ser marchante de arte conlleva, por así decirlo, una vida social intensa. Sería bonito compartirla. Por otra parte, siempre hay demanda de hombres solteros.

—¿Y los niños? ¿No echas de menos tener hijos?

—No, todavía no. Sólo tengo treinta y tres años. Aún no me ha llegado la fecha de caducidad. ¿Y tú?

—Yo sí los echo de menos un poco, mmm… Pero con Tony… era difícil.

Más tarde, esa misma noche, volvieron a jugar al ajedrez. Aunque Isobel

ganó por segunda vez, no fue una victoria tan fácil como la anterior; Michael aprendía rápido. Parecía que se sentían más cómodos juntos. Se quedaron sentados hasta tarde, hablando entre jugada y jugada, tomando un calvados más. Cuando subieron a sus habitaciones era poco más de la una. Se dieron las buenas noches en el pasillo y Michael se inclinó hacia Isobel y le dio un ligero beso en la mejilla. Ella no se resistió.

OCHO

Al día siguiente empezaron despacio, con un largo desayuno acompañado de todos los periódicos. Pero más tarde, cerca de las diez y media, Michael condujo el coche hacia el sur, hacia el territorio de Constable.

Se dirigían a East Berghold, y a Dedham, y al valle de Stour, escenario de tantos paisajes del famoso pintor. Llegaron a Gun Hill, desde donde podía verse toda el área de Flatford Mill y Judas Gap. El río serpenteaba lentamente hacia el oeste, negro como regaliz. A continuación pusieron rumbo al noroeste, hacia Sudbury, donde visitaron la casa de Gainsborough. Después de almorzar siguieron hacia Norwich, al norte, para visitar la casa de Cotman y la galería del castillo, donde se exhibían muchos cuadros de la escuela de Norwich. Regresaron por Lowestoft, la región en la que Turner había pintado muchas de sus abstracciones sobre la costa y sus estudios de nubes. Ese día, sin embargo, no había nubes. El clima seguía siendo veraniego y la ininterrumpida luz que cubría los pantanos traía consigo una magia luminosa que Michael no había visto nunca antes. Cada brizna de hierba, cada espiga, cada pluma de cada pájaro, parecían más brillantes, más claras, como vistas a través de una lupa mágica. Las olas golpeaban sobre la playa en una explosión de luz de sol. Por el momento, hasta Molyneux quedó olvidado.

De regreso cruzaron el río Waveney a la altura de las marismas de Beccles. A ambos lados se extendían los deltas y estuarios de los Broads, con un resplandor negro que parecía cubierto de miel.

—¡Michael! —exclamó Isobel de repente—. ¿Por qué no hacemos lo mismo mañana? Hoy me has enseñado muchísimas cosas. Ha sido maravilloso. ¿Por qué no alquilamos un bote y yo te llevo a pasear por el río? Sería una forma de devolverte el favor.

—Excelente, si hace sol. Pero si llueve, olvídalo.

—¡De acuerdo! —dijo ella, emocionada por la idea.

Por la noche, en lugar de cenar en el hotel, escogieron un pequeño restaurante de pescado cerca del muelle. El fletán, el pescado que ambos escogieron, era fresco y estaba cocinado sencillamente a la plancha, con manteca

y perejil. Michael quedó fascinado cuando se enteró de que el restaurante disponía de una bodega excelente y escogió un Poully-Fumé. Más tarde decidieron regresar al hotel para jugar al ajedrez y tomar un calvados, pero no antes de caminar por el muelle y ver las barcas de pesca adentrándose en el mar para aprovechar la marea. En el malecón soplaba una brisa fresca y Michael se quitó la chaqueta y se la colocó a Isobel sobre los hombros. Encendió un último cigarro. El humo se desvaneció rápidamente con la brisa. Aquella noche, cuando se separaron, Michael volvió a besar a Isobel en la mejilla.

A la mañana siguiente, Isobel llamó a la puerta de Michael a las ocho en punto.

—¡Es domingo, por el amor de Dios!

—¡Y hace un día precioso! —exclamó ella—. Los Broads… ¿Lo recuerdas? Date prisa, perezoso. Bajaré a desayunar. Quiero estar en el agua a las diez. Si no estás listo, me marcharé sin ti.

Sacudiéndose los últimos restos de sueño, Michael salió de debajo de la sábana, se afeitó, se dio una ducha y bajó a la sala donde se servía el desayuno a las ocho y media.

—¡Eres un demonio! —dijo él, con una falsa expresión de enfado en el rostro—. Estaba soñando algo muy *sexy*.

Ella no prestó atención al comentario.

—He pedido tu desayuno. Comimos pescado anoche, de modo que nada de arenques. Tampoco huevos, porque el viernes comimos tortilla. Tomarás beicon, salchichas y tomate.

—Lo que necesito es un zumo.

—Allí, sobre aquella mesa. Sírvete tú mismo.

Michael se acercó a una mesa lateral donde se encontraban las jarras de zumo. Se sirvió un vaso, lo apuró hasta el fondo y volvió a servirse. Regresó a la mesa donde estaba Isobel.

—No estoy acostumbrado a que me organicen la vida de esta forma —dijo con sorna—. No conocía esta faceta tuya, mariscal de campo Sadler.

—Es probable. Pero hacer una excursión en barca no tiene sentido a menos que nos levantemos a una hora razonable. Los barcos se mueven despacio, no lo olvides. Si quieres ver el paisaje necesitas más tiempo que en un coche.

Isobel lo instó a desayunar de prisa, de modo que a las nueve menos cinco ya estaban fuera del hotel. Llegaron a Lowestoft antes de las nueve y media y no

tardaron en encontrar el muelle de los botes que iban a los Broads. Michael aún no se había despertado del todo.

En la oficina del encargado ya había una pequeña cola de gente que había tenido la misma idea y se les había adelantado. Michael se vio obligado a admitir que Isobel tenía razón en una cosa. Cuando les tocó su turno, la cola detrás de ellos era tres veces más larga que cuando habían llegado.

Como sólo eran dos, no necesitaban una gran embarcación.

—De todas maneras, podríamos pedir una con cabina y un retrete —dijo ella —. Con el clima inglés nunca se sabe.

A Michael le divertía la energía de Isobel y su capacidad de organización.

—Ahora puedo imaginar cómo te comportas en la granja —dijo sonriendo mientras subían a la embarcación—. ¿Así tratas a los animales?

—Sólo a las cabras y a los burros. Coge esto —le dijo, entregándole una cuerda—. Cuando haya arrancado el motor y te lo indique, desátala de aquel aro de metal y suéltala.

Siguiendo las instrucciones del encargado, que le explicaba todos los pasos, Isobel encendió el motor y, con una habilidad que hasta el hombre admiró, separó la embarcación del muelle y de los otros barcos en muy poco tiempo y sin ninguna dificultad.

—No tendrá ningún problema, señorita —le gritó el encargado desde el muelle—. Hasta la noche.

Isobel condujo suavemente la barca hasta salir de la ensenada, abriéndose paso con habilidad entre las otras embarcaciones que avanzaban en la misma dirección. Luego apareció una parte del río que era como una especie de canal que atravesaba las áreas menos atractivas de Lowestoft. Era muy estrecho y estaba flanqueado por las traseras de casas y de pequeños talleres o fábricas. Como todavía era relativamente temprano, el canal estaba envuelto en sombras y el aire era fresco.

Isobel tiritó.

—¿Puedes buscar el mapa? El hombre dijo que había uno en la cabina.

—¡A la orden! —gritó Michael entre risas. La actitud autoritaria de Isobel era algo completamente nuevo para él, pero le gustaba. Encontró el mapa y regresó al lado de ella, junto al timón. Estaban saliendo hacia una zona más silvestre y soleada.

—¿No es relajante? —dijo Isobel, levantando la cara al sol—. El sonido del agua golpeando contra la barca. Es reconfortante.

—¿Hay una tienda libre de impuestos en esta bañera? —preguntó Michael —. Sólo me quedan dos puros.

—No, pero podemos tratar de llegar a La Habana, si quieres.

Examinaron el mapa y decidieron navegar en un gran círculo, siguiendo el río Waveney hasta Haddiscoe, luego el New Cut hasta Reedham, donde había un puente giratorio y un *pub* donde podrían almorzar. Después, navegarían por las marismas de Reedham y echarían un vistazo a los molinos de viento, hasta llegar a Burgh Castle, donde empezaba Breydon Water. Finalmente, regresarían a través del bosque de Waveney, donde verían las ruinas del priorato de St. Olave.

A esa altura, el tráfico fluvial había disminuido, porque los otros barcos habían girado en distintos lugares. Poco después estuvieron solos durante gran parte del recorrido.

—Esto es mucho mejor que las carreteras —dijo Isobel—. No hay semáforos, ni atascos, ni policías.

—Sí, pero de momento tampoco hay *pubs*.

—¡Qué bruto que eres! —dijo ella echándose a reír—. ¿Te apetece un café?

—¿Qué? ¿Hay servicio de a bordo?

—Claro que sí. Mira en mi bolso. He traído un termo del hotel.

El café terminó de despertar a Michael, quien luego se acomodó en el asiento a observar el paisaje, escuchando a los patos y las codornices, sintiendo el sol en la cara y en las manos. Observó a Isobel al timón e imaginó su cuerpo moviéndose debajo de la blusa.

Rebasaron lentamente una antigua construcción que, según constató Michael en el mapa, llevaba el nombre de Black Mill. Recordó unas palabras de Constable:

—«Viejas riberas en putrefacción, postes viscosos y fábricas de ladrillos. Me encantan esas cosas».

La dorada mañana avanzaba con serenidad. La suave brisa, que traía consigo el olor del mar, que no estaba tan lejos, impedía que el calor fuera excesivo. Por fin Michael tuvo la oportunidad de ponerse al timón, mientras Isobel se quitaba los zapatos y se subía un poco la falda para que sus piernas recibieran algo de sol.

Poco después de las doce divisaron el puente giratorio de Reedham. Cuando pasaron debajo de él, Michael vio más allá, al final de un recodo, un *ferry* y un *pub* pintado de blanco, The Ferryman.

—¡Ah! Justo a tiempo. Es la hora del ron.

Isobel se encargó de echar amarras. Luego, una vez que el barco estuvo bien sujeto, Michael saltó a tierra y entró a comprar unas bebidas. Cuando regresó, Isobel estaba sentada en la orilla, con sus piernas descubiertas bajo el sol.

—He comprado sidra. Nos trajo buena suerte la última vez.

—Mmm… —Isobel tenía los ojos cerrados. Los abrió, cogió el vaso, bebió, luego volvió a cerrarlos y se recostó—. Es asombroso cómo un día como éste te hace olvidar todos tus problemas. —Le hablaba al aire.

Michael se tumbó a su lado.

—No te acostumbres. Mañana es lunes. Hemos de ir al estudio de Helen.

Ella extendió la mano para darle un cachete, pero Michael le atrapó la muñeca y la mantuvo agarrada. Durante un momento se quedaron acostados, él aferrando el brazo de ella. Luego, pero no inmediatamente, ella se soltó.

Se quedaron tomando el sol hasta que Michael pidió el almuerzo, bocadillos y muslos de pollo fríos. Isobel no se había movido cuando él regresó. De hecho, él creyó que se había dormido, hasta que ella dijo:

—Por Dios, qué modorra.

Michael se arrodilló delante de ella y sostuvo un muslo de pollo justo encima de su boca.

—Aquí tienes.

Ella abrió los ojos, y entonces separó los labios.

Michael bajó el muslo hasta que Isobel logró atraparlo con los dientes. Durante un momento, masticó mientras él se lo sostenía. Luego, cuando la grasa del pollo comenzó a cubrirle los labios, ella levantó la mano y le quitó el muslo.

El sol siguió calentando bastante durante la tarde, cuando navegaron despacio pasando por Berney Arms Mill, las marismas de Churchfarm, Howard’s Common y Seven Mile House. Vieron pescadores de anguilas en Somerleyton y un martín pescador en Oulton Dyke. También encontraron dos caballos blancos de tiro bebiendo agua. Cerca de las marismas de Wheatacre, Michael inspeccionó el mapa.

—¿Sabes una cosa? Dentro de un kilómetro y medio estaremos muy cerca de Aldeby, donde está el estudio de Helen Sparrow. Me pregunto cómo le irá, si ya habrá descubierto algo.

Por toda respuesta, Isobel aumentó la velocidad.

—Pasemos lo más rápido posible. No quiero pensar en mañana hasta mañana.

Cerca de las seis se encontraban en Oulton Broad y estaban entrando en

Lowestoft. Había más embarcaciones y tuvieron que aminorar la marcha. Los dos estaban sentados junto al timón.

Cuando llegaron a la ensenada, el encargado los vio llegar y se acercó para indicarles dónde debían atracar.

—No se acerquen al malecón —gritó—. Pare junto a esos barcos de allí, luego suba al muelle pasando por encima de ellos.

Isobel condujo el bote con mucha precisión y tan lentamente que Michael pudo subir con facilidad a las otras embarcaciones que lo separaban de la orilla. Le pasó al encargado la cuerda que Isobel le había dado, y luego regresó a ayudarla.

Una lancha más grande estaba entrando en la ensenada, pero su timonel no tenía la habilidad que había demostrado Isobel. Cuando ella estaba pasando de una barca a la otra, la lancha se topó con la cubierta de la primera. Isobel se sobresaltó —estaba de espaldas a la ensenada— y perdió pie.

—¡Cuidado! —gritó Michael, que pudo ver lo que ocurría.

Saltó para ayudarla, y consiguió aferrarla justo a tiempo, cuando una de las piernas de ella empezaba a resbalar por la borda del barco del medio. Con un brazo sujetó el codo de Isobel, con el otro le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. En ese momento, y mientras estaba tratando de mantener su propio equilibrio, Michael se vio inundado por un repentino deseo, mucho más fuerte de lo que podía recordar. El impacto del contacto con Isobel, de los músculos de su estómago bajo la blusa, del olor que despedía, liberó en el interior de Michael una explosión de energía sensual que sólo en ese momento se dio cuenta de que había reprimido durante mucho tiempo. Sintió deseos de poseerla allí mismo.

En cambio, una vez que el peligro quedó atrás, se inclinó para examinarle la pierna que se había resbalado contra la embarcación y le había rasguñado la piel. La herida debía de doler, era antiestética pero no grave.

—Sobrevivirás. Lo que necesitas para curarte es más fletán. ¿Vamos al mismo restaurante esta noche?

Isobel asintió.

—Pero antes me gustaría lavarme la herida.

Esa noche, durante la cena, ella volvió a sorprenderlo.

—En realidad hay una sola cosa más placentera que lo que hemos hecho hoy.

Michael se sintió tentado de responder, pero se contuvo.

—¿Ah, sí?

—Sí. El paracaidismo.

—¿Lo has hecho?

—Dieciocho veces.

—¿No tienes que estar un poco loca para hacer esa clase de cosas?

—Espero que te equivoques. Conocí a un hombre, antes de Tony, que había estado en la brigada de paracaidistas. Las primeras dos o tres veces tuve un poco de miedo… y mi padre se oponía a que lo hiciera. Pero eso no hizo más que decidirme todavía más. —Sonrió—. Pero jamás hubo ningún problema. Imagínate descendiendo lentamente en un día de sol como el de hoy, sintiendo la brisa a tu alrededor… Supongo que la mayoría de las veces relacionamos la sensación de caer con cosas malas. Pero cuando te lanzas en paracaídas sientes que nunca dejas de hundirte. No es como volar. Te sorprendes por todo el aire que hay, por lo alto que puede ser el cielo.

Cuando salieron del restaurante descubrieron que, al igual que la noche anterior, había refrescado bastante. Esta vez Isobel había traído un jersey, pero aun así se estremeció.

—¿Caminamos hasta el final del muelle, como anoche? —dijo Michael—. ¿O tienes frío?

—Tengo frío, pero hagámoslo de todas formas. Allí podrás fumar sin causar demasiado daño a nadie.

Recorrieron el muelle sin hablar. Michael sacó un cigarro y lamió la punta. Volvió a pensar en la caída de Isobel de aquella tarde, sintió deseos de lamerla a ella. Los cables de los yates amarrados golpearon contra los mástiles, como si estuvieran aplaudiendo sus pensamientos. Con dificultad, logró encender el cigarro; la brisa que venía del mar era bastante fuerte. Isobel volvió a tiritar y Michael la abrazó.

Al final del muelle había un pequeño faro. Se acercaron a él y contemplaron un barco que salía del embarcadero a velocidad constante, con las oscuras y misteriosas siluetas de la tripulación trabajando en la cubierta, inclinándose, tirando de cuerdas, enrollándolas.

—Mira —dijo Michael, señalando la embarcación—. No parecen ser conscientes de la imagen romántica que ofrecen. ¿Adónde crees que se dirigen? ¿A Leningrado? ¿A Santiago? ¿A El Pireo?

Isobel lo miró.

—¿A Newcastle? —Sonrió.

Michael la besó mientras ella sonreía. Lo hizo con más violencia de lo que era su intención, pero el deseo que había sentido antes seguía allí, y aprovechó la

oportunidad que se le presentaba.

Aunque la fuerza del beso la sorprendió, Isobel respondió. Le devolvió el beso y al mismo tiempo empezó a pasarle los dedos por los hombros, debajo de la chaqueta.

—No estoy tratando de desnudarte —dijo después de un momento—, pero podrías prestarme tu chaqueta. Me estoy congelando.

Él se echó a reír, se quitó la chaqueta y la colocó sobre los hombros de Isobel. Luego regresaron al muelle. Había dos barcos más preparándose para zarpar. Los tripulantes se gritaban entre sí mientras operaban unos ganchos que golpeaban contra las partes metálicas de la embarcación. El olor a salitre y a pescado se había mezclado con el combustible y el humo del cigarro.

Se quedaron de pie un momento fuera del hotel, contemplando nuevamente las luces de los barcos de pesca que zarpaban. Isobel le acarició la mano a Michael.

—Esta noche —susurró—, hasta Newcastle parece romántico.

Michael acercó su cuerpo al de ella y la besó en la nuca. Luego la llevó al hotel.

En la recepción le entregaron la llave, pero se sorprendió cuando también le dieron un papel.

—Un mensaje para usted, señor —dijo el conserje.

Michael abrió el papel y leyó lo que había escrito.

—¿Qué ocurre? —preguntó Isobel.

Michael se dirigió a la escalera.

—Es de Helen —susurró—. Dice que la llamemos. Es urgente.

—¡El cuadro ha desaparecido!

—¡Helen, no! Por el amor de Dios, no —gimió Michael al teléfono—. ¿Quieres decir que te lo han robado?

—Michael, lo siento tanto… Fue culpa mía. Terminé lo que me pediste esta tarde, a la hora del té. Hacía un día tan hermoso…

Sí, pensó Michael. Pero ya no.

—… y uno de los jardines privados locales está abierto al público. Sólo por hoy, quiero decir. Fui a echar un vistazo. Estuve fuera apenas una hora, no más. Y cerré con llave. Pero cuando regresé ese hombre había forzado la cerradura…

—¿Lo viste?

—Sí y no. Sí, él seguía aquí cuando volví y lo sorprendí. Pero no le vi la cara. Llevaba un casco de motorista…

—¡Helen! Quédate ahí. Vamos ahora mismo. Luego nos contarás el resto y te explicaremos lo que ocurre. Yo también lamento haberte hecho correr ese riesgo. Lo lamento mucho… Tendría que haberte advertido de algunas cosas… Mira, tardaremos diez minutos en salir del hotel y veinticinco en llegar hasta allí. ¡Espéranos!

Michael colgó el teléfono de golpe y comenzó a guardar su ropa. Mientras lo hacía informó a Isobel de lo que Helen le había contado.

—¡Un casco! —dijo Isobel con un grito ahogado.

—¿Cómo demonios nos ha encontrado? —gruñó Michael entre dientes mientras metía sus camisas en la maleta—. Tuvimos muchísimo cuidado. ¿A quién de los dos siguió?

—Estoy segura de que no se bajó del tren conmigo —dijo Isobel—. Había sólo tres personas más, lo recuerdo perfectamente. No crees que fuera disfrazado, ¿verdad? ¡Oh, Michael! —Isobel le rozó la mejilla con los dedos. Luego fue a su habitación a hacer la maleta, mientras Michael se devanaba los sesos tratando de encontrar qué había podido fallar en su plan. Estaba seguro de que Molyneux no iba en su tren.

Una vez abajo, el recepcionista quedó sorprendido de que quisieran salir del hotel tan tarde y supuso que habían discutido. Tuvieron que pagar por la noche que no iban a dormir pero ninguno de ellos le dio importancia a eso. En poco tiempo estaban en el coche.

Michael giró hacia el norte en la carretera de Lowestoft, y luego volvió a girar en Wrentham. El coche de alquiler no era tan ágil como su Mercedes pero a esa hora —casi las once y media de la noche— había poco tráfico, la carretera era llana y recta, y avanzaron a buena velocidad. Llegaron a casa de Helen justo antes de la medianoche.

Todas las luces estaban encendidas. Apenas oyó el coche, Helen salió a recibirlos.

—Nunca antes me había sucedido algo así —dijo sin más preámbulos mientras subían por la escalera—. Lo siento mucho, Michael.

—¿Qué ha ocurrido, Helen? ¿Estás bien? No te ha hecho daño, ¿verdad? —Mientras lo decía, se alarmó al ver, al otro lado del umbral, que el estudio era un caos—. ¿Ha peleado contigo?

Helen asintió.

—Fue más bien una refriega. Él estaba escondido detrás de la puerta cuando regresé, y me agarró. Era muy alto y fuerte. Llevaba unos enormes guantes de

motorista y me apretó aquí, con mucha fuerza. —Extendió el antebrazo para que Isobel y Michael vieran una hilera de cardenales.

—¿Qué pasó después? —Isobel parecía consternada.

—Luchamos. Le di una patada. Conseguí liberar un brazo y le arrojé un poco de trementina.

—¿Pudiste verle la cara?

—En realidad, no. El casco tenía una visera oscura. Agarré unos pinceles y traté de pincharlo donde le doliera.

A pesar de sí mismos, Michael e Isobel sonrieron.

—¿Y…?

—No dio resultado. Él me empujó hasta la cocina y me dejó encerrada. Luego se marchó con el cuadro. Eso ocurrió cerca de las cinco de la tarde de hoy.

—¿Entonces cuánto tiempo estuviste encerrada?

—Casi cuatro horas. Tuve que desatornillar toda la cerradura y desarmarla con un cuchillo. Los tornillos eran viejos y estaban oxidados, y el cuchillo resbalaba todo el tiempo. Os telefoneé en cuanto pude.

Michael sacó un cigarro pero no lo encendió. Jugueteó con él mientras le contaba la historia del cuadro y de Molyneux a Helen, que escuchaba cada vez más intrigada a medida que avanzaba la narración.

—De modo que ya ves por qué lo lamento, Helen. Pensamos que era una buena idea no contarte nada. Pero si lo hubiéramos hecho, tú no habrías salido y no te habrían hecho daño.

Helen hizo un gesto con la mano.

—Todavía estoy entera, Michael. Si hubiera estado aquí podría haber sido peor. Era un hombre muy fuerte.

—¿Cómo ha podido encontrarte? Eso es lo que no entiendo —dijo Michael —. Hemos tomado muchísimas precauciones; incluso viajamos en trenes distintos hasta Cambridge.

—Creo que puedo responder a eso —dijo Helen, acercándose a la repisa de la ventana. Cogió un papel—. Cuando peleamos se le cayó esto. —Se lo pasó a Michael—. Es una factura que te envié. Tiene mi dirección.

Michael cogió el papel y miró el membrete. En mayúsculas podía leerse: HELEN SPARROW - BELLAS ARTES - RESTAURACIÓN Y LIMPIEZA DE CUADROS, con su dirección, su número de teléfono y su número de identificación fiscal. Michael

comenzó a respirar entrecortadamente.

—Sólo pudo haber obtenido esto entrando en mi casa de Justice Walk. —Su mente recordó la silueta nocturna que había visto en Lawrence Street—. ¡Oh, no!

Se quedaron de pie en silencio, contemplando los restos de la cerradura rota en la puerta de la cocina. Después de una pausa, Michael dijo:

—¿Has llamado a la policía?

—No.

—Mejor que lo haga yo mismo ahora. Asalto con allanamiento de morada, agresión, robo. Debe de ser una verdadera oleada de crímenes para un lugar como Aldeby.

—Michael, un momento —dijo Isobel en lo que era apenas un susurro—. Helen, ¿por qué no llamaste a la policía? Ésa habría sido mi primera reacción.

Helen vaciló. Luego miró a Isobel con una tímida sonrisa.

—El cuadro es vuestro. Sois los dueños de la propiedad que han robado. De modo que si queréis informar del robo, no puedo impedirlo. Pero desde mi punto de vista… bueno, si yo voy a la policía, podría filtrarse… Y otras personas podrían decidir no enviarme más trabajo. —Dirigió la mirada a Michael—. Sé que has perdido un cuadro y lo lamento mucho. Sé que jamás volverás a darme trabajo… pero… pero en realidad no estoy herida. No han sido más que unos rasguños y unos moretones. Puedo ordenar el estudio en un par de horas. De todas formas no hacía falta una cerradura en la puerta de la cocina. —Volvió a mirar a Isobel y se quedó en silencio durante un momento—. A menos que tengas que informar del robo, yo preferiría no denunciar el allanamiento ni las lesiones.

Helen se desplomó en una silla, sin mirar a los ojos a ninguno de los dos. La habitación quedó en silencio.

Michael fue el primero en romperlo:

—Lo siento, Helen. Entiendo lo que dices. Pero debemos denunciar el robo. Dos robos: uno aquí y, casi seguro, otro en mi casa. No sé si se llevó alguna otra cosa, pero hemos de recuperar ese cuadro. Para eso está la policía…

—Yo estoy de acuerdo con Helen —intervino Isobel.

—¿Qué? Pero…

Isobel volvió a interrumpirlo:

—Escucha, Michael. Es tarde, has bebido y tu cerebro no está funcionando al máximo de sus posibilidades, como tú mismo dirías. En primer lugar, hemos puesto a Helen en peligro. Ella corrió riesgos, la golpearon y terminó encerrada

por culpa nuestra. Por tanto, si quiere algo de nosotros a cambio, lo menos que podemos hacer es escucharla. Aunque mejor olvidamos el tema de la publicidad negativa. También puedes olvidar el robo en Londres. Molyneux forzó tu coche y no se llevó nada, así que apuesto a que lo único que robó de tu casa fue esa factura, ese diminuto pedazo de papel con la información que necesitaba… —Michael trató de hablar pero ella se lo impidió con un gesto—. Escúchame un momento. No olvides que el cuadro es mío y si no quiero denunciar su desaparición tengo derecho a hacerlo. En cualquier caso, ¿qué le vamos a decir a la policía? ¿Acaso nos creerán? El cuadro sólo tiene valor en teoría. No sabemos si Molyneux es un nombre verdadero y ni Helen ni yo lo hemos visto.

—Creerán todo este caos. Tienen registros de los alias que utilizan los criminales.

—¡Michael! Sabes perfectamente que Molyneux no es un ladrón común y corriente.

—Tenemos una fotografía del cuadro. La policía podría difundirla.

—Pero Molyneux no va a venderlo, ¿verdad? Puede limitarse a guardarlo hasta que perdamos interés en este asunto. Supongamos por un momento que es un delincuente conocido y que la policía tiene registrado su alias. Pongamos que lo interrogan. Llevaba guantes, de modo que no dejó ninguna huella en el estudio, nosotros no podemos identificarlo y él se limitará a ocultar el cuadro hasta que todos hayan olvidado este tema. Luego empezará de nuevo la búsqueda discretamente.

—Pero no podemos quedarnos sin hacer nada.

—No es eso lo que sugiero —dijo Isobel—. Todavía no le hemos hecho a Helen la pregunta más importante. Se volvió hacia ella: —Cuando limpiaste el cuadro, ¿qué encontraste?

Helen se sintió aliviada por hablar de otra cosa.

—Empecé por la suciedad que estaba al pie de la columna, para acostumbrarme al cuadro. Luego limpié la cara que mencionaste con alcohol… Fue interesante, porque encontré una pequeña lágrima en forma de pera debajo, una perla de agua diminuta pero exquisita. A continuación me dediqué a la zona que me pedisteis que limpiase.

—¿Y…?

—Encontré dos cosas. La primera era muy curiosa: el monje, un monje sin rostro, en realidad tampoco tenía pies, o al menos pies corrientes. Eran peludos, como garras.

—¿Y la segunda?

—Delante de ese monje, justo frente a los puntiagudos dedos de los pies, había una losa, una baldosa. Hexagonal, con un dibujo.

—¿Qué clase de dibujo?

Helen sacudió la cabeza.

—Era demasiado impreciso para describirlo. Lo siento.

—Maldición —siseó Michael.

—No, tal vez no tenga importancia —dijo Isobel—. Piensa. Quizá la imprecisión de la baldosa fuera deliberada. Recuerda que el monje lleva un hábito franciscano, Michael. Eso nos llevó al monasterio de Lewell. Tal vez la baldosa se encuentre allí. Estoy segura de que hay una baldosa en Lewell en la que el dibujo puede verse con toda claridad. Ese dibujo contiene la siguiente pista. ¿Te das cuenta, Michael? Molyneux tiene que volver a Lewell.

Michael la contempló. Experimentaba una mezcla de emociones que jamás había sentido juntas hasta ese momento. Admiración por la astucia de Isobel, incomodidad porque no quería informar a la policía; supuso que habría adquirido ese hábito como periodista en el extranjero. Y la manera en que Isobel se movía por el estudio, la forma en que le brillaba la piel con el fuego que ardía en su interior mientras pensaba en todo aquello, reavivó en él aquel deseo sexual que el mensaje de Helen había extinguido.

Isobel continuó:

—Lo que significa —dijo, con una mueca que se asemejaba a una sonrisa— que nosotros también tenemos que poner rumbo a Dorset ahora mismo. Molyneux nos llevará una ventaja de cuatro o cinco horas, tal vez un poco más. No puede saber exactamente qué ventaja nos lleva porque no sabe cuánto tardó Helen en liberarse y ponerse en contacto con nosotros. Ésa es nuestra única oportunidad. Seguramente no llegó a Lewell antes de que anocheciera y tal vez prefiera esperar a mañana para buscar la baldosa. —Isobel miró su reloj—. Ya son casi las doce y media de la noche. De aquí a Dorset tardaremos… ¿cuánto?… ¿cinco o seis horas?

Michael asintió.

—¿Estás listo?

—¿Así de sencillo? ¿Quieres que nos marchemos ya? Llegamos hace apenas media hora. Helen ha sido atacada y encerrada, por el amor de Dios… No podemos dejarla así.

Isobel miró a Helen y sonrió.

—Helen se encuentra mejor que tú, Michael. Al menos mentalmente. Y tampoco quiere que nos quedemos aquí a cuidarla. Lo único que desea es que le asegures que no irás a la policía. ¿No es cierto?

Helen sonrió y asintió.

—Ese tal Molyneux no regresará aquí, ¿verdad? Me acostaré y ordenaré el estudio mañana. No te preocupes por mí, Michael. Estoy exhausta y dormiré como un bebé. Sólo espero que recuperéis el cuadro. Adelante, Michael, marchaos. Isobel tiene razón. Ésta es vuestra única oportunidad de alcanzarlo. Cuanto más os retraséis, más probable es que lleguéis tarde. Llámame mañana cuando puedas y cuéntame qué ha sucedido. ¡Marchaos de una vez!

Con ánimo vacilante, Michael se dirigió hacia la escalera.

—Si Molyneux regresara aquí, jamás me lo perdonaría…

—No lo hará —susurró Helen, y le dio un leve empujón.

Una vez dentro del vehículo, hizo un guiño con los faros delanteros para despedirse y salió hacia la calle principal de Aldeby. No había señales de movimiento. Supuso que a esa hora de la noche sería más rápido ir por las autopistas que atravesar los pueblos. A las tres menos veinte ya se encontraban al oeste de Londres, habían llegado a la M3 y estaban pasando a toda velocidad por Runnymede. Comenzó a llover y más tarde la lluvia se convirtió en una tromba tan fuerte que empezó a ser peligroso conducir a más de ciento diez kilómetros por hora. De todas maneras Michael consiguió llevar el coche a ciento treinta durante la mayor parte del trayecto. Los dos estaban muy tensos y casi no hablaron. Pasaron por Stonehenge, apenas visible debido a la lluvia. Cerca de Sherborne comenzó a clarear. Llegaron a las proximidades de Higher Lewell justo después de las cinco y media. Seguía lloviendo.

Aparcaron a un lado del monasterio.

—¿No hay señales de nadie? —dijo Michael, girando en el asiento para examinar las ruinas—. Me pregunto si habremos llegado demasiado temprano o demasiado tarde.

—Ocultemos el coche —propuso Isobel—. Luego busquemos un sitio desde donde uno de nosotros pueda vigilar el monasterio mientras el otro trata de encontrar la baldosa.

Avanzaron con el coche un poco más. Medio kilómetro más allá de la aldea encontraron un granero algo apartado. Michael maniobró el vehículo hasta ocultarlo detrás del edificio. Al dueño del terreno probablemente no le haría mucha gracia, si se enteraba, pero al menos así el coche no podía verse desde la

carretera.

Regresaron a pie.

—¿Cuál es el plan? —dijo Michael.

—Uno de nosotros monta guardia, por si nos hemos adelantado a Molyneux. El otro busca la baldosa.

—De acuerdo. Búscala tú.

Llegaron a la entrada del monasterio, donde una de las escasas construcciones que había en pie era un solitario arco de piedra. Michael se ocultó allí, desde donde podía ver la carretera en ambas direcciones. La lluvia golpeaba contra los muros del monasterio, formando manchas de humedad del color del *whisky*. El viento formaba ondas en los charcos. Michael intentó aprovechar el escaso refugio del arco, pero en poco tiempo sintió las mejillas entumecidas por el agua helada. Miró su reloj. Llevaba casi quince minutos esperando. ¿Cuántas baldosas podría haber allí, por el amor de Dios…?

De pronto, oyó el motor de un coche.

Miró hacia el oeste, hacia el lugar de donde provenía el sonido. En la distancia pudo divisar una furgoneta azul oscuro que avanzaba hacia él. Dio media vuelta y corrió por el sendero que conducía al interior del monasterio, mientras gritaba ahogadamente:

—¡Isobel! ¡Un coche!

Se escondió en las ruinas de la nave. No había señales de Isobel.

Oyó que la furgoneta se acercaba. Luego se detuvo. Michael no podía verla, pero debía de estar muy cerca. ¿Lo habría visto Molyneux cuando había corrido a esconderse? ¿Habría decidido hacer a pie el resto del camino para pillarlos por sorpresa? ¿Acaso no era una motocicleta el vehículo que conducía? Michael tembló, no sólo de frío.

Oyó pasos. Éstos se detuvieron, y luego volvieron a empezar. Luego la puerta de la furgoneta se cerró con un golpe y el motor volvió a la vida. Sonaba muy fuerte. Momentos después, la furgoneta pasó a su lado y Michael pudo leer la frase «Productos lácteos Devon & Dorset» en un costado. Era el lechero.

Se relajó y sacó un puro. Estaba a punto de encenderlo cuando oyó más pisadas, esta vez mucho más cerca. Se tensó. Una voz dijo:

—¿Michael?

Era Isobel.

Dio un paso hacia adelante y miró a la izquierda. Ella estaba semioculta en un umbral y le hacía señas de que se acercara. Avanzó. Cuando se aproximaba,

ella desapareció detrás de la puerta y él la siguió a través de lo que una vez había sido el transepto septentrional del monasterio. Ella se detuvo, con la cabeza inclinada y la mirada posada en el suelo, delante de sus pies.

—Ahí —jadeó, señalando hacia abajo.

Michael miró.

—Tienes razón —dijo—. ¡Mierda! ¡Nos ha ganado por la mano!

El suelo del transepto estaba cubierto de baldosas, salvo un espacio del que poco antes alguien había sacado una. La tierra que estaba debajo seguía húmeda, y los rasguños en los bordes de las losas contiguas eran bien visibles.

—Eso era lo que nuestro monje estaba mirando.

—Y contenía una pista.

—Sí. Lo que fuera que estuviera tallado en la losa era una ayuda para interpretar la figura siguiente.

Los dos se quedaron bajo la lluvia, contemplando el suelo.

—Vino directamente hacia aquí —dijo Isobel.

—Sí. Jamás deberíamos haber dudado de ello. Nos enfrentamos a una mente muy meticulosa. Molyneux no se arriesga. Y se llevó la piedra, así como los folletos, para que no podamos seguirlo.

Regresaron en silencio al coche. La lluvia seguía repiqueteando contra el techo del granero, produciendo un ruido parecido al de una estampida de caballos.

Mientras sacaba el coche de detrás del granero, Michael dijo:

—Volvamos despacio a Londres. No sé tú, pero yo estoy agotado. Podemos desayunar en el camino y pensar en lo que haremos ahora. Todavía no es demasiado tarde para llamar a la policía, aunque me parece que podemos dejarlo hasta que veamos el daño que Molyneux hizo en mi casa.

—Pero ¿quién es Molyneux, por el amor de Dios? Me pregunto cuántos Molyneux hay en la guía telefónica.

—¿Qué sentido tiene? No sabemos si vive en Londres y, como tú misma has dicho, ni siquiera sabemos si ése es su verdadero nombre.

—Creo que leí en alguna parte que los criminales se delatan dando las mismas iniciales y el mismo nombre de pila, de modo que, si se topan con alguien que los conoce, esa otra persona no podrá delatarlos.

—Tal vez. Pero no sé de qué nos sirve eso.

—No, sólo estoy pensando en voz alta por si eso provoca alguna idea en tu cabeza. Si su nombre no es Molyneux, ¿por qué lo escogió? ¿No es un apellido

irlandés? Tal vez sea irlandés.

—Mmm… Es posible. Supongo que podríamos hacer algunas averiguaciones. Tal vez sirva de algo. Puedo volver a intentarlo en Sotheby's.

—Es tan frustrante no saber a qué clase de persona te enfrentas. Es como una guerrilla en una selva.

—Pero en la selva no hay beicon ni salchichas —dijo Michael, entrando en el aparcamiento de The Lamb, en Hindon—. Es la hora del desayuno.

Los dos estaban hambrientos y devoraron todo lo que les pusieron delante. Luego se sintieron mejor, pero sólo físicamente. Durante el resto del trayecto permanecieron callados. La lluvia estaba amainando, el día era más luminoso, pero parecía que la aventura había llegado a su fin. Isobel estaba pensando que debía regresar a la granja y no quería hacerlo. El ánimo de la velada anterior en Southwold, cuando se disponían a pasar la noche juntos, se había evaporado.

Michael conectó la radio del coche para ponerse al día con las noticias. Salvo por una sola cosa, no contaban nada nuevo: los titulares seguían centrándose en Beirut, Belfast y los burdeles. La excepción era el anuncio desde Los Ángeles de que la actriz Margaret Masson volvería a contraer matrimonio. En esta ocasión, el afortunado era el doctor Edward Whicker, un cirujano plástico. Se creía que la boda tendría lugar dentro de pocos días.

Michael vitoreó sin mucho entusiasmo. Había ganado quinientas libras.

—Equivale a cincuenta de mis puros favoritos —dijo, tratando de hacer una broma.

Isobel le dio un golpe en el hombro pero sin apenas ánimo. La buena noticia no hacía más que resaltar el fracaso que habían tenido.

Isobel acompañó a Michael hasta Justice Walk. Quería ver los daños que había infligido Molyneux. Había acertado. Todo estaba intacto, salvo por una ventana del sótano, en la que había un pequeño agujero que Molyneux había utilizado para entrar. Dentro de la casa lo único que estaba revuelto era el escritorio de Michael.

—Sabía que teníamos que encargar que limpiaran el cuadro —dijo Michael, contemplando las facturas de Helen que estaban dispersas por toda la habitación —. Si nos siguió el viernes y nos vio coger el tren, se dio cuenta de que tenía el campo libre aquí. Una vez que encontró las facturas, pudo deducir que alguno de nosotros se dirigía a ese sitio. Probablemente llegó al estudio de Helen pocas

horas después que nosotros y la dejó terminar el trabajo. Es más un reptil que un zorro, ¿eh? —Miró a Isobel—. Apuesto a que no habrá ninguna huella dactilar en la ventana del sótano y que él salió por la puerta. Ha revuelto mis papeles pero no falta nada, salvo una factura sin importancia. Tienes razón, no vale la pena acudir a la policía.

Isobel sacó su maleta del coche de alquiler y cogió un taxi hasta Montpelier Mews. Los dos estaban exhaustos y no quiso que Michael la llevara en su coche. Planearon dormir hasta que anocheciera; luego cenarían juntos y decidirían sus próximos pasos.

Después de que Isobel se marchó, Michael descubrió que la casa le parecía muy vacía. Recordó con melancolía el desayuno que ella le había preparado el viernes anterior. Compadeciéndose de sí mismo, se volcó en el único placer disponible. Encendió un cigarro y, a pesar de la hora, se sirvió un Laphroaig.

Con un puro en la mano y el *whisky* en la otra, se sentó junto al teléfono y escuchó los mensajes del contestador automático. Había llamado su madre. El coleccionista australiano había telefoneado desde Sydney y quería hablar sobre el Gainsborough. Ed McCrystal había llamado para felicitarlo por haber ganado la apuesta sobre Margaret Masson y añadía que había otra en ciernes; que, por favor, lo llamara tan pronto como pudiera. Y también había un mensaje de Julius Samuels. El retrato estaba listo, dijo. No había ningún escudo de armas en el cuadro, pero sí muchas joyas. Era una buena noticia. La mala era que su hija había tenido un bebé en Australia y él iba a tomarse seis semanas para visitar a su nieto. Era posible que se jubilara a su regreso.

Como la investigación sobre el *Paisaje con mentiras* parecía haberse truncado, la mente de Michael se concentró involuntariamente en otros asuntos profesionales. El Gainsborough, por ejemplo. Si el australiano había llamado desde Sydney, eso parecía indicar que tenía intención de efectuar la compra; una buena noticia. Y ahora que Julius Samuels había terminado de restaurar el retrato del siglo XIX, tal vez Michael podría identificar el rostro de la mujer que aparecía en él. Era una pena que no hubiera ningún escudo de armas, pero no se podía tener todo, y las joyas podrían servirle. Si lograba identificarla, el precio del cuadro aumentaría mucho; más buenas noticias.

Antes de acostarse llamó a Helen. No obtuvo respuesta. Estaría comiendo en alguna parte, pensó. Tratando de fingir que nada había ocurrido.

Se metió en la cama. Contempló el Cozens unos segundos. Mientras apagaba

lo que quedaba del cigarro, se le ocurrió que no había muchas probabilidades de que llegara a conocer mejor a Isobel Sadler. Sobre la relación entre ellos dos, lo más exacto era decir que no había ocurrido nada.

El timbre del teléfono lo despertó. Al principio se sintió desconcertado por la luz: no parecía matinal. Pero entonces lo recordó: no era por la mañana.

Buscó el auricular a tientas. Detestaba dormir por la tarde y cuando estaba de vacaciones siempre intentaba no hacerlo, por mucho que hubiera bebido durante el almuerzo. Despertarse cuando ya iba a anochecer era casi tan desagradable como acostarse a esa hora, como lo obligaban a hacer cuando era niño, justo en el momento en que sus padres se preparaban para recibir invitados.

—¿Grrr?

—¡Ah! Reconocería ese defecto de pronunciación en cualquier parte.

—Pareces muy alegre. ¿Qué hora es?

—Las siete y unos minutos.

—Grrr.

—Me encanta cuando dices guarrerías.

—Ojalá nadie esté escuchando esta conversación.

—¿Esto es lo que se considera una conversación en el mundo del arte?

—¿Has llamado por algún motivo? Sé que te pones autoritaria cuando vas en barca, pero…

—Quiero pedirte un favor.

—Grrr.

—Exacto. Michael, ¿podemos tomarnos una noche libre?

Él buscó un cigarro.

—He estado varios días en casa de mis anfitriones y casi no los he visto. Hoy me han invitado a cenar y debería aceptar. En realidad debería invitarlos yo a ellos. De lo contrario me marcharé sin compensarlos por la hospitalidad que me han brindado. No se pierde nada si tú y yo almorzamos mañana en lugar de vernos hoy. De todas maneras, no sabría qué sugerir que hagamos ahora… ¿Tú sí?

Michael se levantó de la cama y apoyó los pies en el suelo.

—Aún no estoy despierto. No lo sé. —No se atrevía a admitir que él tampoco tenía ninguna sugerencia. Quería ver a Isobel.

—¿Lo ves? Iré a la galería mañana a la hora del almuerzo.

Michael buscó las cerillas.

—Bueno. Tengo que ir a devolver el coche; los de la compañía de alquiler ya

deben de echarlo de menos. Y debería reparar la ventana del sótano.

—Como dijo tu amiga *lady* Bracknell, «una vida llena de incidentes».

—¡Grrr!

—¿Has llamado a Helen?

—No había nadie en la casa.

—Oh, vaya, ojalá se encuentre bien.

—Lo intentaré de nuevo tan pronto termine de hablar contigo.

—Te dejo, entonces. Nos vemos mañana, cerca de la una.

Michael colgó sintiendo una soledad inexplicable. Isobel parecía tan condenadamente alegre. ¿Habría algún hombre del que ella no le había hablado? Pensar en ello no hizo más que entristecerlo.

Encendió un puro y le dio una calada, reflexionando sobre el Cozens mientras fumaba. Por lo general, eso lo calmaba, pero esta vez no. Era uno de los cuadros que Helen había restaurado. La factura estaba abajo, en una pila, una de las que Molyneux no había robado.

Marcó el número de Helen. Esta vez, para su alivio, ella contestó de inmediato.

—¿Helen? Michael Whiting.

—Oh, eres tú. Perfecto. ¿Cómo ha ido?

Michael se lo contó.

—De modo que no habéis avanzado nada. Oh, Michael, lo lamento muchísimo. Siento que todo ha sido por mi culpa…

—Venga, Helen, no debes sentirte así. No ha sido por tu culpa, de ninguna manera. Si ha de culparse a alguien, es a mí. Subestimé a Molyneux. Sabía que era astuto y que podía ser violento. Sabía que había entrado en casa de Isobel y debería haber adivinado que haría lo mismo en la tuya. Pero no lo hice.

—Tú… ¿seguirás dándome trabajo? —preguntó Helen con tanta timidez que Michael se dio cuenta de lo importantes que eran sus encargos para ella.

—Desde luego. Claro que sí. De hecho, esta tarde me he enterado de que Julius ha vuelto a ser abuelo. En breve va a marcharse a Oz para visitar a su nuevo nieto. De modo que tendré que mandarte más cosas. No te preocupes por este asunto de Molyneux. No cambia en nada nuestra relación profesional. De todas maneras, la próxima vez que vengas a la ciudad, no sería mala idea que te dieras una vuelta por la galería y echaras un vistazo al retrato que Julius acaba de limpiar. Así verás el barniz que él ha utilizado. Me gusta cómo lo hace, y a los clientes también. Si tú puedes hacer lo mismo, estaré satisfecho.

—Bien. Iré tan pronto como pueda. Jamás has tenido problemas con Julius, ¿verdad? En cambio, conmigo sí.

—No seas tan dura contigo misma, Helen. De hecho, el cuadro del que te hablo tampoco fue una tarea fácil. Julius encontró un retrato victoriano de una mujer que habían retocado para que pareciera una beata y esperábamos que hubiera un escudo de armas o algún estandarte que nos ayudara a identificarla. Pero no hemos tenido suerte. No hay nada de heráldica, a menos que las joyas que ella lleva sean una pista. Pero esa investigación es tarea mía, no de Julius. —Cambió de tema—: ¿Estás segura de que te encuentras bien? ¿No te duele nada? ¿Ya has ordenado el estudio? Te llamé a la hora de almorzar pero no estabas.

—Sí, todo está arreglado. No te preocupes. Molyneux no ha regresado. Antes he tenido que ir a entregar un cuadro al museo de Ipswich, lo que me llevó un par de horas. Relájate, Michael. Me encuentro bien. Ya me siento más tranquila, este asunto no me ha afectado tanto. No dejes de mandarme trabajo. —Rio como para restarle importancia.

Michael colgó y se vistió.

El resto de la velada fue de las más tediosas de su vida. Primero se ocupó de la ventana del sótano. Lo mejor que pudo hacer, en esas circunstancias, fue sujetar al marco un cartón de un tamaño similar al del cristal. Si no se lo examinaba de cerca, podía disuadir a futuros ladrones.

Devolver el coche en una agencia donde no lo esperaban no resultó nada fácil ni barato. De hecho, si hubiese dispuesto de más tiempo, habría sido menos exorbitante conducirlo hasta Cambridge y regresar en tren, en primera clase.

Su ánimo no mejoró cuando volvió a su casa poco después de las diez y encontró un mensaje de Isobel en el contestador automático: «Son las ocho y media y estamos en un restaurante cerca de… ¿Dónde estamos?… Oh, sí, en Chelsea Wharf. Mis anfitriones dicen que les gustaría conocerte y si hubieras estado en tu casa podrías haber venido a cenar con nosotros. Pero has salido, una pena. Probablemente digas “grrr” cuando oigas esto… lo lamento. Hasta mañana».

Michael no dijo «grrr». Dijo otra cosa. Luego entró en la cocina, cogió una barra de chocolate de la nevera y una botella de Tormore de la alacena. Seleccionó un Montecristo número dos y una vieja película en blanco y negro de Rita Hayworth. Puso la película, se quitó los zapatos, se sirvió un *whisky* y partió un pedacito de chocolate. Mojó el chocolate en el *whisky* y se lo deslizó en la lengua. Se tumbó en el sofá, encendió el Montecristo y procedió a

emborracharse gloriosa y metódicamente.

NUEVE

Como solía ocurrirle cada vez que bebía demasiado, Michael se despertó muy temprano al día siguiente. La noche anterior se había quedado dormido delante del vídeo, se había despertado, se había arrastrado hasta la planta superior y se había desplomado sobre la cama sin correr las cortinas. De modo que a partir de las seis y media, la luz del sol había inundado la habitación.

Se vistió, comió un pomelo bastante ajado, se preparó unos huevos y se sentó a leer el periódico. A las ocho menos cuarto, deseando hacer algo, se lavó la cara, se puso la chaqueta y salió a King's Road en busca de un taxi. Sólo podía haber una persona despierta a esa hora de la mañana en todo el mundo del arte: Julius Samuels.

Michael caminó por Dover Street; el pavimento brillaba por la lluvia de la víspera. Los charcos le recordaron el feliz domingo que había pasado en los Broads. ¡Tenía unas ganas de ahogar a Molyneux…! Subió la escalera que daba al estudio de Samuels. El anciano ya estaba allí, con su paleta, su bata blanca y su cigarro.

—¿Has venido a desayunar? —Julius estaba sirviéndose el primer *whisky* del día.

Michael hizo una mueca de desagrado, pero sabía que no podía negarse.

—En realidad, he venido a visitar a una dama —dijo, aceptando el vaso que le ofrecía.

—Detrás de ti —respondió el anciano—. Y es una belleza, si quieres mi opinión.

Michael se volvió. Sí que era hermosa. La pelirroja melena, ahora revelada en su totalidad, era muy abundante, resplandeciente como pelo de zorro, y llegaba a los pechos de la mujer. Éstos también habían sido pintados con mucho amor, en tonos crema, con una insinuación de miel. El escote era ahora una figura de barniz azulado, tan tenue que daban ganas de tocarlo. El canesú, de color carmesí y atravesado por una fina línea dorada, parecía de moaré. La forma en que el vestido se pegaba a la piel de la mujer sugería una sensualidad manifiesta. Sin embargo, la expresión del rostro era reservada, aunque con un

gesto irónico en la boca, lo que daba a entender que aquella dama era plenamente consciente de sus encantos, de su poder de perturbar a los hombres. A Michael esa serie de paradojas le resultaba muy erótica y de inmediato se sintió atraído por la mujer del cuadro. Eso era importante: significaba que dedicaría la energía que hiciera falta a investigar de quién se trataba. Y el trabajo de Julius ponía de manifiesto que era una persona conocida. El rostro delataba más que personalidad; rezumaba atractivo sexual. Con razón los victorianos habían querido cubrirla.

Michael se volvió y levantó su vaso en un brindis en honor del viejo restaurador.

—No era ninguna santa, Jules. Gracias a Dios tú te diste cuenta de lo que había debajo. Será divertido averiguar quién era.

Samuels dejó su vaso en una repisa.

—No había ningún escudo de armas, de modo que no te resultará fácil. Pero mira lo que sostiene entre el índice y el pulgar. Tal vez te sea de ayuda.

Michael estudió el objeto que la mujer tenía en la mano. Parecía una pequeña torre.

—¿Qué es? —preguntó.

—A mí me parece una pieza de ajedrez —dijo Julius—. Una torre.

—¿Jugaba al ajedrez?

—Es posible. Peculiar, ¿no? Y no lleva anillo de casada, pero sí un gran brazalete de esmeraldas.

Michael examinó la joya. Era de oro, con seis incrustaciones que parecían esmeraldas del tamaño de aceitunas. Samuels podría estar en lo cierto. Algunas familias antiguas se identificaban con piedras preciosas. Tendría que investigarlo en el Colegio de Armas.

Se acercó a Julius para mirar el cuadro que el anciano había colocado sobre el caballete. Era un gran Canaletto, puesto de lado. Pocas personas veían los cuadros de esa manera, pero para un restaurador muchas veces era necesario colocar un cuadro de lado, o incluso al revés, puesto que de esa manera era más sencillo trabajar con una parte del cielo o con el techo de una construcción.

—Muy bonito —dijo Michael, bebió un sorbo de *whisky* y miró el cuadro. La etiqueta dictaminaba que no podía preguntar a quién pertenecía. Pero sí podía hacerse una idea de qué marchante había encargado la restauración. A veces era bueno saber quién poseía qué. Canaletto había trabajado mucho en Inglaterra, de modo que Michael tenía que saber algo al respecto.

Se quedó un rato observando trabajar al anciano. De vez en cuando, Julius paraba y apuntaba lo que estaba haciendo en su cuaderno, o hacía un dibujo diminuto. Michael lo miró mientras dibujaba unos bocetos muy pequeños de chimeneas.

—Las taparon —explicó el restaurador—. A alguien del siglo XIX no le gustaba la línea de edificación de este cuadro con las chimeneas, e hizo que las cubrieran. Yo las he recuperado quitando el cielo que le habían pintado encima, y luego las retoqué un poco. Estos bocetos sirven para que cualquiera sepa lo que he hecho.

—¿A quién te apetece más restaurar? —preguntó Michael, como siempre admirado por el comentario despreocupado que había hecho Julius de su magnífico talento.

—Los venecianos son los más difíciles. Mezclaban la pintura directamente en el lienzo, a diferencia de los florentinos, que lo hacían en la paleta y luego aplicaban la mezcla con un pincel. De modo que cuesta mucho recrear el color y la textura de los venecianos. Mi primer gran amor fue Reynolds. Él preparaba tan mal algunos de sus colores que muchos de ellos, en especial los tonos de la piel, se han desteñido. —Miró a Michael y le guiñó un ojo—. He puesto más carmín en los retratos de Reynolds que *whiskys* he bebido. ¿Quieres otro?

Michael le palmeó el hombro.

—No, gracias, Jules. Me llevaré el cuadro, si es posible. ¿Me enviarás la cuenta?

Samuels asintió. No habría regateos ni negociaciones. Él era el mejor y tenía un precio preestablecido; o le pagaban lo que él pedía, o no hacía el trabajo. A Michael le hacía un descuento porque él le pagaba en *whisky* y porque era un cliente habitual. Pero no era un descuento muy cuantioso.

Ya en la calle, Michael se dio cuenta de que estaba sonriendo. Cada encuentro con Julius le insuflaba alegría. El cuadro era fácil de transportar pero no caminó demasiado rápido. No eran más de las ocho y media y no quería chocar con nada ni con nadie mientras llevara el retrato bajo el brazo: se dañaría con mucha facilidad.

Después de girar por Duke Street, se paró a mirar la galería Myer. Estaba especializada en pintura italiana y había un Bellotto en el escaparate. Michael lo contempló. En algunos aspectos, pensaba él, Bellotto, el sobrino de Canaletto, era mejor que el maestro. Se le ocurrió que el Canaletto que el viejo Julius estaba

restaurando podría provenir de esa galería.

Giró hacia la plazoleta de Mason's Yard, entró en su galería y llevó a su despacho a la mujer del escote. Era asombroso, pero el *whisky* de Julius le había levantado el ánimo. Michael encendió un cigarro y contempló el cuadro. Era importante examinar bien los cuadros. Muchos marchantes estaban demasiado ocupados para detenerse a mirar los objetos que tenían a su cargo. En ese cuadro en particular había algo que no encajaba…

A las nueve aún no había llegado a ninguna conclusión. De pronto se sintió hambriento y salió de nuevo a la calle para volver a desayunar en Fortnum and Mason. El arenque ahumado lo retuvo hasta casi las diez, después de lo cual dio un paseo por Piccadilly, cruzó Leicester Square y entró en la National Portrait Gallery. Le interesaba la galería principal, no el archivo. Allí los cuadros estaban dispuestos en orden cronológico, lo que le resultaba conveniente para su investigación. Los retratos más antiguos estaban en la última planta y los recientes más abajo.

Encontró lo que buscaba —los cuadros del período de la Regencia del príncipe de Gales, que abarcaba desde fines del siglo XVIII hasta principios del XIX— y examinó los retratos uno por uno. Localizó a Emma Hamilton, la amante de Nelson, y a diversos poetas y escritores de su época. Y también estaban algunas grandes mujeres, como María Edgeworth, las hermanas Gunning y la condesa de Sutherland. Michael se concentró en las joyas y en cualquier cosa que llevaran en las manos. Trataba de hallar alguna similitud con la mujer que el viejo Julius había revelado, pero los retratos no le proporcionaron ninguna pista concluyente para sus propósitos.

Salió de la galería y paró un taxi para ir a Portman Square. Una vez allí, entró en un edificio que había en el lado norte de la plaza. Era la Biblioteca Witt, con sus innumerables salas repletas de fotografías almacenadas en cajas de archivos de color verde. Los archivos contenían reproducciones de cuadros y estaban ordenados alfabéticamente por escuelas. A cada pintor le correspondía una caja como mínimo, y los más famosos tenían varias a su nombre. Michael subió a la primera planta, donde se guardaban las escuelas inglesas. No estaba seguro de lo que buscaba pero con frecuencia ésa era la mejor manera de encontrarlo. Tenía que empezar en alguna parte, de modo que cogió una caja que decía: «Sir Thomas Lawrence: Retratos, Mujeres solteras».

Pasó toda la mañana en la Biblioteca Witt, revisando caja tras caja obras de

Hudson y Reynolds, Ramsay y Gainsborough, Cotes y Romney, Fuseli y Etty. A las 12.30, cuando ya era hora de encontrarse con Isobel para almorzar, se sentía cansado y con ganas de fumar. Pero comenzaba a hacerse una idea de quién había pintado el cuadro de la mujer del escote. Todavía le faltaba saber quién era ella.

Isobel ya estaba en su despacho cuando él llegó. Tenía un aspecto espectacular, con un jersey color mostaza y unos pantalones verde oscuro. Michael le besó la mejilla y se dio cuenta de que ella tenía una maleta junto a la puerta.

—¿Vuelves a la granja?

Isobel se apartó el pelo de la cara.

—Sí, pero no me doy por vencida. Esta mañana he ido a Sotheby's, a tratar de averiguar quién compró los documentos.

Michael dio un paso hacia atrás y se la quedó mirando.

—Hace falta coraje para intentar algo así.

Isobel sonrió, pero con tristeza.

—Pero no he tenido suerte. No han querido ayudarme. ¿No conoces a nadie allí a quien podamos sobornar?

Michael negó con la cabeza.

—Son muy reservados en ese aspecto; no quieren que los marchantes les roben clientes. Además, Molyneux pudo haber pagado en metálico y con un nombre falso. Fue un buen intento, de todas maneras. Impresionante.

Hizo salir a Isobel de la galería para ir a almorzar. En esta ocasión no fueron a Keating's, sino a Wilton, en Jermyn Street. Allí el servicio era de una lentitud exquisita y Michael quería prolongar al máximo ese encuentro con Isobel. No estaba seguro pero podría ser el último.

—Detesto darme por vencida —dijo ella después de pedir la comida—. Yo no soy así.

—No tenías ninguna sugerencia anoche. ¿Hoy sí?

Ella ladeó la cabeza para que el cabello le cayera hacia atrás.

—Supongo que podríamos ir con el coche a Dorset y dar unas vueltas, por si nos topamos con él.

—Dorset es muy grande… y en cualquier caso no sabemos si el resto de las pistas tienen que ver con esa zona. Cross era de origen francés. Es posible que el rastro llegue hasta ese país.

—Mmm… Tienes razón.

Se quedaron en silencio durante un momento.

—¿Y la conexión irlandesa? —dijo Isobel.

—No sabemos si existe o no. No podemos llamar a todas las galerías de arte y preguntar si tienen a alguien llamado Molyneux entre el personal.

—¡Pero tampoco podemos rendirnos tan fácilmente!

De todas maneras, por mucho que lo intentaron, después de los espárragos, del lenguado a la plancha y de las frambuesas, seguían sin nuevas ideas.

—Tal vez tuvieras razón —dijo Isobel mientras devoraba los frutos rojos y se deslizaba la última cucharada de nata en la boca—. Tal vez deberíamos haber acudido a la policía. Tal vez aún podamos hacerlo.

Michael negó con la cabeza.

—Es demasiado tarde. Helen ha ordenado su estudio y ha recuperado su vida normal. También yo. Casi. Se consideraría muy extraño, incluso sospechoso, si acudiésemos a la policía ahora. No sabemos más de Molyneux que hace unos días, y si el cuadro apareciera, por ejemplo, en una tienda de antigüedades, eso seguramente significaría que ya no le sirve de nada. Es decir, que ha encontrado los tesoros. Me temo —concluyó, haciéndole al camarero una señal para que les trajera el café— que hemos sido derrotados. Quizá nos convenga hacernos a la idea. —Sonrió.

Isobel seguía desanimada.

—¿Crees que alguna vez sabremos si Molyneux ha encontrado lo que los monjes escondieron?

—No quiero pensar en ello.

Isobel golpeó la mesa con los puños.

—¡Por Dios, qué frustrante!

Michael no respondió, sino que examinó la cuenta que había traído el camarero. Pagó con un talón, mientras reflexionaba sobre el tema que más le interesaba discutir con Isobel: cuándo podrían volver a verse. Percibió que tal vez ése no era el mejor momento para hablar de ello. Isobel estaba muy tensa. Quizá podría mencionarlo en el despacho, justo antes de darle el beso de despedida.

Salieron del restaurante y regresaron andando a Mason’s Yard. Los charcos que la lluvia del día anterior había dejado en el pavimento prácticamente habían desaparecido. Los recuerdos de Michael de su día en los Broads también comenzaban a evaporarse.

Entraron en la galería y subieron por la escalera hasta el despacho de

Michael. Él levantó la maleta de Isobel, con la intención de ayudarla, pero al hacerlo vio un papel que asomaba debajo del teléfono.

—Mira —dijo, depositando la maleta en el suelo y pasándole la nota a Isobel.

Ella lo cogió. Decía: «Llamar a Helen Sparrow. Urgente».

Michael marcó el número de Helen en el teléfono. Durante un momento que pareció durar siglos, le resultó imposible obtener línea.

—Oh, Dios, por favor, no —dijo Isobel, en un tono casi inaudible.

Por fin oyeron que el teléfono de Helen sonaba una, dos, tres veces. Helen atendió al cuarto tono.

—Helen, soy Michael, desde Londres. ¿Qué ocurre?

—Michael… Bien. Mira, Michael, se me ha ocurrido una idea. Todavía me siento terriblemente culpable de que robaran tu cuadro en mi estudio. Anoche, cuando hablabas del cuadro que Julius limpió para ti, mencionaste algo que me hizo pensar. Dijiste que esperabas encontrar un escudo de armas, pero que no había habido suerte. Eso me recordó algo y hoy hice una prueba. Hay un famoso priorato entre este pueblo e Ipswich, con una maravillosa torre de entrada. Es el priorato de Butley. Acudí allí esta mañana; quería comprobar mi idea antes de llamarte.

Michael miró a Isobel y meneó la cabeza en silencio. No sabía de qué hablaba Helen pero era de suponer que no tardaría en llegar al grano.

—La torre tiene muchas piedras talladas. En una época fue parte de un priorato agustino fundado por uno de los que acompañaron a Ricardo Corazón de León en las cruzadas. Tiene las armas de Inglaterra talladas en piedra y las tres coronas de East Anglia, la Pasión y el Sacro Imperio Romano…

—Helen…

—Pero debajo de todo eso, también talladas en piedra, se encuentran las armas de todas las grandes familias de la región, los Staverton, los Suffolk, los Hadleigh. Michael, tú no viste el cuadro limpio, pero yo sí. Aunque el dibujo de la losa era borroso, estoy convencida de que era un escudo de armas. Quizá estuviera dividido en cuartos. Trato de ayudarte, Michael. El dibujo o motivo que estás buscando es un escudo de armas.

Michael frunció el ceño. Lo conmovía que Helen se hubiera esforzado tanto para colaborar pero, por el momento, no sabía de qué manera podría ayudarlos eso a avanzar en la investigación.

—Genial, Helen. —Trató de parecer lo más entusiasmado posible—. Eso

podría servirnos, en serio. Déjame comentárselo a Isobel. Ha sido muy considerado de tu parte, Helen. Muchas gracias. —Colgó y le contó la conversación a Isobel.

A ella, como a Michael, también le pareció conmovedor que Helen recorriera tantos kilómetros para comprobar su corazonada.

—Gracias a Dios que no llamó para decir que Molyneux había regresado. Supongo que tiene sentido lo que te ha dicho. Un escudo de armas nos llevaría a otra familia, a otra ubicación. —Se mordió el labio—. Una ubicación en la que, sin duda alguna, el condenado señor Molyneux está en este mismo momento desenterrando lo que nos pertenece por derecho.

Ambos se quedaron en silencio durante unos segundos. Luego Isobel miró su reloj.

—Casi las tres y media. Será mejor que me vaya, supongo, si es que quiero coger el tren de las cuatro y diecisiete. —Se acercó hacia la maleta.

Michael todavía no había planteado el tema que más le interesaba. Tendría que hacerlo en ese mismo momento.

—Isobel…

—¡Michael! —gritó ella de pronto. Ya había levantado la maleta, pero volvió a dejarla en el suelo—. Michael, ¿tú crees que Molyneux sabe mucho de heráldica?

—No tengo ni idea. ¿Por qué?

—¿Cómo averiguará de quién es el escudo de armas?

—¿Quieres decir si no lo reconoce por su cuenta? Con libros, supongo, o en el Colegio de Armas.

—¿Cuántos colegios de armas hay?

—Uno, creo.

—¿En Londres?

—Sí, en Queen Victoria Street, en el centro. ¿Por qué?

—¿Recuerdas cuando estaba en la National Portrait Gallery y encargué una fotocopia del retrato de Philip Cross? —dijo Isobel en voz baja—. ¿Y la chica me preguntó si había alguna exposición sobre él, puesto que yo era la segunda persona que hacía la misma petición en pocos días? Nuestro camino se cruzó con el de Molyneux. Lo mismo podría ocurrir en el Colegio de Armas. Si hay uno solo, y Molyneux no es un experto, tendrá que dirigirse allí. Podríamos cruzarnos en su camino, por decirlo de alguna manera. ¿Por que no vamos ahora mismo al Colegio de Armas y le preguntamos a los que trabajan allí si alguien

como Molyneux ha estado haciendo averiguaciones y, en ese caso, sobre qué?

Michael contempló a Isobel y sonrió.

—Brillante. Definitivo, demonios. Tal vez sea necesario sobornar a alguien. —Se palmeó la cartera, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta—. Pero a fin de cuentas sólo se trata de dinero. Vamos.

No les costó mucho encontrar un taxi en el hotel Cavendish pero, para su frustración, se quedaron atascados en el tráfico de Trafalgar Square.

—¿A qué hora cierra el colegio? —preguntó Isobel.

Michael negó con la cabeza.

—No tengo la menor idea, pero por lo general esta clase de instituciones cierran temprano. A las cinco o a las cinco y media, supongo. Ahora bien, ¿qué excusa vamos a inventar?

Isobel estaba rebuscando en su bolso. Sacó un peine y un espejo y se arregló el pelo. Se pintó los labios y se maquilló la cara. Se echó más perfume. Cuando vio que Michael la miraba, sonrió.

—Quizá esta pintura de guerra nos sea de ayuda.

Llegaron a Queen Victoria Street justo después de las cuatro y cuarto. Subieron por la escalinata del Colegio de Armas, donde un cartel anunciaba que estaba abierto hasta las cinco y media. Había un guardarropa y un guardia de seguridad le indicó a Isobel que debía depositar su bolso allí. Firmaron en el registro de entrada y los mandaron a la biblioteca, una sala grande circundada por una galería.

—Pon cara de determinación —susurró Isobel, poniéndose al mando—. Coge un libro y finge que lo lees. Tanteemos el terreno. —De pronto se había vuelto tan eficiente y autoritaria como en la barca.

Michael obedeció y los dos se sentaron frente a frente ante una lustrosa mesa de pino y fingieron consultar varios libros. Pasaron quince minutos. Isobel se levantó una o dos veces, con la aparente intención de buscar más libros, pero en realidad aprovechaba la oportunidad para recorrer la sala. Después de un rato, volvió y susurró:

—Parece que hay dos bibliotecarios, una mujer y un hombre. Dame tu cartera. —Michael la miró y ella exclamó en voz baja—: ¡Dame tu cartera!

Él la deslizó hacia el otro lado de la mesa.

—¿Qué llevas dentro?

—Tres sellos postales, dos entradas para la ópera, mi carnet de la Biblioteca de Londres, tres tarjetas de crédito… ah, sí, y también unas doscientas libras.

—Bien. Ojalá no lo necesitemos todo. Ahora, la próxima vez que el bibliotecario se aleje del mostrador de préstamos para devolver algún libro a los anaqueles, acércate a la mujer y ponte a hablar con ella. No importa de qué, sólo hazlo, y que dure lo suficiente para que yo pueda arrinconar al hombre. ¿Entendido?

Michael le hizo una venia burlona.

Sin embargo, los bibliotecarios no cumplieron con su parte. El hombre y la mujer se quedaron sentados en el mostrador principal, hablando entre sí con susurros. Pasaron diez, quince, veinte minutos, e Isobel seguía sin poder llevar a la práctica lo que fuera que se le había ocurrido.

—Necesitamos otro plan —dijo Michael cuando faltaba poco para las cinco —. Nos queda sólo media hora.

Justo en ese momento, el bibliotecario se levantó y se dirigió a un sector donde había unas cajas muy grandes y pesadas. Michael empujó la silla hacia atrás, se puso de pie y se acercó al mostrador de préstamos.

—Me pregunto si podría usted ayudarme —le dijo a la mujer del mostrador —. Soy marchante de arte y estoy trabajando con un cuadro en el que aparecen unas joyas bastante peculiares. Creo que son esmeraldas. Necesito identificar a la mujer que las lleva. ¿Sabe si hay algún escudo de armas con joyas? Soy muy ignorante en estas cosas.

Mientras hablaba vio que Isobel también se había levantado de la mesa y se había acercado al bibliotecario que estaba junto a los anaqueles del fondo de la sala. Eso fue todo lo que alcanzó a ver antes de que la mujer lo llevara a otro sector de la biblioteca donde, por cierto, había muchos libros sobre joyas y heráldica. Él le pidió que, por favor, le explicara cómo estaban organizados y ella lo hizo de muy buen grado.

Después de que la mujer hubo regresado al mostrador principal, Michael, aliviado al ver que Isobel seguía en animada conversación con el bibliotecario, se concentró en los libros que tenía delante. Encontró muchos sobre esmeraldas y, aunque trató de no apartar la vista de Isobel, no tardó en descubrir que las verdes piedras preciosas estaban muy relacionadas con tres familias de Gran Bretaña: los Berner de Chester, los Dutton de Ripon y los Haskell de Henley-in-Arden. Al menos mataría dos pájaros de un solo tiro, pensó. Tal vez el brazalete de esmeraldas del retrato que había limpiado el viejo Julius significaba que la mujer pertenecía a alguna de esas tres familias. Valía la pena investigarlo. Estaba a punto de buscar material sobre ajedrez y heráldica cuando notó que, desde el

otro lado de la sala, Isobel lo miraba fijamente. Se acercó y se sentó frente a ella.

Isobel parecía muy nerviosa.

—Ese maldito gusano no ha querido ayudarme.

—¿Qué quieres decir?

—Le dije que trabajaba para un periódico. Le pregunté si algún hombre alto de pelo gris había estado por aquí haciendo averiguaciones sobre alguna familia en particular. Le dije que pensábamos que ese hombre trataba de hacerse pasar por el único heredero de esa familia y que por eso intentaba averiguar todo lo que pudiera sobre ellos. Y que el diario estaba convencido de que era un fraude.

—¿Y?

—Se negó a darme información. Le ofrecí cincuenta libras, pero no sirvió de nada. Odia a los periodistas. Un gusano.

—¿Cuáles fueron sus palabras, exactamente?

—Dijo que no había estado nadie aquí que pudiera ser un estafador. Que conocía a todos los que habían venido.

—¿De modo que eso es lo que dijo? —Michael recorrió la biblioteca con la mirada. Sacó su cuaderno y arrancó una hoja—. No nos queda mucho tiempo, van a cerrar. Sígueme hacia la salida y, cuando te den el bolso en el guardarropa, monta el número. Deja caer al suelo todo lo que hay dentro, o el paraguas, o lo que sea…

—No lo entiendo. No llevo ningún paraguas, tonto…

—¡Isobel! Ya casi son las cinco y media. Te lo explicaré después. Por favor, hazlo.

Para evitar más discusiones, Michael volvió a ponerse de pie. Ella lo siguió hacia la salida de la biblioteca.

En el pasillo, un guardia se había colocado junto al guardarropa para impedir que entrara más gente. Cuando vio a Isobel, se adelantó, cogió el recibo y entró en el guardarropa para buscar su bolso. Michael le hizo gestos de que siguiera adelante. Abrió las manos para recordarle que arrojara el contenido al suelo.

Isobel entró en el guardarropa.

—Sí, ése es el mío —dijo cuando el guardia se acercó a ella—. Déjeme ver si tengo la pluma. —Cogió el bolso, lo abrió y metió la mano mientras sonreía. En ese momento le dio media vuelta con mucha destreza, para que quedara boca abajo, y todo lo que había dentro cayó a los pies del vigilante. Artículos de maquillaje, monedas, pedacitos de papel y caramelos dispersos por todas partes. Los dos se agacharon para recogerlos, mientras Isobel se deshacía en disculpas.

Incluso después de que todo estuvo de vuelta en el bolso, se entretuvo buscando la pluma. Por fin, fingió encontrarla en un compartimento exterior del bolso, que estaba cerrado con cremallera. Volvió a sonreírle al guardia, le dio las gracias, y salió del guardarropa. Michael no estaba.

Salió a la calle. Él la esperaba unos cincuenta metros más abajo, en Queen Victoria Street, delante del puente de Blackfriars. Había encendido un puro. Se acercó a ella.

—Autoritaria en los barcos, alocada en las bibliotecas… Todo un carácter, inspectora Sadler…

Pero antes de que pudiera continuar, Isobel le quitó el cigarro de la boca.

—Te lo devolveré cuando me digas qué intentabas hacer allí. Deja de hablar como un condenado anuncio publicitario y explícate.

Él sonrió.

—Estaba copiando los nombres de todas las personas que se registraron el lunes. Todos los hombres.

Ella lo miró.

—El bibliotecario con quien hablaste te dijo que conocía a todas las personas que habían venido aquí. Si Molyneux vino, lo conocía, y eso significa dos cosas. Una, que tienen relación con el mundo de la heráldica, o de la historia, que es alguien que de vez en cuando hace investigaciones en esta biblioteca.

—¿Y…?

—Y dos, que, como es conocido, tuvo que usar su verdadero nombre. —Le arrebató el cigarro a Isobel. El tráfico de la hora punta era tan intenso que tuvo que levantar la voz para que ella lo oyera—. Nueve personas consultaron en la biblioteca el lunes; seis eran hombres, posiblemente siete, porque una persona firmó solamente con las iniciales. —Agitó la hoja de papel delante de ella—. Aquí están todos los nombres. Hoy ya es tarde, pero mañana podemos empezar a telefonear a los marchantes y al personal de los museos que conozco y averiguar si alguno de esos nombres significa algo para ellos, si pertenece a un hombre alto y de pelo gris que en los últimos tiempos cojea. —La miró con una sonrisa —. ¿Quién es el tonto ahora…?

El primer lugar donde, a la mañana siguiente, Michael trató de encontrar información, fue el *Who's Who*. La Biblioteca de Londres abría a las nueve y media y él e Isobel llegaron exactamente a esa hora. Ninguno de los siete

nombres arrojó resultados. Luego lo intentó con amigos y excolegas en las casas de subastas. Nada. Telefoneó a los marchantes que conocía y que trabajaban en las áreas que podían ser relevantes: libros de anticuarios, armas y armaduras, miniaturas, joyas. Uno de los marchantes de vidrieras creyó recordar vagamente el nombre de uno de ellos, George Grainger, pero, por desgracia, no pudo ser más concreto.

Las horas transcurrían. En lugar de almorzar, revisaron las guías telefónicas de Londres. Encontraron tres de los cuatro nombres. Ninguna de las direcciones les decía mucho y dos de esas personas atendieron cuando Isobel las llamó. Se dio cuenta por las voces de que ninguno de los dos hombres era Molyneux.

—Nos lleva dos días de ventaja —exclamó Michael como para sí—. Casi tres.

—Estamos muy cerca. ¿No hay algún otro lugar que podamos investigar?

Michael llamó a un vendedor de libros antiguos con quien ya lo había intentado antes y le pidió que le sugiriera nombres de colegas en la región del West Country. Lo remitió a una librería de Bath. Pero ninguno de los nombres les sonó familiar a los de Bath.

Eran casi las cuatro de la tarde. Isobel daba vueltas por el pequeño despacho de Michael, impacientándose cada vez más. Él volvió a intentarlo con una galería de Lower Sloane Street que, según recordaba, en una ocasión había organizado una muestra de heráldica y banderas navales. La galería vendía mapas con escudos de armas. No, ninguno de los nombres les decía nada.

Las cuatro y media. Isobel se había sentado y ahora era Michael quien daba vueltas por la habitación. Se detuvo delante de los libros sobre Holbein.

—Un momento —dijo—. ¿Recuerdas que la Orden de San Miguel estaba justo delante de nuestros ojos? —Golpeó el lomo de un libro—. Dentro de este mismo volumen.

Isobel lo miró desde el otro lado del escritorio.

—Ven conmigo. —Bajaron la escalera y salieron de la galería. Caminaron hasta el extremo de Mason’s Yard, donde Michael señaló un punto en Duke Street—. Mira.

—Es una librería.

—Pero no cualquier librería —dijo Michael—. Es Oliver Quartermain, la librería del mundo del arte. En ella hay montones de libros carísimos en todos los idiomas, libros de los que tan sólo existen cuarenta y nueve ejemplares, libros tan académicos que te quedarías dormida antes de abrirlos.

—¿Entonces?

—Tienen una sección sobre vidrieras. ¿Recuerdas aquel nombre que le sonó familiar al marchante de vidrieras, Grainger? Tal vez fuera un cliente, o también podría ser un experto que haya escrito algo sobre ese tema. Averigüémoslo.

Cruzaron la calle y entraron en la tienda. Allí conocían a Michael, y les permitieron hojear los libros. Los que trataban sobre vitrales se encontraban en uno de los sectores más pequeños, en el fondo y arriba. Michael extendió la mano y pasó los dedos por los lomos de los libros. Estaban en orden alfabético: Barbier, Broglie, Chadwick, Fleming, Fouquet, Friedrich, Goody, ¡Grainger! Se puso de puntillas y rápidamente bajó el libro. Su título era *Luz del norte. Vidrieras de las Islas Británicas*. Michael buscó la foto del autor en la solapa.

—¡Es él! —Isobel miró la fotografía, un pequeño rectángulo en blanco y negro. El cabello plateado, la mandíbula angulosa, los pliegues en las mejillas, la mirada recelosa.

—Qué extraño —dijo Michael—. Me da la impresión de que esta fotografía se tomó en Oxford o Cambridge… Puede verse un patio interior de estilo antiguo detrás de él. Sin embargo, aquí dice que es profesor adjunto en estudios medievales en el Real Instituto de Historia, aquí en Londres.

—Bueno, cambió de trabajo. Mucha gente lo hace.

—Es un estudioso. Deberíamos habernos dado cuenta antes. Al menos, yo. Tenías razón. Me he portado como un tonto. —Michael buscó la cartera en su bolsillo—. Será mejor que compremos el libro. Tal vez nos diga algo sobre este hombre. —Pagó y ambos salieron a la calle.

Michael pasó algunas páginas pero el libro era muy académico, incluso técnico, y revelaba muy poco de su autor.

—Al menos ya sabemos a quién nos enfrentamos. De todas maneras no nos sirve para decidir cuál será nuestra próxima jugada.

—Tal vez sí, Michael. Ir al Real Instituto de Historia, ¿dónde se encuentra exactamente?

—No lo sé. La Torre de Londres sería un lugar apropiado para Grainger, ¿no te parece?

—¡Michael! Hay que averiguarlo.

Volvieron a Mason’s Yard. Las guías telefónicas estaban en la planta baja, en el escritorio de la secretaria.

—Gordon Square —dijo Michael—. Lo conozco… Está justo detrás del Museo Británico… donde estaba la Galería Courtauld antes de que se

trasladaran.

—Vamos, entonces.

—¿Vamos adónde? Y ¿para qué?

—Ya lo verás.

Cuando llegaron a Duke Street Isobel levantó el brazo y le hizo señas a un taxi que acababa de dejar a un pasajero en el hotel Cavendish. Entró en el vehículo y Michael la siguió. Pasaban unos minutos de las cinco.

Llegaron a Gordon Square al cabo de unos veinte minutos. Después de pagar el taxi, Michael señaló al otro lado de la plaza.

—Es allí. Pero…

—De acuerdo, déjalo en mis manos. Grainger, como ya podemos llamar a esa víbora, entró en mi casa, entró también en tu casa, forzó tu coche y atacó a Helen. Ya es hora de que él también empiece a recibir…

—Isobel…

—No es necesario que me acompañes. De hecho, es mejor que esperes aquí. Ahora que tienes la sobrecubierta del libro, sabes qué aspecto tiene. Entraré y buscaré su despacho. No sé qué haré si me lo encuentro allí, pero si no… Ya veremos. Tú espera aquí y si aparece por casualidad, entretenlo.

—¡Isobel! Éste no es nuestro estilo. Tampoco estamos en una serie de televisión. No puedes hacer eso.

Ella lo miró.

—Nos lleva dos días de ventaja, casi tres. Tú mismo lo has dicho. Ahora quédate aquí.

Isobel corrió al otro lado de la plaza sin que Michael pudiera impedírselo. Se acercó a la entrada del Real Instituto de Historia. Había un grupo de estudiantes en la puerta. Michael vio cómo pasaba frente a ellos, subía unos escalones y desaparecía por las puertas giratorias acristaladas.

Dentro del edificio había mucho bullicio y nadie le prestó atención mientras ella examinaba un tablero colgado en la pared, que le informó de que el despacho del doctor George Grainger era el número 216. Encontró la escalera y subió hasta la segunda planta.

Se detuvo en el rellano y trató de serenarse. No se atrevía a pensar qué ocurriría si se topaba con Grainger. ¿Grainger? Todavía pensaba en él como Molyneux.

El pasillo estaba vacío. Isobel se maravilló —y se preocupó— por lo breve que había sido el intervalo entre el momento en que se le había ocurrido la idea,

en la puerta de la librería Quartermain, y el momento presente, en que estaba a punto de hacer algo ilegal. Pero no sería más que igualar la situación, se repetía una y otra vez.

Avanzó por el pasillo. Cuando pasó frente al despacho 212 oyó voces, pero no apareció nadie. Despacho 214: silencio. Ya casi eran las seis menos cuarto. Buscó el despacho 216. Echó una rápida mirada hacia atrás; por el momento, estaba sola.

Aferró el picaporte y lo giró con mucho cuidado. La puerta se abrió sin ruido. Isobel acompañó el movimiento, como si fuera parte de él, y la cerró después de entrar. Se relajó un poco, aunque sabía que si la encontraban allí, alguien del personal de limpieza o —¡Dios la librara!— el mismo Grainger, tendría que dar unas cuantas explicaciones. Miró a su alrededor y luego se acercó al escritorio. Mientras lo hacía echó un vistazo por la ventana hacia Gordon Square. No había señales de Michael. Rezó porque ello no significara que Grainger había aparecido.

En ese momento, oyó voces. Debían de ser personas de los otros despachos que estaban saliendo. Seguramente no mirarían dentro de ése, ¿verdad? ¿Y si alguno se paraba a dejar una nota? ¿Qué podía hacer ella? De pronto oyó unas pisadas que se acercaban. No tenía dónde esconderse.

Las voces se detuvieron en la puerta. ¿Habrían dejado de caminar esas personas? ¿Iban a entrar? Isobel contempló fijamente el pomo de la puerta, esperando algún movimiento que le indicara que la abrirían. Contuvo el aliento.

Estar cerca de Grainger, recordó, siempre le hacía contener el aliento.

Las voces se detuvieron. ¡Iban a entrar!

Pero justo en ese momento la conversación se reanudó y las pisadas avanzaron por el pasillo. Aun así, Isobel no se atrevió a respirar. Sólo cuando las voces empezaron a desvanecerse, cuando bajaron por la escalera al final del pasillo, se relajó.

Regresó al escritorio de Grainger y empezó a revisarlo. Estaba cubierto de papeles. Había libros y publicaciones académicas apilados, como maquetas de rascacielos. Una de las revistas tenía un billete metido entre dos páginas e Isobel lo abrió en ese punto. Había varios renglones subrayados con rotulador fluorescente: parecía tener que ver con la cría de caballos, y ella cerró la revista. Probó con los cajones del escritorio, asombrándose por su nueva habilidad como ladrona.

Los cajones estaban todos cerrados con llave, de modo que volvió la

atención a la parte superior del escritorio. Los otros libros no le sirvieron de mucho: eran aburridas obras académicas, algunas de ellas en francés. Trató de recordar cómo estaban apilados antes de que los desordenara. Al ordenarlos como antes notó que había otro libro con un punto entre las páginas. Era de una biblioteca universitaria y trataba sobre el divorcio en la Edad Media. ¿No era ése el tema que tanto interesaba a Philip Cross? Leyó algunas páginas al azar. Pero no encontró nada que le sirviera. En ese momento se dio cuenta de que el punto de libro era, en realidad, un recibo de la National Portrait Gallery. Lo examinó. Tenía una impresión borrosa en tinta roja. La fecha era ilegible, pero la suma no: 35 peniques. ¿Qué podría haber costado tan poco? Ni un libro, ni un póster, ni una diapositiva. Tal vez una postal… o, se dio cuenta con un estremecimiento, unas pocas fotocopias.

Revisó el resto del escritorio en busca de cosas que pudieran servirle. No había nada. Sí, lo había. Un número garabateado al lado del teléfono. Isobel lo miró y lanzó un gruñido. Cogió el recibo de la National Portrait Gallery del libro, buscó una pluma y copió el número. Luego dejó la pluma en su sitio y salió de la habitación, llevándose el recibo consigo. Robar un recibo de la National Portrait Gallery equivalía aproximadamente a robar una factura de Helen Sparrow, se dijo para sus adentros.

Cerró la puerta del despacho de Grainger y avanzó a toda velocidad por el pasillo hacia la escalera. Mientras su respiración se calmaba cada vez más, llegó a la planta baja y salió por la puerta giratoria.

Michael había comprado un periódico de la tarde y estaba apoyado contra un coche con aire despreocupado. Ella llegó a su lado.

—Rápido, vayámonos de aquí. Luego te lo explico.

Isobel se precipitó en dirección sur, rumbo a Russell Square. Michael la siguió. Cuando llegaron a la plaza Isobel giró hacia la izquierda hasta alcanzar el hotel Russell. Una vez allí buscó los teléfonos públicos.

—¿Tienes cincuenta peniques?

Intrigado, Michael revisó sus bolsillos. ¿Una llamada de larga distancia?

Isobel insertó la moneda en la ranura y marcó el número que había copiado en el recibo.

—Buenas tardes —dijo cuando alguien atendió la llamada—. ¿Podría decirme, por favor, si el doctor Grainger o el doctor Molyneux siguen ahí?… Oh, ya veo. Dígame, ¿dónde están exactamente? Sí… sí… gracias. Adiós.

Se volvió hacia Michael y le enseñó el recibo.

—Mira este número. Lo encontré en el escritorio de Grainger. El código es el mismo de Dorchester, salvo que un dígito es diferente. Lo sé porque yo telefoneé a The Yeoman para reservar nuestras habitaciones. ¿Lo recuerdas?

Michael asintió.

—Éste es otro hotel, llamado Peverell Place. Acaban de confirmarme que el «doctor Molyneux» se marchó ayer por la mañana. Lo hemos logrado, Michael. Estamos de vuelta sobre la pista. Dos días tarde, pero aún no hemos perdido la carrera. Michael sonrió.

—¿Y dónde está Peverell Place? —Sacó las cerillas para encender un habano.

—En Stoke Hembury, a mitad de camino entre Dorchester y Bridport, en la costa de Dorset. ¿Es necesario que enciendas ese objeto apestoso?

—Tendremos que levantarnos temprano otra vez. No sea tan dura conmigo, inspectora Sadler. Recuerde que la ladrona es usted.

DIEZ

Circular por la autovía A303 resultaba bastante agradable. No pasaba por ninguna ciudad grande y tenía dos carriles en la mayor parte de su recorrido. En esa época del año era más rápida que la A30. A ratos había demasiados camiones, pero no era nada en comparación con las autopistas principales que salían de Londres hacia el norte. Por otra parte, Michael había recorrido la A303 en bastantes ocasiones en los últimos días, y comenzaba a aburrirse de ella. Eran las nueve y media de la mañana siguiente y estaban acercándose a Sherborne. Habían salido de Londres antes de las siete y se habían parado a desayunar en un café a la altura de Salisbury Plain. Jugosos y grasientos huevos fritos flotando en una balsa de aceite. Letales y deliciosos.

Durante el desayuno Michael le había entregado a Isobel una hoja de papel, una fotocopia que había hecho la noche anterior en su club. Después de sus aventuras en Gordon Square, Isobel se había marchado a casa de sus anfitriones para llamar a Tom y explicarle que, después de todo, aún no regresaría a la granja. El club de Michael era el único lugar abierto a esas horas en el que podía consultar el *Dictionary of National Biography*. La entrada sobre los Peverell no era muy extensa. Decía: PEVERELL, sir Harold (1485-1549), fue una figura clave en la cría de caballos en Inglaterra. Hijo de Henry, embajador en Venecia, quien trajo un buen número de caballos en sus viajes, Harold Peverell los cruzó con razas nativas para producir una variedad robusta pero elegante, ahora conocida como Stoke Chaser, nombre que recibió en homenaje a Stoke Hembury, la propiedad donde se inició su cría.

Harold Peverell tuvo dos hijos: Charles, que se convirtió en obispo de Poole, y Percy, que siguió la carrera naval, llegó al grado de capitán y pereció en 1568 cuando su barco, el *Weymouth*, naufragó en un mar muy agitado cerca de la costa de Irlanda.

—Eso explica una cosa —dijo Isobel—. La revista sobre cría de caballos que estaba sobre el escritorio de Grainger. Todo encaja. ¿Por qué un académico

mentiría sobre su nombre y entraría por la fuerza en casa de alguien? No es una actitud muy profesoral.

—Tal vez vivir en torres de marfil haga que te empiece a gustar el marfil. Y no olvides que quince millones de libras pueden tentar al menos pintado. También hay otra cosa que encaja. Anoche llamé a un amigo de Oxford, uno de los cuidadores del Ashmoleano Museum. Le pregunté si había oído hablar de Grainger. No fue mucho lo que me contó, pero suficiente. Al parecer Grainger estuvo metido en un escándalo hace un par de años cuando autentificó una vidriera supuestamente muy rara para que la comprara un coleccionista alemán por una gran suma de dinero. Grainger recibió una importante comisión por la venta. Más tarde resultó que la vidriera era una falsificación muy bien hecha. Completamente moderna. Cuando ocurrió aquello, Grainger perdió la cátedra en la Universidad de Oxford. No lo despidieron, sino que no lo reeligieron, lo que en ese ambiente significa lo mismo. Tal vez todavía esté resentido por la humillación. Podría ser que necesitara volver al mundo académico y crea que el descubrimiento de la plata de Monksilver puede ayudarlo.

—Paga la cuenta tú —dijo Isobel—. Lo único que va a descubrir es que estamos de nuevo sobre la pista.

Stoke Hembury, que Michael había encontrado en el mapa con mucha dificultad, estaba todavía más al suroeste que las zonas de Dorchester que ya habían visitado, y muy cerca del mar. Para alcanzarlo tuvieron que llegar a Dorchester y luego avanzar hacia al oeste por la carretera a Bridport. El paisaje estaba azotado por el viento, con extensas plantaciones de trigo verde y ondulantes colinas sembradas de colzas. Después de Winterbourne Abbas y Black Down, volvieron a girar al sur para atravesar Litton Cheney. Las carreteras se volvían más angostas y descendían rápidamente en dirección del mar y los acantilados. La tierra era más roja allí. Pasaron cerca de un viejo fuerte y de los restos de una capilla.

De pronto apareció frente a ellos el canal de la Mancha. Michael paró el coche y bajó la ventanilla. A lo lejos podía oírse el rumor apagado de las olas. Una brisa fresca soplaba desde el mar. Michael siempre olvidaba el olor del agua salada pero cada vez que volvía a percibirlo regresaban a su mente recuerdos de las vacaciones de su niñez en el norte de Cornualles, donde el mar se extendía varios kilómetros y donde, en una ocasión en la que habían salido a remar con otros niños, se habían encontrado con un banco de tiburones peregrinos, que eran totalmente inofensivos, aunque en el momento no lo sabían y quedaron

aterrorizados.

Avanzó despacio. Stoke Hembury estaba a menos de un kilómetro de allí. Esta vez, cuando entraron en la aldea, el paso siguiente les resultó fácil.

—Mira —dijo Isobel—. Debe de ser éste. —Señaló un cartel azul con letras rojas semioculto detrás de unos rododendros. El cartel anunciaba: «Hotel Peverell Place».

Michael paró el coche frente a la puerta del establecimiento. Desde allí se veían, más allá de un bosquecillo, unos jardines y, en el centro, la casa.

—Se nota que han hecho muchas reformas desde los tiempos de Harold, el hombre de los caballos —comentó Michael—. Eso no parece anterior al siglo XVII o XVIII. Incluso hay algunas partes que son victorianas.

Isobel siguió su mirada.

—Tendremos que entrar. Tal vez debamos quedarnos a pasar la noche. Sería lo más adecuado para recorrer la zona.

Michael hizo girar el vehículo hacia la entrada para coches del hotel. Más adelante, el sendero describía una curva hacia la izquierda y formaba un estrecho círculo alrededor de la construcción.

—¡Por Dios, es bellísimo! —gritó Isobel cuando se dieron cuenta de la razón de ese desvío. Delante de ellos se extendía un magnífico panorama de acantilados y el mar a lo lejos—. Es como estar en el puente de un barco enorme.

Otra parte de la casa daba al mar, al canal de la Mancha. Era mucho más antigua que el resto, con aguilones y parteluces de piedra.

—Ésa es la parte Tudor —señaló Michael—, y es un ejemplo muy bonito de ese estilo. —La entrada para coches terminaba en una amplia pendiente de gravilla y Michael hizo girar su vehículo antes de detenerse. Los dos bajaron del coche y esperaron un momento, disfrutando de la brisa y del vasto horizonte, antes de entrar en el hotel.

Una vez dentro, se encontraron con una gran sala revestida con paneles de madera y que tenía un inmenso hogar de piedra en la mitad de una de las paredes. A ambos lados del hogar, donde antes tal vez había dos armaduras montando guardia, se veían enormes ramos de flores que eran como grandes salpicaduras de color en medio de una sala oscura. Al otro extremo, pasando un arco, pudieron divisar lo que parecía el escritorio de la recepción, o quizá una mesa de roble oscuro a la que le habían puesto encima material de oficina.

Después de pasar bajo el arco vieron a una joven. Estaba inclinada sobre un

archivador de metal rojo que parecía totalmente fuera de lugar. Cuando ella notó la presencia de Michael e Isobel sonrió, se enderezó y preguntó:

—¿Puedo ayudarlos?

—Si tiene alguna habitación disponible, sí —fue la respuesta de Michael.

La mujer se acercó a la mesa, donde revisó unas tarjetas que estaban en una caja. Frunció el ceño, pero luego su expresión se animó.

—Tengo una habitación doble en el ala jacobea del edificio —dijo, levantando la mirada—. No es la parte más antigua, desde luego, pero tiene vistas al mar. ¿Les parece bien?

Presa del nerviosismo, Michael vaciló. Si sólo había una habitación, ¿qué hacer? Sin embargo, Isobel intervino rápidamente:

—¿Podríamos verla, por favor?

—Por supuesto. Por aquí.

La mujer se dio la vuelta, buscó una llave en un armario y los guio a través del vestíbulo, pasado el cual el edificio era más luminoso, los paneles de madera más claros y los techos más altos. Los hizo subir por una gran escalera que giraba sobre sí misma. En el rellano del primer piso se volvió a la derecha y se detuvo delante de una puerta de roble claro.

—Ésta es la habitación —dijo—. Ojalá les guste. Tienen suerte. La mayor parte del tiempo en una temporada como ésta el hotel está lleno, a veces durante varias semanas seguidas. Los que iban a ocupar este cuarto cancelaron la reserva en el último momento. —Abrió la puerta—. Las habitaciones no están numeradas, sino que les hemos puesto nombres correspondientes a los monumentos o edificios famosos de la zona. Ésta es «Viejo Priorato».

La habitación se parecía más a una pirámide que a un priorato. Era muy grande, con un techo alto y abovedado, y en ella había un ventanal que daba a los acantilados y al mar. Estaba amueblada con una cama con dosel, un escritorio y un sofá junto al ventanal. También había varios retratos colgados en las paredes.

—No son originales —dijo la mujer, siguiendo la mirada instintiva de Michael—. Son copias de los cuadros que están abajo, en la sala principal. En un tiempo esta casa perteneció a la familia Peverell, como tal vez ustedes sepan. Uno de ellos fue embajador de Inglaterra en Venecia. Hay libros y folletos en la biblioteca, si les interesa el tema. De paso, debo informarles que durante la temporada alta insistimos en que todos nuestros huéspedes se alojen en régimen de media pensión; es decir, deben almorzar o cenar aquí, además de tomar el

desayuno. Les saldrá por unas ochenta y cinco libras. —Les sonrió—. Creo que eso es todo. ¿Se quedarán con la habitación?

Michael miró a Isobel sin mucho entusiasmo, pero ella dijo firmemente:

—Sí, nos la quedaremos. Para una noche, tal vez dos.

—Bien —dijo la mujer—. Estoy segura de que disfrutarán de su estancia. Quizá lo mejor sea que me acompañen abajo para registrarlos adecuadamente.

Una vez en la sala principal, Michael completó las formalidades. Luego se reunió con Isobel, que estaba descargando el equipaje del coche. Cuando ella oyó que él se acercaba por el camino de gravilla, se volvió y susurró:

—¿Te has dado cuenta de que hay un gran sofá junto al ventanal? Por eso quería ver la habitación. Tú dormirás en él.

—Hagamos una apuesta para decidir a quién le corresponde.

—No. Yo no juego, ¿recuerdas? Intenta comportarte como un caballero.

Cuando estaban de vuelta en el dormitorio abriendo las maletas, Isobel dijo:

—¿Cuál es el plan?

—Almorzamos aquí, pasamos la tarde en la biblioteca y hacemos un recorrido por la casa y el terreno cuando empiece a anochecer. Por la noche, entablaremos conversaciones casuales con el personal del bar, con los camareros y con los dueños.

Isobel miró su reloj.

—Todavía no son las doce. Salgamos a mirar los acantilados y el mar. Es un día precioso. Podemos hacernos una idea del territorio.

—De acuerdo. Nos abrirá el apetito.

Salieron de la habitación. Mientras bajaban por la entrada para coches, Michael deslizó su mano en la de Isobel. Al principio ella trató de impedírselo, pero él dijo en voz baja:

—Parece más natural así. Si damos la impresión de que somos amantes, sofá o no, la gente bajará la guardia.

Ella le lanzó una mirada donde el amor brillaba por su ausencia. De todas maneras dejó la mano donde estaba.

El paseo sirvió exactamente para lo que Michael había previsto. La brisa del mar, la empinada cuesta y una breve caminata por la playa de guijarros les despertaron el apetito. Y, después de todo, se habían levantado muy temprano. Michael observó la inclinación de los riscos, las pequeñas calas esparcidas por la costa y los sitios en los que la orilla se había erosionado. El mar tenía un matiz amarillento y parecía frío.

Una vez en el hotel, después de almorzar, fueron a la biblioteca. Encontraron sólo un libro y un folleto sobre los Peverell. Michael abrió el libro, que se titulaba *De Dorset al Dux*. Isobel se concentró en el folleto, «Los Peverell de Stoke Hembury», y, durante una hora, la sala quedó en un silencio apenas interrumpido por el crujido de las hojas.

Después de un rato, Michael bostezó.

—Por Dios, esto es aburrido. Henry Peverell, el embajador, era un engreído y un torpe, un verdadero impostor, por lo que parece.

—Eso no tiene ninguna importancia. ¿Hay alguna pista en el libro?

—Dímelo tú. Hasta ahora lo que he podido averiguar es que fue nombrado embajador a los treinta y pico, según se afirma aquí. Antes de eso su carrera había sido bastante mediocre. Pasó cuatro años en Venecia, donde conoció a su esposa, Elisabetta Dagaiole. Al parecer, el emblema de la familia de ella, una máscara, puede verse en el escudo de armas de los Peverell. Aquí dice, en un estilo muy pomposo, que las armas de los Dagaiole eran doblemente apropiadas; por un lado debido a que las máscaras eran muy habituales en las fiestas venecianas; por el otro, porque se correspondían con el oficio de la diplomacia, al que los venecianos eran tan aficionados y para el que el engaño era la herramienta más poderosa. Después se extiende sobre los caballos: cuenta cómo les compró a los turcos unos cuantos ponis árabes en un mercado especial de Venecia y le encargó a un turco que supervisara su traslado a Inglaterra. Cuando pasaron los cuatro años de su nombramiento, el dux, que era el gobernador electo de la ciudad, celebró una gran fiesta en su honor. Luego Henry y Elisabetta regresaron por tierra, parando en las grandes cortes, donde los recibieron muy bien. Su hijo fue quien decidió cruzar los ponis árabes con las razas locales.

—Quizá la clave esté relacionada con los caballos, Michael. Ése parece haber sido su logro más notable.

Michael sacudió la cabeza.

—Te olvidas de la pista siguiente, Caronte, el barquero. O bien hay algún río por las cercanías, que yo no he visto, o hay alguna otra conexión con el agua o con el mundo subterráneo o con la muerte que aún no hemos encontrado. ¿Y en el folleto? ¿Hay algo de interés allí?

—No mucho. Es más corto, por supuesto. Habla un poco de Venecia, pero de manera superficial. Aunque sí menciona los caballos y dice que, cuando Henry regresó, dos de los animales que había comprado murieron en el camino. Al

parecer, el rey estaba tan satisfecho por la labor de Peverell en Venecia que dio un gran festín de cisnes en su honor y le otorgó a la familia Peverell la singular distinción de permitirles comer cisne, lo que por lo general era una prerrogativa de los reyes, durante todo un año. Ésa es la razón por la que, además de las máscaras, los cisnes pasaron a formar parte del escudo de armas de los Peverell. Luego hay muchas explicaciones técnicas sobre la cría de caballos.

Michael se puso en pie.

—Creo que deberíamos volver a los libros. Iré al coche a buscarlos y nos reuniremos en la habitación. No nos conviene que todo el mundo sepa lo que estamos haciendo.

Una vez en la habitación, le pasó unos libros a Isobel.

—Tú inténtalo con los caballos, yo buscaré lo que haya sobre cisnes. —Se sentó—. Al menos la vista desde aquí es mejor que la de Mason's Yard —dijo con un suspiro.

Después de un rato se acercó al teléfono y pidió té. Cuando lo trajeron Michael llenó dos tazas. Le dio una a Isobel mientras le decía:

—Muy bien. ¿Dónde estamos? Tú primero.

Isobel frunció los labios y meneó la cabeza lentamente.

—No he sacado nada en claro. El caballo es la montura de guerreros, reyes y nobles, tanto en las batallas como en sus viajes. También es el atributo de Europa, Europa en el sentido de una de las cuatro partes en que se dividía el mundo antiguo. Luego hay muchos caballos individuales que significan cosas muy diferentes. Alejandro Magno, por ejemplo, montaba un caballo blanco. Un jinete caído representa a Pablo, o el orgullo. —Miró a Michael—. No me parece que estemos bien encaminados por aquí.

—Estoy de acuerdo —dijo Michael—. Pero te advierto que lo que yo he encontrado no es mucho mejor. Los cisnes son mudos, por supuesto, pero al parecer en la época clásica se creía que entonaban una hermosa canción en el momento de su muerte. Por alguna razón, la gente pensaba que ello significaba que el alma de un poeta agonizante había entrado en el cisne. Muy romántico, pero no veo de qué puede servirnos. —Se puso en pie y sirvió más té. Dirigió la mirada hacia el mar, más allá de los acantilados.

Después de una pausa, Isobel dijo:

—Me siento un poco estúpida. No podemos encontrarle el sentido a nada de esto. Necesitamos algún estímulo externo. Salgamos a recorrer la casa. Además, recuerda que aquel párroco, en el *pub* de Dorchester, mencionó la vidriera de

Jesé. Eso volvió a ponernos sobre la pista justo cuando parecía que estábamos atascados. Encontremos al dueño del hotel y hablemos con él.

Michael accedió. Se puso la chaqueta y siguió a Isobel por la escalera hacia la planta baja. El dueño, según les informó la mujer de la recepción, se había marchado al pueblo y no regresaría hasta una hora después. Por tanto, decidieron explorar la parte antigua del edificio, que seguramente ya existía en la época en que se pintó el cuadro.

Estaba bien restaurado. Toda la mampostería tenía buen aspecto y parecía más o menos original. El escudo de armas de los Peverell, dividido en cuatro partes con las máscaras y los cisnes, podía verse en todos lados: encima de las puertas, en las chimeneas, grabado en las balaustradas de la escalera, adornando los retratos de la sala principal. Incluso había uno en el empedrado que atravesaba un jardín muy simétrico.

—Qué orgullosa y presumida era esta familia —dijo Michael.

Examinó los retratos pero llegó a la conclusión de que tenían muy poco valor para su investigación. Eran bustos recortados contra un fondo verde, pardo o rojizo. Comprendían a toda la familia Peverell incluyendo a la belleza veneciana que el embajador había traído de Italia. Era rubia, con pestañas muy pobladas, bastante pechugona y llevaba un vestido carmesí con mucho encaje. En una mano sostenía una máscara muy trabajada. Tenía un perro sobre el regazo y se veía un caballo en el fondo.

—No me parece muy bella, ¿y a ti? —dijo Isobel.

—Ése era el estilo veneciano. Les encantaban las rubias pechugonas, así como el carmesí. Ese tinte, llamado rojo veneciano, era muy popular, y los venecianos ganaban tanto dinero con él que mantuvieron la fórmula en secreto durante muchos años.

—¿Y la máscara?

—Muy común en Venecia. No sé cómo empezó la moda, pero siempre fueron populares. Venecia nunca fue la más religiosa de las ciudades italianas, y entre otras cosas, las máscaras les permitían a los clérigos asistir a fiestas a las que también se invitaba a mujeres de vida alegre. El perro significa que estaba casada y que era fiel a su marido.

El dueño aún no había regresado cuando terminaron de recorrer el hotel. Isobel decidió que llamaría a la granja para hablar con Tom y que luego tomaría un largo baño caliente antes de la cena. Michael, por su parte, volvió a ir a la biblioteca. Tenía la intención de revisar el folleto con más detalle antes de

bañarse él. Pero no había nada en él que Isobel no hubiera mencionado antes, excepto una referencia al «retiro anual» del embajador.

Antes de subir a la habitación, Michael se detuvo en la sala de la televisión del hotel para ponerse al día con las noticias. Le sorprendió —y agradó— enterarse de que, durante el tercer día del juicio, el magnate acusado de fraude, el gerente de la refinería azucarera, había cambiado de idea y se había declarado culpable. Era evidente que habían ocurrido muchas cosas entre bambalinas. Se esperaba que la sentencia se fijara al día siguiente; si Michael ganaba la apuesta, podría recuperar todos los gastos de su aventura actual.

Cuando le pareció que Isobel ya se habría remojado bastante, fue a la barra, pidió un par de *whiskys* y un cigarro para él, y lo llevó todo a la habitación. Entró y descubrió a Isobel sentada delante del espejo, envuelta en una enorme toalla color crema. La visión de esos hombros blancos, ligeramente húmedos por el baño, le hizo sentir una vez más todo el deseo de la otra vez. Instintivamente clavó la mirada en el sofá.

Isobel volvió la cabeza, vio lo que él le traía y su rostro se iluminó.

—¿Eso es para mí? ¿Cómo lo has adivinado? Es justo lo que necesitaba. —Le sonrió, cogió el vaso y bebió con ganas—. Déjame prepararte la bañera, como gesto de agradecimiento. —Se levantó y desapareció en el cuarto de baño.

Michael encontró una camisa limpia y la llevó consigo al baño cuando ella salió.

—¿Alguna señal del dueño? —gritó Isobel mientras él se desvestía.

—No —le contestó él, también con un grito—. Pero se supone que debería llegar en cualquier momento. —Le contó lo que había ocurrido con el juicio.

Ella lanzó una carcajada.

—Eres un enfermo, Michael Whiting. Quieres enriquecerte con la desgracia de los demás.

Él rio. Estar en una bañera sin hacer nada, justo antes del anochecer, con un trago, un libro y un cigarro era una de las mejores maneras de relajarse que conocía. Para esa noche se había agenciado una nueva biografía de Gainsborough que arrojaba una luz diferente sobre la rivalidad que existía entre aquel gran hombre y Reynolds. Michael se tumbó en la bañera todo lo que pudo; era de las antiguas, y parecía no acabar nunca. Un lujo impagable.

Isobel llamó a la puerta cuando él ya había leído unas diez páginas.

—Ya puedes salir. Estoy presentable.

Para cuando Michael se secó, se vistió y se cepilló el pelo, ya casi eran las

ocho. Isobel se había puesto un vestido rojo y, por primera vez, unos pendientes de color rojo oscuro, casi granate, que acentuaban a la perfección la profundidad de sus ojos.

—Estás magnífica —dijo Michael.

—Gracias. —Isobel sonrió. La relación entre ambos estaba empezando a volver a ser como en Southwold, antes del ataque a Helen Sparrow. Michael reflexionó sobre el hecho de que las cosas parecían ir mejor en los hoteles. Tal vez había algo en el anonimato que tranquilizaba a Isobel.

Llegaron a la barra, tomaron otro *whisky* y pidieron la cena. Un hombre de cabello rubio rojizo, que parecía ser el dueño, estaba conversando con otros huéspedes del hotel. Les hizo un gesto de reconocimiento con la cabeza y les sonrió. Michael estudió el menú y la carta de vinos. Acababa de pedir cuando el dueño se acercó a ellos.

—Hola. Soy Rupert Walker. Creo que querían verme.

Michael se puso en pie, le estrechó la mano y presentó a Isobel.

—¿Una copa?

—Gracias. Una copa de vino, por favor. Tinto.

Todos se sentaron y Michael empezó a hablar.

—Hemos venido de vacaciones, pero yo soy marchante de arte, en Londres, de modo que, naturalmente, estamos interesados en los cuadros, en los Peverell, en la casa. Nos preguntábamos si usted podría contarnos algo que no esté en los libros. Es un lugar precioso.

—Sí, lo es, ¿verdad? Cuesta mucho dinero mantenerlo, desde luego. —El vino ya había llegado, y el dueño bebió un sorbo—. Bien, veamos… ¿qué más podría contarles…? Los libros sobre los Peverell están diseñados para halagarlos, por supuesto… por tanto no mencionan los numerosos rumores que dan a entender que la familia tuvo bastante que ver con el contrabando por esta zona… La cantera de donde extrajeron la piedra para esta casa todavía está en funcionamiento, a unos tres kilómetros de distancia… Eso no es muy interesante, lo sé. —De pronto pareció animarse—. ¿De modo que usted es marchante? Tal vez pueda ayudarnos con los cuadros. Lo único que no sabemos es quién los pintó.

Michael meneó la cabeza.

—¿No hay ninguna documentación?

Rupert Walker frunció el ceño.

—No. Extrañamente alguien estuvo aquí ayer y me dijo que creía que

podrían ser de un tal Michael Sittow. Jamás había oído hablar de él, pero al parecer era un pintor de la corte en la época de los Tudor, bastante famoso. El hombre dijo que lo averiguaría y nos lo diría.

Michael miró a Isobel. Luego dijo:

—Tal vez lo conozca. ¿Dejó algún nombre?

—Sí. Robert… Robert Molyneux… Sí, eso es. Un hombre alto, muy delgado, de pelo plateado. ¿Lo conoce?

Michael negó con la cabeza pero volvió a dirigir la mirada a Isobel. La expresión de ella era elocuente. Se volvió hacia el dueño.

—En el libro o en el folleto que tienen en la biblioteca dice algo respecto de que el embajador acostumbraba a tomarse un retiro anual.

—Sí, es cierto. Tenía erisipela. Al parecer se curó, o al menos su enfermedad remitió, gracias a un monje que practicaba la medicina. Como resultado decidió ir al monasterio de donde provenía el monje dos semanas al año, en la primavera, la época en que la erisipela se agrava.

—Usted no sabe cuál era el monasterio, ¿o sí?

Walker miró a Michael con curiosidad, como preguntándose: «¿De qué trata todo esto? Éstas no son preguntas casuales».

De modo que Michael añadió:

—Algunos monasterios tenían sus propios pintores. Eso podría ayudar a explicar quién es el autor de sus cuadros.

Esa explicación pareció satisfacer al dueño del hotel.

—Qué interesante. No puedo decírselo de memoria, pero tengo ese dato en alguna parte. Mire —dijo, señalando—, creo que su mesa está lista. Iré a revisar mis apuntes y si encuentro la respuesta vendré a informarlo. —Se puso en pie—. Gracias por el vino. Disfruten de la cena.

—Eso fue ingenioso —dijo Isobel, sonriendo, cuando ya estaban sentados a la mesa—. Lo del pintor, quiero decir.

—Mmm… No lo suficiente. Seguimos un día atrasados. Grainger es tan escurridizo como una guillotina engrasada.

Antes de que pudieran seguir hablando, Rupert Walker regresó.

—No he tenido tiempo de revisar mis papeles aún, pero he hablado con mi esposa y ella cree que el monasterio estaba en un lugar llamado Monksilver; eso se encuentra en Somerset, no muy lejos de aquí. ¿Puede servirle?

Michael asintió.

—Es posible. Gracias. Tendré que mirarlo y luego le diré algo. —Walker se

retiró para que pudieran comenzar a cenar. Pero más tarde, cuando estaban en el bar jugando al ajedrez (otra similitud con lo que había ocurrido en Southwold), Michael se las arregló para preguntarle al dueño—: Cuando ese hombre, Molyneux, examinó sus cuadros, ¿le ofreció alguna ayuda?

—Sí, sí, lo hizo. Me preguntó si tenía algunas fotografías que pudiera llevarse consigo, para ayudarlo en su investigación.

—¿Y?

—No tenemos esa clase de fotografías, pero hay un viejo folleto en blanco y negro del hotel con cuatro retratos en una página. No son muy grandes, pero no había nada mejor.

—¿Le queda alguno? Al parecer ese hombre sabía de lo que hablaba, pero me gustaría colaborar, si puedo.

—Por supuesto. Le traeré uno. —Desapareció, pero no tardó en regresar.

Michael se guardó el folleto en un bolsillo. Mientras lo hacía, comentó:

—No pueden ser de Sittow. Él era muy posterior… Dígame, señor Walker, ¿hay algún río por aquí cerca?

El dueño meneó su cabello rojizo.

—No, ninguno. Como puede ver, estamos en lo alto de un acantilado. Los ríos más cercanos se encuentran en Bridport, a unos diez kilómetros al oeste, y en Abbotsbury, a casi tres en la otra dirección. ¿Le gusta pescar?

Michael asintió con la cabeza, a sabiendas de que las cejas enarcadas de Isobel estaban dirigidas a él.

—¿Y dónde están enterrados los Peverell?

—El embajador está enterrado en aquel monasterio… Monksilver, creo. Uno de sus hijos se ahogó en el mar, como es sabido. Todos los otros están en el cementerio local.

—¿Dónde se encuentra?

—En Abbotsbury. Hay unas ruinas hermosas de una abadía. Los Peverell están enterrados en el terreno colindante.

—No parece muy prometedor, ¿verdad? —preguntó Isobel, ya de regreso en la habitación—. No hay ningún río más cercano que el de Abbotsbury, y tampoco ningún cementerio relacionado con esta casa. ¿Es posible que Caronte significara alguna otra cosa?

—Mmm… —murmuró Michael—. Grainger lo averiguó, sea lo que sea. No permaneció aquí mucho tiempo. Una vez más nos estamos comportando como si fuéramos tontos. Me siento como si estuviera en una cinta de vídeo y alguien

hubiera pulsado el botón de «pausa». —Cogió el folleto y examinó los retratos —. Qué tíos más raros, estos Peverell. —Luego sonrió—. Uno parece tener joroba. ¿Crees que le salió de tanto dormir en el sofá?

—Ya lo averiguarás. —Pero ella también estaba sonriendo. Michael no podía estar seguro, pero le pareció que en los ojos de ella estaba la promesa de que no siempre le tocaría el sofá.

Una vez en la habitación, siguieron hablando incluso después de que apagaron las luces.

—La conexión entre este sitio y Monksilver, el lugar de retiro del embajador, no puede ser sólo una coincidencia —dijo Isobel—. Tal vez Caronte tenga un significado diferente.

Michael no estaba convencido.

—Todo esto comenzó con un cuadro. Ahora tenemos cuatro más. ¿Se te ha ocurrido que tal vez tu cuadro y los cuatro de esta casa fueran obra de la misma mano?

—No lo había pensado. Pero seguramente los cuadros no se relacionaban entre sí; habría sido demasiado arriesgado. Los cuadros pueden cambiar de sitio, o destruirse.

—Sí, tienes razón. Pero ¿entonces por qué Grainger se llevó el folleto consigo?

—Tal vez lo hizo para engañar a Rupert Walker, como tú.

Michael percibió que Isobel sonreía en la oscuridad. Pero cuando por fin habló, su tono era serio.

—Dejémoslo para mañana y durmamos, Michael. Hemos vuelto a avanzar en círculos. Buenas noches.

Pero pasó un largo rato hasta que Michael pudo dormirse. Se quedó acostado en la oscuridad durante más de una hora, pensando en todas las ocasiones anteriores en que habían conseguido superar un atolladero como ése y seguir adelante. Aun así, no logró reanimarse. La habitación olía a Isobel, a su cabello, al perfume que se había puesto, fuera cual fuese, a su cuerpo. La imagen de sus hombros mojados que había visto antes, esa misma noche, flotaba delante de sus ojos. Imaginó cómo sería tocarle la piel, pasar los labios por la pendiente de su columna, recorrer con la lengua los músculos de su estómago. Se quedó dormido sin darse cuenta.

Su sueño fue muy agitado; el sofá era verdaderamente incómodo, y se despertó cerca de las seis, con la incertidumbre de que ya no podría volver a dormirse. Se levantó y se deslizó de puntillas hasta el cuarto de baño, donde se vistió lo más silenciosamente que pudo. Bajó a la planta baja y luego salió del hotel.

Era una mañana gloriosa; el sol se derramaba sobre los campos, los prados y los acantilados. El mar resplandecía como un millón de luises de oro, lo que le hizo recordar a Willie Maitland. Empezó a caminar por la entrada para coches. No sabía qué buscaba, pero si Isobel estaba en lo cierto, si la respuesta se encontraba en el lugar y no en el cuadro, tenía que estar por los alrededores. Caminó hacia el oeste en vez de dirigirse a los acantilados, que estaban al sur. Casi de inmediato se topó con un arroyo pero tan pequeño, tan insignificante, que lo descartó. De hecho, no había ninguna garantía de que aquel arroyo existiera quinientos años antes. Más adelante encontró la cantera. Tenía unos quince metros de profundidad pero no había agua por ninguna parte; se le había ocurrido que la cantera también podría estar relacionada con una laguna o un lago. Pero no. Era una mancha roja en una colina de poca altura y, como había dicho Rupert Walker, seguía en funcionamiento, de lo que daban testimonio tres desagradables camiones aparcados cerca de la carretera. Caminó otro kilómetro y medio pero no vio ningún rastro de agua, ninguna señal de nada que pudiera tener algún significado.

Volvió sobre sus pasos y llegó al hotel cerca de las ocho y media. Isobel ya estaba en la planta baja, tomando el desayuno. Michael le contó dónde había estado y lo que no había encontrado.

Ella le sonrió.

—Tienes el aspecto de necesitar un baño.

Michael se pasó la mano por la barbilla. Sí, necesitaba afeitarse cuanto antes.

—Pero primero el desayuno. Me hace falta, después de tanto ejercicio. Me afeitaré luego.

Una vez que el camarero tomó la nota de Michael, Isobel preguntó:

—¿Iremos a Abbotsbury esta mañana?

Mientras masticaba su tostada, Michael asintió.

—Vale la pena desviarse para verlo, sí, sin duda. El río, el museo local, si es que tienen uno. —Hizo un gesto con la mano—. Pero no esperes mucho de mí. Después de pasar la noche en el sofá, estoy molido.

Michael se fue a afeitar e Isobel salió a dar un paseo. Luego, después de confirmarle a la chica de recepción que se quedarían otra noche, condujeron

hasta Abbotsbury y encontraron el museo local.

—¿Qué haremos aquí? —dijo Isobel, cuando salieron del coche—. No tengo ninguna experiencia con esta clase de investigaciones.

—No tengo ni idea. Busquemos cualquier cosa que haya sobre los Peverell, registros parroquiales, periódicos viejos, lo que sea. Tal vez la bibliotecaria sepa algo del río.

El museo consistía en una sola sala, pequeña y ventilada, con grandes ventanales y mapas de la región en las paredes. La encargada era una mujer de aspecto ocupado con el pelo rubio. Las gafas le colgaban a la altura del pecho, sujetas por un collar de cuentas de cristal.

—Hola —dijo Michael—. Estamos de vacaciones y nos alojamos en el hotel Peverell. Es un sitio adorable y nos preguntábamos si usted tendría alguna información interesante sobre el edificio, o la familia, o la propiedad. Hemos leído los folletos y el libro que tienen en el hotel, por supuesto. Pero se nos ocurrió que aquí podría haber algo más.

La mujer sonrió.

—Sí, es una casa preciosa, ¿verdad? Sin embargo, me temo que no tenemos mucho material interesante al respecto. Están los registros parroquiales, pero no son muy atractivos. Los han revisado mucho y no creo que tengan nada notable. La única otra cosa de la que disponemos es el testamento de Henry Peverell. Una copia, desde luego. El original está en la Oficina de Registros Públicos.

—Gracias —dijo Michael—. Podríamos echarle un vistazo. No nos corre ninguna prisa —mintió.

Se sentaron a una mesa con vistas a un estuario. El agua había cambiado de color, pasando de dorada a verde. Unos juncos pardos se agitaban al viento.

La mujer volvió con los documentos.

—¿Cuál prefieres? —le dijo Michael a Isobel—. ¿Los registros parroquiales o el testamento?

—Tú te mueres por el testamento. Déjame a mí los registros.

De nuevo, como tantas veces antes, se sentaron uno junto al otro y leyeron en silencio. Poco a poco los rayos del sol comenzaron a derramarse sobre la mesa. Michael movió la silla para permanecer en la sombra.

Isobel fue la primera en hablar.

—Aquí no hay nada, Michael. Bautismos, bodas, funerales. Lo normal.

Michael gruñó.

—Aquí sí hay algo. Henry Peverell legó el relicario de una mano, con

incrustaciones de rubíes, al monasterio de Monksilver.

—¡Eso es! Debemos de estar en el lugar correcto. Tal vez los monjes lo devolvieran, junto con todo lo demás, para ocultarlo aquí. Ya sabemos que mantenían relaciones con los Peverell.

—Es posible, sí. Pero Grainger no ha venido a este museo; si no, la mujer lo habría mencionado. Y nos faltan muchas pistas todavía. Aún no hemos conseguido dejar atrás al condenado Caronte.

Se pusieron de pie. Cuando le devolvieron los documentos a la encargada y le dieron las gracias, Michael dijo:

—Ese estuario… ¿Qué ríos pasan por aquí?

—Dos arroyos. El Abbot, que significa «abad», y el Nun, que significa «monja», debido a que uno pasa por la abadía y el otro por el convento de monjas. Ambos desembocan en el criadero de cisnes y, según una antigua leyenda, la razón por la que los cisnes son mudos es que fueron testigos de tantas travesuras entre los monjes y las monjas que se los hizo enmudecer para que no contaran jamás lo que habían visto. Una historia encantadora, ¿no le parece?

Michael e Isobel salieron sonriendo a la luz del sol.

—Me encantan esas historias —dijo Isobel—. ¿Quién crees que las habrá concebido?

—Probablemente el equipo de relaciones públicas del criadero de cisnes. El año pasado.

Ella se volvió y le dio un golpe en el hombro.

—¡Mira que eres burro! —Era la primera vez que lo tocaba voluntariamente desde Southwold—. ¿Y qué me dices del criadero de cisnes? —añadió—. Había cisnes en el escudo de armas de los Peverell.

—Sí, sí… también lo había notado. Pero el criadero está en el estuario, justo al lado del mar. El tritón parecería indicar que la pista siguiente se encuentra en un río, bastante antes de llegar al mar…

—¿Podría ser en la costa?

—No. Caronte es, específicamente, una persona que conduce a las almas a través del río Estigio, no del mar. —Se palmeó la sien—. Esa información se me ha quedado grabada. Una fijación.

Caminaron por la calle principal de Abbotsbury en dirección a la abadía. Ésta estaba construida con una piedra del color del trigo que se desmenuzaba con facilidad y estaba en parte reforzada con bronce. Entraron en el *pub* local, The Ilchester Arms, que, para deleite de Isobel, ofrecía varias clases de sidra.

Mientras bebía, Michael sacó el folleto del hotel Peverell y, una vez más, examinó los retratos y leyó los epígrafes.

Isobel miraba por encima de su hombro.

—Estoy pensando en voz alta, Michael. ¿Es posible que Caronte represente alguna otra cosa, además de un río? Tal vez simbolice el mundo subterráneo en general. Por ejemplo, una cueva, o un pasaje que corra debajo de la casa, quizá hacia los acantilados. ¿Recuerdas esa historia sobre los Peverell y el contrabando?

Michael dio un sorbo a la sidra.

—Es posible. Sin duda, para tenerlo muy en cuenta. —Luego, sonriendo, añadió—: Me agrada mucho el efecto que tiene la sidra en ti. —Decidió que correría el riesgo de enfrentarse a la furia de Isobel y sacó un cigarro—. Veamos qué te parece este plan: esta tarde buscaremos en los acantilados, y si no hallamos nada, mañana por la mañana regresamos a Londres e investigamos a este tal Sittow. Tal vez haya algo en su biografía que nos ayude.

Decidieron almorzar en el *pub*. Después de comer un poco de queso con cebolletas, inspeccionaron el mapa para determinar la ubicación exacta de Peverell House respecto de la costa y cuál era el sitio más probable para una cueva. Vieron que había un grupo de cuevas marcado en el mapa.

—Qué pena que no estuvieras en la época de Bill el Malo, para ayudarlo —dijo Michael—. Tal vez le habría ido mejor.

Una vez en el coche se dieron cuenta de que no podrían acercarse mucho a la parte más alta de los acantilados. Tuvieron que dar muchas vueltas por un prado muy extenso. En esa área de la costa, los acantilados eran realmente elevados, casi sesenta metros de altura, de modo que tuvieron que avanzar un poco más por el borde hasta llegar a un lugar por el que pudieran bajar a la playa sin peligro. El sol era intenso y les costó bastante trabajo, pero una vez que llegaron a la playa de guijarros, la brisa del mar los refrescó un poco.

Isobel y Michael no eran los únicos que habían bajado a la playa; después de todo, era verano; pero tampoco había mucha gente.

Siguieron caminando. Casi un kilómetro más allá, los acantilados eran menos escarpados, con pequeñas pendientes entre los picos que eran más accesibles. Michael se detuvo y buscó el mapa.

—Según esto, las cuevas están por aquí, un poco apartadas y escondidas, no en la pared del acantilado, sino en un lado, en una especie de valle. —Caminó con dificultad por la arena de la playa, volviéndose de vez en cuando para

ayudar a Isobel. Unos diez metros más adelante se encontró con una zona de hierba por donde era más fácil caminar. Otros quince metros más arriba, para su sorpresa, el suelo se allanó y de pronto se encontraron en medio de una hondonada que no podía verse desde la playa.

—Perfecto —dijo Isobel, mirando a su alrededor y hacia arriba—. Un lugar ideal para un contrabandista. Estamos casi totalmente ocultos.

Michael señaló por encima del hombro de ella.

—Y eso, si no me equivoco, es una cueva. —A unos cuarenta metros de distancia y a tres metros de altura respecto del lugar donde estaban se veía una oscura abertura.

—Qué pena que no dispongamos de ninguna linterna —dijo Isobel—. No vamos precisamente equipados o vestidos para esta clase de cosas.

La cueva era alta, más que una persona. Apenas entraron sintieron mucho frío y olor a humedad. Isobel pasó los dedos por las paredes de arenisca. Los terrones mojados se deshacían en su mano; tenían la consistencia del queso.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, pudieron ver que, a pesar de la altura, no era una cueva profunda; tendría, a lo sumo, unos doce o quince metros.

—¡Mira! —siseó Isobel. Sus palabras rebotaron contra las paredes de la cueva—. Otro pasaje… Lo han tapiado.

Era cierto. De la cueva principal salía otra más pequeña que se interrumpía tres metros más allá, donde había una pared de grises bloques de cemento que llegaban hasta el techo.

—Es natural —dijo Michael—. Estos sitios suelen ser muy peligrosos si te internas mucho. —Su voz resonó por toda la cueva—. Creo que estamos en el extremo equivocado. Estas cuevas no son como las que se encuentran cerca del mar Muerto. Inglaterra es un país que ha estado densamente poblado desde hace varios siglos. Jamás encontraremos nada aquí; esta zona se ha revisado muchas veces. Si tu teoría es correcta, lo que buscamos está en el otro extremo, mucho más cerca de la casa, en propiedad privada. Pero, gracias a la inspectora Sadler, hemos llegado a la conclusión de que sí existe un mundo subterráneo que puede estar relacionado con Peverell House. Tal vez sólo hayamos avanzado medio paso, pero algo es algo.

Salieron de la cueva, cruzaron la hondonada y alcanzaron la playa, donde se enfrentaron a las miradas de curiosidad de otros que paseaban entre los guijarros. El camino de regreso les resultó mucho más difícil, puesto que debían andar

contra el viento y luego subir el acantilado. Cuando llegaron al coche estaban muy cansados.

Michael condujo hasta el hotel pero, justo antes de la entrada principal, detuvo el vehículo en la calle, como había hecho el día anterior, cuando se registraron.

—Ésta es la parte difícil —dijo—. No podemos preguntar sobre pasajes secretos sin despertar sospechas, y tampoco podemos ir husmeando por ahí…

Isobel le puso un brazo en el hombro. Otra vez el contacto físico.

—Oh, sí, claro que podemos, tonto. Lo haremos como una broma. Entra y déjamelo a mí. ¡Vamos!

Michael obedeció. Aparcó junto a la puerta principal, salió del coche y siguió a Isobel, que ya había entrado en el hotel. Rupert Walker estaba al otro lado del vestíbulo trasladando un ramo de flores.

—¡Justo el hombre que quería ver! —exclamó Isobel en voz alta—. Usted puede resolvernos una duda. —Walker dejó las flores y se volvió para mirarla—. Estábamos paseando después de almorzar en la playa y vimos unas cuevas. Recuerdo que anoche usted dijo que había un rumor de que los Peverell ganaron mucho dinero gracias al contrabando. Eso seguramente significa que hay un pasaje secreto que conecta esta casa con los acantilados. ¿Tengo razón? Michael dice que soy demasiado romántica. —Se rio mientras decía esto último.

Rupert Walker le devolvió la sonrisa.

—Qué interesante que lo comente. A mí se me ocurrió la misma idea cuando compré el hotel, hace unos años. Un pasaje secreto aumentaría el atractivo de la casa y podríamos usarlo como reclamo publicitario. Si ustedes pueden encontrarlo, yo, personalmente, me haré cargo de la cuenta de la habitación. Las cuevas se derrumbaron hace muchos años, mucho antes de que las tapiaran como medida de seguridad. De modo que nadie puede entrar desde aquel extremo.

Apenas llegaron a la habitación, Isobel manifestó en voz alta lo que ambos pensaban.

—Si ese pasaje es la pista que buscamos, si ése es realmente el mundo subterráneo que simboliza Caronte, entonces hemos perdido la batalla. Esta vez sí que hemos llegado al final del camino. Quizá por eso Grainger se marchó tan rápido. Debió de darse dado cuenta de lo inútil que es todo esto.

Michael negó con la cabeza.

—De ninguna manera. No escuchaste a Rupert Walker con la suficiente atención. Él no mencionó a ningún «Molyneux». Si Grainger le hubiese

preguntado por algún túnel subterráneo, Walker habría mencionado la coincidencia. Pero no dijo nada. Lo que significa que nuestro querido rival no estaba interesado en ningún túnel. Hemos vuelto a equivocarnos, Isobel. Todo vuelve a repetirse. Grainger se marchó de este sitio sabiendo algo que nosotros no sabemos.

Esa noche, durante la cena, ninguno de los dos habló mucho. Después de dos días en Peverell Place, no habían avanzado nada. Grainger ya les llevaba tres días de ventaja, en lugar de uno. Isobel y Michael presentían que esa noche iba a ser la última de su aventura. Para empeorar las cosas, Michael se había enterado en el informativo de la noche de que el magnate en el caso de fraude había sido condenado a tres años de prisión y a una multa de doscientas mil libras. El hombre intentó apelar, pero eso no contaba para la apuesta. Michael había perdido. No era tanto el dinero lo que lo afectaba, sino el hecho de que su suerte había cambiado. Parecía un mal presagio. Como era habitual en él en circunstancias así, se reconfortó con su vino favorito, un borgoña con cuerpo.

—Si bebo lo suficiente —le dijo a Isobel—, podré dormir, incluso en el condenado sofá.

Rupert Walker se acercó a ellos en mistad de la cena.

—Antes de que se marche —le dijo a Michael—, ¿me dejaría usted una tarjeta? Nunca se sabe, tal vez necesite tasar los retratos para el seguro y quizá usted pueda ayudarme.

—Desde luego —dijo Michael—. ¿Y por qué no el tal Molyneux?

—Él me dijo que era académico, no marchante. Pero sí me comentó una cosa que daba a entender que tenía alguna idea de quién pintó los cuadros.

—¿Ah, sí? ¿Qué cosa?

—«La máscara lo revela todo», dijo. «La máscara lo revela todo». Yo supuse que sería alguna clase de firma, o una señal que determinado pintor añadía siempre a sus cuadros. Como el monograma de Toulouse-Lautrec.

—¿Qué piensas? —dijo Isobel después de que Rupert Walker se marchó de la mesa—. ¿Podría ser cierto? ¿Que la máscara fuese alguna clase de firma?

—Si es así, no es de nadie que yo conozca. Algunos pintores, como Durero y Toulouse-Lautrec, usaban monogramas. Había un pintor romántico alemán, Friedrich, que acostumbraba a añadir lunas y planetas en sus paisajes como recurso para identificar su autoría. Pero eso es todo lo que sé. No conozco

ningún pintor cuyo nombre recuerde a una máscara. ¿Qué debió de querer decir Grainger con eso de que «la máscara lo revela todo»? ¡Grrrainger! Pensaba que iba a poder dormir esta noche. Ahora sé que no.

—Toma un *whisky*. Eso te dará sueño. Y un cigarro. —Cuando ella vio la expresión de sorpresa en el rostro de Michael, sonrió—. Hay un método en mi locura. Te ayudará a relajarte. Una vez que estés dormido me sentiré más segura y menos culpable. Oh, y, de paso, hoy puedes dormir en la cama. Siempre tuve la intención de cumplir con mi turno en el sofá.

Michael aceptó su sugerencia y pidió un *whisky* de malta y un cigarro. Incluso jugaron un poco al ajedrez. Pero él estaba distraído e Isobel le ganó fácilmente. Después de medianoche, cuando subieron a la habitación, él seguía sin tener nada de sueño. A pesar de lo que Isobel había dicho, cuando salió del baño con su pijama Michael ya se había acomodado en el sofá, envuelto en una sábana y una manta.

—Sé que me toca dormir en la cama, pero ahora tú sabes que no represento ningún riesgo y que soy un caballero. Tal vez me haya ganado un beso de buenas noches.

Para sorpresa de Michael, Isobel se lo dio de inmediato.

ONCE

Isobel quedó todavía más sorprendida a la mañana siguiente cuando Michael la despertó con un beso. De inmediato se puso alerta y recelosa.

—¿A qué estás jugando? ¿Y qué hora es?

Sus ojos empezaron a acostumbrarse a la luz y al hecho de que aún no había salido el sol; sólo se veía un pálido resplandor en el cielo.

—Las seis menos cuarto…

—¡Qué!

—Sí, y has de levantarte. No estoy jugando a nada. Hablo muy en serio. Este sofá es condenadamente incómodo, en especial la segunda noche. Hoy tampoco he podido dormir, de modo que me he pasado todo el tiempo sentado, pensando, y creo que lo hemos resuelto. Me refiero a nuestro pequeño problema. Debemos partir ahora mismo.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Haz lo que te digo. Te lo explicaré por el camino.

—¿Partir? ¿Partir hacia dónde?

—Godwin Magna.

—Pero ¿por qué…?

—¡Vístete! Ya te lo he dicho, te lo explicaré por el camino.

Isobel tardó veinte minutos en estar lista. Por suerte, aunque era muy temprano, Rupert Walker ya se había levantado, de modo que Michael pudo pagar la cuenta mientras Isobel se vestía. De otra manera habría parecido que intentaban irse sin pagar. También aprovechó la oportunidad para darle a Walker una de sus tarjetas.

—Conduce tú —dijo Michael cuando Isobel salió del hotel al fresco aire de la mañana. El olor a salitre se mezclaba con el del pan recién horneado de la cocina del hotel. El sol apenas comenzaba a calentar la gravilla de la entrada—. Tú has dormido algo en las últimas cuarenta y ocho horas. —Con un gesto de desafío, le enseñó el cigarro encendido que llevaba en la mano—. Lo necesito después de la noche que he pasado.

Isobel encendió el motor, alarmando a un par de perros que ninguno de ellos

había visto antes, y despertando, sin duda, a todo el hotel. Ambos se rieron. Ella aceleró rápidamente por la entrada para coches y puso rumbo al este, camino de Abbotsbury.

—Bueno —dijo mientras el coche ganaba velocidad en la carretera vacía—. Por segunda vez, ¿a qué estás jugando?

—A ser un brillante detective aficionado. Casi al mismo nivel que la excelente inspectora Sadler.

—¡Explícate! —siseó ella con los dientes apretados—. O arrojaré tu condenado coche por aquel acantilado.

Pero Michael ya había abierto el mapa y lo tenía sobre las rodillas.

—Tomaremos un atajo. Gira a la izquierda en Abbotsbury, donde veas el cartel del Valle de Piedras y de Portisham. Es una subida bastante empinada.

—¡Michael!

—Oh, ya te lo explicaré, no te preocupes. Pero no te saltes el desvío.

Entraron en Abbotsbury, que estaba silenciosa como una tumba. El líquido sol de esa hora bañaba las piedras de amarillo, de modo que, durante un momento, toda la aldea quedó sumergida en una luz brillante y dorada. Cuando por fin encontraron la carretera hacia el Valle de Piedras e Isobel la cogió a buena velocidad, Michael comenzó a hablar.

—Una cosa que he aprendido de nuestra pequeña aventura es que, si no vas a ninguna parte, debes empezar de nuevo, marcarte un nuevo objetivo, reorganizar el itinerario, hacerlo todo otra vez y dejar de lado cualquier suposición previa. Eso es lo que decidí hacer sobre Peverell Place a las… oh, más o menos a las dos y cuarto de esta madrugada. —Vaciló un momento—. Hazte esta pregunta: ¿cuál es el atributo más importante de Peverell Place?, ¿qué nos trajo aquí en primer lugar?

—¿El escudo de armas?

—Exacto. Es obvio, muy obvio. Siguiente pregunta: ¿en qué consiste el escudo de armas?

—¡Michael!

—De acuerdo, yo contestaré en tu lugar. En cisnes y en máscaras. Una vez más, es muy obvio. Ahora viene lo importante. ¿Por qué cisnes y máscaras? No me refiero a toda esa historia sobre Venecia y que el rey le otorgara a los Peverell la concesión de los cisnes. Recuerda que nos las vemos con una mentalidad eclesiástica. Cultura medieval. ¿Cuál sería el significado de unas máscaras y unos cisnes para el pintor del cuadro?

Isobel se quedó un momento en silencio. Pasaron a toda velocidad junto a un bosque de altas hayas que empezaba a resplandecer con una luz dorada y verde. Luego dejaron atrás un cartel que indicaba el camino a Helstone.

—No lo sé —respondió finalmente.

—Sí lo sabes; sólo que lo has olvidado en este momento. A mí me alertó lo que Rupert Walker nos dijo que le había comentado Grainger: «La máscara lo revela todo». Pero en realidad una máscara no revela nada, ¿verdad? Hace justamente lo opuesto. Una máscara es un disfraz. Una máscara es el símbolo del engaño. Y la principal característica de un cisne es su mudez, su silencio. Engaño y mudez: ahí tienes dos elementos. En tercer lugar, si recordamos el cuadro y lo que Helen encontró después de limpiarlo, hay otra cosa que hemos pasado por alto. La figura del monje que mira hacia abajo, hacia la losa; en realidad, no es un monje…

—Sí lo es…

—No. Tú estás conduciendo, de modo que no puedes verlo, pero de hecho el monje no tiene rostro. Éste está oculto tras la capucha. En su momento no se me ocurrió que tuviera importancia, pero ahora pienso que importa mucho. Cuando Helen limpió la suciedad de la losa, también descubrió los pies del monje, y resulta que no son humanos…

—Dijo que parecían garras.

—Correcto. Tu memoria también está despertándose. Helen dijo que eran como garras. Alrededor de las cuatro de la mañana averigüé qué representa una bestia, un león, cubierto por un manto largo y sin cara. Simplemente pasé las páginas de uno de los libros de referencia de la A a la Z. De AM a ZZZZ… Por suerte, lo encontré en la E, de modo que no me llevó un par de semanas.

—¿La E de…?

—«Engaño». Un león vestido con el hábito de un monje es el símbolo medieval del engaño. No me preguntes por qué en este momento; sólo créeme. En cualquier caso, ahora tenemos dos engaños y una mudez, si entiendes a lo que me refiero.

—¿Adónde quieres llegar?

—Espera un poco. Quiero desarrollar todo mi razonamiento para poder convencerte. Acabamos de pasar el monumento a Hardy; deberías girar a la derecha pronto… Busca el cartel.

La carretera descendía hacia un valle pequeño. Más adelante vieron unos cables de electricidad. Había una aldea en las estribaciones de la colina.

—Martinstown… ¿sí? —dijo Michael—. Allí está el cartel. Gira a la derecha justo aquí.

Isobel viró en redondo. El cartel decía: «Winterborne Monkton - 2 km».

—Cuando me puse a reflexionar sobre la cuestión del engaño, volví a examinar la figura del monje. Y cerca de las cinco de la mañana por fin percibí otra cosa que antes no habíamos notado. Algo tan obvio que jamás pensamos que sería importante. Pero es fundamental.

—¿Y eso es…?

—¿Quieres adivinar?

—¡Michael!

—No, en serio. Hay un detalle muy simple, muy elemental, que distingue al monje de otros de los personajes del cuadro.

Ella comenzó a frenar, irritada con las dilaciones de Michael.

—Vale, vale. Algunas de las figuras de este *puzzle* miran a la derecha, otras miran a la izquierda.

—Sí, desde luego que me había percatado. Es obvio, pero… ¿crees que tiene importancia?

—Ahora sí. Al igual que tú, yo también lo había notado antes, pero jamás imaginé que fuera tan importante. Sin embargo, unas páginas antes de la definición de «Engaño» en el libro que leí durante toda la noche había otro párrafo bajo el título de «Danza». La definición estaba ilustrada con un dibujo, una imagen que me resultó familiar, salvo que el ilustrador del libro había dividido las figuras según miraran a la izquierda o a la derecha. Me salté el artículo y seguí adelante hasta la E, pero luego volví a leerlo mejor. Supongo que me di cuenta de que las figuras de nuestro «cuadro» miraban en direcciones diferentes porque mi subconsciente había registrado esa otra entrada, la de «Danza». En cualquier caso, cuando presté más atención al párrafo de «Danza», reconocí de inmediato el cuadro que habían utilizado para ilustrarlo: *La primavera*, la famosa alegoría de Botticelli. Todos la conocen; está en la Galería de los Uffizi de Florencia. Ahora bien: hay siete figuras en el cuadro de Botticelli, casi tantas como en el tuyo, y lo que yo no sabía pero me enteré al leerlo en el libro es que la forma en que están dispuestas simboliza una escala musical. Las figuras que miran a la derecha representan todas las notas que están en armonía, mientras que las que miran a la izquierda representan las disonantes.

»Ahora apliquemos ese esquema a nuestro cuadro. Lo que yo creo que significa es que todas las figuras que miran a la derecha son pistas verdaderas,

diseñadas para producir una solución armónica al misterio. Mientras que todas las otras, las que miran a la izquierda son, sencillamente, pistas falsas.

—¿Quieres decir… quieres decir que han sido puestas allí a propósito… para confundirnos?

—Sí, eso es, exactamente, lo que quiero decir. La mentalidad medieval era así, como no me canso de repetir… También creo que Grainger, Grrrainger el grrrasiento, que está más habituado a este tipo de investigaciones que nosotros, se dio cuenta muy poco después de su llegada a Peverell Place. Por eso no se quedó mucho tiempo, y eso es lo que quiso decir con su misteriosa frase: «La máscara lo revela todo». La persona que pintó el *Paisaje con mentiras* escogió a los Peverell porque eran conocidos en el monasterio de Monksilver y cualquiera que siguiera el rastro de los tesoros supondría automáticamente que Peverell Place, con sus relaciones con el contrabando y sus indudables lazos a través de Henry, el hombre de los caballos, era un escondite perfecto. Pero quienquiera que pintara el cuadro, o quien lo diseñara, también sabía que el escudo de armas de la familia era perfecto. Porque enfatiza todo el mensaje: al igual que las máscaras, Peverell Place era un engaño; al igual que los cisnes mudos, no tiene nada para decirnos. Hemos estado perdiendo el tiempo entre cisnes y máscaras. Por eso no pudimos encontrar ningún río ni nada que se relacionara con Caronte, la figura siguiente. Philip Cross mira a la derecha. Las tres figuras siguientes miran a la izquierda y nos desvían del camino correcto. Pero Caronte es una pista verdadera; fíjate, mira a la derecha. Y eso no es todo. Las figuras que miran a la derecha también están mirando al crucifijo invertido y, como hemos averiguado desde el principio, el crucifijo, en este contexto, representa la sabiduría, la verdad. No olvides también que Helen nos contó que encontró una lágrima en la cara de uno de los personajes. Ése está mirando al lado equivocado, y si examinas los rostros de las otras figuras que miran al lado equivocado, todos tienen lágrimas diminutas en las mejillas. Un detalle extraordinario… ¿Y por qué? Están tristes porque saben que son mentirosos, saben que nos están confundiendo adrede.

Michael hizo una pausa. Isobel aminoró la velocidad para atravesar una zona de poca visibilidad; luego volvió a acelerar.

—Entonces busqué «Tristeza» —prosiguió él—; era un subapartado de «Emoción». En la Edad Media, ciertos colores representaban la tristeza, en especial el pardo. ¿Qué encontramos en el *Paisaje*? Todas las figuras que miran al lado equivocado llevan alguna prenda de color pardo.

Isobel desvió la mirada del camino y la clavó en Michael.

—Todavía hay más. Los labios, por ejemplo. Todas las pistas verdaderas tienen la boca abierta, como si estuvieran hablando. Tienen algo que decir. Todas las falsas pistas o bien no tienen labios, porque no podemos verles las caras, como el caso del león, o bien los tienen cerrados. No pueden decirnos nada. Todas las pistas falsas llevan alguna joya; principalmente anillos, o piedras preciosas cosidas a la ropa. Las joyas son el símbolo de la vanidad, o de la corrupción… ¿qué otra cosa podría representar mejor una pista falsa? Ya te lo he dicho antes, Isobel, una vez que aprendes a descifrar este cuadro, las cosas se ven con la misma claridad que obtienes después de beber un buen Laphroaig. Y ahora estoy seguro: íbamos mal encaminados. Era Betamax, no VHS.

—No puedo creerlo…

—Hay otra cosa más. Pero antes, mira, ya estamos llegando a Winterborne Monkton. Gira a la izquierda, después a la derecha casi inmediatamente, en dirección a Winterborne Herringston.

Aguardó mientras Isobel prestaba atención a los giros. Vieron una camioneta de reparto de leche, pero nada más.

—Cuando empezamos, al principio, ¿recuerdas que había un dibujo en el capitel de la columna de mármol?

—¿Adán y Eva?

—No, no, el otro dibujo. Un hombre con una vara de hierro, descendiendo por unos escalones que lo llevan hacia Mercurio, la figura que resultó ser Philip Cross… ¿lo recuerdas?

—Sí, por supuesto. ¿Por qué hemos de regresar a eso ahora?

—Eso es algo de lo que me percaté a las seis menos cuarto de la mañana, cuando todo encajó en su sitio y, como el príncipe azul, te desperté con un beso.

—Si el príncipe azul no avanza con su historia, va a dormir bastante más de cien años seguidos.

Michael sonrió.

—Me vendría bien, después de la noche que he pasado. —Le dio una calada a su cigarro—. Debería haberme dado cuenta antes, pero el hombre de la vara desciende cinco escalones. Apuesto dos peniques contra un Turner que eso significa que hay que seguir cinco pistas para llegar al tesoro.

—¡Ah! Entonces tu teoría no funciona. Hay cinco figuras en el círculo y si la memoria no me falla, cinco están mirando a la izquierda. Eso nos deja tan sólo cuatro pistas.

—Muy observadora. Endemoniadamente precisa. Pero una vez más te apuesto a que eso significa que la última figura también contiene el quinto paso. Pensemos en ello cuando sea el momento. Ahora lo principal es que Peverell Place y el monasterio de Lewell no tienen nada que ver con todo esto. Debemos regresar a la última pista verdadera, más allá de Higher Lewell; es decir, a Godwin Magna, y volver a empezar desde allí. La mejor noticia de todas es que según el mapa hay un río bastante importante que atraviesa Godwin Magna pero que nosotros jamás vimos. Se llama Frome. Es evidente que la pista de Caronte se refiere a ese río y, como acordamos la otra noche, la figura siguiente, el tritón, significa que tenemos que avanzar río abajo, en dirección al mar.

Al este de Winterborne Herrington, la carretera descendía en una suave inclinación hacia un valle y estaba semicubierta por el barro endurecido depositado por las pezuñas de las vacas que, a esa hora tan temprana, ya habían llevado a ordeñar. El sol estaba más alto y empezaba a brillar en los contornos de las nubes.

Después de un breve silencio, Isobel miró a Michael y dijo en voz baja:

—¿Estás muy cansado? Dos noches sin dormir… Me siento culpable.

Michael le sonrió.

—Bien, me alegro. Pero no te culpes demasiado… Después de todo, recibiremos nuestra recompensa.

—Te devolveré el dinero del hotel, y todos los otros gastos, si encontramos ese condenado tesoro.

Michael extendió la mano para tocarle el muslo en un gesto tranquilizador. Ella bajó la mano izquierda rápidamente y le agarró la muñeca para impedírselo. Pero mantuvo el apretón un poco más de lo necesario y, cuando volvió a ponérsela sobre las piernas de él, la acarició un momento, antes de cambiar de marcha en un cruce.

—Faltan casi dos kilómetros para Godwin Magna —dijo Michael, leyendo el cartel. Volvió a mirar el mapa—. Según esto, debemos atravesar este pueblo, luego hay una brusca curva a la izquierda que da a una pendiente empinada. En la ladera inferior de la colina, el camino vuelve a describir otra curva brusca hacia la derecha y cruza el río. Sigamos por allí.

Isobel disminuyó la velocidad cuando llegaron al pueblo. En esa ocasión estaban entrando desde el sur, por el extremo opuesto a la vez anterior. A la izquierda vieron la iglesia y el bosque de hayas rojas. Ya había señales de vida: perros, una o dos personas en bicicleta, la camioneta del cartero. Pero la tienda

del pueblo, donde Michael tenía la esperanza de conseguir un poco de chocolate para desayunar, todavía estaba cerrada. Apenas eran las seis y media.

Bajaron la colina y, una vez en el valle, giraron por una esquina. Un puente de piedra de baja altura, deteriorado por la humedad, podía verse más adelante. Isobel lo cruzó lentamente hasta llegar a una verja que estaba al otro lado. Aparcó de modo que la mayor parte del coche quedara fuera de la carretera.

Salieron y volvieron andando hasta el puente. Allí, permanecieron bajo el sol, inclinados sobre el pretil, mirando las aguas color castaño del río. Cerca de las orillas había unas franjas de juncias, verdes y negras. Pero, en el medio, el agua era demasiado oscura y profunda para poder ver el fondo, y corría rápidamente.

—De modo que éste es el Frome —dijo Isobel. Se inclinó para recoger una ramita. La arrojó a las aguas y los dos miraron cómo la corriente se la llevaba a toda velocidad río abajo—. Y nosotros tenemos que seguir en la misma dirección —añadió—. Pero ¿cómo? ¿Y qué estamos buscando?

—Dejé el mapa en el coche, pero, según recuerdo, el río no pasa cerca de ninguna carretera durante tres o cuatro kilómetros más. Y, en cualquier caso, en el siglo XVI el tráfico fluvial era mucho más rápido que los caminos, cuando los había. Por tanto, me temo que en este punto debemos abandonar la carretera. Regresemos al coche y analicemos la siguiente pista de la fotografía.

Isobel se apoyó en un lado del coche, disfrutando del sol, que era cada vez más intenso, y examinó la foto.

—Mira —dijo—. El tritón lleva lo que parece ser un collar de flores en el cuello, de la misma manera que Philip Cross llevaba el emblema de la Orden de San Miguel en el suyo. Eso debe de ser una pista, ¿no crees?

—Estoy seguro. Yo también me había dado cuenta. Hasta ahora los detalles siempre han sido lo más importante: las llamas invertidas en la túnica de Mercurio, el crucifijo invertido y semioculto. En este cuadro todo tiene su significado, de modo que las flores también deben de tenerlo. No las reconoces, ¿verdad? Me refiero a las flores. ¿No se parecen a nada que tengas en la granja?

Isobel sonrió.

—Una granja es una granja, no una floristería.

—Bien, debe de haber una huerta o un vivero cerca de aquí, donde podamos pedir ayuda. Regresemos al pueblo y preguntemos.

Montaron en el Mercedes. Michael echó hacia atrás el techo y pusieron

rumbo al pueblo. Ya eran más de las siete y la tienda estaba abierta. Compraron chocolate y el encargado les informó de que había un vivero a varios kilómetros de allí, en Laycock.

Cuando salieron de Godwin Magna, Isobel dijo:

—Supongo que tendremos que mostrarles el cuadro.

—No creo que tengamos alternativa. Debemos inventar algunas excusas y hacer que parezcan perfectamente creíbles. ¿Alguna idea?

—Todavía no. Mira, ¿es necesario que hagamos esto? La flor está muy bien pintada, con sus pétalos blancos, estambres rosados y una pequeña mancha amarilla al final. Si encontramos alguna embarcación y exploramos el río con cuidado, estoy segura de que la reconoceríamos. De esa forma no tendríamos que meter a nadie más en esto.

—Mmm… Nuestro problema es el tiempo. Grainger nos lleva mucha ventaja. La flor puede ser bastante conocida, y podría haber muchos lugares por aquí donde crezca de manera abundante. Un experto lo sabría y podría guiarnos exactamente a donde queremos ir. Por otra parte, también es posible que la flor ya no exista. Podrían haberlas cortado o tal vez hayan edificado en el lugar donde crecían. En ese caso nos vendría bien saber en qué clase de zona suele haber flores como ésa, de modo que podamos buscar algún lugar en el que podría haber crecido.

Pero Isobel no quedó del todo convencida.

—Tal vez tengas razón —dijo por fin—. De todas maneras, ya estamos cerca de Laycock. Sigamos adelante.

Laycock era más grande que Godwin Magna. En el pueblo había una escuela, y, aquella mañana, también un mercado. Ya eran casi las ocho cuando llegaron, y la plaza principal estaba llena de puestos de venta de quesos, mermeladas caseras, verduras, pescado y flores. Isobel, que seguía conduciendo el coche, avanzó con dificultad entre la multitud. En un momento dado, Michael se bajó para preguntar en un puesto de flores cómo llegar al vivero. Le dijeron que cogiera el camino de Slapstone y que el vivero estaba a un kilómetro y medio.

En los alrededores de Laycock se veía mucha maleza, a diferencia de los exuberantes prados de Godwin Magna. A Michael siempre le asombraba la forma en que la campiña inglesa cambiaba tan rápidamente. Era una de las cosas que adoraba.

«Los Viveros de Nora» se anunciaban con un cartel grande de letras rojas y

doradas. Aunque todavía no eran las ocho y cuarto, ya estaba abierto, con las puertas de par en par. Cerca de la entrada se veían cajas de flores, como brillantes salpicaduras de color escarlata, listas para su venta. Salieron del camino y se internaron en un patio polvoriento rodeado de invernaderos en tres de sus lados. Un gran cartel escrito a mano decía: «Geranios. Compre cuatro, llévese uno gratis». A su lado se veía una nota donde decía: «Por favor, llame al timbre», y una flecha que señalaba el timbre en cuestión.

—Deja que yo me encargue —dijo Isobel—. Tú tienes un aspecto demasiado urbanita para que te tomen en serio por estos pagos. Yo, al menos, tengo manos de campesina. —Se bajó del coche y tocó el timbre. Casi de inmediato se oyó una voz desde el interior de uno de los invernaderos que decía: «¡Ya voy!».

Después de unos momentos una mujer vestida con un mono azul y un pañuelo rojo en la cabeza apareció por una puerta. Tenía las mejillas rubicundas, un busto imponente y barro en las manos. Un perro ladraba junto a sus pies.

—¡Condenado animal! —gritó ella, mientras trataba de apartar con los pies, cariñosamente, al perrito—. Buenos días. Hace una mañana preciosa. —Tenía una voz muy potente.

—¿Usted es Nora? —dijo Isobel.

—Un nombre condenadamente horrible, ¿no es cierto? De todas maneras debería estar contenta de que no me pusieran Edna o Ethel. ¿Quieren flores o fruta?

—Fruta, por favor, y algunos datos.

—Por supuesto. Por aquí. —Le lanzó una mirada a Michael, que estaba sentado en el coche, y luego guio a Isobel hacia el invernadero.

Las dos mujeres desaparecieron entre diez y quince minutos. Michael encendió la radio del coche y escuchó un informativo. En Estados Unidos no menos de siete candidatos habían anunciado que se postularían a la presidencia, a pesar de que todavía faltaba más de un año para las elecciones. Michael se preguntó cuántos de ellos sobrevivirían a la avidez mediática de buscar secretos escandalosos en su pasado, una actividad que era cada vez más habitual. Estaba considerando la idea de proponer una apuesta sobre el tema cuando volvió Isobel.

—Michael, ven a echarme una mano, por favor —gritó ella.

Él se bajó del coche y la siguió. Caminaron entre filas de crisantemos de hojas largas y color verde oscuro, húmedos gracias a la densa atmósfera del interior del invernadero. En el otro extremo había un claro donde Nora tenía su

oficina, una estufa que le proporcionaba calor en invierno, un teléfono y un hornillo de queroseno para preparar el té.

Saludó a Nora con una sonrisa, y ésta le devolvió el saludo con un gesto. Tenía dinero en la mano y, como era evidente, estaba dándole la vuelta a Isobel. Ésta le indicó a Michael un cajón de manzanas.

—A ver si ayudas un poco, Michael, por favor. Lleva ese cajón al coche.

Michael levantó las manzanas y las trasladó hasta el Mercedes, contento de estar fuera, al aire fresco, y lejos del bochorno del invernadero. Puso las manzanas en el asiento trasero, junto con los libros de referencia. Isobel lo seguía a pocos pasos, charlando con Nora. Esta vez Michael se sentó al volante. Isobel se despidió de la otra mujer y entró en el vehículo.

—Volvamos a Laycock —dijo, y luego se volvió en el asiento para saludar de nuevo a Nora con la mano.

—¿Y bien?

—Compré las manzanas para ganármela; además, nos servirán cuando tengamos hambre. Le dije que estábamos en una de esas competiciones tipo caza del tesoro, y que la flor era nuestra siguiente pista. Pensé que ésa sería la excusa menos sospechosa.

—¿A las ocho y media de la mañana? Oh, bien, si conseguiste convencerla, vale. Continúa.

—Reconoció la flor. Me temo que tenemos un problema. Es de almendro.

—¿Almendro?

—Sí. La mala noticia es que el almendro es casi desconocido en Gran Bretaña.

—Eso no es necesariamente malo. Si es casi desconocido, entonces los pocos lugares en los que sí existe podrían ser bastante famosos en la zona. ¿Te dio más datos?

Isobel negó con la cabeza.

—No. Me explicó que la reconoció porque su hermano vive en Italia, donde también tiene un vivero, y que el almendro es muy común en ese país.

Michael entró con el coche en Laycock y volvió a pasar junto al atestado mercado. Cuando salió al otro lado, dijo:

—Creo que me apetece comer una manzana ahora. ¿Me pasas una? —Masticó un momento y luego continuó—: Entonces tendremos que usar el río. Necesitamos alquilar una embarcación. Una vez que estemos en el agua, tal vez encontremos un montón de cosas que no pueden verse desde ningún otro lado.

De todas maneras, no me gusta mucho la idea. Hay árboles que duran cientos de años, pero si éste es muy poco común, y no suele crecer por la zona… —De pronto se le ocurrió algo—. Un momento. Si es un árbol tan raro tal vez eso signifique que en una época hubo alguien cuya propiedad lindaba con el río, que estaba muy interesado en la jardinería y que traía plantas raras del extranjero, así como Peverell traía caballos raros. Esas cosas eran bastante frecuentes en aquellos tiempos.

Entusiasmado, aparcó el coche y buscó el mapa en el asiento trasero. Lo abrió y lo desplegó sobre las piernas de ambos. Encontró el río Frome y siguió su recorrido con el dedo.

—Sí… ¡Fíjate! Al parecer hay tres lugares con huertos o bosques que llegan hasta el río. Aquí, en Sayers Heath, luego en Quarr Wood y finalmente en Warmwell Green.

—Pero podrían ser del siglo XVIII, del XIX o incluso del XX.

—Es cierto. Pero también es posible que los huertos o bosques más recientes estén en el mismo lugar que los que estaban antes, debido a que el microclima o la canalización eran ideales para los cultivos. En cualquier caso, una vez que estemos en el río podremos examinar toda la orilla, para estar más seguros. ¿Por casualidad no le preguntaste a esa mujer, Nora, dónde podríamos alquilar una barca?

—No, me pareció que llamaría la atención.

—Sí, probablemente tengas razón. —Se pellizcó una ceja—. Podremos encontrar algo así en Dorchester, supongo. Es la única ciudad grande en esta zona.

Tardaron alrededor de media hora en llegar a Dorchester. Puesto que todavía no eran las nueve, pararon en The Yeoman para tomar otro desayuno campestre.

—Podemos preguntar en el hotel dónde están los embarcaderos —dijo Michael.

Cerca de las diez pasaron con el Mercedes por detrás del ayuntamiento, como les habían indicado, luego siguieron hacia la cárcel del condado y llegaron a una zona en la que había varias instalaciones industriales pequeñas, de ladrillo colorado, a ambos lados del río. Había unos almacenes, un pequeño gasómetro, un almacén de suministros para barcos, los rieles de una vía que llevaba varios años sin ser utilizada y que ahora no daba a ninguna parte. Llegaron a un callejón sin salida y justo al final vieron un cartel que decía: «Embarcadero

Waddon. Se alquilan barcas».

Michael aparcó el coche.

—Llevémonos las manzanas —dijo— por si no hay ningún *pub* en el río. Deja tu bolso en la guantera; no nos conviene que caiga al agua.

Enfilaron hacia el muelle.

—Ahora es tu oportunidad de ponerte autoritaria de nuevo —dijo Michael, sonriéndole a Isobel—. Las barcas son tu especialidad.

Un joven de unos dieciocho años estaba sentado sobre una lata y pintaba el casco invertido de un bote. Aunque tenía la radio encendida levantó la mirada cuando ellos se acercaron.

—Nos gustaría alquilar una barca, por favor —dijo Isobel.

—¿De remos o de motor? —No se movió, ni dejó de pintar.

—Oh, de motor, desde luego.

—Son tres libras la hora.

Michael se adelantó mientras sacaba la cartera del bolsillo de su chaqueta.

—¿Cuánto tiempo crees que necesitaremos para llegar a Wareham?

El joven se encogió de hombros.

—Cuatro horas. Tal vez cinco.

—¿Y hasta qué hora tenéis abierto?

Sólo en ese momento el joven dejó de pintar.

—Abrimos hasta las ocho durante todo el mes de junio. Pero si quieren usar la barca todo el día han de pagar por adelantado. Diez horas, es decir, treinta libras.

Michael le entregó dos billetes de veinte. El joven dejó la brocha sobre el casco, se levantó, cogió el dinero y entró en un cobertizo de ladrillos donde al parecer estaba la oficina. Regresó con la vuelta y luego los guio por un sendero que serpenteaba a lo largo de un astillero donde podían verse muchos otros botes con el casco hacia arriba. Por fin llegaron a un corto pontón. La embarcación que el joven escogió para ellos parecía bastante nueva, lo que era tranquilizador, aunque de ninguna manera era tan grande como la barca que habían utilizado para navegar en los Broads. De hecho, Michael pensó que era poco más que un bote de remos con un motor en la parte trasera. El muchacho le explicó que era un batel.

Les enseñó cómo encender y apagar el motor. Se aseguró de que el tanque estuviera lleno de combustible y llenó un bidón extra que luego guardó, junto con algunas cuerdas, en un compartimento que estaba en la proa. Había una tabla

cuadrada sujetada poco firmemente en la parte superior del compartimento para impedir que entrara el agua de lluvia o las salpicaduras. También había un único remo de emergencia por si fallaba el motor.

—Esta gasolina debería alcanzarles para todo el día —dijo el joven—. Si no, o si tienen algún problema, pueden conseguir combustible y asistencia técnica en Wool y en Wareham. O pueden llamarnos al número que está pintado en la caja del motor. —Se lo señaló a Isobel—. Y no lo olviden, los ríos no son como las carreteras. Mantengan el rumbo.

Sujetó la barca mientras Isobel y Michael, que llevaba las manzanas, subían a él. La pequeña embarcación era mucho menos estable que la que habían usado en East Anglia. El joven empujó la barca, esperó un momento para ver si podían dominarla y luego, al ver que al menos Isobel parecía saber lo que se hacía, volvió a su pintura.

Al principio el río era bastante estrecho y corrían a gran velocidad. Además, puesto que todavía estaban río arriba respecto de Godwin Magna y, por tanto, en una parte que no les interesaba, Isobel puso el motor al máximo. El sol ya estaba lo bastante alto como para calentar, aunque la brisa era agradablemente refrescante. Parecía que sería un día perfecto.

Tenían el río más o menos para ellos solos, aunque al pasar por la Facultad de Arquitectura de Dorchester vieron una o dos barcas bastante grandes junto a la orilla, que estaban cargando bolsas de fertilizante.

Tardaron unos cuarenta minutos en llegar a Godwin Magna. Cuando el familiar puente, con sus franjas de humedad, apareció más adelante, Isobel disminuyó la marcha para acompasarse a la corriente. A su izquierda se elevaba la colina que daba al pueblo, mientras que al otro lado se extendía un extenso marjal.

Durante la siguiente hora y media navegaron lentamente río abajo. Por momentos alcanzaban a ver la carretera, aunque la mayor parte del tiempo ésta permanecía oculta. En las zonas más llanas, los marjales estaban cuajados de juncos. En otros sitios los árboles llegaban hasta la orilla, oscureciendo el agua y enfriando el aire. Cuando sus ojos se acostumbraron a la fauna fluvial, vieron peces, gallinetas de agua, diferentes tipos de patos y recelosas ratas de agua que apenas asomaban a la superficie.

El primer sitio al que llegaron era Sayers Heath, pero no se molestaron en parar. Era un pinar moderno, de forma regular y densamente poblado, y lo más probable era que no tuviera más de cuarenta años de antigüedad. No había

ninguna casa relacionada con el bosque que pudiera remontarse a épocas más antiguas. Tampoco había flores de ninguna clase.

Siguieron navegando, comiendo alguna manzana que otra. Era posible que Grainger aún les llevara ventaja pero a Michael le resultaba cada vez más difícil no relajarse en un entorno tan idílico como aquél. El sol, reflejado en el agua, comenzaba a molestarles en los ojos. Pasaron cerca de unas cuantas embarcaciones pero no tantas como las que habían visto en los Broads. Avanzaron despacio junto a nubes de perifollos con su penetrante olor, azaleas silvestres, que alguna vez habían sido de color carmesí pero que ahora se habían marchitado, y guirnaldas de frutos, rojos y morados, cuyo nombre no pudieron recordar.

Llegaron a Quarr Wood poco después del mediodía. La zona parecía mucho más prometedora y a Michael se le aceleró el pulso. El bosque estaba justo después de un puente de piedra muy antiguo y debajo de un prado en el que se veían unas cuantas hondonadas muy curiosas. Isobel las vio y comprendió qué eran.

—En una época los ríos corrían por ahí —le explicó a Michael—. Hay otros lugares así cerca de la granja y por toda Gran Bretaña. En los siglos XIII y XIV los monjes enderezaron el curso de los ríos de manera que el agua corriera más rápido e hiciera girar a mayor velocidad sus molinos. Eso significa que deberíamos encontrar un molino muy viejo, o al menos el sitio donde lo hubo, al final de este tramo recto. Estamos en una zona medieval. Mantén los ojos bien abiertos.

Cuando alcanzaron la ciudad, descubrieron que ésta ocupaba ambas márgenes del río, que en esa zona era más ancho y tenía orillas de guijarros. Dos cisnes patrullaban las aguas. Para Michael, los árboles parecían una mezcla de especies antiguas y modernas. Había ortigas en abundancia, pero lo que le llamó la atención fue una vieja presa de piedra a un lado del río, donde se le unía un afluente, y un muro antiguo que daba la impresión de haber sido parte del vallado de una huerta.

Michael señaló la presa.

—Eso está marcado en el mapa como Blood River, río de sangre. Mira lo roja que es el agua. Se debe a la tierra de la zona. Acerquémonos a la orilla.

Ninguno de los dos llevaba ropa adecuada para internarse en la selva de ortigas y árboles que se extendía más allá, y les costó mucho avanzar. De todas

maneras, siguieron a lo largo del derruido muro todo lo que pudieron y en el otro extremo descubrieron que había unos cuantos muros más, igualmente antiguos. Por todas partes crecían árboles y maleza.

—Recuerdo haber visto que en el mapa hay una abadía que se llama Quarr y que estaba señalada con letras góticas antiguas, lo que significa que está en ruinas —dijo Michael, jadeando por el esfuerzo—. Debe de ser ésta. Si pudiéramos encontrar una conexión entre Monksilver y Quarr, entonces es posible que éste sea el sitio donde en una época hubo almendros en flor.

—Mira, allí está asfaltado, y hay un cartel.

Era cierto. Habían llegado a la carretera.

Dejaron atrás las ortigas y la maleza y salieron al pavimento. El cartel estaba en muy mal estado pero aún era legible: ABADÍA DE QUARR. Decía: La abadía de Quarr fue una institución muy próspera en el siglo XIV pero dejó de utilizarse después de que una mujer de la zona, que había dado a luz al hijo de uno de los monjes, mató al niño, se suicidó y fue enterrada en secreto en el cementerio de la abadía. Siguiendo la ley eclesiástica, los terrenos donde se encontraba la abadía fueron inmediatamente desacralizados. Cuando el escándalo se hizo público nadie quiso desenterrar el cuerpo. Por tanto, el monasterio donó el terreno a la aldea de Quarton pero nadie lo aceptó y quedó abandonado. Con el tiempo, otros cadáveres que, por una u otra razón, no podían ser enterrados en suelo sagrado, fueron sepultados en Quarr. En la mayoría de los casos se trataba de suicidas y por esta razón, durante parte de la Edad Media y hasta la Reforma, el bosque de Quarr era conocido como el bosque de los Suicidas. La abadía no pudo sobrevivir al escándalo y fue clausurada en 1467.

—Espeluznante —susurró Isobel con un estremecimiento.

—De modo que la abadía ya estaba en ruinas cuando nuestra historia comenzó. Y nadie quería acercarse a ella. Eso podría haberla convertido en un escondite ideal.

—¿Qué propones que hagamos?

Michael vaciló.

—Hemos cometido tantos errores que no quisiera cometer otro. Ésta es una buena posibilidad pero todavía nos queda mucho río por recorrer. Sigamos adelante para descartar cualquier otro sitio. Luego podremos regresar a Quarr y

examinar la zona más cuidadosamente.

Volvieron sobre sus pasos a través de la maleza y subieron a la barca. Isobel arrancó el motor y partieron. Luego pararon en Wool, donde encontraron un *pub*, el Wise Virgin, que estaba junto al río. Compraron unos bocadillos, pero no se entretuvieron y al cabo de pocos minutos siguieron camino.

Más allá de Wool el río no dejaba de describir meandros y en algunos lugares las curvas eran tan pronunciadas que casi giraban sobre sí mismas. Pasaron por otro pinar en Stoke Common, pero éste se encontraba demasiado lejos del agua. Warmwell Green, cuando llegaron, resultó ser una casa del siglo XVIII con un jardín muy cuidado y caballos y vacas paciendo, todos inmóviles, como si estuvieran esperando a que les tomaran una fotografía para una postal. Michael divisó algunos restos romanos aquí y allá, así como un puente de piedra muy antiguo llamado Holmebridge. También había un priorato en Holmebridge, pero sus terrenos no llegaban al río.

Más tarde pasaron debajo de un puente ferroviario, luego dejaron atrás un tanque de petróleo y llegaron a los patios de una escuela. Ya estaban en Wareham. Isobel disminuyó la velocidad.

—¿Damos una vuelta por aquí?

—Lo mejor será que regresemos —sonrió Michael mientras miraba su reloj —. Son las tres y media. Sí. Tiene que ser la abadía de Quarr. Es el único lugar que encaja. Volvamos a Dorchester y devolvamos la barca. Si tienen habitaciones disponibles en The Yeoman podemos alojarnos allí esta noche y empezar con el museo mañana por la mañana. Debe de haber planos antiguos de Quarr en alguna parte, que podrían sernos útiles.

Mientras regresaban río arriba, Isobel le pidió a Michael que se encargase del timón para poder tomar el sol. Cambiaron de posición, con cierta dificultad, y ella volvió a levantarse la falda para broncearse las piernas. Michael hizo un gran esfuerzo para concentrarse en las orillas del río. Encendió un habano.

La brisa lanzó el humo hacia Isobel y ella lo apartó moviendo las manos.

—Formas tantas nubes, Michael Whiting, que es sorprendente que no hagas llover —dijo antes de darse la vuelta.

Mientras estaba sentado en la popa observando el río, puesto que debía mantener el rumbo, Michael se asombró de lo distinto que era todo yendo corriente arriba. Los árboles eran totalmente diferentes, las curvas parecían distintas, los puentes aparecían cuando menos lo esperaba.

Al pasar por Quarr, Michael se sintió más convencido que antes de que ése era el sitio. Luego dejaron atrás Cranes Moor. En Woodsford, Isobel volvió a hacerse cargo del timón y Michael se sentó cerca de la proa, mirando el mapa. Woodsford era una de las aldeas cuya iglesia daba al río.

De pronto, Michael gritó:

—¡Ya lo tengo! No es Quarr. Para, Isobel, déjame enseñártelo. ¡Está en el condenado mapa!

Pero parar la embarcación era más fácil de decir que de hacer. Isobel consiguió dirigir la barca hacia un árbol que se inclinaba sobre el agua para que Michael pudiera agarrarse a él. No apagó el motor, sino que lo dejó en punto muerto, y cogió el mapa que tenía Michael mientras éste se sujetaba al tronco del árbol.

—Busca Woodsford en el mapa —dijo él, entusiasmado—. Sigue el camino del río desde Dorchester… ¿Lo has encontrado?

Ella asintió.

—Bien. Ahora regresa río arriba. ¿Qué aparece escrito en letras góticas junto al nombre del pueblo?

—Castillo de Woodsford.

—Correcto. Ahora fíjate en lo que aparece escrito al otro lado del río, justo enfrente del castillo de Woodsford.

—¿Frome Mead?

—No. Al lado.

—White Mead.

—¡Sí!

—¿Y…?

—¡Isobel! White Mead. «Prado Blanco». ¿Por qué se llama «prado blanco»? Porque solían crecer flores blancas allí. Porque, cuando se le dio su nombre, el color blanco era muy llamativo. ¿Por qué era llamativo? Porque provenía de un árbol poco común, un árbol extranjero, un árbol que nadie más tenía.

—¿Por qué no lo llamaron Almond Mead, «Prado de los Almendros»?

—Tal vez sí lo hicieran, durante algún tiempo. Pero el nombre que quedó fue el de White Mead. ¿Y qué mejor lugar que un castillo para ocultar algo? El lugar tiene que ser ése.

—Hace un minuto estabas convencido de que era Quarr.

—¡Isobel! Tiene que ser uno de esos dos sitios. Pero ahora apuesto por el castillo. Vamos, regresemos. Tiene que haber información sobre el castillo en el

museo local. Estamos a menos de siete kilómetros de Dorchester.

Isobel le pasó el mapa, puso la primera marcha y Michael se soltó del árbol. La barca se impulsó hacia adelante. Después de unos cientos de metros el río giraba hacia la derecha.

—White Mead debería estar justo después de esta curva —dijo Michael—. Mantente lo más cerca de la orilla que puedas. Tal vez todavía queden rastros de almendros por aquí.

A esa altura había arbustos que sobresalían de la orilla. Antes de White Mead se encontraron con una curva muy pronunciada y tuvieron que separarse de la orilla. El prado era bastante llano, y se extendía durante varios cientos de metros hasta un bosque que empezaba más allá. Sin embargo, en uno de los extremos había un grupo de árboles más pequeños, y Michael estaba a punto de preguntarle a Isobel si creía que podrían tratarse de almendros cuando ella exclamó casi en un susurro:

—¡Mira! Otra barca.

Era cierto. Una barca mucho más grande que la embarcación en la que ellos estaban se había detenido junto a la orilla.

Michael observó con atención. En ese momento apareció una figura que cruzaba el prado en dirección a la barca. Era un hombre alto, delgado y con el cabello entrecano y, gracias a la descripción de Isobel y a la fotografía en la sobrecubierta del libro, Michael se dio cuenta de que sólo podía ser una persona.

—¡Grainger! —susurró Isobel, dando voz al pensamiento de Michael—. ¿Nos habrá visto?

—Aún no, pero pronto lo hará. No hay donde esconderse en medio del río.

—¡Oh, Dios! Ahora sabrá que lo hemos alcanzado.

—Tenía que suceder, tarde o temprano. Al parecer todo esto no le resulta más fácil que a nosotros… Hace tres días que estuvo en Peverell Place… Debe de haber estado recorriendo el río desde entonces, buscando el sitio más probable.

—¿Crees que habrá encontrado algo?

—No si yo tengo razón y la respuesta está en el castillo de Woodsford. —Michael volvió a mirar en dirección a la figura—. No parece que lleve nada. Tiene que ser el castillo.

—Tardaremos casi dos horas en llegar a Dorchester y volver aquí. Si Grainger descarta el prado, tal vez lo intente con el castillo, y nosotros podríamos llegar demasiado tarde. ¿Por qué no desembarcamos y vamos

directamente allí? Sé que no tendremos el coche, pero es mejor que… ¡Nos ha visto!

Michael volvió a examinar la figura que estaba en el prado. Grainger, que estaba desatando su lancha, se detuvo. Tenía un rostro pétreo y feroz.

A esas alturas el batel estaba dejando atrás a la lancha. En ese momento vieron otro puente, que sólo se utilizaba para animales. Michael miró su reloj. Ya eran casi las siete.

—Avanza hacia el puente —dijo tratando de hacerse oír por encima del ruido del motor—. Podemos desembarcar y seguramente encontraremos algún camino que nos lleve a la carretera principal. Será más fácil que correr a campo traviesa.

El puente estaba a menos de quinientos metros. Isobel aceleró todo lo que pudo y el ruido del motor se hizo más agudo, casi como si estuviera quejándose. La proa se levantó cuando la hélice se sumergió más en el río.

Michael miró hacia atrás.

—¡Es hora de correr! —exclamó—. ¡Nos está siguiendo!

Era cierto. Grainger había arrancado y había girado la lancha en redondo para que apuntara río arriba. Michael vio cómo su proa se levantaba; Grainger también había puesto el motor al máximo.

Durante treinta tensos segundos, Michael siguió observándolo. Luego gritó:

—¡Va a alcanzarnos! Por Dios, va mucho más rápido que nosotros. —Todavía faltaban un par de cientos de metros para el puente.

Isobel volvió la cabeza y se estremeció cuando vio lo mucho que se había acercado Grainger en tan poco tiempo.

—¡No puedo ir más rápido! —gritó—. ¡El motor está al máximo!

—Trata de llegar a aguas más calmas —dijo Michael, señalando una franja en el medio de la corriente donde el río parecía menos agitado.

Isobel movió el timón y la barca cambió de dirección.

Fue un error. La barca de Grainger, que no dejaba de acercarse, se deslizó entre la estela de Isobel y la orilla. Cuando llegaron al puente, les fue imposible saltar a tierra como habían planeado.

—¡Estamos alejándonos del castillo! —gritó Michael—. ¿No puedes parar y dar la vuelta?

Grainger casi los había alcanzado. Y avanzaba cada vez más rápido.

Isobel desaceleró. De inmediato la barca se quedó quieta y la embarcación de Grainger salió disparada hacia adelante. Rápido, Isobel metió la marcha atrás. El pequeño batel, si bien era más lento que la lancha, también era mucho más

manejable.

Isobel acercó la proa a la orilla, que era muy elevada y estaba llena de ortigas. Luego volvió a poner la primera y empezó a avanzar río abajo.

—¿Ves la iglesia? —gritó Michael, señalándola—. Seguro que alcanzas a ver el campanario. Hay un cementerio entre la iglesia y el río. Es un terreno llano y antes vi un muelle. Tratemos de desembarcar allí.

Pero a esas alturas Grainger también había dado la vuelta y reanudado la persecución. Para empeorar las cosas, la orilla de la iglesia estaba a más distancia de la que habían estado ellos del puente río arriba, de modo que ahora tenía más tiempo para alcanzarlos. Esta vez, Isobel no hizo ningún intento de alterar el rumbo; se limitó a enfilar la proa río abajo y a mantenerla en esa dirección, acercándose lo más que se atrevía a la orilla cuando llegaron a la curva. Cuando les faltaban menos de trescientos metros para el muelle, Michael vio que Grainger estaba a apenas treinta metros.

El agua del río resplandecía bajo el sol de la tarde. La estela de ambas embarcaciones agitó los juncos de las orilla y empapó a las gallinetas de agua, que cabecearon irritadas.

Todavía había casi cien metros entre el batel y el muelle. La lancha de Grainger ya estaba encima de la estela de Michael e Isobel.

Llegaron a la curva anterior al muelle de la iglesia. Isobel llevó el batel lo más cerca posible de la orilla con la esperanza de que Grainger, cuya embarcación era más grande, se viera obligado a abrirse más para tomar la curva. El rugido de los motores resonaba en la orilla y subrayaba lo cerca que estaban las dos lanchas. El río volvió a discurrir recto.

Entonces Grainger chocó contra ellos.

La primera sensación que Michael tuvo fue que estaban yendo mucho más rápido en el agua. Pero entonces Isobel cayó hacia adelante y fue a dar al fondo del batel, que se balanceó. La lancha volvió a chocar con ellos a la altura del motor y de pronto su chirrido se extinguió y el combustible se derramó por todas partes, puesto que el tanque había reventado y el tubo de alimentación se había salido. De pronto el batel se desvió hacia la izquierda, alejándose de Woodsford y el cementerio. Un amargo hedor a gasolina llenó el río y Michael vio manchas de combustible, violetas y amarillas, que reflejaban el sol en la superficie del agua.

La lancha, que iba a su máxima velocidad, pasó de largo junto a ellos, pero Grainger ya se preparaba para girar. Michael comprobó que Isobel no se hubiera

hecho daño de verdad y luego buscó el remo para emergencias que el muchacho les había indicado. Al menos podría usarlo para guiar la embarcación. De todas maneras, el batel estaba tan inestable que Michael tardó unos segundos vitales en poner el remo en su posición. La lancha de Grainger ya había girado en redondo y ahora apuntaba río arriba, en dirección a ellos.

—¿De dónde habrá sacado esa lancha? —jadeó Isobel—. ¿Crees que debe devolverla a las ocho, como nosotros?

Michael sonrió tristemente. Estaba tratando de usar el remo para acercarse la orilla y poder desembarcar. Se dio cuenta de que aún seguía con el cigarro entre los labios. Ni siquiera se había apagado. Pero la lancha ya estaba encima de ellos.

Grainger era muy astuto. Puesto que el batel se había quedado sin motor, se acercaba a menos velocidad. Entonces, cuando faltaban menos de veinte metros para el impacto, aceleró y la proa de su embarcación se elevó en el agua. Por fin, en el último momento, tiró de la palanca del acelerador y su lancha no sólo chocó contra ellos, sino que la proa cayó exactamente encima del batel.

La madera del batel se partió con un desgarrador crujido, mucho más fuerte de lo que Michael esperaba. Las astillas volaron por todas partes y la embarcación empezó a llenarse de una agua muy fría. La fuerza del choque arrojó a Michael e Isobel fuera del batel, justo al centro de la corriente y lejos de la lancha. Michael lanzó un grito sofocado cuando sintió el frío y la fuerza del agua. Los orificios nasales se le llenaron de líquido y de un fétido hedor a juncos y gasolina. Salió a la superficie y tomó una gran bocanada de aire. ¡Por Dios, qué fría estaba el agua! Y eso que estaban en verano. Él era buen nadador —en una piscina— y esperó un momento antes de tratar de dar una brazada. No sabía lo fuerte que podía ser la corriente. Se dio cuenta de que lo llevaba río abajo y decidió de inmediato que era demasiado rápida para nadar en la otra dirección.

Miró a su alrededor buscando a Isobel. Vio su cabeza, con el pelo pegado al cráneo. Estaba a unos metros río arriba, pero más lejos de la orilla.

—¡No intentes nadar contra la corriente! —le gritó—. Déjate llevar y trata de acercarte a la otra orilla… ¡Cuidado!

Grainger había vuelto a girar la lancha y avanzaba río abajo, hacia ellos. Se encontraba a apenas cuarenta metros de distancia.

Michael empezó a nadar hacia la orilla más lejana. Intentaba ponerse cerca de Isobel, de modo que la corriente la llevara hacia él.

Grainger debió de darse cuenta de que Michael nadaba mejor, puesto que, tan

pronto como éste dio unas cuantas brazadas, dirigió la lancha hacia Isobel. Para empeorar las cosas, Grainger tenía algo en la mano. Una pértiga. ¡No! Parecía un bichero.

Isobel estaba indefensa. Sus movimientos evidenciaban que, aunque sabía nadar, no se sentía cómoda en el agua. Grainger podría arponearla con la misma facilidad que si se tratara de una hoja en un prado. Ya estaba a menos de treinta metros de ella y avanzaba a gran velocidad. Michael no tenía ninguna esperanza de poder alcanzarla antes y, aunque lo hiciera, ¿cómo la protegería?

Además, se dio cuenta de que Isobel estaba empezando a cansarse; la ropa les dificultaba los movimientos a ambos. Michael miró desesperadamente a su alrededor. No había nada que pudiera arrojarle a Grainger, nada que pudiera usar como misil. Vio unos trozos de la madera del bote flotando cerca, pero todos eran demasiado grandes para lanzarlos. ¡Grainger ya estaba a menos de veinte metros de Isobel! El bichero que sujetaba en la mano tenía un aspecto amenazador, un estilete de cuarenta y cinco centímetros en la punta de un asta de tres metros. Había un diente de metal que asomaba en la mitad de la punta, convirtiéndolo en un arpón que brilló a la luz del sol cuando Michael lo miró.

De pronto, Michael divisó a su derecha la tabla cuadrada que había cubierto el compartimento de la proa del batel, donde el muchacho había guardado el combustible extra y las cuerdas para protegerlas del agua. La tabla debía de haberse salido cuando Grainger había estrellado su lancha contra ellos. Era de un color azul claro y flotaba un poco más abajo, en medio del río. Michael dio tres brazadas rápidas y la agarró.

—¡Isobel! —gritó. Cuando ella se volvió, Michael dio una fuerte patada con ambas piernas, lo que hizo que la parte superior de su cuerpo se elevara por encima del agua. En ese momento lanzó la tabla hacia Isobel, haciéndola girar en el aire, de la misma manera que, cuando era un muchacho, arrojaba piedras sobre el mar y hacía que pasaran rozando la superficie. La tabla cayó a unos cuatro metros de Isobel pero siguió moviéndose en el agua hasta quedarse quieta en un punto. Sin vacilar un instante, Isobel se lanzó sobre ella.

No era necesario explicarle lo que debía hacer. Pero ¿tendría tiempo? Grainger estaba a ocho metros como mucho. Con un brazo timoneaba la lancha, apuntando a Isobel, con la clara intención de aplastarla además de arponearla.

Isobel cogió la tabla con ambas manos y aguardó. Grainger estaba a cuatro metros de distancia. Levantó el bichero.

Justo cuando parecía que la proa de la lancha pasaría por encima de Isobel,

ella hizo lo mismo que Michael momentos antes. Dio una fuerte patada con las piernas. Su cuerpo salió despedido del agua hacia un costado y la lancha no la tocó por poco. En ese momento, Grainger intentó clavarle el bichero. El movimiento de la lancha se sumó a la fuerza de Grainger y el gancho descendió más rápido que una guillotina. Isobel se retorció en el agua. Después del esfuerzo que le había costado esquivar la lancha, estaba completamente agotada y flotaba en el río en una posición casi horizontal, ofreciendo un blanco demasiado grande, imposible de fallar.

Desde donde estaba Michael parecía que Grainger apuntaba al corazón de Isobel, aunque también podría haber sido el cuello. Sin embargo, en el último momento, ella logró levantar la tabla que Michael le había arrojado. La sostuvo como un escudo cuadrado.

La punta metálica y negra del bichero golpeó contra la madera.

El sonido, un ruido sordo mezclado con un fuerte crujido cuando la madera se partió por la fuerza del golpe, resonó hasta donde estaba Michael con una intensidad dolorosa.

Michael no esperó a ver qué haría Grainger a continuación. Nadó directamente hacia Isobel, luchando contra la corriente. A ella se le había ocurrido una idea similar y empezó a nadar hacia él.

—¡No! —gritó Michael—. ¡Allí! —Señaló una parte de la orilla donde un árbol asomaba por encima del río—. ¡Allí!

Grainger había vuelto a disminuir la velocidad, pero la corriente lo había llevado más abajo y tendría que regresar.

Michael fue el primero en llegar al árbol. Algunas de las ramas estaban tan inclinadas que llegaban casi hasta la superficie del agua, pero eran demasiado delgadas para soportar el peso de una persona. El tronco, más robusto, sin embargo, se encontraba a más o menos un metro por encima del nivel del agua, fuera de su alcance. Cuando Isobel estuvo más cerca Michael dio otra patada y su cuerpo se elevó por encima del agua. Sus hombros y brazos se liberaron pero la ropa, mojada y pesada, se pegaba a su cuerpo, dificultándole los movimientos. Sus manos alcanzaron el tronco pero no pudieron agarrarse porque estaban demasiado mojadas y entumecidas. Resbaló, cayó, y el río se cerró por encima de su cabeza. Una vez más la nariz se le llenó de hedor a algas y gasolina.

Cuando salió a la superficie, tosiendo y estornudando, miró río abajo y vio que Grainger comenzaba a avanzar hacia ellos nuevamente. Estaba a no más de cincuenta metros de distancia. Con horror, Michael se dio cuenta de que

Grainger no había hecho girar la lancha. ¡Estaba navegando marcha atrás! La embarcación no era más lenta en esa posición, pero ésa no era la cuestión. ¡La cuestión era que Grainger ahora estaba apuntándolos con la hélice! Las aspas podían cortarles las piernas. Michael miró el árbol que estaba encima de él. Tenía que alcanzarlo. Grainger atraparía a uno de ellos esta vez.

Se debatió en el agua, dando patadas al tiempo que se quitaba la chaqueta. Se acercó las rodillas al pecho y de un tirón se deshizo de los zapatos, que se alejaron flotando, aunque él apenas se dio cuenta. Volvió a mirar el árbol. Respiró hondo. Grainger estaba a menos de treinta metros. Michael dio una patada. Su cuerpo se elevó y esta vez consiguió agarrarse al tronco. Durante un momento su cuerpo quedó allí colgado. La camisa, que chorreaba agua, dejó al descubierto parte de su piel y los pantalones, empapados, se pegaron a sus piernas. Grainger estaba a menos de veinte metros.

Michael se elevó con un esfuerzo tremendo, sacó las piernas del agua y consiguió aferrarse con la pierna derecha al tronco. El roce con la corteza le lastimó la piel. Hizo un esfuerzo y consiguió rodearlo también con la otra pierna. Luego, a pulso, se izó todo él hasta el árbol. Grainger estaba a apenas quince metros de Isobel.

Michael extendió los brazos hacia abajo. Isobel tenía las manos mojadas y entumecidas y no pudo sujetarse con fuerza. Michael tiró de ella, luego la soltó y cuando ella cayó hacia atrás, la agarró por debajo de las axilas. Cuando sintió todo el peso de ella en sus brazos no pudo contener un grito ahogado. Tuvo la impresión de que los brazos se le saldrían del cuerpo. Una gran cantidad de agua muy fría cayó del cuerpo de Isobel. Tenía algas y juncos pegados al pelo, a la blusa… A menos de diez metros, la hélice de la lancha de Grainger avanzaba por el agua creando una línea de espuma blanca.

Michael tiró. Y volvió a tirar. El cuerpo de Isobel se elevó unos centímetros por encima del agua. Hizo otro esfuerzo. Ella subió un poco más. La hélice, que giraba a gran velocidad, estaba a tres metros y medio.

—¡Sujétate al árbol con los brazos! —gritó él.

Ella obedeció. Michael la aferró por las piernas, las sacó del agua y las acercó al tronco. Ambos jadearon, tratando de recuperar el aliento, tiritando y sollozando con las ropas empapadas pegadas al cuerpo, lo que dificultaba cada uno de sus movimientos, incluso los necesarios para respirar.

Más abajo, un nuevo sonido señaló que Grainger había cambiado de marcha. La lancha se deslizó hacia el centro del río y luego, después de girar, avanzó a

mayor velocidad, a favor de la corriente, hasta que pasó, río abajo, rumbo a Wool y Wareham. Después de haber fallado con Isobel por segunda vez, Grainger había decidido marcharse.

Michael e Isobel permanecieron un momento aferrados al árbol, tiritando y recuperando el aliento. Luego, lentamente, con Michael marcando el camino, retrocedieron poco a poco hacia terreno más firme.

La orilla estaba tapizada de ortigas. Michael miró a su alrededor. ¿Acaso alguien había visto el espantoso ataque que acababan de sufrir? Pero no vio a nadie. Era una perfecta tarde inglesa. La campiña estaba totalmente en calma, un verdadero paisaje con mentiras. Se quitó las algas del pelo, arrancó una rama del árbol y la usó para abrir un sendero entre las ortigas hacia el prado que estaba más allá. Luego regresó a buscar a Isobel, que se había quedado recostada en el árbol, sollozando. Le temblaban las manos, los labios y los hombros.

—Michael… —jadeó—. Michael… trató de matarme. Si ese gancho hubiera… ¡oh! —Un sonido totalmente involuntario escapó de su garganta cuando revivió el momento y sintió un nuevo ataque de temor. Se estremeció y lloró desconsoladamente.

Michael la rodeó con los brazos. Lentamente fue quitándole las hojas mojadas del pelo y la blusa. También le quitó las algas que se le habían pegado al cuello y a las mejillas. Durante un largo rato, se quedó en silencio. Se limitó a abrazarla con fuerza y sintió cómo se estremecía entre sus brazos. Por fin, muy suavemente, dijo:

—Isobel, ya pasará. Estás todavía bajo los efectos del *shock*. Es totalmente normal. Pasará. No lo olvides, estamos vivos. Grainger ha perdido esta batalla. Hemos vencido a ese hijo de puta.

—Pero regresará. Y…

—Ahora no pienses en eso. Creo que deberíamos alejarnos del río, ¿no te parece? Nos trae mala suerte. He abierto un camino entre las ortigas. Ven.

Le cogió la mano con mucha suavidad y la llevó hacia el prado. Los dos estaban temblando.

—Allí veo unos tejados —señaló Michael—. Ojalá los vecinos sean amables. Creo que, por el momento, estamos a salvo de Grainger.

Pero seguía sin haber señales de nadie. Ya eran más de las siete y ahora hacía fresco. Michael trató de que Isobel se diera prisa, aunque los dos estaban agotados y él estaba descalzo. El prado estaba lleno de cardos, ramas espinosas y piedras semiocultas. Los pies de Michael empezaron a sangrar. Cuando llegaron

a la verja las cosas no mejoraron. El sendero que había al otro lado estaba formado con piedras rugosas que seguían lastimándole los pies. Al llegar a los tejados, se dieron cuenta de que correspondían a unos corrales y a un granero. No había un alma a la vista. Más exhaustos que nunca, se vieron obligados a subir por el sendero de la granja hasta la carretera. Tenían la ropa pegada al cuerpo y las articulaciones entumecidas. Caminaban con torpeza, como autómatas, dejando regueros de agua a cada paso.

Diez minutos después alcanzaron la carretera y Michael pudo avanzar con más facilidad. No había ningún cartel pero, instintivamente, giraron a la izquierda, rumbo a Dorchester y alejándose de Grainger. Pasó un coche que iba en el mismo sentido. Michael le hizo una seña y la mujer que lo conducía disminuyó la velocidad, pero en cuanto vio su aspecto aceleró y desapareció en seguida.

Isobel seguía temblando por la impresión. Su mente se había quedado fijada en el momento en que Grainger le había lanzado el bichero. Michael la cogió del brazo.

Después de unos cientos de metros, llegaron a un bosque de pinos que estaba a la derecha del camino. Árboles jóvenes, rectos y delgados como bicheros se extendían hacia arriba por miles. Al otro lado de los árboles vieron tres o cuatro casas.

—¡Gracias a Dios! —gruñó Michael.

Dejó a Isobel junto a la verja y lo intentó en la primera casa. Llamó al timbre. No hubo respuesta. Golpeó la puerta con fuerza. Nada. Volvió a intentarlo. Silencio. La casa estaba vacía. Sin embargo, cuando regresaba por el sendero se dio cuenta de que un hombre bastante corpulento iba en bicicleta por el sendero de la otra casa y que estaba observándolo. Michael se le acercó.

—Hemos sufrido un accidente en el río —dijo—. Nuestra barca se ha hundido. Como podrá ver, necesitamos un lugar para secarnos y hacer una llamada.

El hombre lo examinó. Luego miró a Isobel, que seguía donde Michael la había dejado. La forma en que ella se estremecía pareció convencerlo de que la historia de Michael era cierta, puesto que dijo:

—Mmm. Ese río siempre trae problemas. El año pasado la marea subió tanto que toda esta zona se inundó y se ahogaron trece ovejas. La señorita no tiene muy buen aspecto. —Apoyó la bicicleta en el seto—. Síganme. —Caminó hasta la casa, abrió una puerta lateral y miró hacia adentro—. Por aquí.

Michael fue a buscar a Isobel y luego los dos siguieron al hombre. La puerta daba a un invernadero que había absorbido la luz solar durante todo el día y que estaba maravillosamente cálido. De inmediato, Michael sintió que su cuerpo se reanimaba. El hombre tenía unas toallas en la mano.

—Allí hay un baño. —Señaló el interior de la casa—. Pueden ponerse esto si lo desean. —Cogió dos viejos impermeables que estaban detrás de la puerta—. Es mejor que nada.

—Tú primero —le dijo Michael a Isobel, empujándola con suavidad hacia el interior de la casa. Se volvió hacia el hombre—. Es usted muy amable. ¿Podría usar su teléfono?

—No… Primero hay que hacer la denuncia. Llamaré a Frank Hilton, el jefe de policía. Él sabrá qué hacer. Después puede hacer su llamada. Espere aquí.

Michael se quedó solo y empezó a secarse con la toalla. Se quitó la camisa y la estrujó para secarla. El calor del invernadero lo hacía sentirse cada vez mejor. Michael no había sido un blanco directo de Grainger, como Isobel, de modo que no estaba tan traumatizado. La imagen de ella temblando allí, en el camino, le cruzó la mente. Aquellos hombros, aquellos labios, aquella barbilla… con sus temblores. Le recordó las vibraciones que había sentido en el agua cuando Grainger había avanzado hacia ellos marcha atrás, con la hélice de su lancha agitando las aguas con una furia blanca. Michael trató de pensar en otra cosa pero no lo consiguió. De lo único que era consciente era de que Grainger era cada vez más violento. El dinero, una gran cantidad de dinero, incluso aunque sólo fuera una posibilidad, causaba ese efecto en cierta gente, aunque él nunca se había encontrado personalmente en una situación como aquélla. De todas maneras, el hecho de que Grainger se volviera más violento hizo que se le ocurriera una idea agradable. Debían de estar muy cerca del final; muy cerca, sin duda alguna.

El hombre regresó antes que Isobel. Traía una botella y unos vasos.

—Frank viene para aquí. Llegará dentro de cinco minutos. Tome, esto le sentará bien.

Michael sonrió cuando el *whisky* chocó contra las paredes del vaso. Bebió un trago largo y sintió el ardor familiar cuando el licor le calentó las entrañas, con un efecto similar al que había tenido el invernadero en el exterior de su cuerpo.

—Le enseñaré el teléfono.

Michael siguió al hombre llevando el vaso consigo. Encontró el número de The Yeoman en una guía que estaba junto al teléfono y lo marcó. Sí, lo

recordaban de la otra vez y sí, tenían dos habitaciones. Suspiró y apuró el *whisky* después de colgar. Desde el hotel podría resolver todo lo demás.

Isobel reapareció. Ya no temblaba tanto, pero tampoco se había recuperado del todo aún. Era demasiado pronto. Aceptó el *whisky* y le dio un sorbo. El impermeable le iba demasiado grande pero estaba seco y cálido, y a Michael le pareció que, de una manera curiosa, le daba un aspecto bastante *sexy*. Se cuidó mucho de decirlo y se dirigió al baño para cambiarse.

Mientras estaba allí oyó que un coche aparcaba fuera; había llegado el policía. Cuando regresó al invernadero lo encontró apuntando los detalles del «accidente».

Isobel hablaba con un estremecimiento y casi en susurros. Mientras el policía escribía, añadió:

—Lamentamos causarles tantos problemas. Fue muy estúpido por nuestra parte intentar cambiar de dirección en medio del río. La culpa ha sido nuestra.

Michael la miró fijamente. ¿Qué ocurría allí? Pero Isobel bebió un poco más de *whisky* y le devolvió la mirada por encima del vaso con una expresión feroz que lo desafiaba a contradecirla.

El policía terminó de escribir y levantó la mirada.

—¿De modo que no había nadie más con ustedes?

Ambos negaron con la cabeza. Eso, al menos, sí era cierto.

—¿Y la embarcación se hundió?

—En su mayor parte —explicó Michael—. Quedaron algunos restos flotando en el agua.

—¿Hubo algún testigo del accidente?

Michael volvió a indicar que no con la cabeza.

—No lo creo. De todas maneras, a duras penas conseguimos llegar a la orilla y colgarnos de un árbol. No nos fijamos si hubo testigos.

—¿Qué más perdieron? ¿Algún efecto personal?

—Tuve que quitarme la chaqueta. La cartera, las tarjetas de crédito, la pluma y el talonario de cheques quedaron allí. También me quité los zapatos.

El agente de policía siguió escribiendo en su libreta.

—¿Cómo llegaron aquí?

—Andando. Subimos por un sendero, pasamos por unos corrales, luego seguimos por el camino junto al pinar. Una mujer que pasaba en coche nos vio pero no se detuvo. No la culpo.

Más notas en la libreta. Luego el policía la cerró y se la guardó en un

bolsillo.

—Si le parece bien, señor, creo que los llevaré en mi coche hasta Dorchester. Sólo para asegurarnos de que esto acabe bien.

—De acuerdo —dijo Michael—. No sé qué tal será mi crédito en The Yeoman pero si me lo permiten le daré una botella de *whisky* para que se la entregue a este caballero que nos auxilió.

—Por aquí, entonces —dijo el policía.

Michael cogió la ropa mojada. Le dio las gracias al hombre cuya casa habían utilizado y le estrechó la mano.

—Necesitaremos los impermeables hasta llegar a Dorchester. Pero el agente puede traérselos de vuelta.

El hombre asintió y todos subieron al coche del policía. El agente, en un gesto considerado, encendió la calefacción para que el viaje a Dorchester fuera tan veloz como confortable.

En The Yeoman el hecho de que llegaran un hombre y una mujer vestidos solamente con impermeables despertó cierta curiosidad, pero la recepcionista los reconoció, en el registro del hotel figuraban sus nombres con las direcciones que le habían dado al agente, de modo que éste se tranquilizó y les dijo que al día siguiente inspeccionaría la parte del río donde había tenido lugar el accidente, sólo como una formalidad más. Luego añadió:

—¿Cómo volverán a su casa desde aquí?

—Con dificultad —dijo Michael—. Dejé mi coche cerca del embarcadero, pero las llaves estaban en la chaqueta. El bolso de Isobel se quedó dentro del coche y las puertas están cerradas. Además, mañana es domingo.

—Si tienen algún problema, pónganse en contacto conmigo. —El policía le entregó una tarjeta con un número de teléfono—. Tal vez tenga que llamar a su banco el lunes y convencerlos de lo que ocurrió. Es posible que ellos confíen en mí.

Michael le dio las gracias, le entregó el *whisky* para el hombre que los había auxiliado, y luego se dirigió junto a Isobel a las habitaciones que les habían preparado. El personal del hotel les proporcionó dos albornoces y se llevó la ropa mojada, después de prometerles que estaría lavada y planchada a la mañana siguiente.

Los dos tomaron largos baños y después volvieron a ponerse los albornoces. Al carecer de vestimenta adecuada no podían ir al comedor del hotel. De modo que hubo que llevarles la cena, junto con el *whisky* y el vino que Michael había

pedido. Cenaron en la habitación de Isobel. Michael comió con un apetito voraz pero Isobel apenas probó lo que había en su plato.

Cuando se sintió saciada, le pidió que se volviera. Se quitó la bata y se metió en la cama. Aún no eran las once de la noche.

Michael se quedó sentado, bebiendo *whisky*.

—¿Isobel?

—¿Mmm?

—Lo de hoy no ha sido nada agradable. Podríamos parar aquí. Deberíamos hacerlo. Deberíamos haberle hablado de Grainger al policía. ¿Por qué no lo hiciste?

Ella estaba de costado, dándole la espalda. Se cubrió con las sábanas y las mantas.

—Métete en la cama.

Él vaciló, sin saber qué hacer.

—Métete. Tengo frío.

Michael se quitó la bata, dejó el *whisky* en la mesa que estaba al lado de la cama y se deslizó entre las sábanas. Isobel tenía el cuerpo muy frío. Tiró del brazo de Michael hasta que él la rodeó con su propio cuerpo.

Después de unos minutos, dijo:

—Apaga las luces, por favor. Luego vuelve aquí.

Michael terminó su *whisky* y apagó las lamparitas de ambas mesitas de noche. Después volvió a abrazar a Isobel. Cuando se quedaron quietos y empezaron a respirar con normalidad, Isobel susurró:

—Michael, hoy me he asustado mucho. Estaba aterrorizada. Como nunca antes lo había estado.

Él la abrazó lo mejor que pudo con un solo brazo. Sus cuerpos se apretaron entre sí. Isobel ya no estaba tan fría. Michael percibió el olor del jabón en su piel.

—Llegué a pensar, cuando luchaba por mantenerme a flote en el río, que… que iba a matarme. Incluso imaginé lo que sentiría cuando me clavara el gancho en el pecho…

Su cuerpo se estremeció involuntariamente al revivir la escena, y Michael trató de abrazarla una vez más.

—En todo el tiempo que estuve en Beirut nunca sentí tanto miedo como hoy. Ni en Nicaragua, ni en las Filipinas ni en Afganistán. ¿Qué le ocurre a Grainger?

Michael, que jamás había sentido el deseo de presenciar una guerra, pensó

que carecía de los conocimientos para tranquilizar a Isobel. Su hermana Robyn podría hacerlo mejor; por lo menos ella sí había estado en sitios poco comunes. Su instinto le indicó que hablara en voz queda y despacio, tratando de que su tono la calmara tanto como sus palabras.

—No tenemos que pensarlo de esa manera. No lo conocemos y, como está claro, es un hombre muy violento. Varios millones de libras pueden volver loco al más sabio. Hoy Grainger nos ha demostrado que su furia es descomunal. Está completamente loco.

Por un momento se quedaron acostados y en silencio en la oscuridad. En realidad la habitación tampoco estaba tan oscura, una vez que sus ojos se acostumbraron. La luz ambarina de las farolas de la calle se colaba por los bordes de las cortinas. Michael no deseaba tanto besar el hombro de Isobel como hundir su cara en él.

—Nunca había conocido personas realmente violentas —dijo ella por fin—. Quiero decir, si eres periodista y vas a lugares donde hay mucha violencia, ves los resultados finales, el daño, los cuerpos, la sangre. Pero casi nunca ves a la gente que hace todo eso. Cuando conoces a los terroristas, en realidad te encuentras con los jefes, personas que tal vez aprueben el derramamiento de sangre pero que no ponen las bombas. Además, debe de haber una diferencia entre matar a distancia con una bomba o una arma y… bueno, lo de hoy.

Hizo una pausa, y Michael volvió a rodearla con un solo brazo.

—Matar a alguien, apuñalarlo en el campo, en un día de verano, en Inglaterra… sin pensar en las consecuencias… ¿Alguna vez habías conocido a alguien así, Michael?

Michael reflexionó.

—No, personalmente no. Pero Greg sí. Cuando era más joven estuvo en una de esas unidades de élite del ejército; ya sabes, esos grupos de comandos que se lanzan en paracaídas y son expertos en combate sin armas. Una vez me habló de ello. Lo más llamativo de todo lo que dijo, lo que yo más recuerdo, fue que las personas violentas con frecuencia entienden muy bien los aspectos psicológicos de esa violencia. Dijo, por ejemplo, que incluso la gente estúpida, cuando se mete en una pelea, no pierde el tiempo discutiendo. Golpean al otro de inmediato y con la mayor fuerza posible. La violencia es tan poco frecuente para la mayoría de las personas que cuando se ven ante ella su primera reacción es de sorpresa. No pueden creer lo que está sucediendo ni tampoco que les esté sucediendo a ellos. Para cuando lo hacen, ya es demasiado tarde.

—Sí, eso puedo entenderlo. Pero ¿qué hace que la gente estalle, como lo hizo Grainger hoy? ¿Qué hace que determinadas personas sean violentas?

—¿Los genes? ¿La bebida? También es cierto que algunas personas parecen albergar mucha violencia en su interior. Tal vez Grainger sea de ésos. No olvides lo que le pasó en Oxford. Aquello debió de haberlo amargado y poco a poco fue empeorando. Primero entró en tu casa, pero no hizo mucho daño. Luego forzó el maletero de mi coche. Después atacó a Helen y puso patas arriba su estudio. Y finalmente lo de hoy…

Dejó la frase sin terminar. Aguardó un momento y luego susurró:

—Tal vez hablar de esto te alivie esta noche, Isobel. Pero Grainger no está muy lejos, no lo olvides. Es probable que se hospede en otro hotel de la zona, como nosotros. Quizá ahora estemos tan cerca de resolver el misterio como él, pero él tiene la ventaja de que es violento. No podemos combatir el fuego con el fuego. Necesitamos a la policía.

—¡Maldito sea! ¡No va a ganarnos! Si le contáramos todo esto a la policía la cuestión quedaría fuera de nuestras manos. La policía tardaría siglos en empezar a hacer preguntas. Tendríamos que contárselo todo, lo del cuadro y los objetos desaparecidos. Sería necesario… si no, no entenderían los motivos de Grainger. Después de todo, él es un académico respetable. A menos que revelemos todo lo que sabemos, es muy probable que no nos crean. Sí, estábamos en el río; eso sí lo creerían. Pero nadie vio a Grainger atacarnos. —Suspiró—. Si convenciéramos a la policía, ellos tendrían que comunicar los detalles a otros distritos. ¿Quién sabe qué ocurriría en ese caso? Los periódicos podrían enterarse. El cuadro se haría famoso… Muchísimas personas sabrían lo que nosotros sabemos.

—Eso sería mejor que una repetición de lo que ocurrió hoy…

—¡No!

Michael sintió que el cuerpo de Isobel se tensaba. Pero luego se relajó y ella habló con más suavidad.

—No. Después de lo de hoy, Michael, especialmente después de lo de hoy, esto es algo personal. Entre él y nosotros. Yo me vi obligada a abandonar en Beirut, por lo de Tony. Esta vez no. Quiero vengarme.

Michael notó que Isobel volvía a ponerse tensa.

—Tuve miedo, Michael. Grainger me aterrorizó. Pero tú no me conoces muy bien. Yo no me rindo. Me quedé en Beirut, ¿lo recuerdas? No, vamos a alcanzar a Grainger y luego lo venceremos. Ya sabemos con qué clase de víbora estamos

lidiando. Lo de hoy no volverá a ocurrir. Yo también puedo ser una víbora.

En la penumbra, Michael sonrió. ¿Qué clase de víbora imaginaba Isobel que era? Pero al menos eso significaba que se sentía mejor de ánimo. Una vez más, volvió a rodearla con el brazo.

—Éste es mi abrazo de anaconda.

Ella gimió de placer, le cogió la mano y la desplazó hacia atrás.

—Desde que era muy joven me encantaba que me acariciasen la espalda. Es tan relajante. Y ahora necesito relajarme.

Michael apartó la sábana, dejando al descubierto la suave pendiente de su espalda hasta el inicio de las nalgas. Le tocó la piel. Recorrió la línea de la columna con la yema de los dedos, luego los pasó sobre los hombros y bajó hasta la cintura. Subió de vuelta por la columna apenas rozándola con una uña. Cerca de la nuca le masajeó suavemente la parte superior de los hombros. Luego volvió a recorrer toda la superficie hacia abajo.

—Mmm.

Ella se apartó un poco hacia adelante para que él pudiera masajearle mejor la espalda. Él trazó arabescos con la yema de los dedos, rombos, ochos, bucles, parábolas, cuellos de cisne.

—Mmm. No podemos parar ahora.

—Tienes razón. No creo que Grainger haya seguido con su búsqueda esta noche. No se puede cavar en la oscuridad, pero estará en el castillo mañana a primera ahora. Nosotros no; no podemos hacerlo. No tenemos dinero, casi nada de ropa, ni tampoco un vehículo, hasta que pueda encontrar una llave que funcione. Tardaremos dos o tres horas en tenerlo todo, como mínimo. De modo que tal vez la víbora nos gane finalmente… pero sí, estoy de acuerdo, no podemos parar ahora. Es un riesgo no hacer intervenir a la policía… pero supongo que me alegro de que pienses así.

Ella volvió la cabeza y lo miró, luego extendió la mano por encima de su hombro y le cogió los dedos con los que él estaba acariciándole la nuca.

—Michael —dijo, besándole las yemas de los dedos—. No estaba pensando en Grainger cuando te he dicho que no podíamos parar.

DOCE

Durante el desayuno, Michael volvió a plantear la cuestión de si debían seguir adelante. La manera de hacer el amor de Isobel había sido tímida al comienzo pero, como respuesta a sus caricias, a las formas que él siguió dibujando en las zonas más íntimas de su cuerpo, apenas rozándole la piel, ella se había vuelto cada vez más efusiva. Tan sensible que su éxtasis, cuando se produjo, se convirtió en un sollozo que consternó a Michael; un sollozo reprimido pero inconfundiblemente desesperado. Él no había dicho nada. Se quedó acostado bajo la luz ambarina, abrazándola mientras ella lloraba sin cesar. Sintió las lágrimas calientes y pegajosas cayendo en el pliegue de su codo hasta que los dos se durmieron.

La despertó con un beso antes de llamar a recepción para pedir el desayuno, pero ella no se movió hasta que trajeron la bandeja a la habitación.

—Café —dijo Michael, poniendo la taza en la mesa que estaba junto a la cama—. Huevos, tomates, salchichas, beicon, setas, tostadas… Cómetelo todo… Necesitas alimentarte… —Luego añadió en voz más baja—: Lamento que te alteraras tanto anoche… pero es natural.

Ella se volvió hacia él y le cogió la mano.

—¿No tienes frío en el brazo? Con todas esas lágrimas.

Él sonrió.

—Haré como los niños. Jamás volveré a lavarme esa parte del brazo.

Mientras Isobel bebía el café, él continuó:

—Anoche te alteraste más de lo que esperabas. Eso también es natural. —Le besó la mano—. ¿Por qué no vamos a la policía ahora? Dejemos que ellos se ocupen del trabajo difícil. Nosotros podríamos pasar el día aquí, haraganeando, besándonos y esas cosas. Me gusta mucho esta cama. Como diría Clarissa, es mi segundo lugar favorito. Después del embarcadero de Southwold, donde te besé por primera vez.

Isobel le devolvió la sonrisa y acomodó las almohadas.

—A mí también me gusta esta cama. Y me gusta Michael Whiting, a pesar de que no me entiende.

—Ya empezamos… ¿Vas a actuar de la misma manera que Sylvie, tan al principio de la relación?

—Te lo mereces si sigues hablando de otras mujeres mientras estamos en la cama. No estaba llorando por Grainger anoche… Bueno, eso no es cierto… En parte sí era por él, o por lo que trató de hacernos. Pero en realidad tenía más que ver con Tony.

—Ahora tú estás hablando de otros hombres en la cama.

—Debo hacerlo, sólo esta vez. —Le lanzó una mirada profunda a Michael y el ángulo de sus cejas se hizo más agudo—. Anoche fue la primera vez que hice el amor desde Beirut. Seguramente te diste cuenta. Fue la primera vez que quise hacerlo. Y fue adorable… cálido, magnífico, endemoniadamente maravilloso. —Le apretó la mano—. No habría llorado si no hubiera sido tan fabuloso, Michael. ¿No te das cuenta? Estaba llorando porque me despedía de Tony. Estaba llorando porque no podía impedir el hecho de que, por fin, después de tanto tiempo, quería que alguien me hiciera lo que tú estabas haciéndome. Estaba llorando por cientos de razones. Pero estaba mirando hacia atrás por última vez y eso era algo muy triste, tan triste que no sabría cómo expresarlo. Yo amaba a Tony. Ahora él ha quedado atrás. Tal vez sólo podría haber pasado de esta manera; también lloraba por eso.

Bebió un poco más de café.

—Grainger tuvo algo que ver con ello pero sólo en el sentido de que ayer estaba tan atemorizada y tan tensa que lo vi todo con más claridad. —Volvió a cogerle la mano a Michael y se la besó—. Estoy de acuerdo con parar ahora y pasarle la cuestión a la policía si eso es realmente lo que tú quieres. Es cierto que podríamos quedarnos en la cama pero preferiría pensar que será más excitante pasarnos el día pensando en esta noche, ansiándolo, hablando de ello. —Se echó a reír—. Y mi granja sigue perdiendo dinero.

Michael rio con ella y le pasó un plato con el desayuno.

—Ya veo por qué el periódico te enviaba a todos esos sitios difíciles: valentía rayana en la estupidez, poderes increíbles de recuperación, la capacidad de concentrarte en la tarea más urgente…

—La capacidad de enamorarme del hombre con el que trabajo…

—He terminado mi alegato. Quedémonos aquí. Volvió a meterse en la cama y deslizó la mano entre los muslos de Isobel.

Ella se la atrapó cerrando las piernas.

—Despacio, Michael. Recuerda el día que pasamos en los Broads.

Naveguemos a vela, no a motor.

Volvió a abrir las piernas. Michael levantó la mano y le acarició la mejilla. Isobel pinchó unos champiñones.

—Mmm… —Hablando con la boca llena, continuó—: En cualquier caso, no sé tú pero yo no puedo dejar de pensar en Grainger. Tú mismo has dicho que su violencia debe de significar que estamos muy cerca. Hablas de besar, pero ¿realmente quieres darle un beso de despedida a todo eso? —Cogió la mano de él entre las suyas y se la colocó sobre el muslo—. Yo te deseo igual que tú a mí… Pero te desearé aún más esta noche. —Miró el plato de Michael—. Si te doy otro beso, ¿puedo comerme tus champiñones?

Después de desayunar Michael trató de telefonear a Robyn, su hermana, que no vivía demasiado lejos de allí. Tal vez podría prestarle algo de dinero. Pero cuando se estableció la comunicación se encontró con un mensaje en su contestador automático que decía que había llevado a un tigre herido del zoológico de Londres para un tratamiento de emergencia y no estaría de regreso hasta cuarenta y ocho horas más tarde.

—Robyn tiene mucho en común con los grandes felinos —dijo Michael, volviéndose hacia Isobel y sonriendo—. Ella también solía ser una comehombres.

De todas maneras, la ausencia de su hermana significaba que tendría que explicar su situación al encargado del hotel de los domingos. Éste se mostró comprensivo y les dijo que si Michael dejaba en garantía su reloj e Isobel su gargantilla de oro, él podría prestarles doscientas libras en metálico hasta el día siguiente.

Las ropas de ambos estuvieron listas antes de las diez de la mañana. El jefe de policía los llamó desde Woodsford y les explicó que, a pesar de que era domingo, había convencido al concesionario de Mercedes Benz más próximo, que estaba en Yeovil, de que trajeran hasta Dorchester todos los modelos de llaves, a cambio de una suma de dinero, desde luego. Por fin, a Michael le prestaron un par de botas de agua para que pudiera ir a buscar el coche. Todo esto llevó bastante tiempo y se hicieron las dos y media de la tarde antes de que pudieran entrar en el vehículo y recuperar las maletas. Isobel no llevaba mucho dinero en su bolso pero se sintió mejor cuando recuperó su maquillaje. Volvieron en coche al hotel, se pusieron ropa limpia y luego se dirigieron al embarcadero,

donde Michael le dio al muchacho su dirección y le aseguró que le pagaría el bote. El joven no parecía nada preocupado; después de todo, la barca estaba asegurada. Finalmente Michael paró en un vivero en las afueras de Dorchester, donde compró una horca y una guadaña.

—Si volvemos a encontrarnos con Grainger —dijo como respuesta a la mirada de curiosidad de Isobel—, es posible que todavía tenga su bichero. Ésta es nuestra respuesta. —Guardó las herramientas en la parte trasera del coche y luego, justo después de las tres de la tarde, pusieron rumbo a Woodsford.

Por suerte el camino los llevó al sur del río, a la orilla opuesta a la del día anterior. Durante un rato siguieron unas vías de ferrocarril que corrían paralelas al río en un extremo del valle. El río parecía un cristal en el que los plateados reflejos de las nubes disimulaban la fuerza de la corriente que los dos sabían que se ocultaba allí. Vieron la aguja de la iglesia de Woodsford antes de entrar al pueblo y Michael disminuyó la velocidad. A la izquierda había un sendero que daba al puente, donde, el día anterior, habían tratado de desembarcar. Michael paró el coche un momento; luego avanzó.

Isobel se puso tensa cuando se acercaron al río.

—¿Qué haces?

—Busco a Grainger, su lancha. Si está aquí, necesitamos saberlo. Para estar preparados.

Pero no había ninguna lancha amarrada junto al puente. Michael salió del coche, dio unos pasos y examinó el río en ambas direcciones. Apenas podía divisar White Mead y el árbol inclinado. No había señales de ninguna clase de embarcación.

—No veo ninguna lancha —dijo cuando volvió a su vehículo—, aunque también es posible que a estas alturas utilice un coche.

Llevó el Mercedes hacia la carretera y giró en dirección a Woodsford a poca velocidad. Después de unos cientos de metros un cartel marrón anunciaba «Castillo de Woodsford». Pasó por un espacio abierto en el seto. Había dos coches aparcados y una furgoneta. Receloso y mirando a todas partes por si aparecía alguien, giró en redondo para que el Mercedes apuntara hacia la carretera, por si había que salir apresuradamente. Miró los otros vehículos.

—Espérame aquí mientras echo un vistazo dentro de la furgoneta. El cuadro podría estar allí. Eso explicaría por qué ya no se mueve en motocicleta.

—Ten cuidado, Michael. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

—No estaré lejos. Podrás verme desde aquí. Mantén el coche cerrado hasta

que regrese, por si acaso.

Salió del vehículo y se aproximó despacio a la furgoneta. Al pasar junto a ella miró el interior del vehículo con aire despreocupado. No había nadie en la parte delantera pero una especie de pantalla ocultaba la parte de atrás. Las ventanas estaban a gran altura y tendría que encaramarse al parachoques para ver el interior. Antes de hacerlo, volvió a mirar a su alrededor. Seguía sin haber nadie. Con cuidado, se subió al parachoques. Al hacerlo, la furgoneta se movió bajo su peso y también oyó que algo se desplazaba en el interior del vehículo.

Mientras su corazón latía más rápido, enderezó las piernas y se elevó. Cuando sus ojos llegaron a la altura de la ventana, le sorprendió ver otro rostro que estaba mirando hacia afuera. En cuanto el otro lo vio, abrió la boca y un feroz ladrido retumbó en la furgoneta. El primer alsaciano despertó a un segundo perro, que también estaba oculto en el interior, y entre los dos hicieron un ruido equivalente al de toda una jauría. Michael se bajó de un salto del parachoques y volvió corriendo al Mercedes.

—Vamos —dijo—. Ya he anunciado nuestra llegada, así que podemos entrar directamente.

Dos personas, ambas mujeres, se acercaron justo cuando Michael e Isobel entraban en las ruinas del castillo. Atravesaron una loma de tierra cubierta de césped desde la que vieron que quedaba poco de la estructura original. Y se dieron cuenta de inmediato de que Grainger no estaba allí. Vieron a un calvo con un niño y a una pareja joven, que parecían holandeses o alemanes. Eran tres grupos de personas, que correspondían a los tres vehículos.

Se relajaron y pasearon por el lugar. Las ruinas estaban en buen estado; no había mucha basura, habían cortado la hierba poco antes y el terreno estaba, en general, bastante cuidado. No encontraron ninguna señal de excavaciones recientes, nada desplazado o roto que pudiera indicar dónde había buscado Grainger. Las ruinas consistían, en esencia, en tres murallas concéntricas, con los restos de la mayoría de los edificios dentro de la muralla interior. También podían verse las ruinas de un par de torres en la línea exterior. Isobel y Michael exploraron las dos torres minuciosamente y, cuando terminaron, todos los demás se habían marchado.

Isobel encontró un rincón cubierto de hierba bajo el sol de la tarde —ya eran casi las cinco— y sacó la fotografía del cuadro que, por suerte, había guardado entre las hojas de uno de los libros que habían quedado en la parte trasera del Mercedes. La fotografía de Michael había desaparecido junto con su chaqueta.

—La pista siguiente es un esqueleto —dijo ella—. Fíjate… la figura que lleva el báculo de marfil. Eso debe de referirse a un cementerio, ¿no te parece?

Michael asintió.

—O a una tumba.

—Yo no vi ninguna de esas dos cosas por aquí, ¿y tú? Michael negó con la cabeza.

—¿Podría ser que el esqueleto signifique otra cosa?

Volvieron al coche y consultaron los libros una vez más.

—Lo único que he encontrado es una referencia al Juicio Final —dijo Isobel después de un momento—. Y eso no nos sirve de mucho.

—Supongo que podría implicar que ésta es la última figura, la última pista verdadera. Ya sabemos que la novena figura mira hacia el lado incorrecto. —Posó sus ojos sobre Isobel—. ¿No tienes la sensación de que ya hemos pasado por esto?

—¿Te refieres a que parece que alguien esté subrayándonos algo?

—No exactamente. No puedo evitar pensar que estamos saltándonos algún elemento. Como ocurrió con el vitral de Jesé en Godwin Magna.

—Pero debemos de estar cerca. ¿Por qué otra razón pararía Grainger en White Mead?

—En realidad no se lo preguntamos. Tal vez paró simplemente porque tenía que ir al baño.

—¡Michael! No hablas en serio.

—No, en realidad no. Pero tampoco estoy seguro de que este castillo sea el sitio que buscamos. Es demasiado antiguo. Podría haber estado en ruinas ya en el siglo XVI. Nadie podría haber enterrado nada aquí, habría sido demasiado arriesgado. Si alguna vez encontramos el escondite, estará relacionado con Monksilver, será un lugar que los monjes conocían y que los hacía sentirse seguros. Este castillo no cumple con esos requisitos. —Hizo una pausa, y luego agregó en voz baja—: Lo que tal vez signifique que White Mead es el lugar equivocado.

—¡Fue idea tuya!

—Lo sé. Ya me he equivocado otras veces, recuérdalo. Supusimos que el nombre de White Mead tenía que ver con las flores del almendro. Tal vez fuera una suposición incorrecta.

—¡Pero vimos a Grainger allí!

—Tal vez él hiciera el mismo razonamiento y luego se diera cuenta de que se había equivocado también. No olvides que nos vio avanzar río arriba. Lo único que él sabía era que habíamos estado más abajo, de modo que es posible que pensara que ya teníamos la solución del misterio. Quizá por eso nos atacó. Pudo llegar a la conclusión de que White Mead no era un sitio importante cuando nos vio venir desde la zona en la que hay más probabilidades de que esté oculto el tesoro. Por eso nos atacó con tanta violencia; pensó que por fin nos habíamos adelantado a él y que tal vez ya habíamos encontrado el tesoro. Eso explicaría muchas cosas. Explicaría el grado de violencia que usó contra nosotros.

—Pero esa mujer, Nora, parecía muy segura de que la flor era de almendro.

—De acuerdo. Pero creo que hemos malinterpretado ese dato. —Michael le preguntó la hora a Isobel. Eran las cinco y media—. Ayer tuvimos un día difícil. No tiene sentido que nos agotemos hoy. Debemos reflexionar sobre muchas cosas. Más trabajo con los libros. No sé tú, pero yo no tengo ganas de volver a The Yeoman. Nos miraron demasiado anoche. —Dio unos golpecitos con los dedos sobre el volante—. No estamos muy lejos de Burning Cliff, donde conozco un hotel magnífico con vistas al mar. Podría volver a acariciarte la espalda.

—Sí, por favor —dijo ella—. Ambas cosas.

Michael llamó al hotel desde una cabina telefónica de Woodsford. Sí, le dijeron, disponían de una habitación. Burning Cliff no estaba a más de diez kilómetros de distancia, de modo que llegaron poco después de las seis. Se registraron en el hotel, dieron un largo paseo por el acantilado hacia la vieja aldea de Ringstead, tomaron un *whisky* en el *pub*, y luego regresaron justo a tiempo para la cena. Mientras anochecía discutieron varias ideas pero no llegaron a ninguna conclusión.

Después de cenar, una vez en la habitación, se quedaron sentados un rato, escuchando las olas y contemplando las embarcaciones que cruzaban el canal de la Mancha. Más tarde, mientras Isobel se daba un baño, Michael sacó los mapas y una hoja. Comenzó a tomar apuntes.

—¿Qué estás haciendo? —dijo ella cuando salió del baño. Esa noche, como había recuperado su ropa, iba vestida con un camisón blanco de encaje.

—Una lista de todos los lugares señalados en el mapa que podrían haber sido sitios de entierros en el siglo XVI y que son visibles desde el río. Después podemos ver qué conexión pueden tener estos lugares de la lista con esqueletos y

almendros.

—¿No preferirías venir a la cama?

—Creí que querías resolver este *puzzle*.

Isobel se metió en la cama.

—He estado pensando en esto todo el día.

Michael sonrió, dejó a un lado los mapas y comenzó a desvestirse.

A la mañana siguiente, cuando Isobel se despertó, Michael estaba sentado en el balcón con su albornoz. Ella se puso el suyo y se acercó. Más abajo, el canal de la Mancha ya estaba lleno de embarcaciones que resplandecían a la luz del sol matinal.

Isobel le acarició el pelo.

—Vuelve a la cama.

—No. —Michael levantó la mirada—. Esta vez no. —Sonrió—. No hay prisa. La lista ya está casi terminada. Pide que nos traigan el desayuno a la habitación. Cuando llegue ya lo tendré todo apuntado y podremos hablar mientras tomamos café y tostadas. —La besó y luego la apartó suavemente.

El desayuno tardó quince minutos en llegar y Michael cumplió con su palabra. Untó una tostada con mantequilla y dijo:

—Tengo siete nombres en un tramo del río de veinte kilómetros.

—De acuerdo, cuéntamelo.

—Algunos de ellos son mejores candidatos que otros, pero ahí va. —Comió un pedacito de tostada—. Fossil Farm. Se me ocurrió que los fósiles podrían relacionarse con los huesos, lo que tiene que ver con nuestro esqueleto. Ya, no es demasiado convincente, estoy de acuerdo. Luego está Whitborne. El nombre de esa aldea podría ser, supongo, una corrupción de White Bones, «huesos blancos»; tampoco es muy convincente. Hay cuatro iglesias, en Moreton, Pallington, Stokeford y Woodsford, que seguramente tienen cementerios y que también dan al río. Y luego, el mejor candidato de todos: Black Hill.

—Black Hill… ¿Por qué es un sitio tan bueno?

—Porque allí había un antiguo túmulo, una cámara mortuoria que sin duda ya existía en el siglo XVI.

Isobel meneó la cabeza.

—Michael, otra vez te estás dejando llevar por tu propio ingenio. La razón

por la que descartaste el castillo de Woodsford era que no tenía ninguna conexión con el monasterio de Monksilver. ¿Y cuál es la conexión de Black Hill? Tal vez nosotros sepamos que es una especie de cementerio antiguo, pero en el siglo XVI no había arqueólogos, de modo que es posible que en esa época no supieran qué era. Black Hill es como White Mead: podría ser una buena solución, pero errónea.

Michael masticó su tostada. Ella tenía razón. El silencio de él le hizo saber a Isobel que había dado en el clavo.

—Tampoco me gusta mucho Fossil Farm —continuó—. Whitborne es un poco mejor, pero… mira, ya sabes, Michael, he estado pensando, y no descartaría el castillo de Woodsford todavía. Tal vez Grainger tuvo problemas y no pudo llegar allí ayer. O tal vez esté escondido. Después de todo, intentó asesinarnos… asesinarme. Es posible que crea que hemos llamado a la policía. —Mientras hablaba, sirvió más café para ambos—. Yo creo que deberíamos regresar a Woodsford esta mañana y volver a examinar el castillo, pero con más atención.

Después de vestirse siguieron la sugerencia de Isobel. Pero antes tuvieron que regresar a The Yeoman para pagar la cuenta. Michael había llamado al director de su banco desde Burning Cliff y cuando llegó a la sucursal de Dorchester ya se había efectuado la transferencia desde la central. En The Yeoman le dieron las gracias al encargado nuevamente, pagaron lo que debían y recuperaron el reloj y la gargantilla. Luego, una vez que el incidente en el río quedó atrás, partieron a toda velocidad rumbo a Woodsford. Era otro día glorioso y corrieron con el techo del coche abierto. Se estaba levantando un poco de viento y las espigas de trigo se balanceaban en los campos como multitudes aplaudiendo a los participantes de una carrera.

Cuando llegaron al castillo ya había varios visitantes que se les habían adelantado. Grainger no estaba entre ellos. Volvieron a buscar señales de algo cambiado de lugar, así como un cementerio o alguna tumba. Pero no hallaron ninguna de esas cosas. Incluso Isobel comenzó a dudar de que el castillo fuera donde tenían que buscar. Después de una hora se dieron por vencidos y condujeron hasta la aldea de Woodsford, donde encontraron un folleto informativo sobre el castillo y la iglesia. Pero no les sirvió de nada. Los detalles eran escasos y no había referencias a cementerios ni ritos fúnebres.

—En cualquier caso —dijo Michael—, no era muy habitual que sepultaran a

la gente en los castillos. A menos que tuvieran una capilla propia, los habrían enterrado aquí, en la iglesia del pueblo.

Michael se dirigió hacia la puerta de la iglesia, desde donde miró en dirección al río y el extremo más lejano del cementerio. Isobel permaneció al sol, contemplando a una mujer que estaba limpiando el jardín, que, en su mayor parte, tenía un trazado muy bello. Después de un momento la mujer guardó sus herramientas y se acercó. Vieron que llevaba una cesta de manzanas que seguramente habría recogido antes. Les ofreció una a cada uno.

—¿No es un poco extraño que crezcan manzanos en el jardín de una iglesia? —preguntó Michael.

—Es cierto —respondió la mujer—. Pero ésta es la iglesia de Santa Dorotea, y la fundaron unos peregrinos que habían estado en el santuario de la santa en Asia Menor. Sus símbolos son las rosas y las manzanas, por eso siempre ha habido rosales y manzanos en este jardín.

Las manzanas estaban deliciosas. Michael e Isobel regresaron al coche mientras las comían.

—Manzanas y rosas… Cuántas cosas hermosas y poéticas hay en el cristianismo —dijo Isobel—. Es una pena que no haya más creyentes. —Dirigió la mirada hacia el cielo—. ¿Hacemos un picnic? —Luego miró a Michael—. Si encontramos algún rincón tranquilo, podrías acariciarme la espalda. Hasta ahora no lo has hecho al aire libre.

—¿Qué dijo aquella mujer, Nora, sobre los almendros?

—Sí que eres inglés, después de todo, Michael Whiting. Yo hablo de hacer el amor y tú mencionas a otra mujer.

—En serio. ¿Qué dijo exactamente?

—Que eran flores de almendro. Muy comunes en los países mediterráneos, pero no tanto aquí. Que no sabía adónde dirigirnos… Se suponía que estábamos en una especie de caza del tesoro, ¿lo recuerdas?

Ya estaban delante del Mercedes y Michael se lanzó de inmediato al interior del vehículo para buscar en el asiento trasero. Cogió uno de los libros, se enderezó y lo hojeó.

—¡Inútil! —dijo.

Volvió a agacharse, lo arrojó dentro del coche, cogió otro y volvió a pasar las páginas.

—¡Endemoniadamente inútil! —exclamó en seguida.

Lo intentó una tercera vez.

—¡Sí! —Golpeó con la palma de la mano las páginas abiertas del libro—. La almendra es poco común en Gran Bretaña. Ésa debería haber sido nuestra pista. El que pintó el cuadro no estaba indicándonos que buscáramos almendros reales. Sabía que eran poco corrientes y que sería difícil, si no imposible, encontrarlos. Eso era una pista, si se la puede llamar así. Siempre nos olvidamos de que nos enfrentamos a una mente religiosa. Una poética mente cristiana. Para él, la almendra era un símbolo, así como las rosas y las manzanas son los símbolos de Dorotea. White Mead sí que era una pista falsa. Mira, lee esto.

Le pasó el libro a Isobel y le indicó un párrafo.

—«Almendra —leyó ella en voz alta—: alusión al Libro de los Números, capítulo diecisiete, versículo del uno al once. De entre todas las tribus de Israel sólo la vara de Aarón floreció y produjo almendras maduras. Cumpliendo con esta poética profecía, la casa de Leví se convirtió en la principal, en la casa real, y la flor blanca del almendro pasó a ser un símbolo de la pureza de la Virgen». —Luego miró a Michael enarcando las cejas—. ¿La Virgen?

—Es fácil, ¿verdad? —replicó Michael—. Si sabes hacerlo. —Le besó la mejilla a Isobel—. Como todo lo demás en este condenado rastro, es sencillo, si puedes resolverlo. En alguna parte a lo largo de este río, justo al lado, hay una iglesia medieval dedicada a la Virgen.

—Por supuesto —dijo Isobel en voz muy baja—. Otra vez la mente eclesiástica.

Michael cerró el libro.

—Esta iglesia es la de Santa Dorotea, de modo que quedan las otras tres que mencioné esta mañana, en Moreton, Pallington y Stokeford —dijo mientras subía al coche—. Vayamos a Moreton primero, es la más próxima. Luego podemos cruzar el río hacia Pallington. Hay una carretera que va directa de Pallington a Stokeford; las dos están en la ribera norte.

Con un entusiasmo renovado, emprendieron el camino.

Entre Woodsford y Moreton había poco más de seis kilómetros. Michael tardó seis minutos en llegar. Cuando se acercaban a la iglesia vieron de inmediato un gran cartel que decía «San Nicolás, Moreton». Michael ni siquiera se molestó en parar el coche. Aceleró y puso rumbo al norte.

La carretera serpenteaba a través de Hurst y luego cruzaba el río en dirección a Waddock, donde debían girar a la izquierda. Pallington estaba a un kilómetro y medio. La iglesia era visible desde la carretera, pero no había ningún cartel que indicara a quién estaba consagrada. En cambio, había una verja y un camino

trazado con la arenisca de la región. La erosión había castigado la iglesia. Michael dejó el motor encendido y corrió hacia el edificio. Tampoco había ningún cartel en el exterior. Probó con la puerta, que se abrió con facilidad. Miró a su alrededor y encontró una pila de libros de salmos. Cogió uno de ellos. ¡Maldita sea! No decía el nombre de la iglesia. Volvió a mirar a su alrededor. Sí, allí estaba. Había un estandarte de satén blanco que colgaba delante del púlpito. En él, con letras de oro, podía leerse «Nuestra Señora de Pallington».

Por fin. Aleluya. Regresó al coche de prisa.

—Es aquí.

A Isobel le brillaron los ojos.

—¿Alguna señal de Grainger?

—No… Pero en realidad tampoco me he fijado mucho. Creo que deberíamos esconder el coche antes de inspeccionar la iglesia. No puede estar muy lejos.

Regresaron por el mismo camino por el que habían llegado y recorrieron unos doscientos metros, hasta un punto en el que Isobel había visto un sendero cubierto de hojas secas. Michael dejó el coche allí. Unos cincuenta metros más adelante había una verja que se abría a un terreno, cosa que le dejaba a Michael espacio suficiente para girar el Mercedes. Antes de salir del coche volvieron a mirar la última pista que aparecía en la fotografía. En realidad era la octava figura, pero la séptima y la novena estaban mirando al lado equivocado.

—Es muy truculento, ¿verdad? —comentó Isobel—. Yo supongo que, en términos estrictos, un esqueleto no representa un cementerio, sino la muerte. De modo que podríamos estar buscando tanto una sepultura fuera de la iglesia como una tumba en su interior.

—Pero ¿a quién debería corresponder esa tumba?

—¿Qué tiene el esqueleto en la mano además del báculo? Parece un recipiente de cristal.

—Sí. Miraré en «cristal». —Una pausa—. Nada.

—¿En tarro?

Otra pausa.

—No. Nada de nada.

—¿Qué otras palabras hay? ¿Botella? ¿Ampolla? ¿Frasco?

—Déjame ver. Un momento. —Silencio—. Nada en «botella». —Otro silencio—. ¡Lo tengo! «Ampolla: pequeño frasco de cristal, es el atributo del obispo Jenaro». Eso debe de ser correcto, porque lleva un báculo, que es el símbolo de un obispo.

—Qué nombre más extraño el del obispo.

—No, en realidad es un nombre habitual. Se refiere al mes de enero. Hemos de buscar a alguien que muriera ese mes. Debe de haber otra pista por aquí que nos indique el nombre de esa persona.

Isobel estaba inspeccionando la figura de la fotografía.

—¿Y esto de aquí? Parece que tenga una flecha atravesándole la garganta.

—De acuerdo. Intentaré con «flecha». —Se produjo otro silencio pero no muy prolongado—. Perfecto. Escucha esto: «Flecha: una flecha no es sólo un arma, sino un elemento portador de enfermedades, tradicionalmente la peste…». Más abajo: «La flecha es también atributo de numerosos santos. Unas flechas que penetran en el pecho son el símbolo de san Agustín; una doncella ricamente vestida con una flecha en la mano representa a santa Úrsula; varias flechas que se clavan en un cuerpo desnudo se refieren a san Sebastián», eso ya lo sabía, desde luego. Y luego esto: «Una flecha que atraviesa la mano representa a san Gil».

—¡Ah! De modo que estamos buscando a…

—Un Gil que murió en enero.

Isobel sonrió, le quitó el libro a Michael y lo arrojó al asiento trasero del coche. Luego le besó la mejilla.

—Ingenioso. Muy ingenioso. Pongámonos en marcha.

En vez de ir por la carretera fueron por el terreno, siempre separados de la iglesia por un seto o valla, por si Grainger andaba cerca. Cuando se aproximaban al templo Michael dijo:

—No puede estar muy lejos. Uno de nosotros debería montar guardia mientras el otro busca dentro de la iglesia y en el cementerio.

—Déjame buscar a mí, por favor. Me moriré de los nervios si tengo que estar vigilando por si aparece Grainger.

Michael se escondió detrás del seto que estaba enfrente de la iglesia mientras Isobel se apresuraba a cruzar la carretera. Comenzó a revisar sistemáticamente las sepulturas que había en el exterior. No era fácil. Con el paso de los siglos muchas de las lápidas se habían erosionado tanto que eran casi imposibles de leer. Algunas estaban cubiertas de moho, como las manchas que aparecen en la piel de los ancianos. La lluvia de tantos años había dejado franjas grises en la piedra.

—¡Un coche!

Ella corrió a ocultarse detrás de la iglesia mientras su corazón latía a gran

velocidad.

Un momento después, el vehículo aceleró y desapareció de la vista.

—¡Terreno despejado! —gritó Michael.

Isobel reanudó la búsqueda. Le llevó unos cuarenta minutos inspeccionar todo el terreno y cuando terminó estaba bastante segura de que entre las sepulturas no había ninguna que perteneciera a alguien llamado Gil que hubiera muerto en el mes de enero. En los casos en que los nombres eran ilegibles, los meses no correspondían y, cuando la fecha no podía leerse, el nombre no era el que buscaba. Rodeó la iglesia hasta llegar a la parte delantera, se quedó de pie bajo la galería y le hizo un gesto a Michael con la mano.

Él corrió hacia ella.

—¿No ha habido suerte?

—Debe de estar en el interior. Aquí fuera no hay nada.

—¿Crees que todavía necesitamos montar guardia?

—Si lo haces, me sentiría más tranquila.

Él asintió.

—Entonces será mejor que entres. Yo esperaré aquí y sólo te interrumpiré si algún coche se detiene.

—Muy bien —dijo ella antes de entrar en la iglesia.

Michael se sentía muy expuesto en la galería y también bastante ridículo, de modo que se ocultó detrás de la puerta entornada.

El interior de la iglesia estaba iluminado pero hacía frío. Los muros normandos eran gruesos y sólo estaban interrumpidos por pequeñas ventanas. En la parte trasera del templo había un gran arco semicircular que contenía una escena de la crucifixión y figuras talladas de personas, aves y peces. Trató de imaginar cómo habría sido la iglesia muchos siglos atrás, repleta de personas que sentían verdadero temor por Dios, cuando observaban el sombrío y pequeño ábside. Esa iglesia había sido construida antes de las cruzadas, o antes de que los primeros cruzados regresaran. No estaba pensada para mayor gloria de Dios. Había pocos elementos artísticos y no se parecía en nada a aquellas que tenían una arquitectura magnífica y grandiosa para elevar el espíritu o aumentar el volumen de las voces del coro. Con la única excepción de los grabados del arco, aquélla era una iglesia adusta, práctica, severa, construida en una época en que no era necesario convencer a la gente de la autoridad o la majestad de Dios.

Había placas conmemorativas, de piedra, yeso o bronce, incrustadas en las paredes o cubriendo gran parte del suelo. Isobel no tardó en darse cuenta de que

las fechas inscritas en las de yeso y las de bronce eran muy posteriores. Las de piedra, por el contrario, estaban sobre todo en el suelo, muy gastadas, y eran, por tanto, mucho más difíciles de leer. Decidió avanzar sistemáticamente desde la parte de atrás de la nave hacia el altar.

Pero no había llegado muy lejos cuando de pronto Michael siseó:

—¡Viene un coche!

Él entró corriendo. Isobel ya se había puesto de pie.

—¡Allí! —susurró ella—. Detrás del órgano, junto a aquella cortina.

El órgano, un instrumento pequeño y moderno, estaba ubicado en el transepto norte y casi oculto detrás de una gruesa cortina roja de brocado. Los dos corrieron hacia el otro extremo de la nave. Había un espacio entre el órgano y la pared donde pudieron esconderse.

Oyeron que unos pasos se aproximaban por el camino de gravilla. La puerta se abrió con un quejido. Desde donde estaban agachados no podían ver quién había entrado, pero sí oyeron que alguien recorría la nave, deteniéndose de vez en cuando para luego seguir avanzando. ¿Sería Grainger, que leía las tumbas del suelo, como había hecho Isobel momentos antes? Sólo de pensar que Grainger podía estar allí, Isobel creyó que iba a desmayarse. La imagen del bichero, resplandeciente bajo el sol, danzó delante de sus ojos.

Los pasos avanzaban y retrocedían. Alguien levantaba objetos para luego dejarlos en su lugar. Isobel miró a Michael. Había empezado a temblar nuevamente. Michael le acarició la mejilla y le rozó la frente con los labios.

Durante un cuarto de hora los pasos recorrieron la nave. Luego se alejaron, pero justo cuando Michael e Isobel comenzaban a relajarse, volvieron otra vez. Isobel estaba más aterrorizada que nunca. Los dos empezaban a tener los miembros doloridos por tener que permanecer tanto tiempo en la misma posición. ¿Sería Grainger, y sabría que ellos se encontraban allí? ¿Estaría provocándolos para hacerlos salir de su escondite?

Después de casi media hora, los pasos salieron de la iglesia por tercera vez y se alejaron por el sendero. Aun así, Michael obligó a Isobel a esperar un poco más. Podía ser una trampa. Oyeron el ruido de la puerta de un coche y luego el sonido de un motor que cobraba vida. Se relajaron, pero de todas maneras esperaron unos minutos más detrás del órgano por si Grainger planeaba marcharse con el coche, parar un poco más lejos y regresar sin hacer ruido.

Por fin, llegaron a la conclusión de que la amenaza había pasado. Se pusieron de pie y se frotaron las articulaciones doloridas. Michael estiró brazos y

piernas.

—Ahora bien: ¿era o no era Grainger?

Isobel había salido a la nave central.

—No.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Ven aquí y compruébalo tú mismo.

Él la siguió a la nave y miró a donde ella indicaba, en dirección a la parte trasera de la iglesia, donde el arco semicircular con figuras talladas dominaba la arquitectura. Michael sonrió, avergonzado. Alguien había cambiado las flores.

—Regresaré a montar guardia. —Se dispuso a salir de la iglesia pero ella lo cogió del brazo.

—No hace falta —dijo y lo guio hacia la parte de atrás del órgano.

Al otro extremo había una losa de piedra, reluciente después de tantos años. Ella la había visto cuando estaba escondiéndose. Estaba ligeramente hundida y tenía una esquina rota, pero la escritura era bastante legible: «Baronet Giles George Beechey: 15 de abril de 1473 − 3 de enero de 1531». Debajo había tres líneas verticales talladas en la piedra.

—No sé si sentirme alegre o frustrada —dijo Isobel—. Si el tesoro está debajo de esta piedra, jamás conseguiremos levantarla.

—No lo está —aseguró Michael—. ¿Recuerdas a aquel hombre del comienzo? ¿El que tenía una vara de hierro? Los cinco escalones de la verdad. Giles, o sea, Gil, el que murió en enero, era la cuarta figura; tú misma te diste cuenta, ¿lo recuerdas? Falta un paso más, que debe de tener que ver con estas líneas sobre la tumba.

—¿Qué crees que son?

—Parece un número romano, ¿no? El tres. Debe de haber algún significado simbólico en ese número.

—¿La Trinidad?

—Ése es uno. —Michael dirigió la mirada hacia la parte trasera de la iglesia —. Allí está la crucifixión, con la Virgen en la parte superior. Son sólo dos figuras. Junto a la Trinidad están las tres Parcas, las tres Gracias…

Ambos comenzaron a moverse instintivamente hacia la salida. Cuando llegaron al final de la nave se detuvieron y contemplaron el tímpano de la iglesia.

—¿Qué son todos esos pequeños grabados alrededor del borde del círculo? —preguntó Isobel.

—A mí me parece que son los trabajos de los meses.

—¿Qué significa eso?

—Empiezan en enero, abajo a la izquierda. Hay un pequeño grabado de hombres talando árboles, juntando leña para el invierno. A continuación aparece acuario, el signo zodiacal del mes de enero. En la Edad Media la gente era bastante supersticiosa, incluso en las iglesias. En cualquier caso, da toda la vuelta hasta diciembre, abajo a la derecha.

Michael comenzó a avanzar hacia la salida, para buscar los libros de consulta en el Mercedes. Cuando habían llegado a la mitad del camino apareció otro coche. Se habían olvidado de montar guardia. Los dos se pusieron en tensión.

Un hombre alto y delgado salió del coche. Pero cuando se volvió vieron, para alivio de ambos, que llevaba un alzacuello. Era el párroco. Él se dio cuenta de que lo estaban mirando y les sonrió.

—Buenos días. Espero que les haya gustado la iglesia.

—Gracias —dijo Isobel, la primera en recuperarse—. Sí. Y las flores nuevas son hermosas.

—Ah, la señorita Summers ha estado por aquí, ¿verdad? De modo que ya no la veré hoy. Oh, vaya, creo que va a enfadarse. —Les dirigió una mirada de resignación. Estaba claro que la señorita Summers representaba todo un reto para él. Pasó junto a ellos y entró en la iglesia.

Isobel le sonrió a Michael y ambos caminaron de prisa hacia el sendero donde habían escondido el Mercedes. Una vez dentro del vehículo, se lanzaron sobre los libros. Se hizo un largo silencio apenas interrumpido por el tremolar de las hojas. Luego Isobel comenzó a hablar:

—La Santísima Trinidad… «Dios tiene una naturaleza única pero a la vez consiste en tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo… con frecuencia la Trinidad es representada por tres círculos entrelazados… El Padre aparece como una mano, un ojo en una corona… El Hijo aparece en la Cruz… y el Espíritu Santo como una paloma…». —Isobel leyó el resto en silencio—. No… No encuentro nada relevante en todo esto.

Michael suspiró.

—La Trinidad sería lo más obvio, pero los datos de mis libros también son imprecisos. —Hizo una pausa; luego leyó en voz alta—: «Las tres Gracias… eran con frecuencia las doncellas de Venus, la diosa romana del amor y la fertilidad… Se llamaban Aglae, Eufrosina y Talía. Por lo general las dos Gracias de los lados miran al espectador, mientras que la del medio se da la vuelta.

Séneca decía que representaban los tres aspectos de la generosidad: dar, recibir y devolver… Los humanistas italianos del siglo XV veían en ellas las tres etapas del amor: la belleza, el deseo y la satisfacción». Tal vez sea una broma de mal gusto; después de todo, aún nos falta mucho para la satisfacción. Isobel enarcó las cejas.

—Las tres Parcas no son mucho mejores. «Ancianas y desagradables, se llaman Cloto, Laquesis y Átropos y se las representa devanando el hilo de la vida mientras Átropos siempre está a punto de cortarlo con sus tijeras…». Un momento, lo que aparece en el párrafo siguiente no lo sabía. «Las tres Marías en el Sepulcro». Dice: «Véase *Mujeres santas en el Sepulcro*». —Isobel pasó las páginas rápidamente hasta encontrar la referencia—. «Las tres Marías, también conocidas como las mirróforas o portadoras de mirra, acompañaron el cuerpo de Jesús hasta la tumba después de la Crucifixión. Habían acudido a ungir el cuerpo pero descubrieron que alguien había movido la piedra que sellaba la entrada y que el cuerpo había desaparecido… En las representaciones artísticas la tumba suele adoptar la forma de un sepulcro de piedra… Hay una figura sentada en la tumba, que en algunos casos es, sencillamente, un hombre joven, Marcos, o, si lleva alas, Mateo… También puede ser un cetro con una flor de lis en la punta, que simboliza al arcángel san Gabriel». Tal vez eso sea lo que estamos buscando, un sepulcro con uno de esos tres nombres.

Michael asintió y cerró su libro.

—Hasta ahora es nuestra mejor apuesta. Vamos, ojalá el párroco se haya marchado.

Volvieron sobre sus pasos.

Era cierto: el párroco se había marchado. No sólo eso; había cerrado la iglesia con llave.

—¡Qué suerte más endemoniadamente mala! —exclamó Michael—. Supongo que esto era lo que había venido a hacer cuando nos topamos con él.

Isobel leyó el cartel que había en la galería. Decía: «Servicios: domingos y festivos, 7.30, 9.30, 11.30, 18.30. La iglesia abre de 10.00 a 14.00 horas».

—No puedo creerlo —dijo—. Esto significa que perderemos otro día.

—A menos que el sarcófago esté en el cementerio —dijo Michael—. Vamos.

Esta vez los dos inspeccionaron las lápidas y no se molestaron en montar guardia. Pero no hubo suerte. Al parecer no había ningún Marcos, Mateo o Gabriel en el cementerio. Revisaron todas las tumbas y también el puñado de

sepulcros.

Regresaron al coche.

—Seguramente la tumba tendría que estar dentro, ¿verdad? —dijo Isobel—. Incluso en aquellos días sabrían que la intemperie estropea las lápidas.

—Tienes razón —respondió Michael—. Más aún, nos olvidamos de que nuestro pintor y su abad eran hombres muy religiosos. Jamás hubieran escondido algo en un ataúd. Eso sería sacrílego.

—Podría ser una falsa tumba.

—Eso también sería una ofensa grave para una persona religiosa. No jugaban con la muerte en aquellos tiempos. Otra vez hemos dejado de pensar como hombres del medioevo.

Habían llegado al Mercedes. Michael miró su reloj.

—Esto es muy irritante. Apenas son las dos y media y ya no podemos hacer nada más por hoy. Voy a echarme a llorar.

—Podríamos pedirle al párroco que nos dejara entrar.

—¿Y llamar la atención? No. Aún no hemos llegado a ese punto. Regresemos a Burning Cliff, comamos un bocadillo y hojeemos los libros. Nunca se sabe, podríamos toparnos justo con lo que estamos buscando, como ocurrió la noche que vi esas ilustraciones de una danza que me hicieron deducir que Peverell Place era una pista falsa.

Abrió la puerta del coche para que Isobel subiera. Ella estaba a punto de entrar cuando ambos oyeron el petardeo de un motor que se detenía frente a la iglesia. Se miraron. Luego corrieron por el sendero hasta la carretera y se asomaron con cautela.

Había una motocicleta roja aparcada junto a la puerta de la iglesia. No vieron a nadie cerca.

—Esperemos aquí —dijo Michael—. Podemos ver perfectamente, y quienquiera que sea no podrá vernos. Está claro que no es ni el párroco ni la señora de las flores.

No tuvieron que aguardar mucho. Pocos momentos después, los dos se estremecieron cuando vieron la figura espantosamente familiar de un hombre alto con un casco que se subía a la motocicleta. En un acto instintivo, ambos se ocultaron un poco más en el seto, pero el hombre giró en redondo con su motocicleta, arrancó y se marchó en la dirección por la que había llegado.

—¿Deberíamos seguirlo? —dijo Isobel.

—Dudo que pudiéramos alcanzarlo. Para cuando lleguemos al coche y

salgamos del sendero, él ya estará a varios kilómetros de aquí.

—¿Te parece que ésta es la primera vez que ha estado en esta iglesia?

—Mmm… No… No se ha quedado mucho tiempo y no se ha molestado en revisar el cementerio. Eso debe de significar que ya sabe que la respuesta está en el interior. Se habrá marchado a hacer sus investigaciones sobre las tres Marías, o las tres lo que sea, como acabamos de hacer nosotros. Pero cuando regresó la iglesia estaba cerrada, igual que nos ocurrió a nosotros. —Michael suspiró—. Hemos sido muy afortunados de no volver a toparnos con él.

—No creas. No soy un blanco tan fácil en tierra firme, Michael —dijo Isobel con una expresión de ferocidad, aunque no dirigida a él—. Lo que sí me asusta es que él es un académico y tal vez ya sepa qué buscar. Nos lleva ventaja.

—Correcto. —Ahora fue Michael quien miró a Isobel—. Ésta es la parte en que las cosas se ponen feas, inspectora Sadler. Debemos pensarlo muy bien y aceptar las consecuencias.

—¿A qué te refieres exactamente?

Él le cogió la mano y la besó en el meñique.

—Comencemos con el hecho de que, si nuestro razonamiento es correcto, estamos a un paso de averiguar el paradero de unas reliquias fabulosas que se encuentran escondidas cerca de aquí. Grainger también. Aunque ha llegado después que nosotros, da la impresión de que nos lleva ventaja. —Le besó el dedo anular—. Añade a ello el hecho de que él sabe que estamos por aquí y que, aunque no podamos descifrar las pistas igual de bien o de rápido que él, tal vez estemos pisándole los talones. —Le besó el dedo corazón—. Y, en último lugar, consideremos el hecho de que sabemos que Grainger puede jugar sucio, muy sucio. ¿Qué conclusión sacas de todo ello?

Isobel miró fijamente a Michael.

—Yo te daré la respuesta, por si temes decirla tú. Hay tres deducciones importantes que debemos hacer. Una, que Grainger no esperará hasta mañana, cuando la iglesia esté abierta. ¡Va a entrar por la fuerza! Creo que no lo hará durante el día. Lo hará esta noche, cuando haya oscurecido.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—No estoy seguro. No soy ni detective ni psiquiatra ni vidente. Pero ya casi hemos llegado, Isobel, y él también. Las cosas siempre se aceleran cerca del final de la cacería, cuando el premio está tan cerca.

—¿Y la segunda deducción?

—Sabemos que es violento, explosivo como una plataforma petrolífera. No

nos conviene meternos con él, si podemos evitarlo. La única manera de adelantarnos es que nosotros entremos en la iglesia antes que él.

—No estarás sugiriendo que entremos por la fuerza, ¿verdad?

—En una situación normal jamás se me ocurriría algo así. Podríamos sentarnos a esperar hasta mañana. Pero si Grainger va a entrar esta noche, tenemos que ganarle por la mano. Podríamos tratar de convencer al párroco de que la abriera para nosotros, pero no sabemos qué decirle. Y aquí entra mi tercera deducción. Ha llegado el momento de llamar a Verónica Sheldon.

Isobel lo miró.

—Se trata de una emergencia, ¿estás de acuerdo?

Isobel no se movió.

—Verónica es una antigua novia mía. Trabaja en el departamento medieval del Victoria and Albert Museum. Salimos juntos unos meses, pero hemos seguido siendo amigos, más o menos. A ti y a mí podría llevarnos horas o días averiguar qué significan esas tres líneas. Pero Verónica se gana la vida con esto. Podría ayudarnos en pocos minutos, si te parece bien.

Isobel vaciló.

—Hemos llegado hasta aquí sin…

—¡Tal vez no podamos avanzar más!

—No debe de ser tan fácil entrar en una iglesia por la fuerza.

—Es cierto, pero se me ocurren algunas ideas…

—¿Como cuáles?

—¡Isobel! Estamos perdiendo el tiempo… podemos discutirlo luego. ¡Por favor! ¿Puedo llamar a Verónica?

Ella se quedó muda.

—¡Isobel! ¡Demonios, Isobel! Si averiguamos qué estamos buscando podremos impedir que Grainger se lo lleve.

Isobel volvió a reflexionar.

Esta vez Michael también guardó silencio.

Después de un momento, Isobel dijo:

—Lo siento, Michael. Tienes razón. Hagámoslo.

Él salió disparado hacia el coche, con Isobel detrás. Luego avanzaron por el sendero hasta el final del seto. Al llegar a la carretera giraron a la izquierda, alejándose de la iglesia.

—Iremos a Burning Cliff y nos detendremos en la primera cabina telefónica que veamos. Verónica necesitará unos momentos para revisar los libros y a

nosotros nos vendrá bien dormir un poco, si es que podemos. Anochece cerca de las nueve y media. Esperemos que Grainger planee su asalto para más tarde, para no encontrarse con gente. Mucho después de la hora de cierre de los *pubs*. Digamos, a partir de la medianoche. Eso significa que debemos estar listos cerca de las diez. Es peligroso, pero no podemos hacer otra cosa.

Giraron a la izquierda en Tincleton, pusieron rumbo a Woodsford y pararon en la cabina telefónica del pueblo. Pero estaba estropeada. Maldiciendo, siguieron hacia Crossways. Por suerte, los teléfonos allí sí funcionaban. Michael marcó el número de Verónica.

Que Michael la llamara la sorprendió, pero gratamente. Él sabía que su especialidad era la escultura medieval y que estaba preparando un catálogo nuevo para el museo. Le preguntó cómo iba el trabajo.

—Los académicos tienen tres velocidades, ya lo sabes. «Lento», «lentísimo» y «pausa». Estoy en medio de una mezcla de las tres.

Él se echó a reír y luego le resumió su problema, prometiéndole explicárselo mejor en una fecha posterior.

—Lo que necesito, Verónica, son todos los significados y referencias que aparecen en el arte respecto del tres, el número tres. A qué puede aludir esa cifra. Tenemos el tres en números romanos. Nosotros… Yo… he pensado en la Trinidad, por supuesto, en las tres Gracias, las tres Parcas y las tres Marías. Como resultado, tenemos, quiero decir… tengo una idea que tal vez sea la correcta, pero en este momento me encuentro en un callejón sin salida. No consigo avanzar y no estoy de ninguna manera convencido de que lo que he averiguado sea suficiente. Estoy seguro de que ese número tiene otras connotaciones simbólicas y necesito saber cuáles son.

—¿Éste es otro de tus golpes maestros, Michael?

—Podría serlo, si me ayudas. Hay un rival que me lleva ventaja.

—El mismo Whiting de siempre. Siempre en liza. Suena más emocionante que los catálogos de esculturas… Bien, veamos… Lo primero que se me ocurre son las tres virtudes teológicas, la fe, la esperanza y la caridad; las tres negaciones de san Pedro, los tres rostros de la Prudencia, los tres aspectos del tiempo… Jesús resucitó al tercer día, desde luego… las tres edades del hombre, las tres edades del mundo… el metal, la plata y el hierro… ¿Hay algo que te sirva de todo eso?

—Mmm… no podría asegurarlo —dijo Michael—. Háblame sobre las eras del mundo, en especial la plata.

—No puedo. De buenas a primeras, no.

—¿No hay ningún libro donde buscarlo?

—Sí, pero no aquí. Tendría que ir a la biblioteca.

Tenía que decírselo con mucho tacto.

—Verónica… eso es lo que te estoy pidiendo.

Al otro lado de la línea le respondió el silencio.

—¡Verónica, por favor!

Ella dejó escapar un profundo suspiro.

—Ciertas personas no cambian nunca. De acuerdo. Si estás seguro de que es tan urgente…

—Verónica, dentro de unos días te contaré lo urgente que es.

—Tardaré diez minutos en llegar a la biblioteca. Luego estaré allí unos tres cuartos de hora… ¿Puedes volver a llamarme dentro de, digamos, una hora y media?

—Estoy en una cabina de Dorset pero a esa hora ya habré llegado al hotel, de modo que sí, lo haré, desde luego. Verónica, eres un ángel.

Michael corrió hacia el coche y puso rumbo al sur, hacia Burning Cliff. Cuando llegaron al hotel el sol comenzaba a teñir el canal de la Mancha de un color pajizo. Eran casi las cuatro de la tarde cuando entraron en la habitación y se desplomaron sobre la cama. Ninguno de los dos había hecho mucho durante el día, pero el nerviosismo y la tensión constantes eran agotadores.

Michael deslizó el brazo por los hombros de Isobel y le rodeó el cuerpo. Ella le besó el cuello. El contacto físico los relajó y la respiración de los dos se volvió más regular.

Isobel llevó el brazo a la cintura de Michael y lo atrajo hacia sí.

—Ya he entrado por la fuerza en una oficina. Me pone nerviosa tener que volver a hacerlo, y en una iglesia, por si fuera poco.

—¿Tienes miedo de acostumbrarte al delito? —Le besó la cabeza—. ¿Así como yo estoy acostumbrándome al vicio?

Ella volvió a besarle el cuello.

—¿Llamas vicio a esto?

—Esto no es todo lo que tenía en mente.

Cerca de las cinco, Michael se levantó, salió al balcón y encendió un cigarro. Miró hacia el mar. Unos veleros, manchas blancas no más grandes que uñas,

zigzagueaban en el agua. Al oeste formaban una línea: una regata. En otra parte, más cerca, Michael oyó el peloteo característico de un partido de tenis. Chillidos de excitación, gritos cuando alguien cuestionaba el resultado. Risas. Todos ellos, el mundo entero, ignorantes de que había tesoros tan cerca, en la iglesia de Pallington. Ignorantes de la cruel violencia de Grainger.

Michael le dio una calada al puro. Si lo de esa noche salía mal y tenían que vérselas con Grainger… Ese pensamiento le hizo sentir un cosquilleo en la piel. Le impresionó la valentía que estaba demostrando Isobel. Ella debía de saber el riesgo que corrían y, aun así, no vacilaba. O tal vez sí, y había superado su recelo. Debía de haber aprendido a reprimir esa clase de temores mientras estuvo trabajando en todas aquellas zonas calientes del mundo. Siguió fumando. ¿Era cierto que uno podía aprender a superar algo tan básico como el miedo? Él nunca había estado verdaderamente aterrorizado en ningún momento de su vida. En una oportunidad, en un vuelo de Nueva York a Toronto, parte del avión se había incendiado y se vieron obligados a regresar al aeropuerto. A algunos de los pasajeros les entró el pánico. Pero en realidad en los aviones nunca se sabe hasta qué punto las cosas van mal. Nunca te dicen nada. Tampoco había nada que uno, personalmente, pudiera hacer para eliminar el peligro. Por otra parte, la amenaza no estaba dirigida a uno personalmente, y ésa era otra diferencia. Tal vez debería haberse asustado más en aquel vuelo. Habían tardado diecisiete minutos en regresar a Nueva York, mucho tiempo para estar en suspenso, sabiendo que en cualquier momento podría matarte una explosión. Había ocurrido poco tiempo después de aquel desastre del transbordador espacial, y la gente estaba familiarizada con el horror de las explosiones en el aire.

El coraje de Isobel lo hizo sentirse mejor. Miró hacia el dormitorio y alcanzó a distinguir el pelo de ella sobre la almohada. Se la veía tan calmada… Hacían el amor de manera más pausada y más satisfactoria. Sin lágrimas. En lugar de ello, Isobel murmuraba palabras muy eróticas en voz muy baja. Él jamás había conocido una entrega tan cautivadora.

Había llegado el momento de telefonear a Verónica. Volvió a la habitación, sacudió a Isobel para despertarla y levantó el auricular. La conexión se estableció sin problemas. En el museo no tardaron en localizar a Verónica, pero cuando ella se puso al aparato sonaba irritada.

—Verónica, ¿qué ocurre?

—Otra persona tiene el libro que necesito.

—¿Qué? ¡Oh, no!

—Sí. Pero no todo está perdido. Sé quién se lo llevó. No se encuentra en la ciudad esta semana pero aquí no permiten que te lleves los libros a tu casa, de modo que el que necesito tiene que estar en su despacho. Si puedo encontrar al encargado de seguridad, tal vez consiga entrar en el despacho y mirar el libro. Pero es una petición extraña y me llevará tiempo.

—¿Cuánto tiempo? —Michael sabía que estaba siendo demasiado exigente, pero no pudo evitarlo.

—Otros veinte minutos, tal vez. El problema es mi madre. Vendrá a buscarme al museo dentro de una hora y luego iremos al teatro. Si no puedo conseguir el libro para entonces, no podré ayudarte. Lo siento.

Michael sintió que el corazón le daba un vuelco. Pero lo único que dijo fue:

—Lo comprendo, Verónica. ¿Me llamarás… o prefieres que yo vuelva a llamarte?

—No. Dame el número. Te llamaré si tengo algo que decirte.

—No, no… Llámame en cualquier caso. —Le dio el número del hotel y colgó de mala gana.

»Tomemos un té —le dijo a Isobel después de contarle la conversación con Verónica—. Hagamos algo, cualquier cosa. Me volveré loco si tengo que esperar aquí.

Pidieron el té y se lo llevaron. Lo bebieron. Eso les llevó, como mucho, veinticinco minutos. Verónica todavía estaría intentando conseguir el libro, incluso aunque no se encontrara con ninguna dificultad.

Michael decidió darse un baño. Así ocuparía el tiempo. Consiguió prolongarlo durante veinte minutos. Se puso el albornoz e intentó beber más té, pero ya se había enfriado. Isobel estaba en la cama, tratando de dormitar. Michael volvió a contemplar el canal. Por todas partes se oían los sonidos cotidianos: voces de niños, el relincho de un caballo, el gruñido de una lancha de motor. Le parecía extraño estar en la habitación, en albornoz, con Isobel casi dormida, mientras a su alrededor estallaba el verano.

Vio a una mujer que caminaba hacia el hotel. Venía de la playa y traía unas toallas. Pero lo que le llamó la atención fue el pelo. Era la misma clase de rojo que el viejo Julius había descubierto en el retrato victoriano y le recordó que aún no había investigado a esas tres familias en cuyos escudos de armas había esmeraldas. Comenzaría con el *Dictionary of National Biography*, luego iría a la biblioteca de la Sociedad Genealógica. La genealogía se había puesto muy de moda en los últimos tiempos. La gente recopilaba historias de familias que en

muchos casos eran tan comunes y mediocres que no había ninguna posibilidad de que se las publicaran. Pero los manuscritos se conservaban en la Sociedad Genealógica y podían ser muy útiles para alguien como Michael. Luego estaba esa extraña pieza de ajedrez o torrecilla que tenía en la mano. ¿Qué podría significar?

Cuando sonó el teléfono el volumen le pareció a Michael tan antinatural y alto que dio un respingo. Isobel, que se había despertado de su sueño ligero muy rápidamente, levantó el auricular y se lo pasó mientras él se sentaba en la cama.

—¿Tienes papel y pluma? —dijo Verónica sin preámbulos—. Vamos allá. Salir con mi madre no es mi idea del paraíso, pero al menos ella paga las entradas.

—Listo, estoy listo. Dispara. —Le indicó a Isobel con un gesto que le trajera un lápiz y un bloc.

—¿Qué quieres primero? ¿Todos los significados posibles de «tres» o las tres eras del mundo?

—Hazme un recorrido por los significados. Luego podemos analizar algunos en detalle.

—De acuerdo. No lo diré demasiado rápido para que puedas apuntarlo. Pero no tengo todo el día.

—Estoy listo, estoy listo… Adelante.

—No te lo diré en ningún orden en particular… las tres generaciones; las tres muertes violentas, que son la ejecución, el asesinato y el suicidio; las tres zonas de la iglesia; los tres ángeles que recibieron a Abraham. Tres plumas son el símbolo de Lorenzo de Médicis y de un par de papas; tres campanas representan la música; tres clavos son el instrumento de la pasión; una corona con tres cabezas representa la filosofía; un tenedor de tres puntas representa a Neptuno… ¿Me sigues?

—Tres veces sí.

—Las tres formas del amor; Cristo tuvo una visión de tres flechas; tres cruces representan el Gólgota; París juzgó a tres bellezas desnudas; hay una leyenda con tres vivos y tres muertos, aunque supongo que eso equivale a seis; los tres *nodi d’amor* simbolizan los problemas del amor, es decir, dos son compañía, tres son multitud; una torre con tres ventanas es símbolo de castidad; un báculo con tres cruceros transversales representa al papa, y tres niños sobre un barril es el símbolo de san Nicolás de Mira. Y he llegado al fondo del barril. Michael. Esto es todo.

Michael estaba escribiendo como un poseso. Hizo un gruñido de aprobación, terminó de apuntarlo todo y luego dijo:

—Bien… De acuerdo… He aquí mis tres preguntas… ¿Qué más puedes decirme de la edad de la plata, de las tres zonas de la iglesia y de la torre con tres ventanas?

—Espera, lo miraré.

Michael le pasó a Isobel la lista que había copiado y se preparó para tomar más notas en una hoja nueva.

—¿Estás listo? En realidad, las edades del mundo son cuatro, al parecer: oro, plata, hierro y bronce, pero en el arte el bronce se suele omitir. Te lo leeré en voz alta: «En la edad de oro el hombre vivía en un estado de inocencia primitiva… al carecer de herramientas, se alimentaba de frutos y reinaba Saturno, el antiguo dios romano de la agricultura… En la edad de plata la primavera eterna llegó a su fin, el hombre aprendió a arar y a discernir lo bueno de lo malo. En el arte se ve a la figura femenina de la Justicia con una espada y una balanza… El hierro se descubrió "para lastimar al hombre" y por lo general se ve a soldados asesinando a una figura con una corona de laureles, que representa el conocimiento y las artes». Un momento…

Verónica volvió a pasar páginas.

—Tres zonas… tres zonas… Aquí lo tengo. «Como resultado de la influencia bizantina, en la Edad Media las iglesias se dividieron en tres zonas. En términos muy amplios, estas zonas eran el cielo, la Tierra Santa y el mundo terrestre. El cielo se representaba en la cúpula, junto con Cristo, la Virgen y los Apóstoles, que vivían en esa zona. La segunda estaba ubicada en las áreas superiores de la bóveda y en los arcos debajo del techo, donde se representaban los acontecimientos de los Evangelios. En la tercera, la zona más inferior, aparecen los santos, los mártires y los eclesiásticos más notables». ¿Suficiente?

—Sí, sí. Pasemos a lo siguiente.

—«Hay varias leyendas sobre una hija encerrada en una torre por su padre para mantener a raya a los pretendientes. Por tanto, con el tiempo las torres pasaron a representar la castidad y el atributo de santa Bárbara, cuya torre solía tener tres ventanas, así como la de la Virgen y Dánae».

—Háblame de santa Bárbara, por favor.

Se produjo otra demora mientras Verónica pasaba las páginas.

—«El padre de Bárbara la encerró en la torre para desalentar a los amantes. La torre tenía dos ventanas, pero santa Bárbara convenció a los albañiles de que

construyeran una más para, según les dijo, simbolizar así a la Trinidad, lo que le reconfortaba el alma. A santa Bárbara se la invocaba con frecuencia para evitar la muerte repentina causada por tormentas y relámpagos, y por ello a veces se la retrataba con un cáliz y una hostia, como símbolo de los últimos sacramentos. También podía tener un cañón a sus pies». —Verónica suspiró y dijo—: Espero que sea suficiente, Michael. Me gustaría marcharme, si te parece. Ojalá haya valido la pena.

Michael no estaba seguro, pero dijo:

—Excelente, Verónica. Me has sacado del apuro. Te debo una. Muchas, muchas gracias… Nos vemos pronto. Dale muchos besos a tu ma… —Y colgó cuando Verónica le gritó la respuesta.

Le explicó todo a Isobel, pero ninguno de los dos veía alguna relación con los datos que habían obtenido.

—Yo no las vi… pero tal vez la torre de la iglesia tenga tres ventanas. O tal vez haya alguna santa Bárbara allí.

Isobel negó con la cabeza.

—No puede ser una tumba. Ya hemos llegado a esa conclusión.

—Supongo que tienes razón. —Michael hizo una pausa—. No, no lo «supongo». Tienes toda la razón. —Él seguía sentado en la cama y ella le acarició el brazo.

—¿Y ahora qué?

Michael miró su reloj.

—Las tres Marías nos llevaron a un sarcófago, lo que debe de ser incorrecto. La edad de plata se relaciona con una balanza, por la Justicia. Las tres zonas de la iglesia y lo de santa Bárbara sugiere que busquemos en algún lugar de la parte superior de la iglesia. Endemoniadamente confuso. —Miró a Isobel y sonrió—. Apenas son las seis y media. Anochece cerca de las nueve y media…

—Michael, ¿es necesario que lo hagamos? Quiero decir, entrar en una iglesia.

—Ya hemos hablado de esto, Isobel. A mí no me gusta más que a ti. Pero no hay otra manera. Ya entraste en el despacho de Grainger, después de todo. ¿Acaso esto es mucho peor? Lo que sugiero es que tratemos de dormir un poco. Nos llevará… ¿cuánto?… media hora llegar a Pallington, y deberíamos pensar en estar allí justo antes de las diez. —Cerró las cortinas, tapando la resplandeciente luz del día. Luego se quitó el albornoz y se metió en la cama. Durante un momento contempló la piel de Isobel pero se dijo con firmeza que,

en ese momento, lo que necesitaba era dormir.

TRECE

Michael se despertó cerca de las ocho y media. Empezaba a anochecer. Despertó a Isobel con un beso, luego llamó a recepción para pedir una botella de *whisky* y unos bocadillos. Comieron mientras se vestían.

Isobel se había puesto unos pantalones y una camisa de lana marrón; también llevaba un jersey oscuro por si hacía frío. Michael se puso su chaqueta azul y unos pantalones de pana color marrón, la ropa más oscura que tenía.

Para cualquiera que estuviera vigilándolos, parecía que fueran a una cena informal en algún *pub* cercano. En el camino de Pallington, Michael paró para echar gasolina. Había poco tráfico en la carretera, y si todo salía bien regresarían de madrugada, cuando ya no habría gasolineras abiertas.

Llegaron a Pallington justo después de las nueve y media y se instalaron en lo profundo del sendero donde habían ocultado el coche. Aún no había oscurecido del todo, por lo que Michael apagó los faros y aguardaron allí. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra se dio cuenta de que podía ver bastante bien.

—¿Cuánto tiempo hemos de esperar aquí? —preguntó Isobel.

—Por lo menos hasta que oscurezca del todo. Además, quiero vigilar el tráfico. Hay sólo un carril a la altura de la iglesia pero es sorprendente la cantidad de coches que pueden circular por un carril. Me gustaría saber lo concurrida que suele estar esta carretera de noche. Eso nos dará una idea de lo seguros o inseguros que estaremos. Además, podríamos prestar atención por si me equivoqué con Grainger. Tal vez intente entrar en la iglesia más temprano.

—¿Cómo vamos a entrar nosotros? Tú has dicho que tenías algunas ideas al respecto.

—Pues sí, es cierto. Una vez me robaron en Londres porque había dejado la llave escondida para la mujer de la limpieza. Los ladrones conocen todos los escondites y más tarde recibí un folleto informativo de la policía metropolitana donde me indicaban dónde no esconder la llave. Apuesto a que el párroco no sabe nada de eso. Apuesto a que ha ocultado la llave en un lugar donde podré encontrarla.

—Te noto muy arrogante.

—Estoy silbando en la oscuridad, para darme ánimo.

—Casi son las diez. ¿Por qué no escuchamos las noticias?

Michael encendió la radio. Había un informativo con la mezcla habitual de temas. Isobel se puso tensa involuntariamente cuando oyó una mención a Beirut. Pero la noticia hablaba de una incursión de los israelíes y no decía nada sobre rehenes. En el programa también pasaban un breve anticipo de los periódicos del día siguiente, que sobre todo consistía en especulaciones sobre si la reina iba a renunciar al trono. Al parecer se había producido alguna filtración en las altas esferas. Pero para Michael la noticia más triste fue que había habido un choque múltiple en la M25 y que se había generado un atasco de casi cincuenta kilómetros cerca de Guildford. Ese dato podría haberse convertido fácilmente en una apuesta ganadora. Pero no era la suya. ¿Sería un presagio?

El informativo se convirtió sin solución de continuidad en un programa nocturno de música y tertulia.

—No la apagues —dijo Isobel. Se movió en el asiento e inclinó la cabeza sobre el hombro de Michael, luego le cogió la mano—. No creo que nunca me acostumbre al humo de los cigarros, Michael Whiting. Pero tú me gustas bastante.

Él volvió la cabeza y la besó en el pelo.

—¿Cuánto?

—Bueno, si fuera tu ahijada, probablemente diría que eres mi tercera cosa favorita.

—¡La tercera! ¿Después de qué?

—Oh… Los ríos… los bicheros…

—Muy halagador.

—Bésame.

Ella se acercó. Con la luz de la radio del coche, Michael apenas podía distinguirle la cara; algunas partes de la piel desaparecían entre las sombras. La besó en la boca.

En la radio, una canción lenta y sentimental llegaba a su fin.

Michael rozó con los labios la mejilla de Isobel y le besó el cuello. Ella echó la cabeza hacia atrás, lo que hizo que los músculos de su cuello se estiraran. Michael le recorrió la clavícula con la punta de la lengua.

En la radio se oía la tersa voz del conductor del programa. Estaba presentando a una astróloga que era una invitada habitual. La mujer comenzó a

recitar el horóscopo y empezó con el signo del conductor, que era Leo.

Isobel comenzó a abrirse los botones de la blusa y Michael pudo besarle la piel de los hombros.

—A los Leo es imposible convencerlos u obligarlos a hacer algo —dijo la astróloga—… Pero necesitas reconciliarte con los acontecimientos de los últimos meses… Es posible que se produzca un cambio importante en tu vida profesional…

Michael recorrió la piel de Isobel con los labios. Ella terminó de abrirse la blusa y luego se desabrochó el sujetador. Michael cogió el sostén con los dientes y tiró de él, dejando al descubierto los pechos rodeados de sombras.

—Virgo… Unas circunstancias que están fuera de tu control harán que todas las cuestiones importantes lleguen a un punto crítico… Este mes traerá un cambio significativo a tu vida… Poner a los otros en primer lugar tal vez no te resulte tan fácil…

Michael besó los pechos de Isobel. Ella le acarició la nuca. Él mordisqueó los pezones. Ella lanzó un suave gemido. Michael le acarició un pezón con los dientes y luego volvió a apretar.

—¡Bruto! —dijo ella, pero en un susurro—. Hazlo otra vez.

—Libra… En algún momento de este mes te sentirás atrapada o enfrentada a tus compañeros de trabajo y a tus amigos más cercanos… Pero habrá un catalizador y no pasará mucho hasta que se restablezca el equilibrio, como corresponde a los Libra…

El pezón brillaba con la leve luz de la radio, carnoso e hinchado. Michael pasó a ocuparse del otro. Volvió a acercar los labios a la piel.

De pronto se detuvo.

—¡Equilibrio!

Isobel abrió los ojos.

—¡Idiota! —Pero el hechizo se había interrumpido—. ¿Qué?

—Soy un idiota, tienes toda la razón. Sólo un dinosaurio dejaría de hacer lo que yo estaba haciendo cuando no era necesario. —Michael movió a Isobel para poder mirarla de frente mientras hablaba—. No te enfades, por favor, pero tres, el número tres, entre trescientas otras cosas, representa las edades del mundo, ¿recuerdas? Estamos buscando plata y, como me explicó Verónica, en la edad de plata el hombre aprendió a discernir lo bueno de lo malo. Por eso… el símbolo de la edad de piedra era la figura de la Justicia con la espada y la balanza. El signo de Libra es la balanza, o el equilibrio.

—Sí. ¿Y?

—Entonces… al final de la iglesia está aquel tímpano, aquel semicírculo de tallas, con los trabajos de los meses… Enero, febrero…

—¡Michael!

—Septiembre… Libra, Isobel. ¡Cuyo signo es una balanza! Tiene que ser eso. Más aún, está en la parte alta de la iglesia, en la tercera zona. Acaba de ocurrírseme. Tiene que ser así. Venga, ¡vámonos!

—¡Michael!

—No quiero que pienses que odio el romanticismo —dijo él con suavidad—. Si conseguimos resolver esto podremos hacer el amor en toda clase de lugares raros, no sólo en un Mercedes.

—Estaba disfrutando. Dijiste que querías esperar un poco.

—Yo también estaba disfrutándolo. Créeme. Y quería esperar. Pero ahora que sabemos cuál es la última pista podemos aprovechar la oportunidad para entrar en la iglesia y salir antes de que aparezca Grainger. ¡Vamos!

Apagó la radio y salió del coche. Cogió la chaqueta del asiento trasero y una linterna, un gran destornillador y una llave inglesa del maletero.

—Tal vez con las manos no baste —explicó—. ¿Lista?

Isobel volvió a abrocharse el sujetador, se abotonó la blusa y se puso el jersey. Asintió con un gesto.

Caminaron cautelosamente por el sendero hasta la calzada. Ya eran casi las diez y media y estaba muy oscuro pero, cuando llegaron a la carretera, vieron pasar los faros de un coche.

—¿No crees que es demasiado temprano? —dijo Isobel—. Tengo miedo de que nos vean.

Michael no respondió, sino que corrió por la carretera para llegar a la verja de la iglesia antes de que pasara otro coche. Isobel lo siguió.

Entraron al cementerio y apenas tuvieron tiempo de agacharse detrás de unas lápidas cuando vieron pasar otros faros.

Después de que el coche desapareció, se pusieron de pie.

—Qué pena que haya una curva en el camino justo aquí —se quejó Michael —. Eso significa que los faros apuntan directamente hacia la iglesia. Uno de nosotros deberá montar guardia. —Avanzó hacia el pequeño pórtico de entrada. Cuando llegaron allí, dijo—: Ésta es la parte difícil. Tendré que usar la linterna para encontrar el lugar donde está escondida la llave. Si ves u oyes algo, silba o avísame de alguna manera, para que yo pueda apagar la luz a tiempo. —Le besó

la mejilla y se alejó.

Cada cierto tiempo se veía la luz de la linterna enfocando una sombra. Isobel oía que él se alejaba cada vez más. Un momento después, Michael regresó.

—¿Ha habido suerte?

—No —susurró él—. Debe de estar al otro lado. —Pasó junto a Isobel y siguió su camino.

Unos segundos después, ella siseó:

—¡Un coche!

Él apagó la linterna y los dos se escondieron detrás de las lápidas.

El coche se acercó, pero lentamente. La luz de los faros delanteros era extrañamente vacilante y proyectaba largas sombras trémulas sobre las paredes de la iglesia. Pero cuando estuvo más cerca se dieron cuenta de que no era un coche, sino un tractor, que volvía tarde al hogar. El ruido del motor resonó por todas partes cuando llegó a la altura de la iglesia y avanzó pesadamente por la carretera. Los ojos de Isobel ya se habían acostumbrado a la oscuridad y desde donde estaba arrodillada pudo ver con claridad la silueta del conductor. El tractor siguió con su lento traqueteo sin detenerse y desapareció detrás del bosquecillo de pinos que estaba más allá de los terrenos de la iglesia. Isobel volvió a respirar. Oyó que Michael también comenzaba a moverse.

Momentos después, oyó voces.

—¡Michael! —exclamó en voz baja, pero él también las había oído, puesto que la luz de la linterna se apagó de golpe.

Los ojos de Isobel escudriñaron la carretera en busca del origen de las voces. Oyó una risa a su derecha. ¿Serían algunas personas que habrían salido a dar un paseo? ¿O el párroco, que regresaba a la iglesia? Dios quisiera que no.

—¡Vuelve! —dijo la voz de Michael a su izquierda.

Isobel se deslizó hábilmente hacia la parte de atrás de la iglesia y se volvió para mirar.

Un momento después aparecieron dos luces detrás de los árboles, casi tan temblorosas como los faros del tractor. Eran dos bicicletas, conducidas por dos ancianos que aparentemente estaban regresando a sus hogares después de pasar la velada en el *pub*. Isobel sintió que el corazón le iba a estallar cuando, a mitad de camino del cementerio, los hombres se detuvieron. ¿Irían a entrar? ¿Qué querrían hacer en una iglesia en medio de la oscuridad? Tal vez uno de ellos era un policía y había visto a alguno de los dos. Pero unos segundos después supo la respuesta.

—Así está mejor —dijo una voz—. Ése es el problema con la cerveza. Tienes que vaciarla de inmediato. —El otro se echó a reír y las dos luces desaparecieron trémulas en la noche.

Isobel lanzó un sordo gemido de alivio y regresó a su puesto de vigilancia. Pero cuando empezaba a relajarse, oyó otra voz:

—¡Aleluya! ¡Por todos los demonios!

Era Michael, que se aproximaba a ella. Cuando estuvo más cerca vio que sonreía y que tenía una llave en la mano.

—En el canalón del otro tejado. Según la policía metropolitana, el canalón es el séptimo lugar favorito para esconder llaves.

—¿Cuáles son los seis primeros? No… no me lo digas. Vamos.

Se acurrucaron en las sombras del pórtico. La noche estaba totalmente en calma, salvo por el chillido de una ave en el río. Michael metió la llave en la cerradura y la hizo girar. El cerrojo se movió pero con un ruido que inquietó a Isobel. Recordó el sonido que había hecho la puerta de su propia casa la noche del robo, hacía ya tantas semanas. Miró hacia atrás, en dirección a la carretera. Todo parecía tranquilo.

Michael empujó la puerta y entraron.

La iglesia estaba muy oscura.

—¿Crees que alguno de los dos debería montar guardia? —preguntó Michael.

—No. Por favor. No nos separemos ahora. Por favor.

Michael avanzó por el pasillo central, giró a la izquierda y se detuvo delante de la muralla occidental. Encendió la linterna y encontró el arco con las figuras en el borde del tímpano.

Isobel estiró el cuello.

—Fíjate en la primera figura, hay alguien talando árboles. Y la segunda, una figura trasladando un cubo…

—Acuario.

—Correcto. Ahora sigamos el círculo…

—¡Un coche!

Michael apagó la linterna y se quedó inmóvil. El coche se acercó a la iglesia y los faros inundaron el interior con una luz plateada que subió por las paredes, recorrió el techo y comenzó a morir rápidamente cuando el vehículo dejó atrás la curva y aceleró. En ese momento la luz rozó el tímpano al final de la nave y creó, en el inmenso semicírculo de tallas de piedra, un rompecabezas de sombras

que bailaban alrededor de la alta imagen de la Crucifixión, que estaba en el centro del grupo. Luego la luz desapareció.

Michael aferró con fuerza la linterna pero no la encendió. Esperó que sus ojos se volvieran a acostumbrar a la oscuridad. Después de un momento dijo:

—El mes de septiembre equivale a tres cuartos del año, de modo que debe de estar a la derecha, cerca de la parte superior. —Volvió a apuntar con la linterna —. Trilla, correcto… y al lado… ah, el Equilibrio.

—¡Michael!

—Cruza los dedos. Tendremos que subir de alguna manera. —Miró a su alrededor e iluminó la nave con la linterna—. ¡Allí! Aquella mesa con los libros de salmos. Quitemos los libros y traigámosla hasta aquí.

Atravesaron juntos la iglesia y comenzaron a mover los libros. El polvo que salía de éstos hizo estornudar a Isobel y los dos se quedaron congelados durante un minuto. En el silencio oyeron el chillido de un ave en el río pero eso fue todo. Luego continuaron despejando la mesa. Era pesada, pero levantándola, empujándola y arrastrándola consiguieron llevarla al otro lado de la nave y deslizarla debajo del tímpano. Michael se subió a la mesa. Cuando lo hizo, sin embargo, seguía sin poder alcanzar la parte superior del semicírculo.

—¡Una silla! —susurró—. Rápido, tráeme una silla del coro.

Isobel avanzó por el pasillo de puntillas hasta llegar delante del órgano, donde había varias sillas. Regresó con una y se la pasó a Michael. Éste la puso sobre la mesa y comprobó que se mantuviera firme.

Michael se subió a la silla y se estiró todo lo que pudo. Su cara había quedado a la misma altura que los pies de Cristo en la cruz. Tenía la linterna en una mano. Extendió la otra.

Apenas llegaba a la altura de la balanza. Tiró de ella.

—¿Ha habido suerte? —susurró Isobel.

—No, debe de estar clavada. Mira, ¿por qué no te subes tú a la mesa y me iluminas con la linterna? Así podré usar ambas manos.

Michael esperó a que Isobel se subiera a la mesa, lo que no era fácil con él y la silla ocupando la mayor parte del espacio. Luego tuvo que maniobrar hasta encontrar una posición en la que él pudiera pasarle la linterna y ella pudiera enfocar de modo que él viera lo que hacía. Pero finalmente lo lograron. Michael se estiró y agarró la balanza con ambas manos. Tiró. Pero la talla no se movió ni un centímetro.

—¡Está endemoniadamente petrificada! —siseó—. Debe de haberse

endurecido con los años.

—Inténtalo otra vez.

Michael volvió a extender las manos y a tirar. Esta vez prácticamente se colgó de la piedra.

—Cede, maldita seas —siseó—. ¡Cede!

—Trata de hacerla girar.

Michael lo hizo. La talla de la Crucifixión colgaba delante de sus ojos cuando lo intentó. Estaba sudoroso y le dolían los brazos.

—Es inútil —susurró. Bajó los brazos y descendió de la silla—. Estaba seguro de que era aquí.

Isobel bajó al suelo desde la mesa.

—Tal vez aquel símbolo estaba relacionado con la torre, después de todo. Si es que existe.

Michael, decepcionado y jadeante, la imitó.

—¿Dónde crees que estaría la escalera? ¿Detrás del órgano, junto a la sacristía?

Cruzaron la iglesia pero no había ninguna puerta que saliera de la sacristía. Al parecer no existía ninguna torre, al menos ninguna a la que pudiera accederse desde el interior.

—Estoy perdido —dijo Michael—. Mi cerebro ha vuelto a pulsar el botón de «pausa».

—¿Es posible que nos equivocáramos sobre Beechey? —dijo Isobel—. Enciende la linterna y apunta hacia abajo. Está justo aquí.

De hecho, estaban detrás de la cortina del órgano, donde pocas horas antes se habían escondido de la mujer que cambiaba las flores. Michael encendió la linterna y enfocó la lápida.

—No, hasta este punto estábamos en lo cierto. Beechey… Giles… nacido en abril. Y el símbolo de…

—¡Un coche!

Una vez más, Michael apagó la luz y ambos se quedaron inmóviles, esperando a que el coche pasara. Los faros volvieron a alumbrar el techo, como antes; luego la luz bajó por el tímpano y murió cuando el coche desapareció en la noche.

—¿Michael? ¿Qué haces…?

Michael se había arrodillado y había encendido la linterna. Isobel hizo lo propio para estudiar sus movimientos. Él había sacado el destornillador de su

bolsillo y estaba raspando la tumba.

—Michael, esto es más que allanamiento, esto es…

—¡Mira! —Estaba raspando el número romano, las tres líneas verticales de la tumba. La tierra, las costras de suciedad y el polvo comenzaron a salir. Siguió raspando durante treinta segundos, o tal vez un minuto.

—No veo…

—Fíjate, esto no es un tres…

—Por supuesto que lo es.

—Sí, vale, es un tres, pero no sólo un tres. Son tres cosas. Mira… las líneas son un poco más anchas en un extremo, y tienen puntas estrechas en el otro. Cuando las luces del último coche iluminaron esta parte, de pronto me di cuenta de cuál era el error. Esto no es un tres romano… Son tres clavos.

—Espero que expliques este acertijo.

—No se necesita mucha explicación, inspectora. Tres clavos, los instrumentos de la pasión, eso es lo que dijo Verónica.

—Tal vez la querida Verónica dijera eso, pero no entiendo qué…

—Tú no estabas sobre aquella silla, Isobel. No apretaste la cara contra la Crucifixión mientras tirabas de Libra. Yo sí. Y puedo decirte que hay algo muy peculiar en esa Crucifixión. Al menos a mí me parece peculiar. Jesús está en la cruz pero no hay ningún clavo atravesándole la piel. Ninguna huella de los estigmas.

Isobel lo miró.

—Los clavos son la clave.

Ella se mantuvo en silencio.

—Tenemos que meter los clavos, o este destornillador que tengo aquí —dijo, sacándoselo del bolsillo—, en la figura. En los mismos lugares en que deberían estar los clavos originales.

Isobel enarcó las cejas pero siguió sin decir nada.

Michael volvió a iluminar la tumba con la linterna.

—Fíjate. Tengo razón. Son clavos, tienen cabezas planas y puntas afiladas. —Se levantó y caminó por el pasillo. Isobel lo siguió.

Volvió a subir a la mesa, pero cuando estaba a punto de encaramarse a la silla sintió que Isobel le tiraba de la pernera.

—No puedes hacerlo, Michael. Es horrible, es lo peor que he oído jamás. Es peor que un sacrilegio; es perverso.

Él la miró desde arriba.

—En circunstancias normales, sí, estoy de acuerdo. Pero ahora sabemos cómo es la mente a la que nos enfrentamos. Y encaja a la perfección. Nadie haría lo que nosotros… lo que yo estoy a punto de hacer, por accidente. Es un escondite perfecto. Tienes que conocer el secreto para intentarlo siquiera. Y, como nosotros conocemos el secreto, sabemos que en realidad no es un sacrilegio.

Isobel sacudió la cabeza con firmeza.

—No me gusta.

—Si tengo razón, venceremos a Grainger.

—Y si te equivocas, nos convertiremos en estatuas de sal. Y lo tendremos bien merecido.

—Deja de acribillarme con tus objeciones… y sostén la luz, así puedo ver lo que hago.

A regañadientes, Isobel se subió a la mesa y sostuvo la linterna. La enfocó a la figura de Jesús.

Michael logró ponerse en pie sobre la silla, se sujetó para mantener el equilibrio y luego colocó la punta del destornillador en la palma de la mano derecha de la figura. Sacó la llave inglesa del bolsillo de la chaqueta.

—¿Es necesario?

—¡Shhh! —Giró la llave inglesa y la golpeó contra el mango del destornillador. El ruido resonó en toda la iglesia. La figura no se movió. Volvió a intentarlo.

—¡Haces mucho ruido!

Michael no respondió, sino que pasó el destornillador a la otra mano de la silueta. Golpeó el destornillador con la llave por tercera vez. El ruido volvió a rebotar por la nave pero la figura siguió sin moverse.

Desplazó el destornillador a un punto en medio de los pies de la figura, justo donde estaban cruzados uno sobre el otro. Isobel se dispuso a hablar, pero Michael la interrumpió:

—Uno más. Sólo uno más.

Echó la mano hacia atrás y colocó la llave inglesa sobre el destornillador. Esta vez el ruido quedó amortiguado cuando la mitad inferior de la figura osciló hacia adentro y la parte superior, girando en un eje invisible de la pared, se desplazó hacia afuera y dejó al descubierto una cavidad ovalada en el centro del tímpano.

—No nos hemos convertido en estatuas de sal, después de todo —dijo Isobel

en voz baja.

—¡La luz! ¡Rápido!

Isobel le pasó la linterna a Michael, que dirigió el haz de luz hacia el hueco.

—¡Una caja! Coge la linterna otra vez. Apúntala hacia aquí.

Mientras Isobel obedecía, Michael metió los dedos en la cavidad. No era muy grande pero consiguió rodear con la mano la caja o cofre, que daba la impresión de estar hecho de metal pero tal vez con un revestimiento de cuero que se había secado y agrietado. No podía ver nada, pero también le pareció que la caja estaba cubierta de polvo y pedacitos de algo, quizá excrementos de ratas.

Sacó la caja. Medía unos diez centímetros y tenía una altura de más de veinte. No era pesada y se la pasó a Isobel. Ella dejó la linterna sobre la mesa y cogió la caja. Él volvió a enderezarse en la silla y tanteó el hueco con las manos, explorando los bordes sucios, llenos de polvo. No había nada más.

Se bajó de la silla y luego, como había hecho antes Isobel, descendió de la mesa y posó los pies sobre el suelo de piedra de la iglesia. Sostuvo la caja mientras Isobel apartaba lo que, según comprobaron, era un viejo estuche de cuero que se había secado tanto que estaba cuarteado. Michael sacó el destornillador y lo encajó entre la tapa y un costado de la caja. Con dificultad, empujó la herramienta hacia arriba. Se oyó una vibración, otro crujido, y el metal comenzó a ceder.

—¡Con cuidado! —siseó Isobel—. No somos vándalos.

Michael insertó el destornillador entre la hoja de metal que cubría el cerrojo y el cerrojo en sí. Tiró con fuerza hacia arriba, sin resultado.

—¡Grrr!

A continuación giró el destornillador y la parte superior de la hoja de metal se salió de la tapa, que se levantó un milímetro. Michael tiró hasta abrirla del todo e Isobel iluminó el interior de la caja con la linterna.

Michael lanzó un involuntario gemido de horror.

—Es una broma —exclamó Isobel.

—Bueno, no cabe duda de que plata no es.

Isobel sostuvo la linterna mientras él metía la mano en la caja y sacaba de ella, uno tras otro, tres objetos pequeños y frágiles, todos del tamaño de un huevo.

—Parecen calaveras —dijo Isobel.

—No son huesos humanos. Pueden ser de ratas, gatos, perros, conejos… o zorros, quizá.

—¿Qué es esa otra cosa?

Michael volvió a buscar dentro de la caja y sacó lo que quedaba.

—¿Un brazalete, un collar?

Isobel negó con la cabeza.

—La abertura central es demasiado pequeña. Y no podrías ponértelo… es como una placa, o un disco. —El objeto consistía en una serie de anillos de metal, uno dentro del otro y unidos de manera que formaban una lámina circular y plana—. Tres calaveras, nueve anillos —dijo Isobel, contándolos—. Son doce en total. Michael, esto no me gusta nada. Se suponía que terminaba aquí. Y ahora nos hemos topado con otra… ¿broma?… totalmente inesperada.

—No es una broma. Debe de significar algo muy simple. ¿Los anillos de Saturno? Hemos estado siguiendo el *Paisaje con mentiras*, recuérdalo. El pintor mintió sobre el número final de pistas. Esto es un último dispositivo de seguridad. —Volvió a guardar las calaveras en la caja—. Verónica sabrá qué significa todo esto. —Estiró la mano para coger los anillos que tenía Isobel, pero, por lo oscuro que estaba, ella los soltó antes de que él pudiera cogerlos. Los anillos se deslizaron sobre el liso borde de madera hasta caer al suelo de piedra.

El pesado hierro de los anillos rebotó contra las piedras, produciendo un tintineo que resonó en toda la nave.

—Vamos a despertar a todo el mundo —dijo Michael en tono grave, mientras se agachaba a recogerlos—. Dirige la linterna hacia aquí, por favor, así podré ver qué estoy haciendo.

—Permítame —dijo una voz, y un poderoso haz de luz inundó la zona donde Michael estaba agachado.

Se paralizó. Jamás había oído hablar a Grainger pero no tuvo dudas de a quién pertenecía aquella voz. Cuando levantó la mirada oyó que Isobel lanzaba un grito ahogado y vio el motivo. Grainger tenía una escopeta, y no había olvidado su bichero.

En la oscuridad, detrás del haz de luz, Grainger lanzó una risotada que a Michael le sonó como el ruido de la muerte.

—Después de todo, ha sido una suerte para mí que ustedes estuvieran aquí. Yo solo no podría haber movido la mesa. Por eso decidí tomarme toda la noche. He regresado esta tarde para examinar el crucifijo más detalladamente pero la condenada iglesia estaba cerrada. De modo que no estaba del todo seguro. Pero ustedes han hecho el trabajo duro por mí. Mis felicitaciones para ambos. No han

cejado en su empeño. —Agitó el arma que llevaba en la mano—. Pero esto, creo, me convierte en el ganador.

Dio un paso más hacia el interior de la iglesia.

—Ahora esto es lo que haremos. Primero, señorita Sadler, vuelva a colocar en su sitio la parte del tímpano que quedó abierta. Luego los dos llevarán la mesa hasta donde estaba y volverán a poner los libros de salmos sobre ella. Han demostrado mucha iniciativa con lo de la mesa, si me permiten decirlo. También pondrán la silla en el coro y dispersarán la tierra que ha caído de la caja, de modo que no quede ninguna señal de lo que ha ocurrido.

Michael tembló de furia y temor, culpándose por haber actuado de una manera tan estúpida y dejar la iglesia abierta y sin vigilancia. ¿Cómo podía haber sido tan necio? Desanimado, hizo lo que le ordenaban.

Grainger los observó mientras obedecían sus indicaciones. Cogió la linterna de Michael y se la guardó en el bolsillo.

—Ahora, señorita Sadler, usted llevará la caja. Salga usted primero, señor Whiting, y que la señorita Sadler lo siga. Yo iré detrás, con esta escopeta y este bichero. Tendré que apagar la linterna cuando salgamos de la iglesia pero si actúan de alguna manera extraña, señor Whiting, recuerde que puedo clavarle este bichero a la señorita Sadler sin hacer nada de ruido. Sólo utilizaré la escopeta en segundo lugar, con usted. ¿Está claro?

Michael no se movió.

—He dicho «¿Está claro?».

Michael asintió.

—Bien. Ahora, por favor, salgan al pórtico, giren a la derecha, luego otra vez a la derecha, y sigan por el sendero que atraviesa el cementerio.

¡De modo que era eso! Michael se preguntaba por qué no habían oído llegar el coche o la motocicleta de Grainger. ¡Había llegado en lancha por el río! Ahora recordaba haber oído el grito de un ave en el agua. Seguramente Grainger lo había provocado. Qué idiotas habían sido al no pensar en ello y bajar la guardia. Por otra parte, si no hubieran estado los dos juntos jamás podrían haber sacado el tesoro de allí… Se habían metido directamente en la boca del lobo.

Isobel aferró la caja que contenía las calaveras y los anillos. Michael sintió deseos de estirar la mano y acariciar la de ella, pero justo en ese momento Grainger apagó la linterna y gruñó:

—Correcto. En fila india, por favor. Y nada de trucos por el camino. No quiero lastimarlos, pero lo haré si es necesario.

Cuando salieron a la noche, añadió:

—Un momento. Señor Whiting, veo que hay una llave en la puerta de la iglesia. Deduzco que usted la encontró. Por favor, cierre la puerta y devuélvala al sitio donde estaba escondida. No nos conviene llamar la atención, pero si lo hacemos quiero que sus huellas digitales estén en la puerta.

Michael obedeció a Grainger pero vio una mínima oportunidad de dejar el mensaje de que algo estaba mal. Era imposible que Grainger supiera dónde estaba escondida la llave de la iglesia. Seguramente no habría permanecido oculto observándolos todo ese tiempo, ¿no? Michael trató de recordar cuántos pájaros había oído… y cuándo. ¿Estarían anunciando la llegada de Grainger?

Valía la pena correr el riesgo. Cerró la iglesia y luego avanzó resueltamente hacia el canalón donde había encontrado la llave. Pero en lugar de dejarla allí, la depositó sobre la repisa de la ventana. En la oscuridad Grainger no podría darse cuenta de lo que se proponía, pero cualquiera que buscara la llave a la luz del día y no la encontrara donde debería estar bien podría tropezar con ella en su nuevo escondite. Sospecharía que había ocurrido algo y examinaría la iglesia con detenimiento. Existía la posibilidad de que llegaran a la conclusión de que alguien había entrado por la fuerza.

Michael regresó al pórtico.

Un sendero salía de la iglesia, atravesaba el cementerio y se internaba en unos arbustos que, según suponía Michael, bordeaban el Frome. Cuando llegaron a los arbustos sus ojos ya se habían acostumbrado a la penumbra y él reconoció, al otro lado de la oscura masa de las ramas de rododendro, el bulto blanco de la lancha de Grainger.

—Deténganse —dijo Grainger con una voz que era apenas un susurro; aun así, sus palabras llegaron a Michael e Isobel, quienes obedecieron—. No podemos permitir que tire algo al agua, señorita Sadler. Deje aquí todo lo que lleva.

Isobel dejó la caja en la orilla.

—Ahora, Whiting, suba a la lancha y quédese de pie en la proa.

Michael obedeció. Se moría por hacer algo pero no necesitaba que le recordaran el terror que sentía Isobel por el bichero, y eso lo paralizaba. Grainger llevó a Isobel a la popa y, amenazándola con la punta del bichero, se estiró y con el doble cañón de la escopeta presionó un botón. El motor de la lancha tosió y se apagó. Volvió a pulsar el botón. Con un tartamudeo, el motor cobró vida.

Grainger se volvió hacia Isobel.

—¿Podría desatar esa cuerda?

La cuerda estaba atada a dos amarras que estaban a menos de diez metros de distancia. Isobel tuvo que desatar primero una, y después la otra. Grainger se colocó el bichero bajo el brazo con el que sostenía la escopeta. Eso le dejó la otra mano libre para poner el motor en marcha. La lancha avanzó a favor de la corriente y no tardó en ubicarse en mitad del río.

Luego puso el motor en punto muerto. Le habló a Isobel.

—Quiero que mire hacia adelante y que ponga las manos detrás de la espalda. —Esperó a que ella lo hiciera antes de añadir—: Ahora voy a dejar el bichero en el suelo y apoyaré la escopeta justo aquí, junto al timón. Luego le ataré las manos. Cualquier movimiento repentino de alguno de los dos, cualquier cosa que no esté en el guión, y usaré el arma.

Esperó un momento mientras corregía la posición de la lancha en el río, luego dejó el bichero cerca de sus pies y cogió una cuerda que estaba enrollada. Apoyó la escopeta en el timón y le ató las muñecas a Isobel con movimientos expertos. Era un hombre fuerte y las cuerdas quedaron muy ajustadas. Volvió a agacharse y cogió de la cubierta un rollo de cinta adhesiva muy ancha y resistente, separó unos centímetros y la cortó con los dientes. Luego la usó para envolver los nudos que acababa de hacer.

—Así le será más difícil tratar de escapar —dijo—. He vuelto a coger la escopeta. Por favor, colóquese junto a la cabina, señorita Sadler, y siéntese. —Esta vez le ató los pies y también envolvió los nudos con cinta adhesiva—. Póngase en pie y dese la vuelta hacia popa.

Isobel oyó que Grainger desenrollaba más cinta adhesiva, pero antes de que pudiera darse cuenta de lo que aquel hombre tenía en mente, le colocó un trozo de cinta en la boca. Ella la abrió instintivamente para gritar, pero era demasiado tarde. Las manos de Grainger apretaron la cinta con más fuerza hasta que los labios de Isobel quedaron sellados y pegados. Mientras ella se concentraba en respirar por la nariz, Grainger abrió la puerta de la cabina y la empujó al interior. Isobel cayó lastimándose el muslo, el hombro y la nuca. Grainger cerró la puerta de un golpe.

—Ahora repetiremos el proceso, señor Whiting. Venga aquí.

Michael había observado, horrorizado y con una furia creciente, el trato que había sufrido Isobel a manos de Grainger. Pero ¿qué podía hacer? Los cañones de la escopeta lo estaban apuntando. Avanzó hacia la parte trasera de la lancha

mientras Grainger volvía a acomodar el timón. Ya se habían alejado casi cincuenta metros río abajo desde el muelle de la iglesia. Michael alcanzó a ver que la lancha remolcaba un bote, bastante similar al que había alquilado con Isobel. El que Grainger había hundido.

—Dese la vuelta y ponga las manos detrás de la espalda.

Michael decidió que ése era el momento. Cuando Grainger tratara de atarle las manos y no estuviera sujetando la escopeta sería la mejor oportunidad. Mientras llevaba las manos a la espalda mantuvo los dedos bien abiertos, listos para agarrarle la muñeca.

Oyó un veloz movimiento a su espalda y se dio cuenta, tarde, de que Grainger era demasiado astuto para exponerse de esa manera. El cañón de la escopeta cayó con fuerza sobre su cabeza y, antes de que su cuerpo golpeara contra la cubierta, ya se había desmayado.

CATORCE

Una cúpula de cristal, dura y dolorosamente brillante. Rojas ampollas que burbujeaban y explotaban sin ruido. La cabeza de Michael estaba inundada con un líquido pesado, derretido e inflamable. El dolor se derramaba desde sus oídos, sus olas golpeaban contra el interior de su frente, se apretaba contra la nuca. Cuando volvió en sí, cuando la marea roja y caliente cedió, notó que le costaba mucho moverse. Tardó unos cuantos minutos en darse cuenta de que estaba atado. Tenía las muñecas sujetas detrás de la espalda, y los tobillos inmovilizados. Sólo después de lo que tal vez fuera media hora más, o una semana, se percató de que tenía los labios sellados con una cinta. Y en ese momento recordó el golpe en la cabeza. Rememoró, en orden caprichoso, los acontecimientos… pero no recordaba haberse caído. Las conmociones cerebrales, supuso, debían de ser así. Implicaban pérdida de memoria.

Los ojos se le habían humedecido y tenía las mejillas manchadas de lágrimas secas. Comenzó a lanzar gruñidos y gemidos. Poco a poco fue dándose cuenta de dónde se encontraba. En el fondo de la lancha de Grainger. Su hombro y su brazo derechos estaban empapados de agua sucia y aceitosa, fría y hedionda. Le picaba la frente en un lugar en el que algo pegajoso se había secado; no podía ver qué era pero adivinó que sería la sangre coagulada del golpe que había recibido en la cabeza. Una de sus mejillas estaba apoyada sobre una superficie áspera y entonces vio, a pocos centímetros delante de él, el rugoso interior del casco de fibra de vidrio de la embarcación. Se curvaba por encima de él, duro, lleno de manchas y de las marcas de la vida fluvial: boyas de colores, latas de grasa, cajas de madera, anclas oxidadas. El sonido del agua que corría al otro lado del casco le indicó dos cosas: una, que estaba debajo de la superficie, y dos, que la embarcación corría a buena velocidad. Pero entonces se dio cuenta de que debería haberse percatado de ello antes, por el ruido del motor. La lancha vibraba con una fuerza que sólo podía generar un motor potente a buena marcha.

El sonido del movimiento y un sollozo muy cercano lo sorprendieron, hasta que su memoria, todavía afectada por el golpe en la cabeza, le recordó que la situación de Isobel era similar a la suya. Con dificultad, maniobró en la

oscuridad hasta ponerse primero de espaldas y luego dar la vuelta. Todavía estaba oscuro, y aunque pudo distinguir un par de ventanas muy por encima de su cabeza, apenas podía ver en la cabina. Las sombras en el interior eran demasiado oscuras para distinguir el rostro de Isobel.

Michael no tenía idea de cuánto tiempo había estado desmayado o en qué parte del río se encontraban. Aún no había recobrado del todo la conciencia y, durante un tiempo, osciló entre el sueño y un estado de alerta total. De vez en cuando le sobrevenían náuseas.

En sus momentos más lúcidos se preguntaba cuál sería el plan de Grainger. Recordaba vagamente que la lancha, cuando estaba amarrada, apuntaba río abajo. ¿Significaba eso que Grainger se dirigía hacia la costa? Suponía que tenía sentido. Una embarcación de ese tamaño no podía avanzar mucho más río arriba. Pero si iban río abajo, ¿entonces saldrían a mar abierto? Y en ese caso, ¿qué sucedería? Sentía la cabeza llena de granadas que estallaban una tras otra y decidió no tratar de adivinar qué pasaría después.

Recordó el viaje que había efectuado con Isobel en ese mismo río. Contando las paradas en la abadía de Quarr y en aquel *pub* de Wool, habían tardado cinco horas en llegar a Wareham. En la lancha de Grainger podrían hacer el mismo trayecto en, ¿cuánto? ¿Cuatro horas? ¿Tres y media? Si su memoria no le fallaba, a la altura de Wareham el Frome se dividía en el mismo complejo de canales que Poole, y había un gran estuario antes de llegar al mar. Faltarían una o dos horas más. Al menos, a esas alturas ya habría amanecido.

El hecho de que Michael estuviera pensando significaba que, de alguna forma, también estaba recuperándose. Volvió la atención a la cuerda que lo inmovilizaba. Hasta ese momento no había apreciado la astucia de Grainger al cubrir los nudos de la cuerda con cinta adhesiva: Michael sintió lo resbaladiza que era con la yema de los dedos. Grainger era un hombre fuerte, que por momentos parecía hecho casi totalmente de huesos largos y tejidos musculosos, y había atado los pies y las manos de Michael con mucha precisión. Sin embargo, de no ser por la cinta tal vez habría sido posible, con el tiempo suficiente, que Michael hallara el extremo de la cuerda que le sujetaba los pies y que la desanudara poco a poco. Pero no podía encontrarlo debajo de la cinta. Durante un largo rato ni siquiera pudo dar con el borde de la cinta, para intentar desenrollarla.

Debieron de transcurrir veinte minutos hasta que encontró la unión. Mucho antes ya había empezado a gruñir de frustración. Luego, durante los cinco o seis

minutos siguientes, se concentró en la cinta, tratando de meter la uña debajo de la unión, de separarla un trocito lo bastante grande como para tirar de él. En aquel espacio limitado esa clase de maniobras se le hacían muy difíciles, incluso dolorosas. Había protuberancias en los flancos del casco y éstas le hacían daño cada vez que se movía, de modo que cada tanto debía detenerse. Tampoco podía retorcerse demasiado. La lancha no era muy grande y si hacía movimientos muy repentinos Grainger podría detectarlos.

Pero, finalmente, después de unos tres cuartos de hora, consiguió liberar una parte de la cinta que luego pudo aferrar con dos dedos. Poco a poco la cinta fue cediendo. Logró desenrollarla hasta la mitad de los tobillos… luego tres cuartos… toda. De pronto la cinta se terminó en sus manos. ¡Gracias a Dios! Buscó la cuerda tanteando con los dedos.

¡No! Lo que encontró casi lo hizo llorar. Había otra capa de cinta. Tenía que volver a empezar, buscar la unión, cogerla con la uña, desenrollarla.

Mientras lo hacía, de pronto notó que estaba amaneciendo. Divisó los arbustos en la orilla y distinguió los rasgos de Isobel. Pudo ver sus ojos asustados por encima de la cinta que le cubría la boca mientras ella observaba sus intentos de soltarse. El hecho de que no pudieran hablarse volvía más patética la situación. De otra manera podrían compartir su desgracia. Pero en realidad estaban separados, encerrados, aislados con su temor y su incapacidad de defenderse de Grainger.

Pero Michael ya había encontrado la unión de la segunda cinta y estaba apartándola con la uña. Si bien era verano, como aún era muy temprano y estaban en el río, hacía mucho frío. Sus dedos estaban más torpes de lo habitual y le llevó otra media hora separar la unión para poder tirar de la cinta.

Mientras lo hacía, vio, a través de la ventanilla de la lancha, que pasaban junto a un viejo tanque de petróleo. Lo reconoció porque era más o menos la misma zona que había recorrido con Isobel tres días antes. Estaban llegando a Wareham.

Ya había amanecido del todo, aunque aún era muy temprano. Por la experiencia de haber dormido en el sofá de Peverell Place, Michael dedujo que serían cerca de las cinco y media de la mañana. ¿Cuáles serían los planes siguientes de Grainger? ¿Dejaría atrás la zona de Wareham y seguiría navegando por el estuario hacia el canal de la Mancha, donde nadie podría ayudarlos?

Redobló sus esfuerzos. Consciente de que estaban pasando por los edificios de Wareham, desenrolló el resto de la cinta. Sí, debajo estaba la cuerda, sin otra

protección. De inmediato encontró un extremo y lo empujó, tiró de él, lo movió hacia un lado, hacia el otro, y lo retorció, tratando de desatar el nudo. No podía ver lo que hacía y tenía que avanzar a tientas. Después de un cuarto de hora de empujar y tironear logró deslizar el extremo de la cuerda por uno de los lazos que lo contenían. Sintió que el corazón le daba un vuelco.

Justo cuando se preparaba para proseguir su labor percibió otra cosa. La lancha estaba aminorando la velocidad. El tono del motor se modificó y el ángulo del casco en el agua se hizo más horizontal. Fuera había un blanco bosque de mástiles de yates; debía de haber un puerto deportivo en el estuario. La lancha se detuvo completamente, aunque el motor seguía girando. Michael pudo oír los pasos de Grainger en cubierta, que saltaba de la embarcación a tierra y luego volvía; estaba echando amarras. En ese momento se apagó el motor.

Pocos segundos después la cabina se inundó de la plateada luz del día. Grainger había abierto la puerta. Michael contuvo el aliento. Grainger se agachó y echó un vistazo. Examinó los cuerpos con la escopeta en la mano, sonrió y lanzó un gruñido de satisfacción. Michael rezó para que no se fijara en las cuerdas de sus pies, que, por suerte, estaban justo en el cono de sombras que proyectaba Grainger desde la puerta. Pero ninguno de los dos se había movido durante toda la noche y al parecer Grainger llegó a la conclusión de que había hecho un buen trabajo. Cerró la puerta de la cabina. Se oyeron más movimientos suyos en cubierta, luego bajó de la embarcación y pasó a lo que sonaba como un pantalán. Sus pasos se alejaron. Michael contó ciento veinte segundos para estar seguro de que Grainger realmente se había marchado. Luego reanudó frenéticamente los tirones a la cuerda que le rodeaba los tobillos. Estaba muy bien atada; Grainger era un hombre impresionantemente fuerte. Michael tardó cinco minutos en terminar de desatar el primer nudo y quince más con los otros dos. Pero luego desenrolló rápidamente el resto y se frotó los dedos en los tobillos. Isobel observaba cada uno de sus movimientos.

Ahora que podía mover las piernas, maniobró para espiar por la ventana. Grainger había vuelto a demostrar su astucia. No había amarrado la lancha en Wareham, sino en el estuario, en un pantalán en el que había muchas otras embarcaciones. Estaban a casi un kilómetro de la orilla y a la misma distancia de las casas más próximas de Wareham. Incluso si pudieran gritar, no tendría sentido; nadie podría oírlos desde tan lejos. El sonido viaja a través del agua, pero no tanto. Grainger debía de haber usado un bote de remos para llegar a la orilla. ¿Los habría dejado? ¿O regresaría? ¿Cuánto tiempo tenían?

Michael no perdió un segundo más en pensar, sino que se puso a trabajar, aunque sus pies seguían poco firmes. Primero se inclinó sobre Isobel y le rozó los dedos con la cara, para hacerle saber que quería que ella le quitara la cinta que le cubría la boca. Cuando pudiera hablar, le daría más instrucciones. Pero al mismo tiempo sintió que los dedos de Isobel le aferraban la solapa. Luego descendieron por la chaqueta, lo que lo dejó perplejo. Las manos de Isobel eran realmente fuertes y era claro que ella tenía algo en mente, de modo que le permitió que siguiera con sus maniobras.

Los dedos de Isobel llegaron al bolsillo de Michael y él giró el cuerpo para que ella pudiera buscar en el interior. Oyó el sonido de unas llaves. Luego Isobel lanzó un gruñido y, por la disminución de la presión en su chaqueta, Michael se dio cuenta de que había sacado las manos del bolsillo.

Él se enderezó y dejó escapar un gruñido al ver lo que ella sostenía entre las manos. Isobel había encontrado sus cerillas. Tenía toda la razón. Él había tardado siglos en desatarse los tobillos pero sería mucho más rápido quemar las cuerdas.

Isobel giró hasta ponerse de costado para poder mirar a Michael de medio lado. Él colocó las muñecas de modo que ambos pudieran verlas.

Ella encendió la primera cerilla. Después de un momento Michael percibió el desagradable olor de la cinta quemándose. Debajo empezó a salir humo de la cuerda. Pero justo entonces la cerilla se apagó. Dedujo que había pasado por lo menos una hora y media desde que Grainger se había marchado. Ya debían de ser las siete y media. ¿Regresaría o no?

Con la segunda cerilla salió mucho más humo de la cuerda. Pero entonces la llama rozó la muñeca de Michael, éste lanzó un gruñido y movió los brazos, golpeando sin querer el librillo de cerillas y se lo quitó de la mano a Isobel. Cuando miró hacia abajo se dio cuenta de que el librillo había caído en el agua que estaba en el fondo de la lancha. ¡No! De todas maneras, se inclinó y se sentó en el suelo. Buscó las cerillas con los dedos. El agua estaba muy fría. Las encontró, las cogió con los dedos y con dificultad consiguió ponerse nuevamente de pie.

Isobel se hizo con las cerillas. La primera no se encendió, estaba demasiado mojada. Michael lanzó una maldición por debajo de la cinta. La segunda tampoco. ¿Cuántas les quedaban? Michael no lo recordaba. La tercera también falló, pero consiguió encender la cuarta. Otra vez el fuego le lamió la carne pero él ya estaba preparado y sólo dio un respingo. El olor de cuerda quemada le llenó los orificios nasales. La cerilla se apagó e Isobel lo intentó con otra. Pero no

hubo suerte. Michael maldijo otra vez, más fuerte pero de una manera tan incoherente como antes. Hubo dos intentos fallidos más, pero la cerilla siguiente funcionó.

Mientras el olor de la cuerda chamuscada inundaba la cabina, Michael sintió que la presión sobre sus muñecas se relajaba repentinamente. Dos extremos de la cuerda se liberaron. Apretó los dedos y separó las palmas. Algo se movió pero no pudo distinguir qué. Pero cuando volvió a relajar las manos, las cuerdas estaban mucho más sueltas. Tiró de una mano con la esperanza de deslizar la muñeca entre los nudos. Casi lo logró, pero la cuerda le quemó la piel.

Volvió a hundirse en el suelo. Esta vez sumergió las muñecas en el agua que estaba en el fondo de la lancha. Era fría y viscosa.

Trató de liberar la muñeca una segunda vez. Casi… casi… De pronto la cuerda se deslizó sobre el agua aceitosa que le corría por los nudillos y cuando él tiró del brazo para soltarse se golpeó el codo. Pero no gruñó y se puso en pie de inmediato.

Casi simultáneamente oyó pasos en el pantalán. ¿Sería Grainger? ¿O alguna otra persona? Si se quitaba la cinta de la boca y gritaba y resultaba que era Grainger, se delataría. Decidió mantenerse en silencio y al mismo tiempo intentó abrir la puerta que daba a la cubierta. Estaba cerrada con llave. Revisó la cabina en busca de un arma. Lo único que encontró fue un remo, unos pocos almohadones y una boya de plástico. Tendría que valerse del remo.

Los pasos se acercaban cada vez más. Se detuvieron un momento. Luego la lancha cambió su ángulo. Era Grainger, sin duda, que había subido a bordo. Michael esperó, con el remo en la mano, listo para abalanzarse sobre la puerta.

De pronto la puerta se abrió y la luz del día se derramó en el interior de la cabina. Pero Grainger se quedó atrás, con la escopeta apuntándolos a ambos. Sucedió tan rápido que Michael no tuvo tiempo de blandir el remo.

—Me pareció ver algunos movimientos por la ventana —sonrió Grainger—. Señor Whiting, tenga la bondad de tumbarse nuevamente en el fondo de la lancha.

Michael obedeció a regañadientes y se tumbó en el agua fría y aceitosa.

Grainger inspeccionó las muñecas de Isobel. Pareció concluir que aún estaban firmes y se volvió hacia Michael.

—Boca abajo, por favor. —Un momento después, añadió—: Ah… De modo que han quemado las cuerdas… Y aquí están las cerillas, lo que queda de ellas. Me las guardaré.

Apoyó el arma de modo que los cañones apuntaran a la cara de Michael y volvió a atarle las muñecas. Luego hizo lo mismo con sus tobillos.

—Veo que deberé mejorar mis nudos de *boy scout*. Creo que tendré que poner tres vueltas de cinta por cada cuerda. —Michael oyó cómo cortaba la cinta —. Y ahora la última; para asegurarme de que no pueda encontrar el punto de unión, le haré otro nudo encima. —Michael se dio cuenta de que con ese truco jamás podría soltarse. Una vez que la cinta de color pardo se arrugara, se volvería más fuerte, casi imposible de romper, y si estaba atada en un nudo no abría ninguna unión que separar. Grainger se puso de pie, salió de la cabina y cerró la puerta de un golpe.

Al cabo de poco, Michael oyó el ruido del motor y la lancha se separó del pantalán. El estuario era más ventoso que el río. La lancha comenzó a balancearse sobre las pequeñas olas.

Durante media hora navegaron de cara al viento y el interior de la embarcación se volvió incluso más frío. Luego Michael sintió que la velocidad disminuía hasta que la embarcación se detuvo. Oyó que Grainger se movía hacia la proa. Sintió un temblor y oyó el ruido del ancla. Después, los únicos sonidos fueron los que producía la brisa y los embates del agua contra el casco. En ese momento volvió a abrirse la puerta de la cabina.

—¿Whiting?

Michael lanzó un gruñido.

—Muy bien. Dentro de un momento le quitaré la cinta de la boca; necesito algunas respuestas. Pero antes, sin embargo, debe usted saber dos cosas. Una, que el bichero descansa contra el muslo de la señorita Sadler. —Hubo un movimiento y a continuación el gemido ahogado de Isobel cuando Grainger la pinchó—. Dos, estamos anclados cerca de Fitzwilliam Point, en medio del estuario, a unos dos kilómetros de la reserva natural de la isla de Brownsea y a uno y medio de la casa más próxima. La embarcación más cercana con gente a bordo se encuentra, diría yo, a quinientos metros. Una vez que le quite la cinta de la boca, es evidente que no tiene ningún sentido que grite, pero si lo hace le prometo que sus gritos quedarán ahogados por los alaridos de dolor de la señorita Sadler. ¿Lo ha entendido?

Michael volvió a gruñir.

Sintió que le daban la vuelta hasta ponerlo de espaldas. Grainger deslizó un par de tijeras debajo de la cinta que tenía adherida a la mejilla. Cortó la cinta y tiró de ella abruptamente. Michael se estremeció cuando un pedacito de la piel

del labio inferior se quedó pegado a la cinta. Sintió que la boca se le llenaba de sangre. Jadeó hasta recuperar el aliento.

Era la primera oportunidad que tenía de estudiar a Grainger de cerca y en pleno día. Le sorprendió de inmediato la inteligencia, la perversa inteligencia que vio en sus ojos. Eran pequeños para una cara tan grande, pero inquietos y en constante estado de alerta. Había algo más en esos ojos. Algo que Michael no pudo identificar claramente.

—Ahora —dijo Grainger— tengo algunas preguntas. Si las contesta sin mentir, y en su totalidad, le daré un poco de café y bocadillos que he comprado en Wareham.

Hasta ese momento Michael no había pensado en la comida, pero se dio cuenta de lo hambriento que estaba. Isobel también debía de tener hambre.

—¿Han hablado con la policía? —preguntó Grainger. Tenía una voz estridente, más aguda de lo que Michael esperaba en un hombre tan alto.

¿Debería decirle la verdad?, se preguntó. Si fingía que la policía les seguía el rastro tal vez lograría inquietar a Grainger. Pero, por otra parte, si la policía estuviera enterada de algo, ¿por qué no había aparecido en la iglesia de Pallington? Decidió no añadir ningún adorno.

—No. Lo pensamos pero finalmente decidimos no hacerlo.

—Mmm… ¿Y cómo averiguaron mi identidad… después de que robé el cuadro?

—Helen Sparrow nos contó que el dibujo que había descubierto parecía un escudo de armas. Supusimos que usted debió de acudir al Colegio de Armas y dedujimos qué día lo hizo. Con un poco de astucia, conseguimos ver el registro del colegio. Allí estaba su nombre. Usted escribe libros, doctor Grainger, y encontramos uno. Eso nos llevó al Real Instituto de Historia, donde entramos en su despacho y encontramos el número del hotel Peverell Place. —Michael no pudo impedir que un tono triunfal se colara en su voz. Habían sido listos, después de todo.

—Ah. Así que allanamiento… Bueno, no me puedo quejar, supongo. Han sido listos. Permítanme que los felicite. Bien, una última pregunta. ¿Con quién han hablado de mí, si es que lo han hecho? ¿Alguna persona más de Dorset? ¿Y en Londres?

Esta vez Michael se sintió obligado a mentir.

—Bueno, está mi socio, Gregory Wood, por supuesto. Él lo sabe todo de usted. Está el hombre al que sobornamos en el Colegio de Armas; ahora sabe

quién es usted. También le preguntamos al párroco de Pallington si un tal doctor Grainger había visitado su iglesia recientemente.

Grainger jugó con el rollo de cinta. Sonrió. Su boca sonrió. Sus ojos no. Se clavaron en Michael como bicheros.

—Está exagerando, Whiting. Da la impresión de que le ha hablado de mí al mundo entero. Ha estado muy ocupado. Bueno, creo que miente. El otro día llamé a su galería y hablé con Wood. Me presenté como Grainger. Le pregunté si usted había dejado algún mensaje para mí. Dijo que no, y añadió: «¿En relación con qué?». Usted miente, ¿verdad? ¿No es cierto, señorita Sadler?

Michael oyó el gemido de dolor de Isobel.

—De acuerdo, de acuerdo. Le he mentido. La única persona que lo sabe es Helen Sparrow. —Hubo un silencio. Michael lo miró mientras desenrollaba más cinta. Trató de ganar tiempo—. ¿Y el café?

Grainger le dedicó una fría sonrisa.

—He cambiado de idea. Piensen en el café, piensen en la comida. Ahora que lo he mencionado, no podrán quitárselo de la cabeza.

Justo en ese momento Michael se dio cuenta de qué era lo que había visto en los ojos de Grainger y que no había podido identificar. Ahora sí podía. Era vanidad. Una especie de petulancia. Grainger no sólo era muy inteligente, también era muy consciente de esa inteligencia. Estaba complacido con ella. Algunos tipos muy brillantes eran así. Una de esas personas inteligentes que desprecian a todos los que son menos listos que ellos. De pronto, Michael se dio cuenta de lo mucho que habría sufrido Grainger por la humillación pública a que se había visto expuesto en Oxford. Eso explicaba su obsesión, su sadismo y su violencia.

También le dio una idea a Michael.

—Debió de sentirse bastante estúpido anoche, cuando se dio cuenta de que lo habíamos vencido.

—¡No me vencieron! Usted es el que está atado.

Pero Grainger había hablado demasiado rápido. Y el brillo en sus ojos le indicó a Michael que había dado en el clavo. Aprovechó la ventaja.

—Yo soy un jugador, doctor Grainger, y apostaría un bocadillo contra un cuadro de Sandby a que usted habría dado cualquier cosa por ser el que hallara la caja anoche, en lugar de nosotros. Usted empezó muchas semanas antes, pero aun así nosotros llegamos en primer lugar.

—¡Ustedes tenían el cuadro!

—Sólo hasta que usted lo robó. Pero usted contaba con dos semanas de ventaja… y de todas maneras perdió. Como perdió en Oxford.

—¡Cállese, Whiting! —Grainger lo miró con furia—. Cállese. —Tomó aliento varias veces, como si estuviera preparándose para golpear a Michael. Pero luego se calmó—. Tiene razón, Whiting, maldito sea. Nada me habría dado más satisfacción que haber descubierto ese hueco yo mismo… Por otra parte, los oí hablar a usted y a la señorita Sadler antes de… interrumpirlos. Y no saben qué han encontrado, ¿verdad? No tienen la menor idea de qué significan esas calaveras y esos anillos.

Grainger hizo una pausa, paseando la mirada de Michael a Isobel y luego otra vez a Michael.

—No. Siguen tan a oscuras como anoche en la iglesia. —Sonrió malévolamente—. Pero yo sí lo sé. Ustedes dos se creen muy listos, pero yo he estado en este negocio toda mi vida. Mientras navegábamos río abajo he deducido la última jugada de este pequeño juego. No tuve claro de inmediato qué representaban esos objetos, pero ahora sí lo sé. Después de todo, puedo leer esas señales y símbolos con la misma facilidad con que podré leer sus esquelas.

Al oír esa última palabra Michael enrojeció de espanto. Pero sabía que debía seguir hablando.

—Le dimos alcance y luego le sacamos ventaja. Usted no es tan hábil como cree.

Los ojos de Grainger volvieron a empequeñecerse y Michael pensó que lo iba a golpear.

Pero el otro hombre reprimió su furia por segunda vez. Tragó saliva.

—Han tenido suerte. Yo me retrasé un día buscando esta lancha. —Sus ojos se clavaron en Michael—. De todas maneras, la inteligencia, la verdadera inteligencia, consiste en adaptarse a cualquier situación. He tenido toda la noche para adaptarme a esta nueva situación en que me encuentro, con dos prisioneros sabelotodo que pueden arruinar mi golpe maestro. Me enorgullezco de haber llegado a una solución que es maravillosamente elegante, fácil de ejecutar e infalible. No ha sido fácil y es posible que me haya saltado algo. Sólo el tiempo demostrará si tenía razón o no. Ninguno de ustedes, sin embargo, sobrevivirá para comprobarlo.

Grainger dio un paso hacia adelante y puso otro pedazo de cinta en la boca de Michael.

—No se molesten en tratar de liberarse. A partir de ahora entraré de vez en

cuando para comprobar las ataduras.

Salió de la cabina y cerró de un portazo. El motor cobró vida con un rugido. Al poco oyeron el ruido metálico del ancla. Durante la media hora siguiente Michael sintió que las olas eran más fuertes, a medida que la lancha se acercaba a mar abierto. Debía de ser un día precioso, pero hacía bastante viento.

La mente de Michael se había convertido en un torbellino, lo que sin duda había sido la intención de Grainger. Además, tenía hambre. Se sentía incómodo. Tenía frío. Lo peor de todo, estaba aterrorizado. ¿Cómo estaría Isobel?

El día transcurría. El viento no amainaba, y durante horas interminables la lancha golpeaba constantemente contra las olas. De tanto en tanto los dos caían hacia un lado o hacia otro y, fiel a su palabra, Grainger abría la puerta a intervalos para examinar las cuerdas. No tenía sentido luchar ni intentar desatarse. Con el movimiento de las olas habría sido agotador, además de infructuoso.

En un momento dado Isobel comenzó a moverse y Michael se dio cuenta de que estaba mareada. Con la boca tapada, era muy peligroso. Michael golpeó las paredes de la cabina con los pies para atraer la atención de Grainger. La puerta se abrió… y luego, segundos después, volvió a cerrarse. Estaba claro que a Grainger le importaba poco que alguno de ellos se ahogara en su propio vómito.

Michael trató de controlar la furia. La ira lo dejaba sin energías, y él ya estaba bastante cansado de tener que estar todo el tiempo tenso para contrarrestar el balanceo de las olas. Necesitaría toda su fuerza más tarde. Más tarde… No se atrevió a pensar en lo que le sucedería. No sabía qué pensaba hacer Grainger, de modo que no podía planear nada. No tenía forma de hablar con Isobel, les era imposible coordinar alguna acción. Ni siquiera sabía en qué estado se encontraba ella. Tal vez estaba tan débil que no podría tenerse en pie. Contempló la fibra de vidrio del interior de la lancha. No pudo evitarlo. Estaba hirviendo de furia.

Justo en ese momento volvió a abrirse la puerta. Grainger tenía el arma en una mano y un cubo en la otra. Caminó hacia Isobel, puso el cubo en el suelo y le quitó la cinta de la boca. Sus movimientos eran bruscos y ella gritó de dolor.

—Tenga, vomite aquí.

El sonido de las arcadas de Isobel llenó la cabina y un hedor a vómito impregnó los orificios nasales de Michael. «Por Dios —pensó—, ojalá a mí no me ocurra lo mismo». Sabía que vomitar lo dejaría sin energías.

Después de dejar la escopeta cerca de la puerta, Grainger desenrolló un poco más de cinta. Estaba a punto de aplicarla en la boca de Isobel cuando ella, de

pronto, dijo:

—Ahora sé cómo debe de haber sido dormir en aquel sofá.

—¡Silencio! Cierre la boca. —Grainger le puso cinta alrededor de la cara, ahogando sus sollozos, y levantó la escopeta. Luego salió de la cabina y cerró de un portazo.

Isobel se quedó tumbada gimiendo durante un rato. Luego, a juzgar por la regularidad de su respiración, se quedó dormida.

Las olas eran más suaves, el viento había amainado y el movimiento de la lancha era más soportable. Menos incómodo.

Michael trató de reflexionar sobre lo que le había dicho Isobel. ¿Sería un mensaje en clave? En realidad, no. Estaba actuando como siempre, manteniendo la compostura ante las dificultades. Animándolo. Tratando de que ambos se sintieran mejor. Más que eso. Estaba indicándole que seguía alerta, que Grainger podría haberlos derrotado físicamente, pero que eso era todo. Ella estaba observando, esperando.

Michael comenzó a sentirse amodorrado y durante un tiempo intentó combatir el sueño. El agua sucia del fondo de la lancha le salpicaba la cara todo el tiempo y eso lo ayudó a mantenerse despierto durante un rato. Pero finalmente también él se quedó dormido.

QUINCE

Cuando despertó, sobresaltado, Michael se dio cuenta inmediatamente de que la luz del exterior había cambiado. Se había vuelto un poco más amarillenta. Eran las últimas horas del atardecer. El mar estaba mucho más calmado y Michael volvió a oír el suave golpeteo de las olas contra el casco mientras la lancha avanzaba a gran velocidad. Sintió el intenso deseo de fumarse un puro.

La única satisfacción que podía obtener de todo lo que estaba ocurriendo era que él había descansado, mientras que Grainger no podría haberlo hecho porque había estado despierto toda la noche y seguramente habría tenido que conducir la embarcación en aguas bastante agitadas durante todo el día. Era un hombre alto y musculoso, pero sin duda debía de estar cansado. Ésa era la esperanza de Michael.

La luz comenzó a disminuir. Seguramente el sol se habría puesto. Era extraña la manera en que los días borrascosos muchas veces se despejaban a la hora del crepúsculo. Ocurría en todo el mundo. Involuntariamente recordó los lugares en los que había visto atardeceres maravillosos: Jamaica, California, Chile, la Columbia Británica. De pronto volvió a enfurecerse como antes. Durante los pocos instantes que habían transcurrido desde que se había despertado se había olvidado de su enfado.

Oyó el ruido del pomo de la puerta cuando Grainger la abrió.

—Las nueve y veinte —gritó—. Dejamos atrás el faro de Portland hace más de una hora… No hay nadie a la vista y es hora de que empecemos.

Le quitó la cinta de la cara a Isobel. Una vez más ella gritó por el fuerte tirón. Luego metió la hoja de unas tijeras debajo de la cinta que cubría la boca de Michael, que apretó los labios lo más que pudo para evitar que volviera a arrancarle un trozo de piel.

—Listo. Ahora pueden hablar los dos si lo desean. Griten todo lo que quieran. Nadie los oirá.

Ni Isobel ni Michael dijeron palabra.

—Una actitud muy sabia —comentó Grainger—. Ahora voy a explicarles mi plan. Quiero que sepan que, a pesar de lo ocurrido en Oxford, y a pesar del

hecho de que me vencieron, por un pelo, debería añadir, mi solución al problema de qué hacer con ustedes es, posiblemente, la idea más brillante que se me ha ocurrido. Dadas las circunstancias…

»Además, necesito desahogarme y contarles esto. Véanlo desde mi punto de vista. He encontrado la solución más elegante a un problema. Todos los cabos sueltos están atados, todos los conflictos eliminados; las falsas pistas y pruebas que dejaré en el camino son sencillas, limpias y funcionarán a la perfección… la satisfacción intelectual que obtendré de todo ello será inmensa. Pero en realidad no puedo contárselo a nadie, ¿verdad? No es como si hubiera hallado la solución a una controversia académica que luego podría publicar. —Se echó a reír—. Pero sí puedo contárselo a ustedes. —Miró su reloj—. Teniendo en cuenta que pienso ahogarlos en breve, no me causará ningún perjuicio que lo sepan. De hecho —continuó con una risita—, me resulta útil explicarles mi plan. Siempre sabré que alguien, incluso en un momento, bueno, tan embarazoso como éste, ha apreciado mi ingenio. De modo que me sentiré… satisfecho. Puedo hacer lo que tengo que hacer, sabiendo que alguien, alguien que respeto, supo, aunque sólo fuera durante un tiempo breve, que la mente de George Grainger era tan aguda y creativa como siempre. —De pronto, dejó de sonreír—. Ustedes son mi desahogo. Eso es exactamente lo que son para mí. Después de contárselo, jamás volveré a tener la tentación de hablar de ello con nadie. Si no tuviéramos esta conversación, quizá, dentro de unos años, estaría tentado de hacerlo. Pero ahora no. El hecho de que me escuchen me evita tener que correr ese riesgo. Debería darles las gracias, pero en realidad eso sería bastante estúpido.

»Ya empieza a oscurecer. Hemos navegado hacia el oeste todo el día y ahora nos encontramos a ocho kilómetros de la costa de Weymouth. Según los mapas, hay ciento veinte metros de profundidad en este sitio. Acabo de dejar la caja con las calaveras y los anillos en el bote que está a remolque de la lancha. Y también he dejado las cañas de pescar que compré en Wareham esta mañana, mi radio, un termo de café, chocolatinas y los siete peces que he pescado hoy. Cuando entre en Weymouth, dentro de unas… oh, digamos, dos horas… tendré todo el aspecto de un pescador perfectamente normal pero muy entusiasta que ha pasado todo el día fuera. Estará oscuro, de modo que nadie prestará atención a una caja vieja. Todo será muy natural.

Michael iba a decir algo pero Grainger alzó la voz y continuó hablando más rápido.

—Antes de todo, sin embargo, está la parte de la que más me enorgullezco.

El punto en el que he estado verdaderamente astuto. Apenas oscurezca del todo, los invitaré a salir de la cabina y subir a cubierta. Una vez allí, les quitaré las cintas y las cuerdas, así como toda la ropa que llevan. La cabina es demasiado pequeña para esa tarea. Luego los… convenceré de que vuelvan a la cabina y cerraré la puerta otra vez…

—Pero…

—A continuación hundiré la lancha. Es muy fácil, basta con girar una llave que está junto al motor. Tardará unos siete u ocho minutos en sumergirse del todo. Después de alrededor de cuatro minutos, saltaré al bote y observaré desde allí. Tan pronto como la lancha haya desaparecido bajo el agua pondré rumbo a la costa. Llegaré a Weymouth a las once y media, más o menos. Tarde, pero no demasiado para un fanático de la pesca en una noche de verano.

—Echarán de menos la lancha mucho antes que a nosotros —intervino Michael, que ya no podía quedarse callado.

—Sin duda. Pero no hay forma de relacionarla conmigo, ni con ustedes, para el caso. —Grainger cambió de posición para estar más cómodo—. Debo confesar que, al igual que ustedes, yo también esperaba encontrar la plata en la iglesia de Pallington. Pero, en mi caso, después de deducir que la iglesia era el lugar que buscaba, siempre pensé que sería arriesgado utilizar un coche para llevármelo todo. En las carreteras de provincias hay tráfico, incluso en plena madrugada, y no podía correr el riesgo de que me vieran. Por desgracia, la lancha en la que viajaba cuando tuvimos nuestro… encuentro… en el río ya estaba alquilada. Ésa es la razón de que ustedes me alcanzaran y hasta me superaran; tuve que buscar otra. No habría sido inteligente alquilarla, desde luego. No te dejan usarlas de noche. De modo que tuve que… procurarme una.

—¿La ha robado?

Una vez más, la risita entre dientes.

—El menor de mis pecados, como descubrirán muy pronto.

Michael miró fijamente a Grainger, tratando de controlar su ira.

—Fue bastante fácil. Hay una gran cuenca en Poole, una franja de agua justo al otro lado del puente levadizo con un bonito *pub* en una de las orillas. El domingo por la tarde tomé un trago allí y vi que una pareja echaba el ancla. Cubrieron la cubierta con una lona y luego llegaron a la orilla en un bote de remos. Se sumaron a un grupo de personas a las que ya conocían, que estaban en el *pub*, tomaron un par de tragos, luego subieron a su coche, saludando a todos y contándole al mundo entero, o a cualquiera que quisiera escuchar, que

regresarían el fin de semana siguiente. —Grainger sacudió la cabeza de lado a lado, felicitándose mentalmente por su astucia—. Ayer por la mañana, muy temprano, remé hasta la lancha, manipulé el motor, que en realidad es como el de un coche, o una motocicleta, y… bueno, aquí estamos. —Miró a Michael—. Nadie echará de menos esta lancha hasta el sábado por la mañana, como mínimo, e incluso entonces no podrán relacionarla ni conmigo ni con ustedes. —Se acarició la mejilla—. Si llegaran a encontrar sus cuerpos, parecerá que ustedes robaron la lancha. Una vez que los identifiquen, la gente recordará que ya habían tenido un «accidente» con otra embarcación y que habían terminado en el agua. Supondrán que se descuidaron por segunda vez, sólo que ahora fatalmente. Si no los encuentran, que es lo que creo que ocurrirá, supondrán que han escapado…

—… Pero si encuentran los cuerpos y el coche a pocos kilómetros de distancia, eso despertará sospechas.

—No. Si ustedes fueran a robar una lancha no aparcarían su coche a poca distancia, ¿no? Si echaran de menos la lancha demasiado pronto, un coche cercano con matrícula de otro lugar sería una de las primeras cosas que la policía registraría… y eso los llevaría directamente a ustedes. Un ladrón razonable dejaría el coche lejos…, por ejemplo, en algún aparcamiento que se pudiera usar durante bastante tiempo sin despertar sospecha alguna. Se puede llegar de Bournemouth a Poole fácilmente en tren o en autobús.

Michael intentó expresar todo el odio que sentía en su mirada. Sus ojos eran su única arma.

Pero Grainger no hizo más que proferir otra risita helada.

—Siga intentándolo. Hasta ahora sus objeciones no hacen más que demostrar lo astuto que he sido. Bien; ahora permítanme que siga explicándoles el plan. Lo que viene a continuación también es muy ingenioso… He dejado la motocicleta en un camino lateral de Wareham. Si pierdo el último tren de Weymouth a Wareham, cogeré un taxi. Desde Wareham me trasladaré hasta la estación de Moreton en motocicleta. Está a casi un kilómetro en las afueras del pueblo, lo que, como verán, es necesario para mis planes. Según el mapa, también tiene dos aparcamientos para caravanas, lo que significa que, en esta época del año, hay mucho tráfico de vehículos desconocidos en la zona. Nadie me prestará atención. Moreton, desde luego, está tan sólo a tres kilómetros de Pallington. Caminaré hasta allí ocultándome en los setos para que nadie me vea. No debería tardar más de una hora. Entre las dos y las tres de la mañana localizaré el coche de ustedes,

que debe de estar escondido cerca de la iglesia de Pallington. Lo que me recuerda: ¿dónde están las llaves?

Michael no respondió.

—¡Vamos! O la señorita Sadler lo lamentará. —Y pinchó los muslos de Isobel con el bichero.

—Aquí, en mi chaqueta —dijo Michael en voz baja.

Grainger lo estaba humillando.

Éste estiró la mano, encontró las llaves pero también vio el cigarro que aún se encontraba en el bolsillo superior de Michael. Se echó a reír, lo sacó y lo olisqueó. Se lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y luego retrocedió hasta la puerta.

—Revisaré el coche en busca de cualquier documento u otra prueba que pudiera incriminarme y lo destruiré. Luego llevaré el vehículo hasta el aeropuerto de Bournemouth. En el camino «perderé» la caña y todo lo demás. En cuanto aparezca alguien más, para no llamar la atención, dejaré el coche en la zona de aparcamiento prolongado y luego cogeré un autobús hasta la estación de tren. Nadie reparará en mí; seré uno más de los cientos de pasajeros de ese día. Una vez allí, regresaré en tren hasta Moreton y recogeré mi motocicleta, con la que conduciré hasta el aeropuerto de Bournemouth y la dejaré en el aparcamiento. A continuación regresaré a Bournemouth, esta vez en taxi, y cogeré un autocar o autobús hasta Weymouth. Sería más rápido ir en tren pero si pasara por la misma estación dos veces en el transcurso de pocas horas podría levantar sospechas. En Weymouth cogeré el *ferry* hasta Jersey. No puedo salir del país en avión porque tendría que usar mi nombre verdadero. Y, en cualquier caso, el *ferry* es una manera tan buena como cualquier otra para llegar a Jersey, mi primera parada. El sistema bancario de allí es perfecto para mis planes. Como ustedes sabrán, Jersey está lleno de depósitos con cajas de seguridad mucho más anónimos que los de nuestros bancos. Depositaré la caja de Pallington en uno de ellos.

»A continuación, bastará un corto viaje a Francia, adonde llegaré mañana por la tarde. Hoy en día ya no te sellan el pasaporte. Luego cogeré un tren hasta París, donde debería estar a las últimas horas de la noche.

La mente de Michael regresó involuntariamente a la Bibliothèque Nationale y el café que había tomado en la plaza de fuera. Se dio cuenta de lo mucho que su cuerpo le pedía un poco de café. Y un cigarro.

—Después viene la tercera parte inteligente. Es imposible, desde luego,

alojarse en un hotel francés sin registrarte y dar tu nombre. Si algo saliera mal en mis planes y alguien quisiera saber dónde me encontraba yo en el momento de este… incidente… entonces me vendría bien una coartada y las fechas del registro del hotel no me servirían. Por tanto, he de divertirme y pasar la noche de mañana en Barbara's, un burdel bastante concurrido que está muy cerca de la rue de Seine. Puedes pasar una noche muy agradable en ese sitio. Caro, pero agradable. Nadie, por supuesto, espera que los clientes den sus nombres verdaderos, nada se escribe jamás y todas las transacciones se realizan en metálico. Al día siguiente me trasladaré a Amsterdam, donde repetiré el mismo proceso en el Chequered Flag, un establecimiento bastante similar. Mientras tanto mandaré postales a amigos y colegas que estarán, por supuesto, fechadas con antelación. Las postales aparecerán días más tarde y nadie recordará cuándo las recibieron, mucho menos deducirán cuándo fueron enviadas. Siempre pasa eso con las postales; algunas tardan uno o dos días, otras una semana. Pero si, meses más tarde, llaman a alguno de esos amigos para que den testimonio, confirmarán que para esta época yo sin duda me encontraba en París y en Holanda. Por otra parte visitaré a algunos colegas universitarios en ambos sitios.

»Luego regresaré a Inglaterra para recuperar la motocicleta. Ése es otro toque brillante. No he conducido una desde que era un muchacho, de modo que nadie relacionará a un profesor universitario de cincuenta años con una chupa de motorista. El casco resultó ser muy útil, desde luego, como disfraz. Pero lo más probable es que jamás descubran sus cuerpos y todo este elaborado plan sea innecesario. Agradable, caro, pero innecesario. De todas maneras, si por alguna razón encuentran los cuerpos y la lancha, la situación estará clara desde un principio. Ustedes estarán desnudos, de modo que todos pensarán que estaban en plena relación sexual, no se dieron cuenta de que la lancha se hundía y, demasiado tarde, quedaron encerrados en la cabina. Tal vez no lo hayan visto, pero hay un gancho en el exterior de la cabina para mantener la puerta abierta. En un momento lo arrancaré, lo que dará la impresión de que la puerta se cerró accidentalmente después de que el gancho se rompió. Pero, como acabo de decir, no creo que encuentren los cuerpos, y lo más probable es, dentro de varias semanas, cuando las autoridades del aeropuerto por fin presten atención a su coche, lleguen a la conclusión de que ustedes han salido del país. Se los registrará como desaparecidos y eso será todo. Bien, comencemos con usted, señorita Sadler. Levántese, por favor.

El cerebro de Michael era un torbellino de preguntas y tácticas dilatorias.

—¿Y Helen Sparrow? Ella puede relacionarlo con nosotros.

Grainger le dedicó una de sus sonrisas frías.

—¿En serio? Tenía el casco puesto todo el tiempo que estuve allí. En esa época, señor Whiting, hasta usted creía que mi nombre era Molyneux.

Michael gimió. Grainger tenía razón… No, no tenía razón. Estaba sobrestimando su propia astucia y subestimando a la policía. Su vanidad intelectual había vuelto a relucir, y eso era lo que lo hacía tan peligroso. Era evidente que Helen alertaría a la policía si no tenía noticias de Isobel o Michael, o si descubrían los cadáveres. Les hablaría de Molyneux. En un principio la policía no lo relacionaría con Grainger, pero sabría que el «accidente» de la embarcación no había sido tal.

Todos esos pensamientos corrían por la mente de Michael, pero no dijo nada. Grainger estaba dejándose llevar por su vanidad y ninguna argumentación le haría cambiar de idea. Michael tenía que aguardar a que se presentara una oportunidad, y entonces aprovecharla. En lugar de perder energía discutiendo, era mejor recuperar fuerzas.

Grainger cortó las cintas y las cuerdas que rodeaban los tobillos de Isobel. Luego la hizo salir a cubierta y le ató las muñecas a la barandilla.

—No se le ocurra saltar al agua —le advirtió—. La lancha la arrastrará y quedará atrapada en la hélice. Listo… parece un nudo lo bastante firme. Permítame que tire un poco más fuerte, para comprobar que… Sí, así está bien. Si quiere, trate de soltarse. No lo logrará. —Se volvió hacia la cabina—. Ahora usted, señor Whiting. Voy a desatarle los pies. Por favor, nada de patadas. No llevo la escopeta, pero no está muy lejos. Si es necesario, le golpearé la cabeza con ella y luego lo desvestiré yo mismo mientras usted está inconsciente. Tal vez eso me dificulte un poco las cosas, pero en cualquier caso esperaré a que recobre la conciencia antes de ahogarlo.

Michael observó en silencio cómo retiraba la cinta de los nudos y luego los aflojaba. Sus piernas quedaron libres.

—Póngase en pie y camine hacia mí.

Una vez en cubierta, vieron que era una noche hermosa y clara. Cuando Michael salió de la cabina y sintió la suave brisa en sus mejillas, Grainger le agarró los brazos desde atrás y lo empujó rápidamente hacia la parte trasera de la lancha. Michael comenzó a dar patadas para liberarse pero Grainger le hizo la zancadilla. Michael cayó, tropezó con las piernas de Isobel y se golpeó la cabeza contra algo duro. El dolor hizo que se le saltasen las lágrimas. Antes de que

pudiera recuperarse, Grainger se abalanzó sobre él y le ató otra cuerda en torno a las muñecas. Michael sintió un doloroso tirón en los brazos cuando Grainger se apresuró a sujetarlo a la barandilla.

Michael consiguió ponerse de pie. Cuando recuperó el equilibrio, miró a su alrededor. Grainger tenía razón: no había tierra a la vista, ninguna otra lancha ni embarcación, ninguna luz ni ninguna vela, nada.

Grainger, que tenía el cigarro de Michael en la boca, se dirigió a él:

—No hay ninguna razón por la que no pueda disfrutar del espectáculo, Whiting. No sé si lo encontrará erótico o embarazoso. En realidad, no me importa. Ahora, señorita Sadler, voy a desatarla. Después, me pondré a casi dos metros de distancia. En una mano tendré el arma. Además, el bichero está muy cerca. A esa distancia puedo herirla muy gravemente si hace tonterías. Primero quiero que sacuda las manos hasta que se le caigan las cuerdas de las muñecas.

Michael intentó impedirlo.

—Tal vez Helen Sparrow jamás le viera la cara, Grainger. Pero sí vio, y limpió, el cuadro. De modo que incluso si usted encuentra la plata desaparecida, jamás podrá venderla ni publicar cómo la encontró. No le servirá para su reputación académica.

Una vez más, esa sonrisa fría.

—Oh, se equivoca, Whiting. Está muy equivocado. Me sorprende usted, y me subestima. Nada podría servirme mejor para mis intereses que la caja de Pallington. Probablemente a usted le interesen… oh, los Evangelios, quizá, que son el artículo más valioso en términos financieros. O el báculo, que podría ser la pieza más hermosa. Pero a mí, no. Para la primera parte de mi plan, los elementos más útiles son el relicario y el mapa de la Vera Cruz. ¿La razón? Muy simple. Ambos contienen joyas. En la mano hay unos rubíes exquisitos, mientras que el mapa designa cada uno de los sitios de la cruz con una esmeralda. Algunas son bastante pequeñas, pero no todas. En un manuscrito del siglo XVI que se encuentra en el Museo Británico hay una descripción del tesoro de Monksilver. Tal vez ustedes no lo sabían.

»Suponiendo que todo salga bien esta noche, voy a dejar que transcurra un intervalo razonable. Para estar seguro, quizá emprenda un viaje al extranjero. Pero luego regresaré y cogeré la caja de Pallington del depósito de Jersey. A diferencia de ustedes, yo ya sé dónde encontrar la plata escondida, no lo olvide. La sacaré de allí discretamente. Poco a poco, sin prisa, iré quitando los rubíes y

las esmeraldas de la mano y el mapa. Luego, durante las semanas siguientes, las venderé, de una en una o de dos en dos, en Londres, Amsterdam, Israel, Nueva York, la India… donde, según parece, hay un próspero mercado para las joyas. Las esmeraldas deben de valer un millón, y los rubíes poco menos. No tanto como si lo vendiera todo junto, desde luego; la suma en ese caso sería bastante mayor. Pero vendiendo las joyas tendré un buen pasar sin llamar la atención.

—¡Sólo un pervertido destruiría el tesoro! —gritó Isobel con todo el desprecio que pudo.

—No me juzgue tan rápido, señorita Sadler. —Se acercó a ella—. Ahora, querida mía, comencemos.

Michael observó cómo Grainger desataba la cuerda de la barandilla. Usó unas tijeras para cortar la cinta que cubría las cuerdas que sujetaban las muñecas de Isobel. Deshizo dos de los nudos y luego se apartó y cogió el bichero y la escopeta.

Isobel se liberó las manos lentamente y se frotó las muñecas.

—Bien, empiece por la blusa y los pantalones. Una cosa más, señorita Sadler, a medida que se quite la ropa tírela en aquel cubo de allí. —Lo señaló con el bichero y se volvió hacia Michael—. Una vez que termine de vender todas las joyas y sea un hombre… lo bastante rico, dejaré que pase un poco más de tiempo. Con ustedes dos muertos, no me correrá ninguna prisa. Luego, un año, o quizá dos, más tarde, regresaré a Pallington, a la iglesia. Una vez más, me tomaré todo el tiempo que haga falta para averiguar dónde está escondida la llave de la iglesia. Estoy seguro de que usted, señor Whiting, la puso en el lugar incorrecto anoche, en un fútil intento de despertar sospechas. Tal vez cambien el cerrojo y el escondite. Pero la seguridad es una actividad tediosa, la más tediosa de todas, y ésa es la razón por la que siempre falla. No tendré ninguna dificultad seria, puesto que no me correrá prisa descubrir cómo entrar en la iglesia de noche sin que me vean. Como ustedes dos saben muy bien.

Miró con furia a Isobel y hundió el bichero en la madera de la cubierta a pocos centímetros de sus pies.

—¡Haga lo que le he dicho!

Los dedos de Isobel buscaron los botones de la blusa. Los desabrochó y se la quitó.

—Tírela en el cubo.

Isobel arrojó la blusa donde Grainger le indicaba.

—Ahora quítese el sujetador. Permita que el señor Whiting y yo veamos sus

senos. —Grainger levantó el bichero y se dispuso a volver a lanzarlo en caso de que Isobel no lo obedeciera de inmediato.

Pero ella obedeció. Con una mano se desabrochó el sujetador por la espalda, se lo quitó y lo tiró sobre la blusa. Luego se agachó para quitarse los pantalones. Los arrojó en la pila de ropa.

—Ahora el resto. Estoy disfrutando con esto. —Grainger hizo que la punta del bichero rozara los pechos de Isobel. Luego dio un paso atrás.

Isobel se puso tensa cuando el bichero la tocó, pero volvió a agacharse, se quitó las bragas y las tiró encima de las otras prendas. En ese momento cada centímetro de su cuerpo quedó a la vista de ambos hombres. En sus ojos se mezclaban sentimientos de vergüenza y desafío. Michael se dio cuenta de que Grainger, al obligarlo a mirar, estaba generando una situación humillante para los dos. Y hacía que tanto él como ella dejaran de pensar en cómo escapar.

Isobel se colocó delante de Grainger, un poco apartada de Michael. Tenía las manos a los costados, sin tratar de ocultar nada. Ya fuera por el miedo o por el frío, sus pezones estaban erectos. Lanzó una penetrante mirada a Grainger. ¿Estaría excitado? ¿Podría ella, con su cuerpo, con su promesa, distraerlo o retrasar su suerte? No se animaba a expresar nada con palabras, pero si…

Grainger sonrió y le echó el humo del cigarro en la cara.

—A la cabina, por favor.

Mientras ella se movía él mantuvo el bichero a no más de quince centímetros de su piel. Michael se daba cuenta tanto como Grainger de que el bichero seguía siendo más terrorífico para Isobel que la escopeta.

Grainger cerró la puerta de la cabina una vez que Isobel entró y se volvió hacia Michael.

—Cuando haya descubierto cómo entrar en la iglesia, volveré, como anoche. Pero esta vez no me llevaré nada; ¡lo dejaré todo donde estaba! Ésa es la parte verdaderamente hermosa de mi plan. También devolveré la plata a su escondite original. La mancharé con tierra y suciedad y la dejaré varios meses para que acumule un poco más.

»Luego llevaré a cabo mi glorioso golpe final. Me pondré en contacto con los directores del Museo Británico y del Victoria and Albert Museum, con el párroco de Pallington y con algún periodista de los mejores suplementos dominicales. Les comunicaré que creo haber encontrado el tesoro de Monksilver, que lleva siglos desaparecido, y les pediré a ellos, o a sus representantes, que me acompañen a la iglesia. No podrán resistirse. Después de una adecuada serie de

equivocaciones, finalmente descubriremos la cavidad en el tímpano. Las calaveras y los anillos nos llevarán al tesoro. ¡Sensacional!

—¿Y las joyas que falten?

—Todos quedarán tan impresionados con los descubrimientos que aceptarán automáticamente mi hipótesis de que las verdaderas joyas fueron saqueadas en la época en que escondieron la plata. Esa clase de cosas ocurrían en aquel entonces. Muy ingenioso, ¿no? Será portada en toda Europa y Norteamérica. Entonces seré famoso, además de bastante rico. Pero eso no es todo. Sin duda, posteriormente un tribunal decidirá a quién pertenecen los tesoros. Yo anunciaré por anticipado que mi parte, en caso de que la hubiera, será donada al Victoria and Albert Museum o al Museo Británico, el que sea más apropiado para exhibir los tesoros. Luego escribiré un libro sobre toda la historia. En él, revelaré que la subasta de unos documentos en Sotheby's me puso sobre la pista, pero que posteriormente vi un cuadro en una venta por catálogo en Suiza, llamado *Paisaje con mentiras*.

—Entonces Helen Sparrow irá a la policía…

—Escúcheme, Whiting. Yo habré puesto en venta la pintura en Suiza, como acabo de decir, pero a través de un fiduciario. Los suizos tienen a estas personas tan convenientes, que ganan bastante dinero, actuando como barreras para los que desean actuar de manera anónima. El cuadro saldrá a la venta por una suma baja. Aparecerá en el catálogo y, ¿quién sabe?, alguien lo comprará. O lo compraré yo mismo a través de otro fiduciario. No tiene importancia porque yo no basaré mis descubrimientos en el cuadro, sino en la fotografía del catálogo.

—Pero Helen denunciará el robo.

—Supongamos que lo hace. De acuerdo, el cuadro fue robado de su estudio. Ahora ha aparecido en Europa, un poco estropeado. La señorita Sparrow dirá que usted le pidió que limpiase una zona en particular del cuadro. Ella, y la policía, si investigan, descubrirán que la zona del cuadro que a usted le había llamado la atención ha vuelto a ensuciarse; la losa con el escudo de armas estará oculta nuevamente. Mire, Whiting, lo que usted pasa por alto es que la parte del cuadro que se tomó tantas molestias en limpiar, y que yo me tomé tantas molestias para robar, *no es necesariamente la solución del misterio*. Usted lo descubrió después de mucho trabajo, como yo. Pero, sabiendo lo que sé ahora, dejaré en claro en mi libro que la figura está mirando hacia el lado equivocado y por tanto es una pista falsa. De modo que no había ninguna necesidad de que yo me acercara al estudio de Helen Sparrow. El enigma puede resolverse por medio

de una fotografía del cuadro, incluso aunque tenga una parte sucia. Podré argumentar de manera convincente que nunca me hizo falta ver el cuadro original para encontrar la solución. La policía llegará a la conclusión de que el robo y mi descubrimiento no tienen ninguna relación entre sí.

—Eso es ridículo. Usted es un estúpido, Grainger. Helen llamará a la policía cuando nosotros desaparezcamos. Les contará todo lo que sabe sobre el cuadro y la plata. Muchas personas se enterarán y la policía no va a creer en coincidencias como ésa.

—No soy estúpido, Whiting, ya lo sabe. Las coincidencias ocurren todo el tiempo y con frecuencia no son más que eso.

Con un estremecimiento, Michael recordó que él había pronunciado esas mismas palabras en su primer encuentro con Isobel.

Grainger siguió hablando.

—Recuerde que habrán pasado un par de años entre un robo en Aldeby, al que en su momento le dieron tan poca importancia que jamás fue denunciado a la policía, y una pequeña subasta en Suiza. No hay ninguna conexión entre la señorita Sadler y yo, entre usted y yo, o entre la señorita Sparrow y yo. Por si eso fuera poco, el hecho de que yo descubra el tesoro y done mi parte a la nación me pondrá por encima de toda sospecha. ¿A quién se le ocurriría dudar de un académico que haga algo así?

La mente de Michael seguía girando a toda velocidad. La vanidad de Grainger lo asombraba. El plan, en un nivel intelectual, parecía lógico. Michael tenía que admitir que, como razonamiento, era brillante. Pero, psicológicamente, no tenía ningún sentido. Ni Helen ni, lo que era más importante, la policía lo creerían. Quizá después de veinte años, pero no apenas transcurridos dos. Una vez que anunciara el descubrimiento despertaría sospechas y, cuando eso ocurriera, la policía husmearía en busca de algún error…

Pero ésa no era la cuestión principal en aquel momento. La cuestión era que Grainger tenía tanta confianza en sí mismo que su arrogancia lo impulsaba a seguir.

Se había puesto detrás de Michael y estaba empezando a desatarle las cuerdas de las muñecas. Al igual que había hecho con Isobel, dejó que Michael deshiciera el último nudo mientras cogía la escopeta y el bichero. Michael sabía que tenía que hacer algo durante el tiempo que tuviera las manos libres. Sería su única oportunidad. También sabía que Grainger lo sabía y esperaba que él intentara algo. Tenía que ser una sorpresa completa. Y para que funcionara debía

ser simple.

—El capataz de la granja de Isobel reconocerá el cuadro y atará cabos. Incluso hasta es posible que recuerde su visita.

—Tonterías. Él no me vio jamás y la señorita Sadler le llevó el cuadro a usted personalmente. Todo el mundo creerá que yo no he obtenido ningún beneficio económico de todo esto. No tendré ningún motivo para matarlos, así como tampoco habré tenido motivo para entrar en el estudio de Helen Sparrow. Ahí radica la belleza, la elegancia, de mi plan. Mi reputación crecerá enormemente. Cuando se efectúe la donación de los tesoros, creo que puedo estar seguro de que en un futuro no demasiado distante seré *sir* George Grainger. No es igual que una cátedra en Oxford pero tampoco está tan mal, ¿verdad?

Michael se sacudió la cuerda de las muñecas y se frotó las zonas irritadas de la piel. Se volvió para enfrentarse a Grainger. Éste miró su reloj.

—Casi las diez. Vamos con un poco de retraso. No importa, tendré que esperar menos en Bournemouth. Ahora, venga hacia aquí y empiece a desvestirse. Yo prefiero observarlo desde aquel lado.

Cautelosamente los dos hombres se cambiaron de lugar y Michael quedó de pie, aún vestido, con la espalda hacia la puerta cerrada de la cabina, mientras que Grainger volvió a estar junto al timón.

—Comience por la camisa, como la señorita Sadler. No se entretenga demasiado. —Grainger se inclinó e hizo girar algo que estaba cerca del motor: era la llave con la que hundiría la lancha. De inmediato se oyó un borboteo e Isobel empezó a gritar desde el interior de la cabina. Michael comenzó a desabotonarse la camisa mientras pensaba a toda velocidad. ¿Qué podía hacer? Les quedaban menos de siete minutos de vida.

Se quitó la camisa y aflojó el cinturón. Se bajó la cremallera de los pantalones y los deslizó por las piernas. Se quitó los calcetines y los zapatos, hasta quedar sólo en calzoncillos. Ya había entre tres y cinco centímetros de agua en la embarcación. Isobel seguía golpeando la puerta de la cabina.

Se inclinó para pasar los calzoncillos por los pies. Luego él también quedó desnudo. Su ropa estaba en una pila encima de la de Isobel. Al parecer, Grainger obligaría a Michael a llevar toda la ropa a la cabina para hacer más creíble que estaban haciendo el amor. El agua había llegado a unos diez centímetros. Le cubría los pies hasta los tobillos.

Vio una oportunidad.

Michael se levantó del todo. Mientras lo hacía, los ojos de Grainger lo

siguieron instintivamente. Con un movimiento repentino, Michael le lanzó una patada con la pierna derecha. El agua que cubría la cubierta salpicó a Grainger, que dio un respingo. En ese momento Michael se arrojó a un costado, provocando que la embarcación se balanceara. Grainger, que no lo esperaba, tropezó y cayó sobre una rodilla. Desvió la mirada de Michael y extendió un brazo para mantener el equilibro. Michael se abalanzó sobre la puerta de la cabina, giró el pomo y la abrió. De otra patada, lanzó más agua hacia Grainger cuando éste empezaba a recuperarse. Luego se lanzó hacia la popa, pero hacia un lado, para que la lancha se balanceara. Ya había más de quince centímetros de canal de la Mancha en el fondo de la embarcación.

Michael se había golpeado el hombro al arrojarse contra la popa. Estaba arrodillado en el agua cuando Grainger comenzó a recuperarse y levantó la escopeta.

Michael vio el bichero que estaba entre ellos, con el gancho apuntando hacia él. Grainger estaba preparando la escopeta. Michael volvió a echarle agua. Esta vez el otro no dio un respingo pero sí cerró los ojos durante una fracción de segundo, cuando el agua le golpeó la cara. En ese preciso momento Michael extendió la mano y agarró el bichero. Pesaba mucho. Grainger ya estaba apuntándolo con la escopeta.

Michael consiguió alzar el bichero y atacó a Grainger. Éste lo desvió con la mano libre pero la fuerza del golpe le hizo perder el equilibrio nuevamente y trastabilló. Michael dio un salto y antes de que Grainger pudiera apuntarlo por tercera vez aferró la escopeta. El bichero había vuelto a caer en el agua, que giraba en remolinos en la cubierta. La mano de Michael se cerró en torno al cañón doble de la escopeta. Los dos lucharon. Los dientes de Grainger seguían sujetando el puro de Michael, lo que era asombroso. El agua ya les cubría las espinillas. Grainger tiró de uno de los dos gatillos de la escopeta. La explosión fue ensordecedora; pero el arma estaba apuntando hacia el agua y no causó ningún daño. Michael vio una oportunidad y cayó sobre sus rodillas, arrastrando a Grainger consigo. Tiró del arma. Grainger se debatió todo lo que pudo pero era cierto que estaba agotado y, poco a poco, Michael lo arrastró hacia abajo. El agua seguía subiendo, lo que, por el momento, beneficiaba a Michael. Éste hizo un último esfuerzo… y consiguió sumergir la escopeta en el agua para inutilizarla.

A Grainger debió de ocurrírsele la misma idea, puesto que soltó la escopeta antes que Michael y se abalanzó sobre el bichero.

—¡Michael!

Michael se volvió justo a tiempo para que Isobel le tirara un par de pantalones muy mojados.

—¡Salta! —gritó él—. ¡Ponte a salvo! —Se volvió para enfrentarse a Grainger.

Grainger lo embistió y Michael hizo todo lo que pudo para frenar el golpe con los pantalones. Grainger volvió a atacarlo y el gancho atravesó la tela mojada y se hundió en el brazo de Michael, que lanzó un alarido. Grainger se le echó encima de inmediato, clavando sus dedos largos y gruesos en la garganta de Michael. No había forma de que Grainger lo supiera, pero el gancho había cortado la muñeca de Michael justo en el lugar donde había sufrido su accidente de esquí. El dolor fue inmenso. Como una marea ardiente le subió por el hombro. Eso significaba que sólo podía luchar con una sola mano.

Vio a Grainger encima de él. Podía olerle el aliento, el café que había bebido mezclado con humo de tabaco. Le vinieron náuseas. Un empujón de Grainger lo hizo caer hacia atrás. El agua ahora era la aliada de Grainger. Le pareció que todo el canal de la Mancha estaba mojándole la nuca y lamiéndole las orejas. Grainger trataba de ahogarlo.

Detrás, vio a Isobel. No había saltado, pero ¿qué podría hacer? Aunque Grainger podía estar más débil que Michael en ese momento, seguía siendo demasiado fuerte para ella.

De pronto, Grainger se quitó el cigarro de la boca y en un veloz movimiento acercó el extremo encendido al brazo lastimado de Michael. La ceniza ardiente y la sangre se mezclaron y los alaridos de Michael resonaron entre las olas. Le dolía cada poro de su cuerpo. Mientras Michael se convulsionaba, Grainger modificó su posición y le sumergió la cabeza. Michael se debatió, tosió y se agitó mientras su boca y su nariz se hundían en el agua salada. No podía pensar en otra cosa salvo en el dolor que sentía en el brazo y la mano, en los nervios en carne viva quemados por el puro.

En ese momento, a través de la pátina borrosa de las lágrimas y el agua de mar, Michael vio que la cara de Grainger se había oscurecido de repente. Pero no era una sombra. Se había vuelto parda. Una tira parda. Dos tiras pardas. Tres. ¡Isobel había encontrado la cinta! Le cubrió con ella los ojos a Grainger, luego la nariz, luego la boca, de tal modo que no podía respirar.

Las manos de Grainger buscaban la cinta de la nariz, intentando arrancársela, pero Isobel seguía apretando cada vez más. Usando la cinta, Isobel le ató las

manos a la cara. Para cuando Grainger pudo separar las manos, Isobel lo había atado con la cinta dos veces, los brazos pegados al cuerpo. Isobel retorció la cinta para que la sujeción quedara más fuerte.

Michael se apartó. El agua ya les llegaba hasta la cintura y la lancha no tardaría en hundirse. El dolor de su brazo era insoportable.

Isobel terminó de rodear las piernas de Grainger con ella y luego le gritó a Michael:

—Mírate el brazo. ¡Trata de parar la sangre! ¡Y salta! Suelta el bote. Yo puedo arreglármelas.

Michael entendió lo que ella quería decir. Agarró su camisa, que flotaba en el agua, y la presionó contra la herida. Perdía sangre a una velocidad alarmante. Luego saltó. El bote estaba atado a la lancha y se hundiría si no lo soltaba.

En el momento del salto todo pareció moverse en cámara lenta. Tuvo tiempo suficiente para llegar hasta el bote. Con su brazo sano, soltó las amarras que unían la pequeña embarcación con la lancha. Luego se aferró al bote. El brazo le dolía tanto que le era imposible salir del agua sin ayuda. Pese al dolor vio cómo Isobel rodeaba dos veces más con cinta las piernas de Grainger. Él había conseguido sacarse la cinta de la cara pero todavía tenía los brazos y las manos atrapadas por la cinta adhesiva. Isobel se alejó tres pasos de Grainger mientras seguía liberándose. Se quedó quieta durante un momento. Luego enrolló la cinta alrededor de la barandilla, que ya estaba a apenas un metro por encima del nivel del agua.

Se volvió hacia Grainger, que se debatía tratando de liberarse, y blandió un objeto en su dirección, un objeto que Michael no alcanzaba a ver.

—¡Sólo yo puedo soltarlo, Grainger! —gritó Isobel.

Michael se dio cuenta de que lo que Isobel tenía en la mano eran las tijeras que Grainger había utilizado.

—¿Qué significan las calaveras y los anillos? ¿Dónde está la plata? ¡Grainger!

—¡No puede dejar que me ahogue! —respondió él con un alarido—. ¡Corte la cinta!

—¡La plata!

—Corte la cinta y se lo diré.

—¡Isobel! —gritó Michael—. ¡Olvídalo! ¡Ya tenemos la caja! ¡Ponte a salvo!

Isobel pareció no oírlo.

—Usted trató de matarme dos veces, Grainger. ¡La plata! ¡Dígamelo y cortaré la cinta! —volvió a gritar Isobel.

Grainger no respondió, sino que redobló los esfuerzos para liberarse. Al hacerlo, provocó que la lancha diera una fuerte sacudida.

Michael sintió que el brazo le latía de dolor, el cual se veía acrecentado por la sal del agua. Apenas pudo reunir fuerzas para volver a gritar:

—¡Isobel! ¡Se hunde! Ponte a salvo. ¡Salta!

Isobel había perdido el equilibro por el bandazo y en ese momento pareció darse cuenta de lo cerca que estaba de morir ahogada. Se dio la vuelta y se dispuso a saltar por la barandilla.

—¡No! —gritó Grainger—. ¡No! La cinta…

Isobel se giró en redondo. Pero permaneció donde estaba.

Grainger la miró fijamente durante un momento. Era un combate de voluntades y ninguno habló.

Luego la lancha dio otra sacudida. Michael abrió la boca para gritar otra advertencia a Isobel.

Pero Grainger habló primero.

—¡El Infierno! —exclamó—. El Infierno. El lugar es el Infierno.

Durante una fracción de segundo Isobel no supo qué decir. Luego, con un sobresalto, volvió a la vida.

—El Infierno no es un lugar —gritó—. Usted sigue jugando a las adivinanzas. El Infierno no existe.

—Sí, sí que existe. ¡Ya se lo he dicho! ¡Las cintas, córtelas! ¡Le he contado todo lo que sé! El Infierno…

—¡Isobel! ¡Isobel! —Michael vio horrorizado que la lancha daba un bandazo, lanzando a Grainger hacia abajo y a Isobel hacia arriba. La sacudida le permitió a Isobel zambullirse en el agua con el rollo de cinta adhesiva en la mano.

En la última imagen que tuvo Michael de la lancha, mientras seguía aferrado al bote, la enorme y fibrosa silueta de Grainger se retorcía en una telaraña pegajosa y parda y sus gritos quedaron repentinamente silenciados cuando la embarcación se hundió y se perdió de vista.

Entraron en Portland tres horas después. Tras una hora en el bote, en medio del mar, habían visto la luz del faro y habían puesto rumbo en esa dirección. La

llegada no anunciada de dos adultos desnudos a una base naval durante la madrugada provocó la alerta. Pero valió la pena, puesto que Michael pudo aprovechar el soberbio tratamiento médico disponible las veinticuatro horas del día en el hospital Naval de Castletown.

De todas maneras, la opinión general de los médicos era que no podría haber sobrevivido si la mujer que estaba a su lado no hubiera demostrado una presencia de ánimo tan fuerte. Hasta ese momento nadie había caído en que la cinta adhesiva también podía utilizarse como torniquete.

EPÍLOGO

Isobel se abrió paso por la escalinata de Sotheby's y atravesó las multitudes que se apiñaban en la acera. Buscó a los demás. Se había quedado rezagada, cuando terminó la subasta, hablando con reporteros de Fleet Street, antiguos colegas.

Corría el mes de abril, casi había pasado un año, y era el día de la subasta principal de antigüedades medievales y renacentistas en Sotheby's. De pronto vio a Michael, Helen Sparrow, Verónica Sheldon, Robyn, la hermana de Michael, y Anthony Weaver, el párroco de Pallington, de pie, al otro lado de Bond Street. Estaban tratando de evitar a la multitud, de modo que se acercó a ellos.

Michael tenía la cabeza inclinada y estaba apuntando algo en la contracubierta de su catálogo.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando los alcanzó.

—Michael está calculando el total neto —respondió Helen.

—Según uno de los periodistas especializados —dijo Isobel—, dos millones de libras es un récord para un relicario.

—Sí, yo también he oído ese comentario —intervino Weaver—. Y creo que ochocientos cincuenta mil también es un récord para un objeto de marfil. —Había habido una competencia feroz por el báculo de marfil, así como para los demás objetos.

Los seis se quedaron un momento allí, observando a la muchedumbre que había acudido a la subasta y que ahora salía a la calle. Había sido un acontecimiento tan excepcional, un momento histórico, que la gente aún no quería marcharse. Se quedaban conversando, describiendo una y otra vez lo que acababan de ver. El incensario había ido a parar al Museo Metropolitano de Nueva York, el jarrón del águila al Museo de Berlín y los candelabros a un coleccionista privado de Tokio.

—Eso de coleccionar obras de arte es un deporte de ricos —suspiró Weaver, mientras examinaba a la multitud que estaba al otro lado de la calle—. Ojalá la gente tuviera el mismo interés en Dios.

—¿Cómo somos de ricos, Michael? —preguntó Isobel—. En una ocasión me

dijiste que las matemáticas se te daban bien.

—Un momento. Ya falta poco.

—Tal vez ahora puedas comprarte un traje nuevo, Michael. Algo más… apropiado. —Robyn, la hermana de Michael, estaba en Londres por una entrevista de trabajo en el zoológico, y era la primera vez que asistía a una subasta.

—¿Cuáles son sus planes —dijo el párroco, volviéndose hacia Isobel—, ahora que las cosas se han calmado?

Isobel tardó un momento en responder. Había un hombre alto y delgado en la puerta de Sotheby's y, durante un brevísimo intervalo, le pareció que era Grainger. Estaba justo en el mismo sitio en que se había colocado Grainger aquella vez que la había persuadido de invitarlo a la granja. De pronto sus ojos se dirigieron a un cartel que colgaba de una ventana a pocos metros de altura de donde se encontraba aquel hombre. Decía «Galería Molyneux Rose». De modo que de allí había cogido el nombre.

Habían pasado muchísimas cosas desde que Grainger se ahogó. Se había realizado una investigación, en el transcurso de la cual toda la historia había salido a la luz y había aparecido detallada en todos los periódicos, incluyendo el episodio de la desnudez. Por suerte, el veredicto había sido «muerte accidental». Los tesoros se habían asignado según la ley de hallazgos y, como resultado, el Museo Británico se había quedado con el mapa de la Vera Cruz y el Victoria and Albert Museum con los Evangelios enjoyados. Pero, como era la costumbre, aunque no figurara en la ley, les habían ofrecido a Isobel y a Michael, como descubridores de los objetos, el valor del mercado, puesto que sólo si los museos pagaban esa suma podían esperar que la gente aceptara ese arreglo. Además, eran libres de vender el resto de los objetos.

Considerando los perjuicios que había sufrido, entregaron a Helen una parte de las ganancias y, como se habían visto obligados a entrar por la fuerza en la iglesia de Pallington, decidieron ofrecer la cruz del altar a la parroquia. Anthony Weaver había asistido a la subasta por interés personal. Verónica Sheldon estaba allí porque, finalmente, era ella quien había desvelado la última incógnita.

Cuando le contaron la última confesión de Grainger, que la caja de la iglesia de Pallington señalaba el Infierno como el destino definitivo, ella no se sorprendió.

—Éstas son calaveras de perro —dijo, examinando el contenido de la caja—. Un perro con tres cabezas es Cerbero, el guardián de la entrada al Hades, el

mundo subterráneo. Y éstos son los nueve anillos concéntricos. La gente creía que tanto el Cielo como el Infierno estaban formados por nueve zonas, nueve zonas concéntricas, con Dios en lo alto del Cielo y Satán en el noveno círculo, en el fondo del Infierno.

De todas maneras, al principio no había logrado deducir nada más. Sólo cuando le relataron sus aventuras por tercera vez, con detalle, ella dijo, de pronto:

—Habladme de la abadía de Quarr nuevamente. Contádmelo todo.

Lo hicieron.

Verónica se detuvo en el cartel que habían leído allí.

—Contadme otra vez qué había escrito.

Isobel era quien mejor lo recordaba.

—Que la abadía había dejado de utilizarse después de que una mujer de la zona dio a luz a un hijo cuyo padre era un monje de la abadía. Ella, en su ofuscación, había matado al niño y luego se había suicidado. El monje que era el padre había sepultado a la mujer y al niño en secreto en el terreno de la abadía. Al ser un suicidio, el cadáver de la mujer no podía estar enterrado en suelo consagrado, de modo que con ese acto la abadía quedó desacralizada. Cuando se descubrió el escándalo no encontraron a nadie que quisiera exhumar el cuerpo. Por tanto, la abadía donó la tierra desacralizada a la aldea, pero los aldeanos, como eran supersticiosos, la rechazaron y la abandonaron. Poco a poco otros suicidas fueron enterrados allí y los árboles y arbustos cubrieron el lugar, que pasó a ser conocido como el bosque de los Suicidas. Nos costó mucho explorarlo, la maleza lo cubría todo. Pero la plata no está enterrada allí, ¿verdad? Por un momento creímos que sí.

—Nooo… —dijo Verónica.

—No pareces muy segura.

—Todavía trato de resolver esto, Michael. Mirad, ¿tenéis un buen mapa de la zona?

—Desde luego. El que utilizamos todo el tiempo. Está en el coche.

Verónica lo examinó durante un largo rato, antes de murmurar:

—Mmm…

—Estoy de acuerdo, Verónica. Mmm. ¿Eso es un lugar, como el Infierno?

—Muy gracioso. Si estoy en lo cierto… sólo si… ésta es una broma muy macabra y una manera típicamente medieval de espantar a los intrusos indeseados.

—Sí, vale. Tienes razón. Es endemoniadamente medieval. ¡Verónica, por favor!

—El bosque de los Suicidas fue lo que me puso sobre la pista. Eso y las tres calaveras. Ambas cosas apuntan a regiones del Infierno. En la primera zona, Caronte trasladaba a las almas a través del Estigio y Cerbero protegía la entrada. Más abajo, en el bosque de los Suicidas, vivían las arpías y los monstruos. Luego noté que había nueve objetos de plata y que algunos de los otros sitios que atravesasteis, o por los que pasasteis cerca, también guardaban similitudes con el Infierno…

—¿Por ejemplo?

—Blood River, el río de sangre. Otra parte del Infierno era el Flegeton, un río de sangre hirviendo…

—Pero Blood River es rojo por causa de la tierra…

—Sí. Pero es simbólico. Luego fuisteis por Helstone. Hell Stone, la Piedra del Infierno. En la tercera zona, los avaros y despilfarradores pasaban la eternidad arrastrando grandes piedras. También estaba el Valle de las Piedras. La séptima zona del Infierno era el desierto o el páramo de los blasfemadores, y un valle de piedras es bastante parecido a un páramo. Pasasteis por el castillo de Woodsford, que está rodeado por una muralla, como el Limbo, la primera zona del Infierno. Además, está almenado, según dijisteis, como la cuarta zona. Y, cerca de Abbotsbury, explorasteis algunas cuevas: la octava zona.

—Quieres decir que… —había comenzado a decir Isobel, con las cejas más enarcadas que nunca.

—A medida que os acercabais a Pallington descendíais en el Infierno. Simbólicamente, desde luego, y no os disteis cuenta de ello. Pero una persona del siglo XVI que fuera capaz de descifrar el cuadro habría entendido todos esos símbolos, sin duda alguna. Es obvio que fueron planeados por la misma mente que os hizo recrear la Crucifixión para llegar a la cavidad de la iglesia de Pallington. Sólo si estabais absolutamente seguros de vosotros mismos y de que estabais haciendo lo correcto os atreveríais a realizar ese acto.

—Inquietante —dijo Isobel en voz baja.

—¿Y a qué nos lleva todo esto, Verónica? ¿Sirve de algo?

—Oh, sí, creo que sí. Hasta ahora, según mis cálculos, habéis visitado ocho zonas del Infierno. Sólo falta la novena, la más profunda, donde, irónica y naturalmente, se encuentra Satanás. La fuerza disuasoria definitiva en aquella

época, el diablo en persona, es el guardián de la plata.

—¿Y cuál es?

—El noveno anillo, la zona más profunda, es la fuente.

—¿La fuente? Pero no hay ninguna fuente en Pallington y debe de haber cientos en Dorset. Eso no puede ser cierto.

—No cualquier fuente, Michael. —Verónica estaba sonriendo, disfrutando de su posición de ventaja—. Piensa… Examina el mapa… Además de haber estado en Dorset, vosotros también estuvisteis, simbólicamente hablando, en el Infierno… ¿Qué es lo más famoso del Infierno, la característica principal?

Isobel respondió primero.

—Hace mucho calor.

—Correcto. Bien. Ahora busca Pallington en el mapa. Luego mira los pueblos y las aldeas que están cerca. Vamos, dime qué ves.

Isobel y Michael ya estaban encorvados sobre el mapa.

—East Burton… East Knighton… Owermoigne, qué nombre tan extraño… Warmwell, Broadhurst… Oh, ya veo.

—Warmwell —susurró Isobel—. Fuente cálida.

—Correcto. Una fuente caliente, o al menos cálida. El punto más profundo del Infierno. El lugar más terrorífico para un cristiano del siglo XVI.

La fuente, ubicada en los terrenos públicos de la aldea, había sido clausurada años antes porque representaba un peligro para los niños. Pero la autoridad de Verónica, como conservadora del Victoria and Albert Museum, había bastado para que la reabriesen.

No había ningún periodista cerca cuando Michael y Tom, el capataz de la granja de Isobel, bajaron por la fuente.

Tom había tenido el sentido común de dar golpecitos en los ladrillos que cubrían las paredes y había encontrado una zona que sonaba a hueca. Después de casi una hora y media, habían logrado sacar los ladrillos suficientes como para dejar al descubierto una cámara que contenía tres cajas muy húmedas, corroídas y ennegrecidas por los años. Las habían recuperado y subido a la superficie una por una.

De modo que Grainger sí tenía razón y, en cierta manera, los había vencido. Había deducido correctamente la referencia al Infierno. Si hubiese sobrevivido, era casi seguro que habría llegado a la fuente antes que Isobel y Michael. Les había dado la respuesta pero, fiel a sí mismo, no les había dado la respuesta

completa.

Sin embargo, se había equivocado respecto de las joyas. Los rubíes y las esmeraldas habían desaparecido en su totalidad. Era evidente que alguien los había encontrado mucho antes.

—¿Isobel? ¿Isobel? Acabo de preguntarle cuáles son sus planes.

Isobel parpadeó y regresó al presente. Miró en dirección a Michael.

Habían tenido que operarlo otra vez del brazo y la muñeca. Al parecer estaba recuperándose sin problemas pero, después de la crueldad que había demostrado Grainger quemándole los nervios con el puro, sentía la misma aversión por el tabaco que Isobel por los bicheros. En cierta medida eso le convenía a Isobel, aunque no estaba tan segura sobre su nuevo hábito: caramelos de menta. Michael estaba engordando.

Sonriendo para sí, Isobel se volvió hacia Weaver.

—Ya he invertido una gran parte del dinero, he comprado tierras lindantes con mi granja. Si tengo suerte, conseguiré que sea rentable. Y tengo más empleados, de modo que puedo pasar los fines de semana en Londres. Voy a abrir una galería para fotógrafos.

—¿Nada de vacaciones en algún lugar exótico?

—No. Iremos a Texas, pero sólo porque Michael ha vendido un retrato al Museo de Dallas y quiere entregarlo en persona.

—¿Es ese cuadro sobre el que he leído? ¿El retrato perdido de Sarah Kinloss?

Isobel asintió. Sus aventuras no habían terminado del todo con los descubrimientos de Warmwell. Una vez que el brazo de Michael se hubo recuperado (aunque siempre lo tendría un poco rígido) y él regresó a la galería, se enteró de que las joyas del cuadro que Julius Samuels había restaurado no lo llevaban a ninguna parte. Por otro lado, averiguó que la figura que la mujer llevaba en la mano no era una pieza de ajedrez, sino un faro en miniatura.

Después de investigar, descubrió que la familia Kinloss, de Strathspey, Escocia, entre Aberdeen e Inverness, había edificado uno de los faros más antiguos de Gran Bretaña en Findhorn, y que sucesivas generaciones lo habían mantenido en buen estado hasta que un ciclón lo destruyó en 1820. Sarah, una de las mujeres de la familia Kinloss, había sido amante del príncipe de Gales a comienzos del siglo XIX. En la National Portrait Gallery encontró otra imagen de ella, que confirmó quién era. Todo ello explicaba por qué habían cubierto la

pintura: después de su muerte nadie quería recordar una infidelidad que, en teoría, equivalía a una traición. Los Kinloss habían emigrado a Estados Unidos a finales del siglo XIX y la antigua residencia familiar, ubicada en Dallas, cerca de Elgin, había desaparecido. De modo que ya no quedaba ningún cliente potencial en Gran Bretaña. Pero el museo de la otra Dallas, en Texas, sí se había mostrado interesado, tan interesado como para pagar 350 000 dólares. Michael había prometido dar una parte a Isobel para ayudarla a abrir la galería. Esa aventura también había sido publicada en los periódicos y por eso Anthony Weaver estaba al tanto.

Isobel se dio cuenta de que él había vuelto a hablar.

—¿Y el cuadro? ¿El *Paisaje con mentiras*? ¿Qué ocurrirá con él? —El cuadro había sido hallado en casa de Grainger.

—Bueno, ya que lo pregunta, Michael ha tenido una idea que me parece muy buena. Dijo que si usted accede a casarnos en su iglesia, le daríamos el cuadro, si lo quiere. Puesto que todo el asunto de Monksilver llevaba a esa iglesia, supongo que es un buen lugar para exhibirlo.

Weaver sonrió de oreja a oreja.

—Estaré encantado, por ambas cosas.

Isobel se echó a reír.

—¡Muy bien, prestad atención, lo he logrado! —exclamó Michael—. ¡Escuchad! La suma neta de los seis objetos vendidos hoy, más lo que nos pagaron el Museo Británico y el Victoria and Albert Museum, es de diecisiete millones cuatrocientas cincuenta mil libras. Dividido por cinco, puesto que tengo que darle una parte a Greg, eso equivale a tres millones cuatrocientas noventa mil libras para cada uno.

—Santo Dios —susurró Weaver.

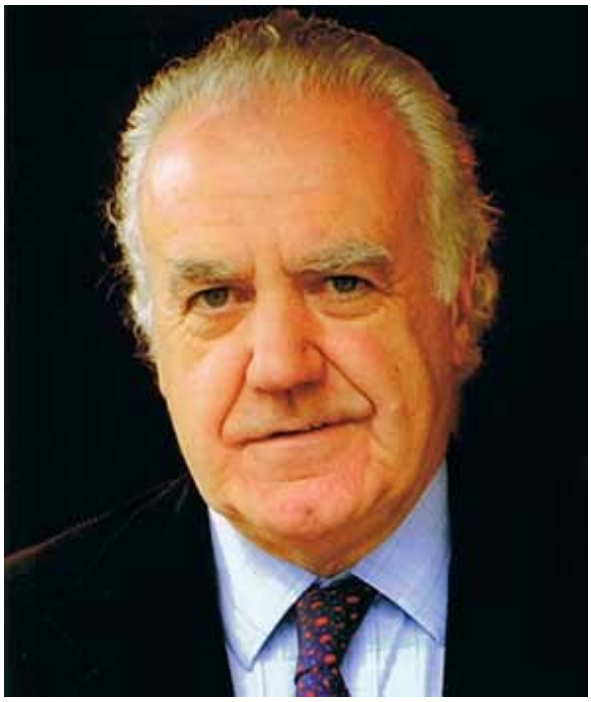
—¡Vaya! —dijo Helen.

—¡Mierda! —exclamó Robyn.

—Dejadme ver —dijo Michael, cerrando los ojos—. Si las matemáticas se me dan tan bien como creo, mi parte me sirve para comprar aproximadamente trescientos cincuenta mil habanos. —Miró a Isobel y sonrió—. O, como ya no fumo, doscientos treinta mil litros de *whisky*. ¿Crees que podré emborracharme decentemente con esa cantidad?

Isobel sonrió.

—Yo no apostaría por ello.



PETER WATSON nació en 1943 y fue educado en las universidades de Durham, Londres y Roma. Fue nombrado editor de New Society y formó parte durante cuatro años del grupo «Insight» de *The Sunday Times*. También ha sido corresponsal de *The Times* en Nueva York y ha escrito para *The Observer, The New York Times, Punch* y *The Spectator*. Es autor de trece libros, entre los que destaca su *Historia intelectual del siglo xx* (Crítica, 2004), y ha presentado diversos programas de televisión sobre arte. Desde 1998 es asociado de investigación en el McDonald Institute for Archaeological research, en la Universidad de Cambridge.